

JONATHAN COE



EL
NÚMERO 11

Lectulandia

Las vidas de Rachel y Alison se cruzan con las de una serie de personajes estrafalarios e inolvidables: una cantante que vivió tiempos mejores y trata de recuperar su popularidad en un *reality show* en la selva australiana; un profesor obsesionado con una elusiva película que vio de niño llamada *El jardín de cristal*; un joven oficial de policía empeñado en aplicar criterios sociopolíticos en sus investigaciones mientras trata de conquistar a una casta profesora católica; un supermillonario que contrata a una tutora para que enseñe a su hijo a comportarse como un chico normal de clase media; unos cuantos monstruos, reales o imaginarios, que incluyen desde una horripilante araña que aparece en un naipe hasta el del Lago Ness; un iracundo magnate de la prensa y su hija aspirante a columnista *neocon*. Esta última forma parte de la poderosa familia Winshaw, que ya aparecía en una de las obras más celebradas de Coe, *¡Menudo reparto!*, de la que esta novela es una suerte de continuación que puede leerse de modo por completo independiente.

Es en parte una crónica perpleja de la deriva de Inglaterra el desmantelamiento de la sanidad pública, las triquiñuelas de la evasión fiscal de los muy ricos, la emigración ilegal, en parte una sátira feroz y desternillante de las élites económicas, y también a ratos una narración detectivesca a la antigua usanza y un tronado relato fantástico con monstruos.

Lectulandia

Jonathan Coe

El número 11

ePub r1.0

Titivillus 21.01.18

Título original: *Number 11 or Tales that Witness Madness*

Jonathan Coe, 2015

Traducción: Mauricio Bach

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En recuerdo de David Nobbs, que me mostró el camino

Porque llega un momento, Michael —se echó hacia delante y le señaló con la jeringuilla—, llega un momento en que la codicia y la locura prácticamente no se diferencian. Casi se podría decir que se convierten en la misma cosa. Y llega otro momento en que la voluntad de consentir la codicia y de convivir con ella, e incluso de fomentarla, pasa a ser también una especie de locura.

JONATHAN COE, *¡Menudo reparto!* (1994)

La torre negra

Tony Blair dirigiéndose al Congreso de Estados Unidos, 17 de julio de 2003:

«En otra parte de nuestro planeta, se extienden las sombras y la oscuridad.»

La torre circular se alzaba, negra y resplandeciente, contra el cielo gris pizarra de finales de octubre. Mientras Rachel y su hermano caminaban hacia ella a través del páramo, procedentes del este, aparecía enmarcada por dos escuálidos fresnos sin ninguna hoja. Esa tarde no soplaba nada de viento y faltaba una hora para el anochecer. Cuando llegaron a la altura de los árboles, tuvieron la posibilidad de descansar en el banco que había entre ellos y echar la vista atrás hacia Beverley, que aparecía a media distancia, con sus casas apiñadas y, alzándose en medio de ellas, las dos monumentales torres paralelas de una tonalidad entre gris y crema de la iglesia.

Nicholas se dejó caer en el banco. Rachel —que entonces solo tenía seis años, ocho menos que él— no se sentó; estaba impaciente por correr hacia la torre negra, por acercarse a ella. Dejó a su hermano descansando y siguió adelante, chapoteando por el lodo pisado por las vacas que rodeaba la base de la torre hasta que logró llegar a ella y pudo apoyar las manos en sus resplandecientes ladrillos negros. Con las palmas de ambas manos pegadas a la torre, alzó la mirada y fue incapaz de asimilar el tamaño y la escala de la construcción, la perfecta e inteligente curvatura que la arqueaba, como una columna vertebral ligeramente ondulada, contra un cielo amenazador en el que ahora volaban un par de grajos, graznando y dando interminables vueltas en círculo.

—¿Para qué servía esto? —preguntó.

Nicholas, que la había alcanzado, se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá era una especie de molino de viento.

—¿Crees que podremos entrar?

—Está todo tapiado.

La base de la torre estaba rodeada por un banco circular de madera, y cuando Nicholas se sentó en él, Rachel se sentó a su lado y contempló sus claros e indolentes ojos azules, cuya frialdad solo contribuía a reforzar su felicidad, su orgullo por tener un hermano mayor tan guapo y seguro de sí mismo. La niña tenía la esperanza de que algún día su cabello fuese tan rubio como el de él, su boca tan bien proporcionada y su piel tan aterciopelada y clara. Apoyó la cabeza contra su hombro, todo lo pegada a él que se atrevió a colocarse. No quería hacerse pesada, no quería que él se percatase de que, en esta ciudad extraña y desconocida, él era la única persona que la hacía sentirse segura.

—¿Qué te pasa?, ¿tienes frío? —le preguntó él, inclinando la cabeza para mirarla.

—Un poco. —Ella se apartó ligeramente—. ¿Crees que donde están ellos hará calor?

—Claro que sí. No tendría ningún sentido irse de vacaciones a un sitio frío, ¿no te parece?

—Ojalá nos hubieran llevado con ellos —dijo Rachel con un nudo en la garganta.

—Bueno, pues no lo han hecho. Así que esto es lo que hay.

Siguieron sentados en silencio unos minutos, cada uno digiriendo de nuevo lo mejor que podía el enigma de por qué sus padres habían decidido irse sin ellos en plenas vacaciones escolares. En cuanto el frío empezó a apretar, Nicholas se incorporó de un salto.

—Venga —dijo—. ¿Vamos a echar un vistazo a esa catedral antes de que oscurezca o no?

—Es una iglesia, no una catedral —le corrigió Rachel.

—Qué más da. Será una iglesia enorme, no importa cómo la llames.

Nicholas se puso en marcha con rapidez y Rachel le siguió intentando no quedarse atrás, pero habían recorrido solo una pequeña parte del camino en dirección a la carretera cuando se detuvieron al ver a lo lejos a dos personas que caminaban hacia ellos. Una de ellas iba en una silla de ruedas: parecía una mujer muy anciana, envuelta en varias gruesas mantas de lana para protegerse del frío de la tarde. Apenas se le veía la cara: tenía la cabeza inclinada como si debido a la fatiga no la pudiese enderezar, y la llevaba cubierta con un pañuelo de seda que le tapaba la mayor parte del rostro. De hecho, cuanto más la miraban los niños, más les parecía que estaba dormida. Su silla avanzaba con ciertas dificultades por el sendero, empujada por un hombre de aspecto joven vestido con un mono de cuero de motorista y que llevaba algo sobre el antebrazo que se balanceaba al caminar. Ese algo al principio no se distinguía bien, pero a medida que se iban acercando se intuía que podía ser —por absurdo que pareciese— algún tipo de pájaro; sospecha que se confirmó de forma repentina y dramática cuando la criatura desplegó las alas, de una sorprendente envergadura, y las batió con languidez, una silueta negra recortada contra el cielo gris, que en ese momento parecía más una híbrida criatura fantástica de la mitología que cualquier pájaro real que Rachel pudiese recordar haber visto en su vida.

Nicholas no se movió y Rachel, pegada a él, le agarró la mano, encantada con el débil apretón de él, sintiendo la frialdad de esa mano desnuda incluso a través de la gruesa lana de sus mitones. Sin saber muy bien qué hacer, contemplaron cómo el individuo del mono de cuero se detenía y le dirigía unas palabras al pájaro, que, obediente, saltaba de su brazo a uno de los mangos de empuje de la silla. Y, con ambos brazos libres, el hombre se aseguró de que la anciana a su cargo estaba bien abrigada y cómoda, le recolocó las mantas y se las ajustó para que estuviese perfectamente tapada. Después volvió a dirigir su atención al pájaro.

Rachel dio unos pasos hacia delante, tratando de tirar de su hermano.

—¿Qué haces?

—Pensaba que querías seguir avanzando.

—Y quiero. Pero no veo claro que sea seguro.

El hombre había sacado un cordel con algo anudado en la punta y estaba haciéndolo girar sobre su cabeza con largos y lentos movimientos circulares. En ese

momento no pasaba ningún coche por la carretera y la tarde era tan silenciosa que los dos niños oían claramente el silbido regular del cordel al girar en el aire. Pudieron incluso oír el batir de las alas del cernícalo (ahora estaba claro que era un cernícalo) cuando este levantó el vuelo en persecución del señuelo, tratando de atrapar con letal precisión el pedazo de carne fijado en la punta del cordel, que sin embargo siempre se le escapaba, porque el hombre lo balanceaba fuera de su alcance en una sucesión de asombrosas proezas de control y precisión. Cada vez que el pájaro fallaba en su intento de atrapar el trozo de carne, descendía en picado y volvía a ascender abruptamente hacia el cielo hasta alcanzar el límite de la parábola que trazaba, permanecía suspendido en lo alto un instante, giraba y volvía a lanzarse hacia el codiciado pedazo de carne a una velocidad y con una precisión sobrenaturales, para que de nuevo le fuera arrebatado del pico en el último instante.

Después de que ese fascinante ritual se repitiese dos o tres veces, Nicholas y Rachel empezaron a avanzar con cierta prudencia. El hombre estaba plantado justo en medio del camino y hacía girar el señuelo sobre su cabeza, de modo que los niños se vieron obligados a dar un rodeo, alejándose al menos a la distancia suficiente para mantenerse fuera del alcance del oscilante cordel. Pero eso no pareció bastarle al halconero, que, sin perder de vista ni un segundo al pájaro, les gritó furioso:

—Salid de en medio. ¡Salid inmediatamente de en medio!

Pero no fue el tono iracundo lo que sorprendió a los niños. Fue la voz: aguda, estridente e inconfundiblemente femenina. Y ahora que estaban a solo unos metros de la tensa y concentrada figura vestida con un mono de motorista, era ya obvio que se habían equivocado. Se trataba de una mujer de tal vez unos treinta y cinco años, aunque ninguno de los dos estaba muy versado en calcular la edad de los adultos. Tenía la tez pálida, las mejillas chupadas, el cabello rapado al uno. Llevaba las orejas y la nariz adornadas con todo un despliegue de aros de plata y broches. Un lívido tatuaje entre azul y verde que representaba algo indeterminado parecía cubrirle la mayor parte del cuello. Era, sin duda, la mujer más aterradora que Rachel había visto en su vida. Incluso Nicholas parecía amilanado. Y por si su apariencia no fuese ya lo suficientemente inquietante, estaba además ese furioso tono chillón en su voz ante la temeridad, la insolencia de esos niños que habían osado traspasar lo que ella debía de considerar un espacio de uso exclusivo para ella y el pájaro.

—¡Fuera! ¡Largaos de aquí! —les gritó—. ¡Salid de en medio! ¡Usad un poco la cabeza!

Nicholas apretó la mano de su hermana y giró bruscamente hacia la izquierda para alejarse lo más rápido posible de la zona de peligro. Caminaban tan rápido que casi corrían. Solo cuando estuvieron a unos seguros veinte metros de distancia de la mujer se detuvieron y se volvieron para echar un último vistazo. Era un cuadro, un instante detenido en el tiempo, que permanecería grabado para siempre en la memoria de Rachel: la Loca del Pájaro (como a partir de ahora la llamaría siempre) haciendo girar el señuelo sobre su cabeza con una energía y una concentración feroces; la

inimaginable velocidad y convicción del pájaro cuando se lanzaba sobre su presa y volvía a elevarse, frustrado pero inasequible al desaliento, y en primer plano la anciana en la silla de ruedas, ahora completamente despierta, con los ojos vivos y radiantes mientras seguían los movimientos del pájaro y los labios pintados de un rojo intenso entreabiertos en una arrobada sonrisa mientras gritaba al cernícalo que se lanzaba sobre su presa:

—¡Vamos, Tabitha! ¡Vamos, atrápala! ¡Lánzate sobre la carne! ¡Lánzate, Tabitha, lánzate!

A Rachel no le gustaba el aspecto de la iglesia. Cuando se acercaban a la entrada por el patio norte eran casi las cuatro y cuarto y en la pequeña ciudad ya empezaba a anochecer. Los finos jirones de niebla que durante todo el día se habían estado deslizando por las calles y entre las casas iban adquiriendo un tono azulado a medida que la luz perdía intensidad, y formaban espirales y se enroscaban alrededor de las farolas y sus difusos halos amarillos. Y ahora empezaba a descender y extenderse una luz azulada tirando a negra más sombría y tenue, que hacía que los muros de la iglesia, mientras Rachel arrastraba sus reticentes pies hacia ellos, resultasen difíciles de distinguir; no eran más que un susurro, una insinuación de la acechante y amenazadora mole de la iglesia. El frío que había empezado a sentir en los pastos de Westwood, mientras estaba sentada a los pies de la torre negra, ahora le calaba los huesos con tal despiadada intensidad que tenía la sensación de que eran de hielo. Por mucho que se apretase la trenca contra el cuerpo recorrido por escalofríos, por muy hondo que metiese las manos en esos bolsillos llenos de envoltorios de caramelos, nada parecía poder protegerla del frío. La mezcla de frío y aprensión no tardó en hacerle aminorar la marcha hasta que finalmente se detuvo, a escasos metros de la puerta de la iglesia.

—¿Y ahora qué pasa? —le preguntó Nicholas, irritado.

—¿Tenemos que entrar?

—¿Y por qué no? Ya que hemos venido hasta aquí...

Rachel permaneció inmóvil. Inexplicablemente, su inquietud ante la perspectiva de cruzar la puerta de la iglesia se intensificaba, convirtiéndose en algo muy parecido al pavor. Nicholas la volvió a tomar de la mano, pero en esta ocasión no había nada tranquilizador en el gesto; simplemente tiró de ella hacia la puerta.

Enseguida cruzaron el umbral hacia la oscuridad. O al menos lo atravesaron para entrar en el pequeño portal, pero antes de que pudiesen adentrarse más sucedió algo sorprendente. Habían dado por hecho que estaban solos en ese estrecho espacio, pero de pronto, sin hacer ningún ruido y sin previo aviso, surgió alguien de la nada, presumiblemente de una de las zonas en sombra de las esquinas. Apareció ante ellos de un modo tan imprevisto, con sigilosos pasos sobre las baldosas, que Rachel no pudo reprimir un grito.

—Disculpa —le dijo el desconocido a la niña—. ¿Te he asustado?

Era un hombre de escasa estatura y apariencia bastante llamativa: el cabello de un blanco albino, su piel tan pálida que resultaba casi transparente y, hasta donde podía ver Rachel, no tenía cejas. Llevaba una desgastada gabardina beige, traje gris claro y corbata marrón muy ancha, de un estilo que pudo estar de moda veinticinco años atrás, en la década de 1970.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó. Su tono era amistoso, pero en cierto modo intimidante. Hablaba con un ligero ceceo que llevó a Rachel a pensar que sonaba como una serpiente.

—Solo queríamos entrar a echar un vistazo —dijo Nicholas.

—Ahora la iglesia está cerrada —les informó el individuo—. Cierra a las cuatro.

Un calorcillo de alivio recorrió el cuerpo de Rachel. No tendrían que entrar. Podrían dar media vuelta y volver a casa; como mínimo regresar al refugio relativo de la casa de sus abuelos. Se ahorraría esa pesadilla.

—Ah, bueno, de acuerdo —dijo Nicholas, decepcionado.

El hombre dudó unos instantes.

—Venga, os voy a dejar pasar —dijo con una sonrisa y un siniestro guiño—. Podéis dar una vuelta rápida de unos minutos. Todavía falta un poco para el cierre.

—¿Está seguro? Gracias, es usted muy amable.

—No hay de qué, hijo. Si alguien os pregunta, decid que Teddy os ha dejado pasar.

—¿Teddy?

—Teddy Henderson. El ayudante de vigilante. Aquí todo el mundo me conoce. —Observó que los niños seguían dudando—. Vamos, entrad. ¿A qué estáis esperando?

—De acuerdo. ¡Gracias!

En un santiamén Nicholas ya había cruzado la puerta que daba acceso al templo, de manera que Rachel solo tenía dos opciones: seguirlo o quedarse en el vestíbulo con el sonriente señor Henderson. De hecho, solo tenía una opción. Sin mirar al desconcertante desconocido, respiró hondo y siguió a su hermano.

Desde fuera y en el vestíbulo todo parecía en silencio, pero una vez que Rachel entró en el vasto interior de la propia iglesia, se encontró envuelta por un silencio completamente distinto. Un silencio sobrecogedor. Se detuvo un momento para escucharlo, para absorberlo, conteniendo el aliento. Después dio unos pasos adelante, hacia el pasillo central, e incluso sus ligeras y vacilantes pisadas sonaban invasivas en ese espacio abovedado y silencioso. Miró a su alrededor en busca de Nicholas pero no lo localizó. El frío y la oscuridad la atenazaban. Unos tenues focos proyectaban una débil luz sobre algunas de las paredes y unas titilantes velas colocadas en candelabros iluminaban el púlpito. Pero nada de todo eso lograba atenuar la aplastante sensación de penumbra y sobrenatural silencio. ¿Dónde se había metido Nicholas? Rachel recorrió con paso rápido el pasillo, mirando ansiosa a izquierda y derecha. Su hermano no podía haber ido muy lejos; lo vería en uno o dos segundos,

sin duda. Había avanzado ya casi hasta la sillería del coro cuando un ruido repentino la paralizó; el ruido de un golpe, prolongado, reverberante y horriblemente estruendoso. El ruido de una puerta al cerrarse. Se dio la vuelta. ¿Era la puerta de la entrada? ¿El señor Henderson la había cerrado y se marchaba a casa? Ese era uno de sus miedos más intensos y primarios: el miedo a quedarse encerrada en algún sitio cuando ya había oscurecido, y tener que pasar la noche en un lugar desconocido y solitario. ¿Era lo que estaba sucediendo ahora? Quiso acercarse corriendo a la puerta para comprobarlo, pero permaneció clavada donde estaba. La indecisión la paralizaba. Le brotaron lágrimas de los ojos y su cuerpo empezó a tensarse, replegándose sobre sí mismo, inmovilizado por el terror.

Percibió un movimiento detrás de ella, oyó voces que murmuraban. Se dio la vuelta de inmediato y creyó distinguir dos siluetas que hablaban entre las sombras en la sillería del coro. Respiró hondo y, en un acto de desesperada valentía, gritó:

—¿Quién hay ahí?

Las voces tardaron un par de segundos en callarse y una de las siluetas dio un paso hacia delante. Era Nicholas. Rachel hizo lo que pudo por contener un chillido de alegría. Corrió hacia él y lo rodeó con los brazos. Él también la abrazó, pero había algo gélido y ensimismado en su gesto. No inclinó la cabeza para mirarla y apenas pareció percatarse de que Rachel estaba aferrada a él. No tardó en liberarse, apartándola, y miró con el ceño fruncido hacia el lugar en el que había estado hablando hacía un momento, como si algo que le hubieran dicho todavía le desconcertase.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó Rachel con un tono cariñoso y acusador. Y como él no le respondió, añadió—: ¿Y quién era ese? ¿Con quién hablabas?

—Era una de las vigilantes del lugar. —Nicholas no dejaba de mirar hacia el fondo de la iglesia. Hasta que de pronto negó con la cabeza y con un tono brusco y nervioso añadió—: Vamos, creo que debemos marcharnos. No ha sido una buena idea entrar.

Nicholas se dirigió apresuradamente hacia la puerta principal. Rachel corrió detrás de él, esforzándose por no quedarse rezagada.

—¡Nick, espera! Ve un poco más despacio, por favor.

La puerta del vestíbulo seguía abierta, pero la puerta de la entrada, la que daba acceso al mundo exterior, ahora estaba cerrada.

—¡Está cerrada! —confirmó Nicholas innecesariamente después de mover el picaporte varias veces.

—Lo sé. He oído cómo la cerraba. Ese hombre del pelo raro.

—Vamos.

Nicholas salió de nuevo disparado, esta vez hacia la sillería del coro, y Rachel se apresuró tras él.

—¿Y ahora adónde vas? ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Hay otra salida. Una pequeña puerta al fondo de un pasadizo que hay aquí. Me lo ha dicho la señora.

Ahora incluso Rachel distinguía el tono de pánico en la voz de su hermano, y eso fue lo que más la asustó. Sabía que si Nicholas tenía miedo, algo debía de ir muy mal.

—¿No puedes ir a buscarla? Ella nos podría indicar el camino.

—No sé adónde ha ido.

Alguien había apagado las velas y ahora con un clic cuyo eco retumbó por los muros de la iglesia, prolongado y amplificado cien veces, la mayoría de las luces se apagaron de golpe. La oscuridad los engulló. Tan solo quedaba un punto de luz, que emitía un tenue resplandor en la parte norte de la nave.

—Vamos —dijo Nicholas—. Tiene que ser allí.

Rachel trató de agarrar la mano de Nicholas, pero él ya se dirigía hacia el lugar señalado. Esta vez la niña echó a correr para alcanzarlo. En cuestión de segundos llegaron ante una pequeña puerta abovedada que daba acceso a un corredor estrecho y de techo bajo al final del cual había una puerta en la que se leía: «Salida de emergencia».

—Uf..., es esta —dijo Nicholas—. Todo irá bien.

Rachel lo siguió por el diminuto corredor, pero en lugar de abrir la puerta del fondo, él se apoyó en ella un instante y respiró hondo para sosegar se.

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel. Su hermano no le respondió, así que, siguiendo una corazonada, le hizo una pregunta más concreta—: Es por algo que ha dicho la señora, ¿verdad? ¿Qué te ha dicho?

Nicholas se volvió hacia ella y con un susurro digno de un conspirador le dijo:

—Me ha preguntado qué hacía aquí, y yo le he explicado que el señor Henderson nos había dejado entrar y nos había dicho que podíamos echar un vistazo. Pero ella me ha asegurado que eso era imposible. Me ha dicho...

Dejó la frase a medias. La propia Rachel estaba petrificada y no podía hablar, pero sus ojos, clavados en su hermano, le pedían que terminase su explicación.

Al final Nicholas tragó saliva de forma ostensible y concluyó con un susurro todavía más bajo, pero con un tono más perentorio que nunca:

—Me ha dicho: No puede ser él. *Teddy Henderson lleva más de diez años muerto.*

Miró a su hermana, esperando su reacción. Ella le devolvió la mirada, firme e impasible. Estaba claro que de entrada no había entendido del todo lo que le acababa de decir. Era demasiado horripilante para que pudiera absorberlo tan rápido. Pero poco a poco empezó a suceder. Abrió unos ojos como platos y se tapó la boca con la mano en un gesto de horror:

—¿Quieres decir...? ¿Quieres decir que ese hombre...?

Nicholas asintió lentamente y acto seguido, sin mediar palabra, agarró el picaporte de la puerta, la abrió y salió: al exterior, al frío aire de octubre, al camino que conducía al jardín del lado norte de la iglesia y desde allí de vuelta a las tiendas y la seguridad. Nicholas dejó atrás enseguida a Rachel y solo cuando se detuvo para

recuperar el aliento en la entrada de una tienda de caramelos ella logró alcanzarlo. Su hermana había corrido por las calles propulsada por el pánico, la turbación y la confusión; ahora ya ni se acordaba del motivo de la carrera. Se detuvo y contempló a Nicholas inclinado hacia delante, con los hombros sacudiéndose por la respiración acelerada. Como de costumbre, deseaba abrazarlo, agarrarse a él, pero en esta ocasión algo la retenía. Cierta insidiosa suspicacia. Lo observó con más atención. Empezó a recuperar la capacidad de pensar racionalmente a medida que las palpitaciones de su corazón se iban desacelerando y volvían a su ritmo pausado y regular. Y entonces, de repente, se percató de lo que sucedía. No era el miedo, no era el esfuerzo excesivo lo que provocaba las sacudidas de los hombros de Nicholas; era la risa. Nicholas se estaba riendo, en silencio, descontrolado, incapaz de parar. Incluso entonces Rachel todavía no entendió qué le hacía reírse de ese modo. Parecía una insólita reacción a la experiencia que acababan de vivir.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Qué te hace tanta gracia?

Nicholas se enderezó y la miró. De tanto reír le caían lágrimas, y le era casi imposible articular dos palabras seguidas.

—Tu... tu cara —farfulló por fin—. Tu cara cuando te he contado esa historia.

—¿Qué historia?

—Oh, Dios mío. Dios, ha sido impagable. —Su risa se apaciguó y se percató de que su hermanita seguía mirándolo desconcertada—. La historia —repitió— sobre ese tío que nos ha dejado entrar en la iglesia.

—¿Te refieres al fantasma?

Al oír la pregunta, Nicholas rompió a reír de nuevo.

—No, boba —le dijo—. No era un fantasma. Me lo he inventado.

—Pero esa señora con la que hablaste dijo...

—Lo único que me dijo fue cómo salir.

—¿Y entonces qué...?

Y por fin la niña lo entendió. Lo entendió y comprendió la crueldad de la broma pesada que le había gastado. El hermano en el que ella había confiado, la persona en la que creía que podía buscar apoyo, se había divertido asustándola, atormentándola. De todos los horrores de ese día, aquel era el peor.

Sin embargo, Rachel no gritó, ni rompió a llorar, ni le insultó. En lugar de eso, se quedó aturdida y se limitó a decir:

—Eres malo y te odio.

Se dio la vuelta y se marchó, sin tener ni idea de hacia dónde se dirigía. Hasta el día de hoy nunca ha sabido a ciencia cierta cómo encontró el camino de regreso a la casa de sus abuelos.

Esta es la paradoja: debo asumir, por el bien de mi cordura, que me estoy volviendo loca.

Porque ¿cuál es la alternativa? La alternativa es creer que lo que vi la otra noche era real. Y si me permitiese creerlo, semejante horror también me haría perder la razón. En otras palabras, estoy atrapada. Atrapada entre dos opciones, dos caminos, que en ambos casos conducen a la locura.

Es la quietud. El silencio y el vacío. Eso es lo que me ha llevado hasta este punto. Jamás hubiera imaginado que en medio de una ciudad tan grande como esta pudiese existir una casa envuelta en semejante silencio. Durante semanas, claro está, he tenido que convivir con el ruido de los obreros que trabajaban en el exterior, bajo tierra, cavando, cavando, cavando. Pero ahora ya casi han terminado y por la noche, cuando se marchan, el silencio lo invade todo. Y es entonces cuando mi imaginación se desborda (no es más que mi imaginación, tengo que aferrarme a esta idea) y en la oscuridad y el silencio empiezo a creer que oigo cosas: otros ruidos. Arañazos, crujidos. Movimientos en las entrañas de la tierra. Y en cuanto a lo que vi la otra noche, fue una aparición fugaz, de apenas unos segundos, una alteración de las compactas sombras del fondo del jardín, y después una visión más clara de la cosa en sí, de la «criatura», pero no podía ser real. Esa visión no puede haber sido sino el fruto de un recuerdo, que ha regresado para acosarme, y por eso he decidido evocar ahora ese recuerdo, para descubrir qué puedo aprender de él, para entender su mensaje.

Además he decidido coger el bolígrafo por otro motivo de peso, un motivo muy simple, porque me aburro, y es este aburrimiento —sin duda es el aburrimiento y no otra cosa— lo que lleva un tiempo volviéndome loca, provocándome estos absurdos delirios. Necesito algo que hacer, una ocupación (evidentemente, pensé que la encontraría trabajando para esta familia, pero hasta el momento ha resultado ser un trabajo raro, muy diferente de lo que me esperaba). Y he decidido que mi ocupación consistirá en escribir algo. No he intentado escribir nada en serio desde mi primer año en Oxford, pese a que Laura, justo antes de marcharse, me dijo que debería seguir escribiendo, que a ella le gustaba lo que escribía, que creía que yo tenía talento. Lo cual, viniendo de ella, para mí significó mucho. Lo significó todo.

Laura también me dijo que era muy importante ser organizado cuando se escribe. Que había que empezar por el principio y contarlo todo en orden. Supongo que es lo que hizo ella cuando me contó la historia de su marido y el jardín de cristal. Pero de momento me parece que no estoy siguiendo muy bien sus consejos.

Bueno, pues pongámonos a ello. Voy a zanjar esta divagación e intentaré concretar la historia de otra visita a la casa de mis abuelos en Beverley, en el verano

de 2003. Una visita que en esta ocasión no hice con mi hermano sino con Alison, mi querida amiga Alison, con la que por fin, después de unos años de misterioso distanciamiento, me he reencontrado y con la que hemos retomado nuestra preciosa amistad. En realidad esta es nuestra historia, la historia de cómo nos hicimos íntimas amigas antes de que se inmiscuyeran extrañas —por no decir ridículas— fuerzas que nos separaron. Y también es la historia de...

Pero no, todavía no debo explicar tantas cosas. Volvamos al principio de todo.

El cadáver del doctor David Kelly, el inspector de armamento de Naciones Unidas, lo halló la policía de Oxfordshire a las 8.30 de la mañana del viernes 18 de julio de 2003. El cuerpo apareció en el bosque de Harrowdown Hill, a un kilómetro al norte del pueblo de Longworth, en un lugar al que solo se podía acceder a pie, por donde se sabía que a veces el doctor Kelly daba sus paseos vespertinos. Las autoridades enseguida informaron de que se había determinado que la causa de la muerte era el suicidio.

Su fallecimiento tuvo un enorme eco mediático. Como preparación al apoyo británico de la invasión estadounidense de Irak, Tony Blair había intentado persuadir a la opinión pública británica de que el régimen de Sadam Husein representaba una amenaza significativa para la seguridad de la Gran Bretaña. El gobierno había preparado un dossier que incluía la acusación de que Sadam Husein poseía armas de destrucción masiva, que en cuarenta y cinco minutos podían reorientarse y apuntar al Reino Unido. Después de entrevistar al doctor Kelly, un periodista de la BBC había preparado un reportaje en el que se sugería que esas afirmaciones eran poco realistas y que el propio dossier se había «maquillado» para apuntalar la voluntad de ir a la guerra. La extendida creencia de que la fuente de ese reportaje era el principal inspector internacional de armamento británico convirtió de pronto al doctor Kelly en una figura controvertida y políticamente incómoda.

No sé por qué pienso tan a menudo en la muerte del doctor Kelly. Solo puedo suponer que se debe a que, cuando tenía diez años, fue la primera noticia nacional que me causó cierta impresión. Tal vez también porque evocaba una imagen poderosa y escalofriante: la soledad de su muerte, el cadáver que se descubrió muchas horas después en un remoto bosque, silencioso y apenas transitado. O quizá por el modo en que reaccionaron la abuela y el abuelo, por cómo dejaron claro que no se trataba de una muerte corriente y que tendría consecuencias porque provocaba un oleaje de intranquilidad y desconfianza que se extendería por todo el país. De ahora en adelante Gran Bretaña sería un lugar diferente: inquieto y atormentado.

La primera vez que oí hablar de ese asunto fue en el noticiario de las seis, el día que Alison y yo llegamos a Beverley. No llevábamos allí mucho rato, el abuelo había venido a buscarnos con el coche a Leeds y ambas nos habíamos despedido con desasosiego y ojos llorosos de nuestras madres, que esa tarde iban a tomar un vuelo juntas. Cuando llegamos a casa de mis abuelos, Alison y yo subimos al dormitorio en el que yo ya me había quedado un montón de veces antes, en ocasiones sola, otras con mi hermano. Deshacer las maletas nos llevó apenas un par de minutos; después Alison salió al jardín y yo no tardé en bajar para unirme a ella, pero antes debí de asomarme a la sala de estar para preguntarles algo a los abuelos, y fue entonces

cuando oí la noticia. Ambos estaban absortos ante el televisor, y normalmente cuando me encontraba a los adultos en este plan me largaba y los dejaba a lo suyo, pero en esta ocasión había algo en la noticia que estaban viendo que captó mi atención. Entré en la sala y me senté en el sofá al lado de la abuela, que apenas pareció percatarse de mi presencia. Desde la pantalla el reportero hablaba con una voz portentosa por encima de las imágenes tomadas desde un helicóptero de una verde y arbolada vista de la campiña inglesa. Tanto en la pantalla como en la sala había cierta atmósfera que yo nunca había percibido (o al menos no conscientemente) antes: cargada, expectante, rebotante de conmoción e inquietud. Permanecí sentada en silencio, mirando sin entender realmente nada excepto el hecho de que un hombre había muerto, un doctor que vivía en Oxfordshire y tenía algo que ver con Irak y unas armas, y que todo el mundo estaba muy afectado y preocupado por lo sucedido.

Cuando se terminó la noticia, el abuelo se volvió hacia la abuela y dijo:

—Bueno, ya está, ¿no crees? Ahora ya tiene las manos manchadas de sangre.

La abuela no hizo ningún comentario. Se puso en pie —un proceso lento y cargado de esfuerzo— y fue, arrastrando los pies, a la cocina. Yo también me levanté y la seguí.

—¿Qué significa eso? —le pregunté.

Tenía los brazos en alto, buscaba unas latas o alguna otra cosa en el armario.

—¿El qué, cariño? —me dijo, volviéndose.

—Lo que ha dicho el abuelo. ¿De quién hablaba?

Chasqueó la lengua y continuó con sus tareas.

—Oh, no le hagas caso. Siempre está criticando a todo el mundo.

No era exactamente una respuesta satisfactoria, pero antes de que pudiese pedirle que fuese un poco más explícita, el abuelo entró de pronto en la cocina murmurando reproches:

—Bueno, ¿por qué no me has dicho que ibas a preparar el té? Ya sabes que soy yo quien se encarga de eso. No permitas que estas niñas te agoten.

La abuela respondió, airada:

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no estoy cansada?

—Me da igual —respondió el abuelo—. Deberías tomártelo todo con clama. Deja que lo haga yo.

Los dejé con su trifulca y salí al jardín a decirle a Alison que entrase, y los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y comimos tostadas con sardinas y tomate. El abuelo parecía malhumorado y no habló mucho. Yo seguía pensando en la historia de las noticias, en el doctor fallecido al que habían encontrado sentado, apoyado contra un árbol en Oxfordshire, dondequiera que estuviese eso. Y en el comentario del abuelo sobre el otro hombre desconocido, sobre el que tenía las manos manchadas de sangre. Todo resultaba muy inquietante y misterioso. De manera que solo hablaban la abuela y Alison. La abuela le preguntó qué le apetecía hacer la semana siguiente y Alison le dijo que no había pensado nada concreto y que

le daba bastante igual.

—Solo espero que esto no te parezca demasiado tranquilo —le dijo la abuela—. Ya sabes que ahora no estás en la gran ciudad. —Con lo de «gran ciudad» se refería a Leeds, que siempre se había imaginado como una bulliciosa metrópolis, pese a que el barrio en el que vivíamos Alison y yo no era así en absoluto.

Unos minutos más tarde, después de que ella y yo saliésemos al jardín, Alison me preguntó:

—¿Y qué vamos a hacer aquí toda una semana? No pretendo ser ofensiva con tus abuelos, pero parecen bastante... ¿viejos?

—No lo sé —le respondí, encogiéndome de hombros—. Ya se nos ocurrirá algo. Cerca de aquí hay un enorme paraje natural con bosques, árboles y demás. —Alison no pareció muy impresionada—. Ooh..., y hay una biblioteca.

—¿Una biblioteca? Estupendo. Una semana leyendo libros.

—Seguro que también tienes cedés y otras cosas.

Alison me estaba empezando a hartar. Después de todo, le habíamos hecho un favor invitándola a venir aquí. Ni siquiera era una de mis mejores amigas del colegio.

—¿Qué hay en ese cobertizo? —preguntó.

—Vamos a echar un vistazo.

Pasamos varios minutos rebuscando entre las cosas guardadas en el cobertizo del abuelo, pero conseguimos pocos trofeos. Encontramos un bate de críquet y un par de pelotas de tenis muy viejas, y yo estaba a punto de sacar lo que pensamos que debía de ser una cuerda de saltar de uno de los rincones menos accesibles cuando vi algo que me hizo lanzar un grito y salir corriendo de allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Alison, que salió detrás de mí.

—Está lleno de arañas. No las soporto.

—¿En serio? ¿Por qué te dan miedo las arañas?

—¿No has oído hablar de la aracnofobia? —le pregunté.

No creo que Alison hubiera oído hablar de eso. Se limitó a decir:

—Eres como mi madre. Se pone como loca si ve una araña, sobre todo si es grande. En una ocasión incluso se desmayó. En serio.

Estaba claro que para ella era un comportamiento patético, yo en cambio entendía perfectamente a su madre. Para cambiar de tema, miré a mi alrededor y dije:

—¿Intentamos subir a ese árbol?

Fuimos al fondo del jardín y le echamos un vistazo. Mientras lo hacíamos, me di cuenta de que pese a que la parte delantera de la casa de mis abuelos no resultaba muy impresionante, el jardín trasero era bastante grande. El césped se extendía en dos gradas, ambas ligeramente inclinadas, de modo que la zona en la que crecía el árbol estaba bastante elevada, casi a la altura del primer piso de la casa.

No sé por qué sugerí que subiéramos a aquel árbol. En casa me gustaba pedir prestados en la biblioteca libros infantiles bastante anticuados, de esos que contaban aventuras sobre chicos de clase media que campaban a sus anchas por la campiña,

hacían pícnicos, se construían guaridas y atrapaban a criminales locales durante la temporada que pasaban en el campo. Los árboles, en ese universo, estaban allí para subirse a ellos. Así que Alison y yo también podíamos subirnos a uno. Era un ciruelo (eso me lo aclaró más adelante la abuela) y tenía un montón de ramas de aspecto robusto bastante cerca del suelo, pero aun así, para dos chicas de ciudad como Alison y yo, que vivíamos ambas en casas sin nada que se pudiese considerar un jardín, era un reto abrumador.

Alison se lanzó la primera y pareció subir con facilidad contorneando el cuerpo hasta una rama que estaba ya bastante próxima a la copa del árbol. Tras unos segundos de duda, subí tras ella.

—Esto es guay —dijo cuando nos sentamos las dos en esa rama para contemplar nuestros nuevos dominios.

Desde allí teníamos una buena vista de los jardines adyacentes y, de hecho, de todo el vecindario. Se extendían por todos lados jardines perfectamente cuidados parecidos al de mis abuelos: céspedes podados, estanques con lirios, mobiliario de exterior, todo lo cual transmitía la sensación del mismo tipo de vida modesta, plácida y poco dada a las audacias. En la casa contigua había una pareja más o menos de la edad de los abuelos sentada ante una mesa de jardín blanca de plástico, bebiendo unas copas de vino blanco y picoteando de un tupperware rebosante de Pringles. Nos miraron alzando la vista y Alison los saludó jovial con la mano y les gritó: «¡Hola!» El hombre se limitó a mirarla, pero la mujer le respondió con un indeciso saludo con la mano.

No sé cuánto rato nos quedamos allí sentadas. Era divertido. Era una larga, cálida y apacible tarde de julio y nos la podíamos haber pasado entera encaramadas a aquel árbol. Al cabo de un rato Alison miró su reloj.

—Nuestras madres estarán a punto de despegar —dijo.

—Chicas, ¿queréis un poco de pastel?

Era la abuela, que nos llamaba desde la puerta que daba al jardín. Yo fui la primera en bajar del árbol, lentamente y con cautela. Alison, en cambio, decidió saltar directamente desde lo que debía de ser metro y medio del suelo, y cayó sobre la pierna izquierda.

—¡Ay! ¡Joder! ¡Maldita sea!

La miré pasmada, sonrojándome. Ni en un millón de años me hubiera atrevido a soltar un taco como ese, ni siquiera sin adultos delante. Pero no era el momento de preocuparse por el lenguaje. Parecía que se había hecho mucho daño. Al principio no se podía ni levantar.

—Voy a llamar a mis abuelos.

Entré en la casa y regresé con ellos. Entre todos ayudamos a Alison a levantarse y se dirigió cojeando hacia la casa, apoyada en nuestros hombros.

—Quítate los pantalones —le dijo la abuela en cuanto Alison se sentó, con una mueca de dolor, en una de las sillas de la cocina—. Vamos a echarle un vistazo. —El

abuelo merodeaba detrás de ella, pero la abuela lo miró e hizo un movimiento con los ojos que indicaba «¡Fuera de aquí!». Como él no se dio por aludido, ella le dijo—: Vamos, Jim..., esfúmate.

Al ver que Alison empezaba a quitarse los pantalones, el abuelo por fin lo entendió.

—Voy a..., creo que voy a tomar un poco el aire —murmuró.

La abuela observó con detenimiento la pierna de Alison, pero no vio nada alarmante.

—Bueno, no hay ningún moretón —la tranquilizó—. Y tampoco veo ningún rasguño. Aunque aquí hay una ligera hinchazón. —Colocó un dedo sobre la pierna de Alison, justo por encima de la rodilla, y aplicó una suave presión.

Alison volvió a hacer una mueca de dolor.

—Esto hace tiempo que lo tengo —dijo—. No creo que sea nada serio.

La abuela le untó un poco de crema en la hinchazón y después de lo sucedido Alison decidió que ya había habido suficiente acción por ese día y se quedó en casa viendo la televisión. Yo volví a salir al jardín y vi que el abuelo estaba hablando por encima de la valla con el vecino de al lado; ese cuya esposa nos había saludado.

—Hola —saludó el hombre de rostro enrojecido y barba blanca cuando me vio—. Eres Rachel, ¿verdad?

—Sí.

—Te recuerdo de la última vez que viniste. Dios mío, pero has crecido un montón desde entonces.

—Gracias —le respondí, dado que parecía decirlo como un cumplido.

—Y esta vez —continuó el hombre— veo que has traído contigo a una amiguita negra.

El comentario me desconcertó. Jamás se me hubiera ocurrido describir a Alison de ese modo, y de hecho nunca había oído a nadie mencionar el color de su piel. Lo único que se me ocurrió, estúpidamente, fue darle otra vez las gracias y preguntarme por qué ese hombre peculiar me sonreía tan afablemente.

La muerte es definitiva. Sé que es una observación banal, pero supongo que lo que intento decir es que esa semana en Beverley fue la primera vez que lo entendí de verdad. Y sí, sospecho que ese es el verdadero motivo por el que nunca he olvidado el fallecimiento de David Kelly. Fue la primera vez en que la realidad de la muerte se metía en mi casa. Fue, podríamos decirlo así, la primera muerte en nuestra familia.

Hasta ese momento yo no sabía casi nada sobre la guerra de Irak, pero ahora puedo decir que algo cambió, se cruzó una línea. Había fallecido un buen hombre y eso no tenía vuelta atrás. Y nuestro primer ministro (después supe que era de él de quien hablaba el abuelo) tenía las manos manchadas de sangre.

—Se diga lo que se diga sobre ella —me comentó el abuelo—, la señora Thatcher jamás hubiese permitido que sucediese una cosa así. Era una gran dama.

—¿Ha estado hablando otra vez de esa mujer? —me preguntó la abuela mientras fregábamos los platos juntas—. Ojalá cambiase ese disco rayado.

Me percaté de que ella siempre estaba criticando al abuelo por una cosa u otra, y sin embargo parecían estar más unidos de lo que lo estaban mi madre y mi padre. (Mamá y papá ya estaban separados. Creo que esas vacaciones que se tomaron sin mí —aquella ocasión en que nos mandaron a Beverley a mi hermano y a mí— habían sido el último intento de arreglar las cosas entre ellos. Huelga decir que no funcionó y poco después cada uno siguió su camino.) Me chocó que el abuelo raramente perdiese de vista a la abuela y no le gustase que ella hiciera ninguna tarea que resultara remotamente extenuante.

—¿La abuela ha estado enferma o le ha pasado algo? —le pregunté al abuelo uno de los primeros días de nuestra visita.

—¿Por qué me lo preguntas? —me dijo, sin levantar la vista del crucigrama del *Telegraph*.

—No lo sé. Nunca la dejas hacer nada. Mamá hacía lo mismo conmigo después de la varicela que tuve el año pasado.

El abuelo por fin alzó la vista para mirarme.

—Hace unas semanas tuvo un... achaque raro. Así que el médico me pidió que la observase, eso es todo.

Ahora me doy cuenta de que ese modo de hablar era típico del abuelo. Lo que denominó un «achaque raro» había sido de hecho un ataque epiléptico, después del cual habían enviado a la abuela al hospital (tras cuatro semanas de espera) para que le hicieran un escáner cerebral. Ahora estaban esperando los resultados, pero ambos eran conscientes de que podían ser malos. La explicación más plausible del ataque era que hubiese un tumor cerebral, y muchos de los pacientes de gliomas cancerosos fallecían al cabo de pocos meses.

Naturalmente, yo en ese momento no sabía nada de todo esto. No sabía que la sombra de la muerte, con toda su terrible irrevocabilidad, había aparecido de un modo tan repentino, sin invitación, y permanecía suspendida sobre ellos dos. Pero al menos sí me di cuenta de algo: me percaté de que la abuela y el abuelo parecían más unidos que ningún adulto al que conociese, y esa unión se manifestaba no solo como una necesidad constante de proximidad física, un rechazo a perder de vista al otro, sino también en un perpetuo estado de —a falta de una expresión mejor— cariñosa irritación. Casi cada una de las palabras que se dirigían mutuamente tocaba alguna fibra sensible, provocaba alguna convulsión malhumorada como respuesta, pero eso no era sino la evidencia de la casi insoportable ansiedad con la que ambos vivían, de la renovada conciencia del amor que sentían el uno por el otro, que había vuelto a prender ante la perspectiva de perderse.

Como ya he dicho, yo entonces no comprendí nada de todo esto, pero sí fui consciente de las manifestaciones externas que provocaba. Lo que de verdad me preocupaba de Alison durante los primeros días de nuestra visita era lo receptiva que parecía a lo que sucedía a su alrededor. Una tarde, al ver a mis abuelos sentados en el jardín tomando el té con las manos entrelazadas en el espacio que quedaba entre sus sillas de plástico, dijo: «Mira a esos dos. Esperemos que nosotras nunca lleguemos a vernos así, ¿eh?», y nunca perdía la ocasión de dejar bien claro lo ancianos y decrepitos que le parecían.

No tardé en darme cuenta de que ella y yo teníamos pocas cosas en común; la verdadera amistad se daba entre nuestras madres, no entre Alison y yo. En el colegio no estábamos juntas tan a menudo como para mosquearnos la una con la otra; aquí, compartiendo casa e incluso dormitorio, nuestra relación ya resultaba algo tensa. Otra cosa que había empezado a molestarme era cómo captaba todo lo que yo sentía e intentaba convertirlo en algo propio. El fallecimiento de David Kelly fue un ejemplo.

—¿Qué haces? —me preguntó un sábado por la mañana, cuando después del desayuno me encontró en la sala de estar intentando leerme de cabo a rabo el *Daily Telegraph* del abuelo.

Era evidente lo que estaba haciendo.

—Estoy leyendo el periódico.

—¿Desde cuándo te interesan las noticias?

—¿Sabes siquiera que en los últimos meses ha habido una guerra?

—Claro que lo sabía —aseguró Alison—. Pero siempre hay guerras. Mi madre dice que la guerra es estúpida y que la gente es estúpida.

—Bueno, en esta ocasión no teníamos opción. Teníamos que ir a la guerra, porque Irak tenía armas nucleares apuntándonos y nos podrían haber aniquilado con una bomba atómica en cuarenta y cinco minutos.

—Venga ya. ¿Quién lo dice?

—Tony Blair.

Por primera vez, Alison parecía demostrar un atisbo de interés. Señaló la primera

página del periódico.

—¿Y quién es este tío?

Le expliqué quién era David Kelly —lo mejor que pude tanto por mis conocimientos como por mis habilidades oratorias— y las circunstancias en que había muerto. A mitad de mi algo confusa explicación vi que Alison volvía a perder el interés, pero percibía que a mí la historia me preocupaba y quería compartir esa inquietud, ya fuese por mostrar complicidad conmigo, ya por apropiársela, para decir que ella la había descubierto. Y centró su interés en un detalle: el descubrimiento del cadáver del doctor Kelly, apoyado contra un árbol en aquella solitaria colina boscosa.

—Uau, da miedo —dijo, sin entender en mi opinión lo que era de verdad importante—. Imagínatelo. Una mañana sales a dar una vuelta, para pasear a tu perro o lo que sea, y de repente... te encuentras con eso, justo en tu camino.

—Sin embargo, nadie sabe a ciencia cierta por qué lo hizo —le dije—. El abuelo dice que la culpa es de Tony Blair, pero es que él odia a Tony Blair...

A Alison no le importaba nada todo eso. De lo único que ella quería hablar era de aquella imagen, que parecía rondarle por la cabeza como una escena sacada de una película de terror.

—Joder —dijo—. A mí eso me haría flipar. Encontrarse un cadáver. En medio de la nada.

La miré fijamente, sintiendo de pronto una oleada de odio. Había vuelto a utilizar aquella palabra en casa de mis abuelos. Quería afeárselo y estaba furiosa porque no me salían las palabras. Era una cobardica. Una gallina.

Alison poseía un aparato que en ese momento me pareció literalmente mágico. Se llamaba iPod, y pese a que no era mucho más grande que una caja de cerillas, por lo visto era capaz de almacenar miles y miles de canciones, que podías llevar contigo a donde quisieras para escucharlas cuando te apeteciese. Era de un bonito y limpio color blanco y tenía una ruedecilla en el centro que se movía con el dedo.

Sin embargo, pensé que era más bien triste que, con tanta capacidad de almacenamiento, Alison escuchase a todas horas el mismo álbum. Se lo ponía una y otra vez, y cuando no lo hacía, me obligaba a escucharlo a mí.

—Tu madre tiene una voz bonita —le dije, mientras me sacaba de las orejas los auriculares impregnados de un poco de cera y le devolvía el aparato. En realidad no había prestado demasiada atención a la canción que me hacía escuchar por enésima vez. De un modo precoz, en aquel entonces a mí ya me interesaba más la música clásica y en casa mi CD favorito era una grabación del *Réquiem* de Fauré.

—¿Sabes?, cantó esta canción en *Top of the Pops* —me comentó Alison.

—Sí, ya me lo habías dicho.

—Es muy famosa.

—Lo sé. Me lo has contado. Pero... pero eso fue hace años, ¿no? —Llevaba tiempo queriendo decirle eso, pero hasta entonces no había encontrado el modo.

—¿Y qué? —se enojó Alison, y se metió el iPod en el bolsito que llevaba—. Sigue cantando, ¿sabes? Graba demos y cosas así. Siempre puedes volver al escenario.

Era última hora de la tarde y estábamos sentadas a los pies de la torre negra, con la espalda apoyada en el reluciente muro de ladrillo visto. En los últimos días habíamos perdido el miedo a explorar solas y quedarnos fuera hasta que casi oscurecía. La mayoría de las veces nos dirigíamos a Westwood, que a estas alturas ya conocíamos bien, aunque como niñas de ciudad no acabábamos de hacernos a la idea de que podíamos pasearnos libremente y a voluntad por aquel extenso trecho de páramo y bosque. Nos gustaba ir allí porque teníamos la esperanza de volver a ver a la Loca del Pájaro, que yo le había descrito detalladamente a Alison, ya que su imagen se me había grabado de un modo indeleble en la memoria en aquel fugaz encuentro cuatro años atrás. Según los abuelos, seguía viviendo en Beverley, en una mansión que le había dejado en herencia al morir la anciana de la silla de ruedas. Su verdadero nombre era, por lo visto, señorita Barton.

—Parece que a la gente esa mujer no le cae muy bien —le expliqué a Alison—. Dicen que no tendría que haberse quedado con la casa. La abuela dijo que algo olía mal en ese asunto.

—¿Que algo olía mal? ¿Y eso qué quiere decir?

—No lo sé.

—Quizá... Quizá esa mujer asesinó a la anciana. Para quedarse con la casa.

Típico de Alison, pensé. Ridícula y exagerada.

—No seas idiota —le dije, ante lo que Alison guardó silencio. Preocupada por si la había ofendido y decidida a continuar la conversación, añadí—: Ya no tiene el pájaro.

—Entonces lo más probable es que no venga mucho por aquí —comentó ella, poniéndose en pie—. Venga, vámonos.

—De acuerdo. —Yo quería regresar a casa para poder ver una de mis series de humor favoritas—. De todos modos, ya son casi las nueve.

—Las once en Corfú —dijo Alison, incapaz de acelerar el paso, de modo que tuve que ralentizar el mío para ir a su ritmo—. Ya casi es hora de ir a dormir. No sé si una de nuestras madres ya habrá tenido suerte.

—¿Suerte? —No entendí qué quería decir—. No creo que se hayan ido de vacaciones a jugar ni nada por el estilo.

Alison soltó una desagradable carcajada con aires de superioridad.

—Vamos, Rache. Ni siquiera tú puedes ser tan inocente. —Y ante mi cara de desconcierto añadió—: ¿Y entonces por qué crees que han viajado juntas?

—No lo sé... Todo el mundo necesita tomarse unas vacaciones de vez en cuando.

—Las dos son solteras. Llevan años solteras. ¿No lo pillas? Han ido a buscar hombres.

La idea me horrorizó y me indignó.

—No seas asquerosa —le dije.

—¿Qué hay de asqueroso en eso?

—Cállate, Alison. Estoy harta de ti.

—Tienes que abrir los ojos.

—Ni siquiera sabes de lo que estás hablando. —Luchaba por contener las lágrimas.

—Claro que lo sé. Y no veo dónde está el problema. Si tu madre quiere irse al extranjero una semana y dedicarse a echar polvos como una loca con un camarero griego, ¿por qué no iba a poder hacerlo?

Durante unos segundos permanecimos en un tenso silencio. Hasta que le arree una bofetada en la mejilla con todas mis fuerzas. Ella lanzó un grito de dolor y se cubrió la cara con las manos, y yo aproveché para tirarla al suelo de un empujón. Después rompí a llorar y salí en estampida en dirección a casa de los abuelos. Eché la vista atrás una sola vez y ella seguía allí sentada, sobre la amarillenta hierba reseca, frotándose la mejilla y mirándose.

No llegué a ver la serie de humor de la tele, porque cuando llegué a casa el abuelo estaba viendo un programa político en otro canal. Parecía ponerle de muy mal humor,

pero cuanto más se indignaba, más interesado se mostraba en seguir viéndolo. Era un reportaje sobre tráfico de personas y trabajos forzosos en la Inglaterra moderna. Evidentemente, yo no había oído ninguna de esas dos expresiones en mi vida, y cuando el locutor empezó a hablar de trabajadores inmigrantes sometidos a condiciones de «esclavitud» me quedé muy desconcertada, porque a mí la palabra «esclavitud» me llevaba directa a los esclavos encadenados o azotados con un látigo por musculosos guardianes a pecho descubierto en galeras romanas. Pero el tema de ese programa, en cierto modo, resultaba igual de horripilante: no tardé en angustiarme por la letanía de historias sobre trabajadores de la construcción y del campo a los que se obligaba a trabajar durante jornadas interminables y que vivían hacinados en grupos de hasta veinte personas en algún horrible cuarto alquilado.

—¡Qué vergüenza! —no paraba de repetir el abuelo, pero antes de que pudiese convenir, me aclaró que se refería a algo completamente distinto—. Semana tras semana, la BBC nos endosa esta propaganda izquierdista. Si a estos letones y lituanos no les gustan los trabajos que les ofrecen en Gran Bretaña, deberían volver a sus casas y buscarse uno mejor. ¿Sabías que ahora hay una tienda en Selby que solo vende comida polaca?

Creo que esta pregunta iba dirigida a la abuela, pero ella hacía rato que había salido de la habitación. Como el abuelo no parecía necesitar una audiencia, yo también me escabullí con discreción y subí para meterme en la cama. Alison todavía no había vuelto y lo lógico era que me preocupase, pero seguía demasiado enojada con ella para hacerlo.

Debí de quedarme dormida enseguida. El cielo que asomaba por los bordes de las cortinas todavía era de un azul oscuro cuando noté que una mano me zarandeaba el hombro. Abrí los ojos medio dormida. Era Alison, por supuesto.

—¿Qué? ¿Qué haces? Estaba dormida.

—Lo sé, pero esto es importante.

Con cierta reticencia, me incorporé para sentarme en la cama. Abrí por completo los ojos y lo primero en lo que me fijé fue que Alison estaba temblando.

—¿Qué te ha pasado?

—He visto uno, Rache —dijo con voz temblorosa—. Acabo de ver uno en el bosque.

—¿Un qué?

—Un cuerpo. Un cadáver.

Nuestras miradas se cruzaron. Yo no dije nada.

—Lo acabo de ver —añadió, como si esa inmediatez, de algún modo, diese más credibilidad a lo que me decía.

Volví a echarme mirando hacia la pared y le di la espalda.

—Alison, eres patética.

—Lo he visto, Rachel..., de verdad.

Me volví y la observé.

—Un cadáver, ¿no? En el bosque. Como ese hombre del periódico. ¿Estaba apoyado contra un árbol?

—Sí —dijo Alison, y ahora había tal angustia y ansiedad en su voz que por primera vez llegué a pensar que quizá decía la verdad.

—No te creo —le dije de todos modos—. Para nada.

—Ha sido aterrador. Tenía la cabeza... levantada cuando me acerqué a él, de modo que parecía que me miraba. Tenía los ojos abiertos. El pelo gris, largo y enmarañado. La piel era amarillenta... y estaba con las piernas estiradas y el cuerpo lánguido. Era tan delgado...

Volví a sentarme y la miré con atención. Tenía una desafortunada tendencia a ser crédula cuando la gente me gastaba bromas pesadas de ese tipo.

—¿Qué llevas en la mano? —le pregunté, clavando la mirada en ella.

Alison sostenía un naipe.

—Lo he recogido en el bosque —dijo—. Había un montón, desparramados a su alrededor.

Cogí la carta de su mano. En el dorso había un estampado de diamantes amarillos y negros. Al darle la vuelta descubrí el dibujo de una araña. Era un ser grotesco y horripilante, alzado sobre dos de sus patas y elevando con fiereza las restantes como retando a alguien al combate. Recortado contra el lustroso fondo negro del naipe, el vientre verde claro del bicho resplandecía con una revulsiva claridad. El dibujante había trazado docenas de ásperos pelos por el hinchado vientre, de la parte inferior del cual, en un detalle que me repugnó particularmente, colgaba una suerte de saquito lleno de Dios sabe qué. Pese a que el dibujo era tosco y caricaturesco, conseguía de algún modo ser al mismo tiempo muy realista.

Cuando le devolví la carta a Alison estremeciéndome, ella me envolvió con los brazos, hundió la cabeza en mi cuello y me abrazó con fuerza. Todavía temblaba, y a partir de ahí no tuve más remedio que creerme todo lo que me acababa de contar.

—Este es el árbol —dijo—. Este de aquí.

—¿Estás segura?

Era la mañana siguiente, un día radiante, soleado y caluroso. Mientras explorábamos la zona boscosa que se extendía por la hondonada al este de Westwood, los rayos del sol se filtraban entre el techo de hojas que teníamos encima, y cuando llegaban hasta nosotras la luz era de un precioso color verde lima. El aire era fresco y los únicos sonidos que se oían eran el ocasional piar de los pájaros y el lejano murmullo del tráfico. Era el tipo de lugar al que una iría para hacer un pícnic o para tumbarse junto a un árbol para leer un libro. Pero resulta que nosotras estábamos buscando un cadáver.

—Aquí no hay nada —señalé, después de permanecer ambas allí plantadas durante un rato observando el vacío escenario cubierto de hierba. No hay ningún mal en enunciar lo obvio de vez en cuando.

—Ha desaparecido —convino Alison.

¿Qué se suponía que teníamos que hacer ahora? Había leído los suficientes libros de aventuras protagonizados por pandillas de chicos y misterios de Sherlock Holmes para saber que en esas circunstancias había un procedimiento que seguir. Me acuclillé y me puse a examinar con detenimiento el suelo.

—¿Qué haces? —preguntó Alison.

—Busco pistas.

Alison se acuclilló a mi lado.

—¿Qué tipo de pistas?

—No lo sé. —Pensé en mencionarle las pisadas y las huellas dactilares, pero me pareció muy anticuado. Entonces recordé algo que había visto hacía poco en un programa de televisión—. ADN —le dije con un tono de autosuficiencia—. Siempre se encuentra ADN en el escenario del crimen.

—De acuerdo.

Ambas nos pusimos a examinar minuciosamente la zona, separando las briznas de hierba con las yemas de los dedos.

—¿Qué aspecto tiene el ADN? —preguntó Alison.

—Creo que es más bien... viscoso. —No tenía ni la más remota idea de lo que estaba diciendo—. Viscoso y transparente.

—Bueno, no veo nada con ese aspecto.

Alison no tenía tanta paciencia como yo. Enseguida se volvió a poner de pie y se limitó a mirar de un modo disperso a su alrededor sin buscar nada en concreto. Yo chasquéé la lengua y continué la búsqueda. Tal vez lograrse dar con algo significativo: un botón descosido, o un pedazo de tela desgarrada. O tal vez eso fuese, después de

todo, una completa pérdida de tiempo; la mera prolongación de una broma pesada que Alison me estaba gastando en venganza por la bofetada que yo le había propinado la noche antes, que ella no había mencionado desde entonces y por la que yo todavía no me había disculpado.

Al poco rato me di cuenta de que Alison había desaparecido. No sabía adónde había ido. Lo único que percibía era que el bosque estaba cada vez más silencioso. Hasta los pájaros parecían haber dejado de canturrear y no se oía ni un solo coche pese a que la carretera estaba a solo doscientos metros de allí. De modo que cuando oí el chasquido de una rama o ramita cerca de mí fue casi como si hubiera oído un disparo. Me incorporé de golpe y observé a mi alrededor en todas direcciones. Pero allí no había nadie.

—¿Alison? —dije.

No hubo respuesta.

Permanecí inmóvil uno o dos minutos, todavía acuclillada. El silencio volvía a ser absoluto. Estaba claro que el ruido lo había producido algún pajarillo saltando de una rama a otra, o tal vez un conejo (habíamos visto uno o dos aquellos últimos días), o Alison empeñada en jugar al escondite. Pero no había por qué preocuparse. Podía seguir rastreando pistas.

El segundo ruido fue más fuerte que el primero, y parecía proceder de un punto a unos diez metros a mi izquierda. Esta vez fue más estruendoso que una simple ramita partiéndose, sonó como una inconfundible pisada en el sotobosque. En ese mismo instante vi —o creí ver— el difuso movimiento entre los matorrales de un objeto o una silueta. El rumor de algo moviéndose, nada más. Y después todo volvió a la quietud y el silencio.

Alison. Tenía que ser ella. ¿A qué estaba jugando?

—¿Alison? —la llamé—. Alison, ¿dónde estás?

La situación empezaba a resultar fastidiosa. O más bien yo hacía todo lo posible por encontrarla tan solo fastidiosa, mientras trataba de hacer caso omiso a la aceleración de mis latidos y al sudor que había empezado a perlar mi frente. Me puse en pie, lenta y cautelosamente, convencida de que era importante hacer el menor ruido posible. Dirigí la mirada hacia los matorrales de los que me había parecido que procedía el ruido y donde había creído vislumbrar un fugaz movimiento. La tentación de echar a correr era cada vez más intensa. Pero decidí no precipitarme. Con un prudente y estudiado movimiento me volví ciento ochenta grados, en la dirección contraria a los arbustos, fuera cual fuese el peligro que mi febril mente había decidido que se agazapaba tras ellos. Una docena de pasos me permitirían salir de esa densa zona boscosa en que se apiñaban árboles y arbustos y llegar a un espacio más abierto del bosque. Entonces, y solo entonces, podría empezar a correr.

Pero solo había dado unos pasos cuando algo captó mi atención e hizo que me detuviese. Vi, enganchado entre las ramas de un arbusto, por encima de la altura de mis ojos, otro naipe como el que había encontrado Alison, solo que en este caso lo

que aparecía en él era un pez en lugar de una araña. Un pez de rayas azules y amarillas sobre un lustroso fondo negro. Y, como en el caso de la araña, había algo inquietante, incluso repulsivo, en la caricaturesca simplicidad del dibujo, en el modo en que sobresalían los ojos del pez y su boca colgaba bobaliconamente entreabierta. ¿Era esa la pista que había estado buscando subconscientemente? No tenía ni idea de qué relación podía existir entre esos naipes y el macabro hallazgo de Alison en el bosque la noche anterior, pero ahora parecía de una importancia capital que recuperase esa posible prueba. Estiré el brazo, pero la carta, para mi desesperación, quedaba por los pelos fuera de mi alcance. Me acerqué más y me puse de puntillas. Si me estiraba más era evidente que me caería. Ahora ya casi podía tocarla. Un par de centímetros más y lograría agarrarla entre los dedos.

Y en ese momento apareció de la nada otra mano —la mano de un adulto— acercándose a la carta y la agarró.

Lancé un grito ahogado, me volví y allí estaba, justo detrás de mí. Tenía el rostro enrojecido de rabia. Su cabello al rape, los piercings y los tatuajes del cuello eran como los recordaba. Sus ojos grises me perforaron.

La Loca del Pájaro.

—Esto es mío, muchas gracias —dijo.

No sé de dónde salió, pero de pronto —fuese cual fuese la explicación— Alison estaba a mi lado. Aterrorizadas, nos encaramos juntas a la fantasmagórica aparición. La miramos y ella nos miró, sin que nadie dijese una palabra. Era como una competición para ver quién sostenía la mirada más tiempo. El silencio del bosque nos envolvía.

—¿Hay más de estos por aquí? —preguntó ella por fin.

—Creo... que no, señora —titubeó Alison.

—Tengo que recuperarlos. Todos. Y vosotras no vais a decir ni una palabra de esto.

—Sí, señora —dijimos más o menos al unísono.

—Bien. Y ahora largaos.

No nos movimos. Estábamos demasiado estupefactas.

—¡AHORA! —gritó ella.

Y entonces sí que nos largamos, salimos del bosque corriendo todo lo rápido que pudimos, atravesando Westwood en busca de seguridad, nuestros pequeños cuerpos eran un torbellino de piernas dando zancadas y brazos balanceándose, nuestras siluetas fugitivas reducidas a lo insignificante contra la indestructible e inmutable mole de la torre negra que se alzaba detrás de nosotras.

La casa de mis abuelos no nos proporcionó el refugio que esperábamos. Al regresar allí nos encontramos con que la sala de estar estaba repleta de gente. Repleta de ancianos, para ser precisos: mirases a donde mirases, no se veían más que cabellos plateados y tazas de té. Después de echar un vistazo a este grupo (el abuelo y los vecinos de la casa de al lado fueron los únicos rostros que reconocí), emprendimos una rápida retirada hacia la cocina, donde la abuela estaba colocando galletas de chocolate y de crema en varias bandejas.

—¿Qué es esta reunión? —pregunté.

—La sección local del club conservador —me explicó la abuela—. Nos toca ser los anfitriones.

—Parecen un montón de reliquias —comentó Alison.

—No os preocupéis —dijo la abuela—. Llevad esto a la sala, por favor. Me voy a sentar un rato.

Nos dio una bandeja a cada una y nosotras, nerviosas, recorrimos la sala con ellas. Cuando aparecimos por la puerta, el vecino del abuelo (que, como descubrí más tarde, se llamaba Sparks) estaba soltando un discurso sobre el tema de los vagabundos, otra palabra que no había oído en mi vida.

—Los vagabundos —proclamaba— se están convirtiendo en un problema serio en Beverley y alrededores. El ayuntamiento debería tomar cartas en el asunto, pero la verdad es que no parecen tener ni ganas ni medios. —En ese momento se dio cuenta de que yo sostenía una bandeja con galletas de crema ante sus narices—. ¡Ah! ¿Hay una para mí? Muy amable.

—Como de costumbre —dijo una mujer con unas gafas de montura metálica inquietantemente puntiagudas sentada en el sillón del abuelo—, Norman ha puesto el dedo en la llaga. Mi apreciación es puramente anecdótica, pero en el mercado del sábado noté un claro incremento de presencia de... *indeseables*. —Prácticamente canturreó la palabreja, con una profunda y punzante voz de contralto, alargando la última sílaba hasta como mínimo una redonda—. Es innecesario recalcar que muchos de ellos pertenecen a las *minorías étnicas*. —En el preciso momento en que pronunciaba estas dos últimas palabras se percató de la presencia de Alison, que, plantada ante ella, le ofrecía una galleta de chocolate con la más dulce de las sonrisas—. Oh, gracias, querida —dijo del todo aturullada—. Por supuesto que no pretendía..., no me refería en absoluto a...

Volvimos a la cocina con las bandejas todavía medio llenas de galletas y nos pusimos a comérmolas.

—¿De qué están chismorreando ahí dentro? —nos preguntó la abuela. No parecía apreciar mucho a los amigos del abuelo.

—La verdad es que no estaba escuchando —admití—. He oído algo sobre puestos libres^[1] en el mercado del sábado.

—Me han llamado minoría étnica —dijo Alison, con perplejidad, pero también orgullo.

—Vaya grosería.

—No creo que esa mujer haya pretendido ser grosera —dije—. Me parece que se ha limitado a dejar constancia de que eres de una... cultura diferente.

—Que disparate. Alison es de la misma cultura que cualquiera de nosotros. ¿No es así, cariño?

—Bueno, en realidad no —dijo Alison—. Soy de Leeds. —Cogió la última galleta de crema y se la metió entera en la boca—. En cualquier caso, el que es negro es mi padre y apenas lo veo. Mi madre es blanca como ellos, de manera que no sé de qué hablan.

—Exacto —dijo la abuela, y todas guardamos silencio.

—En cualquier caso, ¿qué es un conservador? —se me ocurrió preguntar.

—Bueno —dijo la abuela—, supongo que un conservador es alguien a quien le gusta que las cosas sigan tal como están. Consideran que el mundo es en esencia tal como debería ser y no deberíamos empeñarnos en cambiar gran cosa.

Tras reflexionar un momento al respecto, dije:

—Suenan bien. A mí también me gustan las cosas como son. ¿A Tony Blair no?

—El señor Blair es el líder del Partido Laborista —me explicó la abuela—, que en el pasado creía en una cosa llamada socialismo. Los socialistas consideran que el mundo podría transformarse en un lugar mucho más justo para todos, pero para conseguirlo hay que cambiar cosas y a veces desechar otras que son tradicionales y tal vez sean ya un poco caducas.

—¿Pero ya no cree en eso?

—Bueno..., nadie está muy seguro de en qué cree.

—¿Y tú, abuela? ¿Tú de cuáles eres?

Dejó escapar un profundo suspiro.

—Si te soy sincera, Rachel, ahora mismo creo que soy una de esas personas que empiezan a considerar que nada de todo eso tiene la más mínima importancia.

Nos dio la espalda, tal vez porque estaba tratando de no llorar, aunque ni Alison ni yo nos dimos cuenta. Desde nuestra perspectiva, la conversación se estaba volviendo aburrida, y teníamos noticias mucho más interesantes que contarle.

—Ooh, abuela, adivina a quién hemos visto en el bosque —le dije—. A la Loca del Pájaro. Nos ha dado un susto tremendo.

Alison me miró, un mudo recordatorio de que esa mujer nos había dicho que no se lo contásemos a nadie. Pero ahora que yo ya había roto el secreto añadió:

—Estábamos dando un paseo, sin meternos con nadie, cuando ha aparecido de repente de detrás de un árbol. Era como si quisiese asustarnos. Casi nos provoca a las dos un ataque al corazón.

—Oh, cariño —dijo la abuela—. Debe de haber sido horrible para las dos. Desde luego esa mujer es la persona más desagradable y retorcida... —Frunció los labios—. Si de verdad os ha asustado a propósito, supongo que yo debería..., alguien debería ir a quejarse... —Fue moderando su indignación, sin duda nada entusiasmada ante la perspectiva de enfrentarse a esa mujer.

Me dio pena y dije:

—No te preocupes, abuela. No hay ninguna necesidad de hacerlo. ¿Verdad que no, Ali?

Miré a mi amiga para que corroborara mi comentario, pero ella preguntó:

—¿Dónde vive esa mujer?

—Hay un camino estrecho —explicó la abuela, mientras empezaba a enjuagar las bandejas de galletas bajo el agua caliente que sale de Newbegin. Lo llaman el Callejón Innecesario, porque no lleva a ningún lado. Allí es donde vivía la señora Bates. Y cuando falleció le dejó la casa a la señorita Barton.

—Me pregunto por qué lo haría.

—Sí, mucha gente se hizo la misma pregunta —dijo la abuela—. De hecho, hicieron algo más que preguntárselo. Se indignaron, lo cual fue un poco idiota por su parte.

—Sí —convine—. Porque en realidad no era asunto suyo, ¿no?

—Exacto. Pero a la gente le gusta criticar.

—¿Cuál es el número de esa casa? —inquirió Alison. Intentaba sonar informal, pero yo sabía que había algún objetivo secreto tras esas preguntas.

—De memoria no me acuerdo —le respondió la abuela—. Pero es imposible equivocarse. Es la casa con la fachada cubierta de hiedra y rodeada de arbustos de laurel y Dios sabe qué más, y el edificio está recubierto con una malla para los pájaros.

—¿Pájaros?

—Oh, sí. Tiene allí un auténtico aviario. Periquitos, canarios y un montón de especies más.

—¿Y no tiene cernícalos? —pregunté esperanzada.

—No. Ya no tiene ningún cernícalo. No sé qué fue de él.

Parecía que ya habíamos exprimido todos los conocimientos de la abuela sobre este asunto, pero durante el proceso ella había llevado nuestra curiosidad a su punto álgido. Cuando subimos a nuestra habitación para discutir los planes para el resto del día, yo sabía exactamente qué iba a proponer Alison.

—No tenemos por qué entrar —insistió—. Solo quiero ver qué aspecto tiene. ¿No quieres ver todos esos pájaros y demás?

Era cierto, yo deseaba con toda mi alma ver dónde vivía la Loca del Pájaro, pese a que me daba un miedo de muerte. De modo que esa tarde Alison y yo fuimos en busca del Callejón Innecesario.

No nos llevó mucho rato llegar allí. Newbegin era una calle larga de un único

sentido que llevaba desde Westwood hasta el centro del pueblo. El callejón salía de esa calle hacia la izquierda, al principio entre las paredes exteriores de dos casas muy altas, y ese tramo era tan estrecho que apenas cabíamos las dos juntas. Pero enseguida se ensanchaba y se convertía en una calle adoquinada que discurría entre enormes y venerables mansiones dieciochescas a ambos lados. La que nosotras buscábamos no podía ser más fácil de distinguir. Estaba bastante apartada de las otras y separada del vecino más próximo por un largo muro bajo que rodeaba el descuidado, por no decir caótico, jardín delantero. En la puerta principal estaba el número de la casa en piezas plateadas oxidadas. Era el número 11.

Supongo que la casa era de ladrillo, pero era imposible saberlo mirando la fachada. Estaba por completo cubierta de plantas de un tipo u otro, sobre todo hiedra, aunque había también muchas otras variedades trepadoras que yo no era capaz de identificar, todas entremezcladas, entrelazadas y enredadas entre ellas en una densa jungla verde. En medio de todo eso, docenas de pajarillos daban saltitos, aleteaban o descansaban; algunos de ellos eran exóticos y de colores vivos, pero la mayoría eran de especies comunes, gorriones, tordos y este tipo de aves. Una red verde oscuro se extendía por toda la fachada de la casa para evitar que los pájaros se escapasen. En realidad estaban encerrados en una enorme jaula repleta de vegetación, pero parecían la mar de felices y no paraban de lanzar coros de trinos que contrastaban con el siniestro ambiente de la casa de la Loca del Pájaro. No pude evitar fijarme en la densidad de la hiedra que escalaba los muros, trepando también por las ventanas, la mitad de las cuales estaban casi por completo cegadas, de modo que imaginé que la mayoría de las habitaciones debían de ser oscuras a cualquier hora del día. Me alegré de que la hubiésemos encontrado y de que hubiéramos visto los pájaros, pero seguía siendo el tipo de casa de la que una tiene ganas de alejarse a toda prisa, el tipo de casa que te provoca pesadillas. Pensé que solo alguien chiflado querría vivir en ella, o incluso tan solo entrar, o acercarse más de lo que nosotras nos habíamos acercado.

Y en ese momento Alison empujó sin complejos la verja y se adentró en el jardín.

—¿Qué haces? —susurré—. Me has dicho que solo echaríamos un vistazo.

Se volvió y me dirigió una retadora sonrisa.

—¿Vas a venir?

—¿Venir adónde?

—Vamos. Al menos echemos un vistazo a través de las ventanas de la planta baja.

—¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué pretendes encontrar?

Sin darme cuenta, yo misma ya me había adentrado unos pasos y me había plantado al lado de Alison en el jardín delantero, con el corazón palpitando en mi caja torácica con un ímpetu que resultaba doloroso.

—¿Has olvidado lo que vi en el bosque anoche?

—Lo que creíste ver —murmuré entre dientes. Todavía tenía mis sospechas sobre la relación entre la muerte de David Kelly y ese oportuno descubrimiento de Alison.

—Sí, pero ten en cuenta —dijo Alison mientras se abría camino a través de un

montón de rocalla que se había desparramado por el sendero del jardín— que es bastante probable que esta mujer tenga algo que ver con eso.

—¿Cómo has llegado a esta conclusión? —le pregunté. A mí me parecía un enorme salto deductivo.

—¿Por qué si no habría querido asustarnos en el bosque como lo ha hecho?

En ese momento, mientras nos acercábamos a la puerta de la casa, Alison tropezó con una piedra más grande que las demás esparcidas por el caminito y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Joder —dijo. Parecía un traspie de nada, pero se sentó en el suelo para frotarse la pierna.

—¿Estás bien?

—Desde que me caí de aquel árbol la pierna todavía me duele, ¿sabes?

—¿En el mismo punto?

—Sí.

Inquieta, eché un vistazo a mi alrededor, presa de la creciente e irracional sensación de que alguien nos observaba. Y entonces me fijé en algo.

—¿Encima de qué te has sentado?

—¿Eh?

Alison cayó de pronto en la cuenta de que se había sentado sobre una especie de sillón metálico, rodeado de frondosos arbustos, algunos de los cuales se habían enredado en él, fijándolo en el suelo. De hecho era una silla de ruedas. Alison se levantó de un salto, como si hubiera entrado en contacto con algo contaminado.

—¡Puaj! ¿Qué hace esto aquí?

—Debe ser la silla que utilizaba la señora Bates —dije, intentando sin éxito desenredar un tallo de hiedra de entre los ejes de una de las ruedas tirando de él—. Habrá estado aquí desde que murió.

—Dios, todo esto es muy raro. Vamos, echemos un vistazo por las ventanas y después nos largamos de aquí.

Con sigilo, nos acercamos más a la fachada. Hasta que plantamos las narices contra la red y uno o dos de los pajarillos más atrevidos e inquisitivos saltaron de sus frondosas perchas para echarnos un vistazo más de cerca. Tal vez se acercaban en busca de migas de pan, pero no teníamos nada que ofrecerles. Escrutando a través de los abundantes zarcillos de la hiedra, apenas pudimos vislumbrar algo tras una de las ventanas de la planta baja, pero la habitación que atisbamos parecía vacía y en cualquier caso estaba tan oscura que no distinguíamos nada, excepto que parecía haber un enorme y sombrío cuadro colgado de una de las paredes. La segunda ventana de la planta baja daba a la misma habitación. Una vez cumplida la misión, consideré que ya habíamos salvado el honor y podíamos emprender una retirada digna.

Sin embargo, Alison tenía otros planes.

—¿Y ahora adónde vas? —El tono de mi voz era de pánico.

—Oh, vamos, no hay nadie.

—¿Cómo lo sabes?

Me apresuré para no perderla porque ya estaba avanzando por el caminito que recorría el lateral de la casa.

—Y, de todos modos, ¿qué estamos buscando?

—No lo sé —respondió Alison, con desasosiego, mirando a un lado y a otro. El camino estaba repleto de basura desparramada, que se sumaba a la que rebosaba de tres contenedores verdes. Vi montones de pinceles y botes de pintura—. Solo quería hacerme una idea..., echar una ojeada a...

Se detuvo a media frase. Para ser precisos, más que detenerse se congeló. Tenía la mirada clavada en una ventana alargada y estrecha de la parte trasera de la casa, justo por encima del suelo, por debajo del nivel de la habitación que habíamos estado escudriñando. En otras palabras, era la ventana de un sótano. Detrás del cristal cubierto de polvo y suciedad se vislumbraba el intenso resplandor amarillento de una bombilla muy potente. Y ese resplandor nos permitía ver con bastante claridad la sombra de una figura humana perfectamente silueteada.

La figura (no sabíamos si masculina o femenina) estaba de perfil. Estaba de pie (o más probablemente sentada) por completo inmóvil. Vislumbrábamos la silueta de un rostro: una nariz corta y chata, una barbilla prominente bajo la que colgaba piel, mechones de lacio cabello despeinado que caía casi hasta los hombros. Eso era todo lo que podíamos distinguir, pero fue suficiente para que Alison exclamase con un atónito susurro:

—¡Es él! Quiero decir... ella..., eso..., lo que fuese... —Y al final me aclaró—: Es la persona a la que vi ayer en el bosque.

Nuestras miradas se cruzaron mientras tomábamos conciencia de la situación. Ninguna de las dos era capaz de explicar qué era aquello, ninguna de las dos tenía ni la más remota idea de qué pasaba allí, pero ambas estábamos convencidas de que nos habíamos topado con algo muy gordo, algo siniestro y secreto y potencialmente explosivo. Era lo más bestial e impactante que nos había ocurrido nunca.

De pronto, se abrió una de las ventanas de la parte superior de la casa y se oyó una voz de mujer que gritaba:

—¡EH, VOSOTRAS DOS!

Ni siquiera alzamos la mirada para ver su rostro iracundo. Nos dimos la vuelta y salimos corriendo, hasta el jardín delantero y después por el Callejón Innecesario, a una velocidad que no hubiésemos creído posible.

Era muy entrada la noche, habíamos apagado las luces y yo estaba casi dormida, cuando Alison tuvo su brillante idea.

—Oh, Dios mío —dijo, mientras se incorporaba lentamente hasta sentarse en la cama—. Creo que ya lo tengo. Ya sé lo que sucede en esa casa.

También yo me incorporé, para escuchar su explicación.

—¿Y bien?

—¿Has visto *Psicosis*?

—¿*Psicosis*? ¿La película? ¿Hablas en serio? Por supuesto que no he visto *Psicosis*.

—Pero has oído hablar de ella, ¿verdad que sí?

—He oído que es la película más aterradora y horrible que se ha hecho jamás. ¿Por qué? —No pude evitar preguntárselo, pese a que su respuesta era bastante previsible—. No me digas que tú sí la has visto.

—Por supuesto que sí. La traje un día mi canguro y la vi con ella, hará unos tres años.

—¿Tu canguro? —Cada vez que accedía a una de estas pequeñas interioridades de la vida de Alison me sentía entre horrorizada y envidiosa.

—Pues sí. Era una tía enrollada. En cualquier caso, ¿sabes de qué va la historia?

—¿Me lo puedes recordar? —le dije, porque en realidad no tenía ni idea.

—Hay un tío que está chiflado, el que padece la psicosis, que vive en una casa enorme y vieja junto a la carretera. A pocos pasos de la casa hay un motel que regenta él, y cuando llega esa mujer para pasar una noche, la asesina mientras se está duchando. Después aparece su hermana, que la busca, se encuentra con ese tío y de inmediato intuye que es un psicópata, así que entra en la casa vieja y enorme en busca de la madre del tipo, porque sospecha que la puede tener allí secuestrada o algo por el estilo. La chica baja al sótano y se topa con la madre sentada en una silla. Pero resulta que está muerta.

—¿Muerta?

—Sí. Resulta que lleva años muerta y él ha estado conviviendo con el cadáver en la casa durante todo ese tiempo. A veces lo baja al sótano y otras lo sube y lo coloca echado en la cama.

Pensé en eso y me vino a la cabeza una dificultad práctica.

—¿Pero la gente no empieza a... oler un poco cuando lleva unos días muerta?

—Él la ha encurtido —me aclaró Alison con naturalidad.

Imagué el cadáver de la anciana embutido en un enorme bote, lleno de ese líquido de sabor asqueroso que conocía por los botes de cebolletas encurtidas de mamá. Cómo se podía hacer eso era algo que quedaba fuera del alcance de mi

imaginación, pero en aquel momento ese parecía ser el menor de mis problemas.

—No pretenderás decir que...

—¿Por qué no? ¿No dijo tu abuela que había algo sospechoso en que la anciana muriese y le dejase la casa?

—Sí, pero... Si matas a alguien para quedarte con su casa, ¿por qué ibas a conservar el cadáver? Lo que querrías es deshacerte de él, ¿no crees?

—Una persona normal haría eso, sí. Pero estamos hablando de la Loca del Pájaro, no lo olvides.

Pensé que había un montón de objeciones posibles a esa teoría.

—Pero tú viste el cadáver en el bosque, no en la casa.

—Sí. Lo habría trasladado hasta allí.

—¿Para qué?

—No lo sé. Para que haga un poco de ejercicio y le dé el aire. Rachel, está loca. Completamente loca. ¿Qué persona normal viviría en una casa cubierta de pájaros?

—¿Y cómo pudo trasladar el cadáver hasta el bosque? Pesaría demasiado.

Alison se mantuvo en silencio y por un momento creí que había dado en el clavo. Pero mi victoria duró poco.

—¡Claro..., en la silla de ruedas! Por eso tiene todavía la silla de ruedas en el jardín.

La explicación no me resultó convincente durante mucho rato.

—Pero estaba cubierta de hiedra y un montón de cosas más. Parecía que no se hubiera utilizado desde hace meses.

Alison hizo caso omiso a esta objeción y sacó su as de la manga.

—Eso es lo de menos. En la película, ¿sabes cómo se llama el psicópata? Norman Bates. La madre se llama señora Bates. *Señora Bates*.

No sé muy bien por qué, pero fue ese razonamiento —el más estúpido e irracional de todos— el que por fin me abrió los ojos. Tal vez Alison ya hubiera agotado mi resistencia. Pero a partir de ese momento, sin estar de acuerdo en que cada detalle de la historia fuese equivalente a cada detalle de la película (además, en cualquier caso, yo apenas conocía los detalles de la película), quedé más convencida que nunca de que habíamos topado con el auténtico epicentro de un misterio y que la Loca del Pájaro era la clave de todo, y si queríamos resolverlo, de un modo u otro tendríamos que averiguar más cosas sobre la persona —o la cosa— cuya silueta habíamos vislumbrado esa tarde a través de la ventana del número 11 del Callejón Innecesario.

En otras palabras, tendríamos que entrar en aquel sótano.

A Alison se le ocurrió otra idea brillante a la mañana siguiente.

Cuando vino a contármela, yo estaba sentada en la rama del ciruelo, tratando de encontrar un poco de sosiego y silencio.

Había sido una mañana agotadora. Durante el desayuno, los abuelos parecían inusualmente tensos. La abuela iba de un lado a otro preparando las tostadas y el té con aire ausente, y el abuelo se parapetaba tras su periódico. El titular de la portada, como de costumbre, estaba dedicado a la guerra de Irak. «Los hijos de Sadam Husein capturados y ajusticiados», decía. (O algo por el estilo.)

Mientras me untaba mantequilla en la tostada y me ponía azúcar en el té, estaba desconcertada por el silencio que ambos mantenían. Era del todo inhabitual.

—Abuelo —dije tímidamente—, ¿puedo preguntarte una cosa?

—¿Qué? —dijo en un tono que era todo menos alentador. Aun así yo continué.

—¿Seguimos en guerra con Irak?

—Es complicado —me respondió sin bajar el periódico.

—Oh.

La abuela, a diferencia del abuelo, se dio cuenta de la decepción en el tono de mi voz.

—Nadie entiende muy bien qué está pasando —intervino—. Lo único bueno es que está pasando muy lejos de aquí.

—Sadam Husein se va a poner furioso ahora que han matado a sus hijos, ¿no?

—Me parece que entre una cosa y otra ya está furioso.

—¿Pero eso quiere decir que ahora nos va a atacar? Porque sé que, antes de morir, David Kelly dijo...

Antes de que tuviese opción de seguir con mi comentario, el abuelo bajó el periódico con un gesto brusco y lanzó un resoplido de indignación.

—Tu abuela tiene cosas más importantes que hacer que responder a tus estúpidas preguntas —sentenció. Se levantó y sacó las llaves del coche del bolsillo—. Voy a sacar el coche del garaje —le dijo a la abuela—. Ella... —se refería a mí— puede encargarse de lavar los platos cuando nos hayamos ido. Y la otra puede ayudarla, si es que se levanta de la cama en algún momento.

El abuelo salió de la cocina y, en el gélido silencio que siguió, la abuela me puso la mano en el hombro y me dio un apretón.

—No le hagas caso —me dijo—. Esta mañana está muy nervioso.

Le agradecí el gesto. La actitud del abuelo me había desconcertado y alterado.

—¿Vais a algún sitio? —le pregunté.

—Solo al médico. Os vamos a tener que dejar solas un par de horas. —Frunció los labios dubitativa—. Quizá debería pedirle a la señora Sparks que pase por aquí y

os vigile un poco.

—No hay ninguna necesidad —le aseguré, decidida a cortar de cuajo la idea—. Nos portaremos bien. Ni siquiera saldremos de casa.

—Bueno, si estás tan segura... —dijo la abuela—. Supongo que no pasa nada. Si necesitáis cualquier cosa, llamad a la vecina.

Media hora después los abuelos se marcharon con el coche, los dos pálidos como fantasmas. Ahora, claro, soy consciente de que llevaban semanas esperando la llegada de esa mañana, que en esa cita a la que acudían les aclararían de una vez por todas qué había provocado el «achaque raro» de la abuela; básicamente les comunicarían si iba a vivir o a morir. Pero en aquel momento yo ni sospechaba nada de todo esto y lo único que me rondaba por la cabeza mientras recorría el jardín era el desconcierto que me había provocado el modo en que el abuelo me había hablado, y una creciente —aunque difusa— ansiedad por lo que Alison me podía proponer para continuar nuestra investigación en el número 11 del Callejón Innecesario, un asunto que empezaba a parecerme que ya había ido demasiado lejos.

En el borde del jardín, volví a subirme al ciruelo y di con mi lugar favorito entre las ramas. Adoraba aquel árbol. No había nada más maravilloso que sentarse allí sola, entre el suave crujir de las ramas, contemplando desde mi atalaya los jardines vecinos, siendo testigo de los pequeños fragmentos de vida suburbana que se desarrollaba en ellos, o alzando la cara hacia el sol, sintiendo el ligero calor en los párpados cerrados. Podría haber permanecido allí sentada eternamente. Así es como debería haber discurrido mi semana con los abuelos en todo momento. En lugar de eso, Alison la estaba arruinando con su absurda y egoísta fijación con esa historia de terror que había orquestado en torno a la Loca del Pájaro, el cadáver en el bosque y el misterio del número 11, que tal vez ni siquiera fuese tal misterio. Y ahí venía de nuevo, avanzando con paso decidido por el sendero del jardín en mi dirección, con ese ya familiar centelleo travieso en los ojos, sin duda maquinando alguna nueva sugerencia inoportuna o alguna disparatada información con la que atormentarme. De pronto fui consciente de la demoledora realidad: estaba empezando a odiarla.

—Bien —dijo, después de trepar hasta la rama para sentarse a mi lado, provocando que se bambolease y diera alguna sacudida, y partiendo con su torpeza una inocente ramita mientras se acomodaba—. Ya lo tengo todo pensado.

—¿Ah, sí? —dije manteniendo un tono neutro y tratando de mostrar el mínimo interés posible.

—La clave es... ¿qué es lo que nos impide ir allí, llamar a la puerta y entrar en la casa?

Suspiré y respondí:

—Bueno, es obvio. Que esa mujer no va a dejarnos entrar.

—Cierto —dijo Alison—. No, a menos que dispongamos de un pretexto. Por ejemplo, que tuviésemos algo que ella quisiera.

—Pero no lo tenemos —le aclaré.

—Ah —dijo Alison, con un punto de orgullo en la voz—, en realidad sí. —Alzó el naípe, el de la repugnante araña de colores chillones—. ¿Recuerdas lo que nos dijo en el bosque? «Tenéis que recuperarlos... Todos.» Pero este todavía no se lo hemos devuelto.

El corazón me dio un vuelco. Alison me estaba volviendo a pasar la mano por la cara. Era cierto: la mujer de los pájaros había insistido en que le devolviésemos hasta la última carta, así que si nos presentábamos allí tan solo estaríamos haciendo lo que nos había pedido.

—¿Entonces crees que debemos llevársela?

—Sí.

—¿Cuándo? —Yo estaba la mar de bien allí sentada. Y tenía menos ganas de moverme que nunca.

—Qué mejor momento que ahora mismo —propuso Alison entusiasmada—. Vamos, hagámoslo.

Cerramos la puerta de la casa de mis abuelos con el juego de llaves que habían dejado y nos dirigimos al pueblo. Por supuesto, estábamos rompiendo la promesa que le había hecho a la abuela de que no saldríamos de casa, pero a Alison este tipo de reflexiones no iban a disuadirla. Se puso a caminar por delante de mí con tales zancadas que llegamos al Callejón Innecesario en poco más de diez minutos. Cuando lo hicimos, era casi mediodía y el abrasador sol de julio había alcanzado su máxima intensidad. Esa mañana Beverley tenía un aspecto plácido y amigable, pero en cuanto nos metimos en ese estrecho pasaje entre los dos edificios altos, las sombras lo invadieron todo, la temperatura pareció descender y el número 11, a medida que nos acercábamos a él con pasos cada vez más reticentes (al menos en mi caso) parecía más amenazador que nunca. Un silencio denso y envolvente invadía el callejón, como había sucedido el día antes, y solo se rompió cuando nos adentramos en el jardín delantero y ya casi llegábamos a la puerta principal: primero con el ruido de nuestros pasos al rozar los zapatos con las piedrecitas del sendero y después con el melancólico piar de los pájaros atrapados en el frondoso aviario en que se había convertido la fachada de la casa.

Nos detuvimos al pie de la escalera de cuatro escalones que llevaba hasta la puerta. Dudamos. Era nuestra última oportunidad de replantearnos la aventura y dar media vuelta.

Alison cruzó una mirada conmigo. Entonces descubrí algo que hasta ese momento no había sospechado: estaba tan asustada como yo. Pero interiormente era mucho más decidida y, sin más titubeos, empezó a subir los escalones con decisión, agarró la aldaba de hierro (con forma de retorcida gárgola) y golpeó tres veces en la gruesa lámina de roble.

Hubo una larga pausa, lo suficientemente larga como para darme el lujo de sentir alivio, de tener durante unos preciados instantes la esperanza de que nadie respondiese a la llamada. Pero al final oímos unos pasos arrastrándose detrás de la

puerta, que de pronto se abrió.

Ya cargada de suspicacia, la expresión del rostro de la Loca del Pájaro se endureció todavía más al vernos.

—¡Vosotras! ¿Qué queréis?

—Por favor, señora —dijo Alison—, tenemos algo que le pertenece y hemos venido a devolvérselo.

La miré con redoblada admiración: su tono mantenía el equilibrio perfecto entre la insolencia y la melindrosa cortesía. Sostuvo en alto la carta de la araña y en cuanto la Loca del Pájaro la vio, alargó la mano para reclamarla.

—Ah, sí. Nos preguntábamos dónde estaba esta. Vamos, dámela.

Pero Alison no se la ofreció.

—Por favor, señora, hemos venido desde la otra punta del pueblo para traerle esto y tenemos sed. ¿Puede ofrecernos algo de beber, por favor?

La mujer aguzó la mirada ante la audacia de la pregunta. Se pasó la lengua por el labio inferior, reflexionando unos segundos, y dijo:

—De acuerdo. Pasad.

Nos metimos en un recibidor que era ya de por sí lúgubre, pero que se hizo todavía más oscuro cuando la mujer cerró de inmediato dando un portazo detrás de nosotras. Ella se convirtió en una sombra, un bulto de aspecto masculino que se silueteaba difuso contra la pared parduzca. Todas nos convertimos en sombras.

—Voy a buscar un poco de agua —nos dijo.

—Yo preferiría una taza de té, gracias —pidió Alison—. Con leche y dos terrones.

La mujer dejó escapar un gruñido incrédulo y dijo:

—¿Ahora? —Pero abrió una puerta y la mantuvo abierta para que pasásemos—. En ese caso, pasad.

Entramos en una habitación un poco más iluminada que el vestíbulo del que veníamos. Casi toda la luz del mediodía la filtraba la pantalla de hiedra que cubría la mayor parte de la ventana, en la que un par de docenas de pájaros daban saltitos, anidaban y nos miraban con ojillos resplandecientes y cabecitas inclinadas en un gesto de curiosidad. Estábamos en la habitación de la parte delantera cuyo interior habíamos oteado el día antes. Dominaban el espacio una larga y estrecha mesa de comedor de madera oscura con un enorme candelabro de hierro forjado en cada punta y una gran pintura al óleo de aire tenebroso, medio abstracta, medio paisajística, que ocupaba la mayor parte de la pared situada frente a las ventanas. Supuse que las paredes habían sido en tiempos blancas, aunque ahora estaban más cerca del gris. De todas las esquinas y molduras colgaban telarañas. Era una habitación particularmente fría y deprimente.

—¿Me vas a dar eso? —insistió la mujer, tendiendo la mano.

—Primero el té..., después el naipe —respondió Alison con un tonillo desafiante. La mujer la fulminó con la mirada y salió de la habitación, dando un portazo.

Me precipité hacia la puerta e intenté abrirla infructuosamente.

—Mira lo que has conseguido —gimoteé—. ¡Ahora estamos atrapadas! ¡Nos ha encerrado!

Alison se acercó con parsimonia y abrió la puerta con un gesto relajado y natural.

—Tranquilízate, ¿quieres? Estabas moviendo el picaporte en la dirección contraria. Podemos irnos cuando queramos.

—En ese caso, vayámonos —le propuse—. No nos quiere aquí. Tenía pinta de querer asesinarnos. ¿Has visto esas... cosas que lleva por toda la cara? ¡Y esos tatuajes!

—Mucha gente lleva tatuajes —dijo Alison—. Y si no nos quisiese aquí..., no nos habría ofrecido té. —Se acercó a otro lienzo más pequeño, una especie de bodegón, que colgaba junto a la puerta—. ¿Qué opinas de este? —me preguntó.

—Por el amor de Dios. No hemos venido aquí a contemplar cuadros. ¿Para qué has querido entrar? ¿Por qué no podíamos limitarnos a devolverle la carta y largarnos?

—Porque no habíamos venido a eso. Escucha..., cuando vuelva, yo me escabulliré y echaré un vistazo al sótano, así que vas a tener que mantenerla entretenida hablando.

Me horroricé.

—¿Qué? No puedo entretenerla hablando.

—Vale, entonces... yo la entretendré hablando y tú bajas al sótano.

—¡No! Tampoco soy capaz de bajar al sótano.

—Bueno, solo somos dos. Tienes que encargarte de una de las dos cosas. ¿Dirías que esto es una raqueta de tenis? ¿Y esto otro? Parece una pelota de fútbol.

Tiré de ella para apartarla del cuadro, furiosa por la despreocupación con que parecía asumir nuestra desesperada situación. Yo estaba convencida de que no saldríamos vivas de aquella casa.

—Por cierto —añadió Alison—, ¿te has fijado en lo que ha dicho?

—¿Cuándo?

—En la puerta, cuando le he enseñado la carta. Ha dicho: «Nos preguntábamos dónde estaba.» No en singular, sino en plural.

E hizo un gesto de asentimiento enfático y cargado de sentido, en apariencia feliz por este detalle que confirmaba sus teorías. Por mi parte, esta nueva prueba —si es que lo era— de la locura de la mujer del pájaro no hizo más que acelerarme el corazón. La idea de quedarme a solas con ella en la habitación me provocó un mareo. De hecho, era incapaz de hacerlo, simplemente era superior a mis fuerzas. Me iba a ver obligada a optar por lo que ahora, paradójicamente, me parecía la opción menos horrible.

—Escucha, Ali..., yo bajaré al sótano. Y tú te quedas aquí y la distraes hablando.

—¿Estás segura?

Asentí sin entusiasmo y justo en ese momento se abrió la puerta y nuestra

aterradora anfitriona volvió a entrar en la habitación con una bandeja de té en lugar de un hacha o un cuchillo para trinchar. Supongo que fue un alivio, aunque dejaba abierta la posibilidad de que intentase envenenarnos.

—Bueno, pues aquí tenéis —dijo—. Un par de tazas de té. —Dejó la bandeja sobre la mesa y movió circularmente la tetera varias veces antes de empezar a servir—. ¡Ajá! —Se percató de que Alison se había acercado al más grande de los dos cuadros—. Estás admirando mi obra de arte, ¿verdad?

—¿Lo ha pintado usted? —le preguntó Alison, ostensiblemente impresionada.

—Todos los cuadros que hay en la casa los he pintado yo.

—Fantástico. ¿Y qué lugar es este?

Sin dejar la tetera, la mujer se acercó a Alison para contemplar con más atención la tela. Pese a todo, yo también miré el cuadro. Ahora que lo observaba con más detenimiento pude ver que representaba una desoladora vista de un páramo bajo un cielo tormentoso y encapotado, pintado con unos brochazos tan violentos que a primera vista parecía un mero caos de sombras grises y negras.

—El norte de Yorkshire —explicó la mujer—. ¿Ves esta casa?

Plantó el dedo sobre un punto de la tela. Encaramada casi en la cima de una gigantesca e imponente montaña, dominando la inmensa extensión de lúgubre y monótono terreno pantanoso, se veía una adusta mansión pintada con el más negro de los negros. Ocupaba una proporción minúscula del cuadro, pero de algún modo parecía dominarlo: una delirante combinación de torres góticas, neogóticas y pseudogóticas que en conjunto a lo que más se parecían era a una mano gigantesca tratando de agarrar las nubes como movida por el convencimiento de que, pese a su vaporosa intangibilidad, se podían arrancar del cielo.

En la esquina inferior derecha del cuadro había escritas dos palabras: «Winshaw Towers». E iban seguidas por las iniciales «P. B.» y la fecha «1991».

—Esta casa existe —continuó la mujer—, trabajé en ella durante algún tiempo. Como enfermera. Hasta que una noche, hace doce años...

Se calló, perdida en un recuerdo, un recuerdo que, a juzgar por su tono, no parecía muy feliz.

—¿Hace doce años...? —la incitó a continuar Alison.

—Sucedió algo malo.

Aguardamos, pero estaba claro que no iba a entrar en detalles. Sin ningún deseo de volver a hablar o siquiera pensar en aquello, la mujer regresó a la mesa y a la bandeja del té.

—Leche y dos terrones, ¿verdad? —preguntó—. ¿Lo mismo para las dos?

—Sí, por favor —respondí, y entonces, pasmada ante mi propia osadía, puse en marcha lo que habíamos tramado—. ¿Puedo ir al lavabo?

La mujer me lanzó una mirada llena de desconfianza, pero, después de sopesar mi petición unos instantes, pareció transigir. Dándome la espalda para verter la leche, murmuró:

—De acuerdo. Hay tres puertas al final del pasillo. Es la de la izquierda. Ni se te ocurra abrir ninguna de las otras. Y vuelve enseguida.

—Así lo haré. Gracias.

Me dispuse a salir de la habitación, con pasos lentos y a regañadientes. Ahora que había llegado el momento de llevar a cabo lo planeado, seguía sin estar segura de si sería capaz de hacerlo. Alison me miró y con sus ojos me lanzó la elocuente orden de apresurarme y hacer lo que habíamos acordado. Pero yo seguía remoloneando, agarrada a una suerte de absurda inercia. Desesperada, Alison se volvió hacia la mujer y se puso a farfullar algo sobre el otro cuadro.

—¿Puede decirme una cosa sobre este? —le dijo—. Me preguntaba qué pretendía plasmar cuando lo pintó. Me refiero a que... esto es una pelota de fútbol, ¿verdad? Y esto una raqueta de tenis...

Al oír estas palabras, la mujer emitió un sonido que no habíamos oído hasta entonces —algo parecido a un gruñido—, dejó la jarrita de la leche y se acercó con paso decidido al cuadro. Fue la señal, por fin, para escabullirme, y me las apañé para salir con discreción por la puerta y deslizarme por el pasillo, desde donde todavía logré escuchar a la contrariada artista diciendo:

—¿Por qué nadie entiende este cuadro? ¡Es Orfeo, por el amor de Dios! Es la lira de Orfeo y su cabeza incorpórea arrastrada por las aguas del Hebro. ¿Cuántas veces voy a tener que explicarlo...?

La dejé con su rapapolvo y recorrí apresurada el pasillo en sombras y pasé junto a una escalera enmoquetada que ascendía a mi derecha al primer piso hasta llegar a las tres puertas al fondo.

La primera puerta por la izquierda daba acceso a un pequeño lavabo con un váter y un lavamanos. La segunda puerta, la del centro, estaba cerrada con llave. La tercera, que quedaba pegada a la escalera, estaba claro que era la que me llevaría al sótano. Recé para que esa también estuviese cerrada con llave. En ese caso, podría limitarme a regresar con Alison e informarla del fracaso de la misión. Yo en cualquier caso habría cumplido la tarea asignada. Dios mío, recé en silencio, haz que suceda esto. No me obligues a bajar. No me obligues a descender a la oscuridad.

Agarré el pomo, lo giré... y la puerta se abrió chirriando.

Lo primero que percibí fue un olor raro, a humedad y a cerrado, que emergía de las profundidades. Se mezclaban en él hedores de moho, fruta podrida y cebolla frita, o en todo caso algún tipo de comida frita, pero no era tan desagradable como me esperaba.

Lo que sí era desagradable era la densidad de la negrura que me recibió cuando di un paso adelante y eché un vistazo escaleras abajo hacia el sótano. Era prácticamente imposible distinguir nada. Extendí la mano izquierda y di con lo que debía ser una barandilla o pasamanos al que poder agarrarse. Los escalones bajo mis pies eran de cemento. Eché un último vistazo a la habitación en la que la Loca del Pájaro nos había servido el té —casi esperando encontrármela asomada a la puerta, vigilándome

— y empecé a bajar.

A medida que me acercaba al pie de la escalera, el silencio se hacía más denso y el olor ganaba intensidad. Pero, para mi sorpresa, empezó a ser un poco más fácil ver lo que tenía delante. Me percaté de que eso se debía a que la escalera conducía hasta una puerta cerrada y detrás de esa puerta había un tenue resplandor amarillento que se filtraba por sus bordes. Y por lo tanto, hubiese o no algo en el sótano, lo que sí estaba claro es que había luz. Como la que habíamos visto el día antes por la ventana.

Me detuve ante la puerta. En el silencio reinante oía los latidos de mi corazón, mi respiración y la sangre que me bombeaba en las orejas. Nada más. No se oía ningún otro sonido.

Apoyé una mano en la puerta y empujé. Empezó a abrirse.

Esta también chirrió: mucho más fuerte que la de arriba. Pero al parecer el sonido no era lo suficientemente fuerte como para molestar a la figura sentada ante la mesa en el centro de la habitación.

Desde donde yo estaba era evidente que se trataba del cadáver de una anciana. Me daba la espalda, iluminada por la intensa luz de la bombilla que colgaba justo encima de ella. Veía mechones de cabello gris colgando del cráneo hasta el borde de los hombros. Llevaba una blusa raída, muy deteriorada, casi hecha jirones, y lo que quedaba de la piel amarillenta asomaba por los agujeros. Avancé unos reticentes y aterrados pasos hacia ella, con la cabeza dándome vueltas y el estómago revuelto hasta la náusea, y pese a que sabía que estaba muerta, de un modo estúpido e irracional, no pude evitar decir con un hilo de voz:

—¿Señora Bates, señora Bates?

Pero el cadáver permaneció completamente inmóvil. Me acerqué más y comprobé que permanecía sentada —o más bien la habían colocado— frente a la mesa. Una mesa para jugar a las cartas con tapete verde. Había un Memorama desplegado sobre ella. Las cartas mostraban esos toscos dibujos ya familiares, esas imágenes de animales un poco asquerosas, y estaban emparejadas unas con otras: peces con peces, tigres con tigres, serpientes con serpientes. Solo había una a la que le faltaba la pareja, la que mostraba una enorme araña erguida sobre dos patas, que alzaba las restantes en el aire amenazadoramente como retando a alguien a combatir, mostrando el vientre verde claro con nauseabunda nitidez. Esperaba ser emparejada con la carta extraviada, la que habíamos venido a devolver.

Apartando la mirada de esa horrible pero absorbente imagen que veía detrás del cadáver, mirando por encima de uno de sus huesudos hombros, levanté la mano lentamente, preguntándome si de verdad sería capaz de tocar aquel cuerpo. ¿Se desmoronaría en cuanto posase la mano encima aunque lo hiciese con suma delicadeza? ¿Se desprendería un brazo que al caer levantaría una nube de polvo mientras los huesos repiqueteaban contra el suelo? ¿Cuánto tiempo llevaba allí? ¿En qué estado estaba?

Acerqué la mano al quebradizo y anguloso hombro.

—¿Señora Bates? —volví a susurrar.

Y entonces, en el momento en que se produjo el contacto...

... en el momento en que se produjo el contacto sucedió algo asombroso. El cadáver dio una abrupta sacudida y volvió a la vida. Se dio vuelta en la silla y en lugar de toparme cara a cara con un cráneo sin carne me encontré con un par de ojos como platos, sorprendidos, que me miraban fijamente con un aire enloquecido. Y entonces se abrió la boca y de su interior brotó un sonido horripilante. Un largo y monótono aullido animal, un grito de miedo e incompreensión de una única nota sostenida que, en el momento en que empezó a ser emitido, parecía que no iba a detenerse jamás. Lo cual significaba, claro está, que enseguida sonaron al unísono dos gritos, porque yo también me puse a gritar con todas mis fuerzas, y debió de ser la agudeza y volumen, además de lo inesperado, de mi chillido lo que hizo que la figura alzase sus brazos horriblemente delgados y golpease la bombilla, que empezó a oscilar de un lado a otro, de manera que el rostro enloquecido y deforme de aquel individuo (porque al final resultó ser un hombre, de eso no había duda) quedó envuelto en un cambiante juego de luces y sombras mientras la bombilla se mecía como un péndulo y los dos seguimos mirándonos a los ojos y gritando a pleno pulmón hasta que se oyeron pasos bajando por la escalera y lo siguiente que recuerdo...

... lo siguiente que recuerdo es que estaba sentada en la butaca más cómoda del mundo, en una habitación con luz natural, una de cuyas paredes era toda de cristal y daba a un bonito y cuidado jardín vallado, con fuentes y rosales. De fondo oía una delicada pieza de guitarra clásica. Alison estaba sentada en un taburete a mi lado, cogiéndome de la mano. En la mesilla de junto a mi butaca había una humeante taza de té, de la que tomé un sorbo: fuerte, dulce y deliciosamente revitalizador.

—¿Dónde estoy? —murmuré.

—Es el estudio de Phoebe. Es fantástico, ¿verdad?

Estaba tan agotada que me costaba un esfuerzo articular una palabra más.

—¿Phoebe?

—La Loca del Pájaro. Pero creo que ya no tenemos que volver a llamarla así. Se llama Phoebe.

Me las apañé para girar la cabeza y echar un vistazo a la habitación. En efecto, estaba repleta de telas, caballetes, botes de pintura y pinceles. Había también una mesa de comedor —más o menos la mitad de grande que la de la habitación de la parte delantera— ante la que estaba sentado el hombre del sótano, envuelto en una manta, todavía jugando al Memorama.

—¿Quién es? —le pregunté con un hilo de voz a Alison.

—No lo sabemos. Pero creemos que se llama Lu, o algo por el estilo, y que viene de China.

Se abrió una puerta y apareció Phoebe. Por lo que pude ver a través de ella, deduje que la puerta que daba a ese precioso, iluminado y aireado estudio debía de ser la segunda, la que había intentado abrir sin éxito. Al recordar eso, por primera vez volvieron a mi mente imágenes del horrible descenso al sótano. Bebí con avidez un poco más de té.

—¿Qué tal te encuentras, Rachel? —preguntó Phoebe.

—Bien, gracias —respondí. ¿Era la misma mujer que los últimos días me había dado tanto miedo? Parecía amable y cariñosa.

—No tendrías que haber bajado allí, boba. Os habéis dado un susto de muerte el uno al otro.

Sonreí.

—Sí, eso es lo que ha pasado.

Desde la mesa, Lu emitió lo que parecía un grito de satisfacción. Phoebe fue a comprobar cómo había progresado en su juego de parejas, le puso la mano en el hombro y dijo:

—Muy bien..., ¡magnífico! No te falta ninguna carta. Lo has conseguido. —A lo que añadió algunas palabras sueltas en (supongo) chino. Lu se volvió y le sonrió. Le

faltaban al menos una tercera parte de los dientes, pero aun así tenía una sonrisa encantadora.

—*Wǒ zuòdào le* —dijo con una voz áspera y cascada.

—Lleva más de una semana con este juego —nos explicó Phoebe, mientras cogía una silla y se sentaba cerca de nosotras—. Se lo di porque parece haber perdido la memoria y pensé que este juego podía ayudarle a recuperarla. Las cartas son muy antiguas, eran de mis padres. Son bastante horripilantes, pero al menos son fáciles de recordar.

—¿Y... qué hacían en el bosque?

—No puedo mantenerlo aquí encerrado —nos explicó Phoebe—. No puedo convertirlo en un prisionero. Esa no es la idea. Esta casa no es más que un lugar en el que se pueda sentir protegido durante un tiempo. Es libre de entrar y salir a su antojo. Así que una tarde salió para sentarse en el bosque y se llevó las cartas. De hecho, se las lleva a todas partes. Pero supongo que se despistó, se olvidó de ellas y se las dejó allí. —Nos sonrió y debió de ver la confusión en nuestros rostros, porque empezó a darnos una explicación más detallada—: Lo encontré en el bosque hará unos diez días —nos contó—. Era por la mañana temprano y estaba sentado, apoyado contra un árbol, y estaba tan débil que apenas podía moverse. Parecía que llevase semanas sin comer. No era capaz de moverse para venir conmigo, así que volví a casa y le llevé comida. Pese a mi gesto, seguía asustado ante mi presencia y no ayudaba que yo no entendiese una palabra de lo que decía. Pero quería proporcionarle cierta protección. No quería implicar a la policía, porque no creía que fuesen a ser comprensivos con él. Los vecinos de Beverley están presionándolos para que tomen medidas contra los vagabundos y pensé que esa era la categoría en la que lo colocarían.

»Pasado un rato, me di cuenta de que algo de inglés entendía y al final de la mañana había logrado convencerlo de que viniese a casa conmigo. Le dije que podía dormir aquí unos cuantos días, yo sospechaba que llevaba ya algún tiempo, aunque no podía saber cuánto, durmiendo a la intemperie; pero por algún motivo que desconozco no quiso ocupar ninguno de los dormitorios. El único sitio que parecía gustarle de verdad era el sótano, así que se lo preparé lo mejor que pude, bajé una cama plegable, varias alfombras, sillas y algunas cosas más para hacerlo más acogedor. Parecía feliz ahí abajo. Era donde le gustaba estar. Tal vez porque le hacía sentirse seguro.

—¿De qué tenía tanto miedo? —quiso saber Alison—. ¿De qué huía?

—Bueno, por desgracia no he logrado sacar mucho en claro sobre él —respondió Phoebe—. El idioma que habla es mandarín. De eso estoy bastante segura, de modo que habrá llegado a este país procedente de China. Probablemente haya venido buscando trabajo, y sospecho que llevaba tiempo trabajando aquí. Trabajando muy duro, por eso tiene este aspecto tan demacrado. No creo que sea tan anciano como parece.

Tuve una súbita inspiración y pregunté:

—¿Ha sido víctima del tráfico de personas?

Alison y Phoebe me miraron a la vez, ambas impresionadas. Me sentí muy orgullosa de mí misma por ser tan experta y estar tan bien informada.

—Vi ese programa en la televisión la otra noche —les aclaré—. Parece ser que hay esclavos en Inglaterra. Esclavos de verdad. La mayoría de ellos provienen de otros países, y los obligan a trabajar algo así como veinticuatro horas al día y, si intentan escapar, les dan una paliza o les sueltan a los perros.

—No sé si ha sido víctima del tráfico de personas —dijo Phoebe—, pero creo que ha estado trabajando bajo amenazas. No hay muchas pistas posibles, porque no lleva encima un pasaporte ni nada parecido. Probablemente su patrón se lo retuvo. Pero llevaba esto en el bolsillo.

Nos mostró un papel. Era una nota de pago garabateada en un papel de carta barato con un encabezamiento azul. En la parte superior se leía el nombre de la empresa: «Alimentos Rayo de Sol».

—¿Alimentos Rayo de Sol? —preguntó Alison—. ¿Quiénes son?

—He indagado un poco en internet —dijo Phoebe—. Es una empresa dedicada al procesado de alimentos, con sede en Kent. Este tipo de empresas envían mano de obra barata a granjas por todo el país. Así que parece que Lu ha estado trabajando para ellos. Y tengo sospechas bastante fundadas sobre qué ha podido estar haciendo. Hay una palabra que cuando se la dije lo alteró muchísimo. La palabra «pollos».

En cuanto la oyó, Lu se volvió bruscamente hacia nosotras con una mueca de pánico en el rostro.

—¿Pollos? —dijo—. *No. Pollos no.*

Phoebe se levantó y fue a calmarlo, acariciándole los hombros y pasándole la mano por la frente.

—Pollos no —le fue repitiendo hasta que remitió su nerviosismo—. No pasa nada, Lu. Nada de pollos. No hay pollos para ti.

—¿Qué problema tiene con los pollos? —preguntó Alison.

—Estudiamos las granjas industriales en el colegio, ¿no lo recuerdas? —le dije—. Era horrible. Hubo gente de la clase que tuvo que salir del aula. Desde ese día Isabel y Anunya se hicieron vegetarianas. ¿Puede ser ese tipo de reacción?

—Teniendo en cuenta que Alimentos Rayo de Sol es uno de los proveedores del Grupo Brunwin, sí, creo que probablemente esa es la explicación —respondió Phoebe. (Pero no nos explicó qué era el «Grupo Brunwin» y yo, en ese momento, no lo sabía.) Se venden a sí mismos como una empresa que tiene a los animales en libertad y los sacrifica de manera compasiva y todo este tipo de cosas, pero..., bueno, eso puede tapar multitud de pecados. Y significa que sigue habiendo personas como Lu trabajando en los puestos menos cualificados de la cadena de suministro en condiciones terribles.

—¿Y qué va a hacer ahora? —preguntó Alison, reconduciendo la conversación hacia los aspectos prácticos.

—No lo sé, de momento supongo que esperar a ver qué pasa. He sacado unas cintas de Aprenda Mandarín de la biblioteca, de manera que cada día nos entendemos un poquito mejor. Y también cada día parece ir recordando un poco más. No para de repetir una cosa, que al principio pensé que era una palabra que no entendía, pero que al final he llegado a la conclusión de que es el nombre de una persona: «Xiang.»

Al oírlo, Lu volvió a darse la vuelta y se quedó mirando fijamente a Phoebe. Con apremio en la mirada.

—*Xiang* —repitió—. ¡*Xiang*!

—Sí, ya lo sé —dijo Phoebe—. Quieres encontrarlo, ¿verdad? Te ayudaré a conseguirlo.

—Encontrar a Xiang —dijo él, asintiendo de modo frenético.

—Tengo una teoría —nos explicó Phoebe—. Es solo una teoría. Pero demos por supuesto que él y ese tal Xiang hubiesen venido juntos desde China, de modo legal o ilegal, pero en cualquier caso pagando probablemente una pequeña fortuna a algún siniestro personaje para que les ayudase. En determinado momento se separan, quizá antes de que Lu empiece a trabajar para Alimentos Rayos de Sol, quizá después. Tal vez los dos trabajasen allí juntos. ¿Quién sabe? Pero, evidentemente, si la empresa tiene su sede en Kent y Lu ha acabado aquí en Yorkshire, él y otros trabajadores han tenido que ser trasladados a grandes distancias por todo el país para trabajar en diferentes granjas. Supongamos que Lu decidió que ya no soportaba más su situación. De modo que una noche, quizá mientras estaban aparcados en un área de descanso para dormir unas horas o algo por el estilo, se escabulló del vehículo y huyó.

—Pero no se habría ido sin Xiang —apunté yo.

Phoebe reflexionó un momento al respecto.

—No, tienes razón —convino—. Debieron separarse mucho antes. Quizá al llegar al Reino Unido.

—Bueno, espero que no le haya pasado nada malo —dije, me reacomodé en la butaca y me acabé el té. De una de las paredes del estudio colgaba un reloj y me di cuenta de que eran casi las dos y media. Los abuelos ya debían de estar de vuelta y preguntándose dónde demonios nos habíamos metido—. Gracias por el té y por cuidarme tan bien. Pero Alison y yo tenemos que volver a casa.

Phoebe nos acompañó hasta la puerta.

—Volved cuando queráis —nos dijo—. Siento que hayamos empezado con mal pie. No pretendía asustaros en el bosque, es solo que estaba un poco histérica intentando encontrar esas cartas. No creo que sea muy recomendable que la policía se entere de la presencia de Lu en mi casa, así que... guardad el secreto, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que lo haremos —le aseguró Alison.

Y en ese momento, justo antes de marcharnos, a mí se me ocurrió preguntar:

—Por cierto, ¿qué ha sido de su cernícalo?

Phoebe se quedó de piedra.

—¿Cómo sabes que tenía un cernícalo?

—La vi una vez haciéndolo volar —le dije—, en Westwood. Hace años.

—Tabitha... —dijo Phoebe con aire pensativo. Su mirada se ensombreció un instante—. La tenía en una caseta en el jardín. Pero una noche se coló alguien. Nunca supe quién fue. La estrangularon.

Ambas lanzamos un grito ahogado.

—Oh, qué horror —dijo Alison—. ¿Por qué haría alguien una cosa así?

—No lo sé. Supongo que estaban enojados conmigo porque la señora Bates me apreciaba y me había dejado la casa. La gente es rara, muy rara. —Sonrió y nos tendió la mano para despedirnos—. Pero ahora que me habéis conocido ya sabéis que no soy tan mala como dicen. Contadles a vuestros abuelos que no soy una loca aterradora que va por ahí asesinando a ancianas. Difundid la noticia.

—Lo haremos —le prometí.

Las dos le estrechamos la mano con vigor y por primera vez comprobé que la Loca del Pájaro ya no me daba ningún miedo. Pero también supe que jamás me acostumbraría a esos aros que llevaba por toda la cara, ni a los tatuajes del cuello y alrededor de los ojos. ¿Qué lleva a una persona a desfigurarse de ese modo? ¿En qué se había inspirado para hacerlo? Yo tenía la vaga pero firme intuición de que algo tenía que ver con el cuadro de la habitación de la parte delantera, con aquel páramo tormentoso y la amenazadora mansión negra que lo dominaba. Pero no tuve valor para preguntárselo, ni entonces ni más adelante.

De hecho, solo vimos a Phoebe una vez más.

Cuando ese mediodía volvimos a casa, los abuelos ya habían regresado y ni siquiera nos preguntaron dónde habíamos estado. Nunca los había visto tan felices. Solo entonces supimos de la negra nube que habían tenido sobre sus cabezas toda la semana. Pero, en cualquier caso, todo estaba bien. A la abuela le habían entregado los resultados de su escáner cerebral y el médico le había asegurado que no tenía cáncer. Tenía una cosa llamada meningioma, que por lo visto era un tumor benigno que no era difícil de operar. La sensación de alivio, agradecimiento y felicidad que inundó la casa a partir de ese momento fue tan dulce y potente que nosotras creíamos poder tocarla con los dedos y paladearla en la boca. La casa y el jardín parecían inundados de luz.

El jueves por la tarde, el último día completo que íbamos a pasar en Beverley, los cuatro subimos a la colina de Westwood para hacer un pícnic. Los abuelos se sentaron en el banco de madera que rodeaba la torre negra; Alison y yo extendimos un par de mantas donde daba el sol y nos atiborramos de sándwiches de paté de pescado y del pastel casero de chocolate de la abuela. Después Alison se tumbó boca arriba, cerró los ojos y pareció quedarse dormida. Yo permanecí sentada y dejé que fluyeran los pensamientos. Tenía ganas de volver a ver a mi madre, pero al mismo tiempo me invadía una tenue pero insistente melancolía ante la perspectiva de tener que marcharme de allí, de un lugar que se había convertido en acogedor y familiar, que me hacía sentirme en casa. Recordé la primera vez que me había sentado allí con mi hermano, años atrás, una tarde fría y gris de finales de octubre, la misma tarde en la que al anochecer me había gastado aquella broma pesada en la iglesia. Y entonces, justo en el momento en que se me agolpaban los recuerdos de Phoebe empujando la silla de ruedas de la señora Bates por el páramo, con Tabitha, el cernícalo hembra, sobre su brazo, Phoebe en persona apareció a lo lejos; acercándose hacia nosotros por lo que parecía ser el mismo lugar exacto, aunque ahora nos saludaba feliz al descubrir que éramos nosotras. Cuando llegó, se acuclilló a nuestro lado en la manta, y yo se la presenté a los abuelos (a los que ya les había dado una versión cuidadosamente censurada de nuestra visita a la casa de Phoebe), que se incorporaron un poco en un gesto instintivo de educación y tendieron la mano para estrechársela con cierta precaución pero en ningún momento dejaron de parecer incómodos mientras ella estuvo allí.

Phoebe había venido a despedirse, pero no podía quedarse mucho rato. Algo le rondaba por la cabeza.

—Lu ha desaparecido —nos contó—. No sé muy bien cuándo ha sido. Ayer por la mañana bajé al sótano y ya no estaba.

—Tenemos que encontrarlo —dije—. Alison y yo podemos ayudarla. No puede haber ido muy lejos.

Phoebe negó con la cabeza.

—Ayer me pasé todo el día buscándolo. Saqué el coche y recorrí kilómetros. Pero fue inútil. Ya no se puede hacer mucho más. No creo que se hubiera marchado a menos que estuviese listo para hacerlo. Tiene algo de dinero y está mucho más fuerte que cuando lo encontré hace una semana. Lo único que podemos hacer es desearle que le vaya bien.

—Nosotras volvemos a casa mañana —dijo Alison—. Nos escribiré para deciros cómo ha acabado todo esto si vuelve a saber de él, ¿verdad?

—Por supuesto —nos aseguró Phoebe. Pero nunca lo hizo.

Sorprendentemente, de las dos fue Alison la que después de esos días mantuvo algún contacto ocasional con Phoebe. Sus cuadros —de hecho no solo los cuadros, sino también el estudio, la atmósfera de su casa, su modo de vida, todo lo que la rodeaba— parecían ser una fuente de inspiración para Alison y desde entonces el arte se convirtió en su pasión. Al día siguiente de volver de las vacaciones, su madre llevó a casa a su nuevo novio y no tardaron en mudarse las dos a Birmingham para vivir con él. Desde entonces, claro, apenas nos veíamos; pero lo sucedido durante aquella semana en Beverley había creado entre nosotras unos lazos que no se romperían con facilidad. Al principio Alison me generaba indiferencia; después, brevemente, la había odiado, y al final nos habíamos hecho amigas, y esa amistad se fortaleció y ha perdurado durante muchos años, pese a la ausencia y la lejanía, pese a que entretanto maduramos y nos distanciamos, y en ocasiones se produjeron malentendidos entre nosotras.

Esos pocos días, intensos y misteriosos, a principios del verano de 2003 continúan persiguiéndome. Siguen muy vivos en mi cabeza. Recuerdo cómo informaron en los telediarios del hallazgo del cadáver de David Kelly, cómo esa noticia impactó e indignó a mis abuelos y cómo provocó que yo fuese consciente por primera vez de la irrevocabilidad de la muerte. Recuerdo la amenaza de la muerte que se cernía sobre la casa de los abuelos en aquellos días y la hormigueante euforia que se apoderó de todos nosotros cuando milagrosamente se alejó.

Hay otra cosa que no me cuesta nada recordar. Y no me cuesta nada recordarla porque la tengo delante ahora mismo, mientras escribo estas líneas: la carta del Memorama con la repugnante imagen de una enorme araña de colores chillones. La tarde en que celebramos nuestro pícnic, Phoebe llevaba encima la baraja y nos regaló a Alison y a mí una araña a cada una como recuerdo de nuestra aventura y como símbolo de nuestra amistad, que nos aconsejó que no descuidásemos porque era una de las cosas más valiosas que poseeríamos en la vida. Jamás volví a hablar de esa carta con Alison; no sé si ella todavía conserva la suya o si la ha perdido. Pero la mía siempre la he tenido conmigo: primero en casa, en un cajón especial de la mesilla de noche; después en Oxford, y ahora...

Ahora la tengo ante mis ojos en mi escritorio. Nunca ha sido una imagen agradable de mirar, siempre me ha generado inquietud, y esta noche, en el sepulcral silencio de la casa, vuelve a envenenarme la mente con extrañas figuraciones, y no puedo evitar dirigirme una vez más hasta la ventana, descorrer la cortina y observar el jardín. Mirar con atención las sombras de la parte más alejada.

Allí no hay nada. Nada en absoluto.

Tanto silencio. Tanta oscuridad. No es extraño que en un mundo como este las cosas puedan desaparecer. Incluso las personas. Personas como Lu, cuya existencia parecía tan precaria y pasaba tan desapercibida que nada le impedía escabullirse por el bosque al amanecer y sin más evaporarse, fundiéndose con la niebla. ¿Llegó a encontrar a su amigo? Me lo he preguntado muchas veces a lo largo de estos años. Los hombres que se ahogaron en la bahía de Morecambe el año siguiente mientras recogían berberechos para su jefe y la traidora marea subía..., la mayoría de ellos eran chinos. Justo el otro día volví a leer algo en internet sobre sus horribles muertes y se me encogió el estómago cuando vi que uno de ellos se llamaba Xiang. Pero supongo que es un nombre muy común en China.

La reaparición

Dodie Smith, El castillo soñado (1948):

«Tal vez ver sufrir a alguien al que amas te puede enseñar incluso más que sufrir tú mismo.»

De: Susan Wells
A: Val Doubleday
Asunto: Re: Dilema
14/09/2011 22:17

Querida Val:

Me has pedido consejo. No te gustará lo que vas a oír.

Ante todo, siento enterarme de que la situación es tan dura en el trabajo. No te sorprenderá saber que la situación por aquí es muy parecida: las bibliotecas, si no cierran, reducen las horas de apertura y se recorta el personal. Estoy segura de que tú tienes el trabajo asegurado, pero entiendo lo duro que debe ser apañárselas con cada vez menos dinero a la semana. Está sucediendo lo mismo en todas partes. Incluso en nuestras salas están prescindiendo de personal. Una gran parte de nuestro trabajo estaba destinado a clientes de abogados de oficio, pero en estos momentos no hay mucho personal disponible en el turno de oficio; cada vez hay más gente que decide representarse a sí misma. Los resultados, como puedes imaginar, son bastante nefastos.

Es deprimente. En estos momentos todo parece irse a pique, y todavía nos quedan cuatro años más de soportar esto. Por lo que veo tú también estás al borde del precipicio. Cuando pienso en todo el tiempo que nuestras hijas pasaban en la biblioteca y la cantidad de cosas maravillosas que aprendieron allí..., y a este paso nuestros nietos no van a disponer de nada de eso. Solo de pensarlo te entran ganas de gritar.

Pero vamos, Val, por desesperada que sea la situación... ¿Steve? ¿Quieres volver con Steve? Oh, ya sé que no me decías exactamente eso, pero, leyendo entre líneas, es en lo que estás pensando, ¿verdad?

A veces es triste ser una mujer soltera de mediana edad. Creo que eso es algo en lo que podemos estar de acuerdo. Pero no puedo olvidar lo que te hizo...

¡Y pídele a Alison su opinión, si todavía no lo has hecho!

Recibe todo mi cariño,

Susan

—Adivina al lado de quién me senté en el autobús el otro día —dijo Val.

—¿Qué es esto? —preguntó Alison, husmeando en el interior de la cesta de la compra y sacando una bolsa de zanahorias.

—Son zanahorias.

—Eso ya lo veo. Pero no son orgánicas.

—¿Y? —dijo su madre a la defensiva—. Siguen siendo zanahorias, ¿no? Me senté al lado de Steve, ya que te veo tan interesada.

Alison frunció el ceño. Era un nombre que no quería oír.

—Pensaba que siempre comprábamos productos orgánicos. En estas ponen todo tipo de pesticidas y productos químicos, ya lo sabes. Por eso parecen todas iguales.

—Sí, bueno, pero cuestan casi la mitad, de manera que es lo que vamos a comer a partir de ahora. Así que ya te puedes ir acostumbrando. —Val le quitó las zanahorias de las manos a su hija, abrió la bolsa con una uña y las metió en el cajón inferior de la nevera—. Mantuvimos una buena conversación.

—Estupendo.

—Lo está pasando mal. Lo despidieron de la facultad y lo han contratado como autónomo. Así que ahora gana la mitad de lo que ganaba por el mismo trabajo. Es terrible, ¿no crees? ¿Cómo pueden hacer algo así?

—¿Cuatro botellas? ¿En serio? —protestó Alison, sacando una tras otra las botellas de Pinot Grigio.

—Estaban rebajadas cincuenta peniques —se justificó Val.

—Oh, ya veo, así que al comprar cuatro has ahorrado todavía más dinero.

—Oh, cállate. La verdad es que he pensado que podía invitarlo a cenar un día de estos.

—Me parece absurdo que ahorres dinero en la verdura cuando lo estás malgastando en vino.

—No es malgastarlo. Tú también bebes, ¿no?

—A veces.

—Bueno, ¿y qué te parece?

—¿El qué?

—Lo de invitarlo a cenar.

—No es asunto mío —dijo Alison, mientras seguía sacando las cosas de la cesta sin levantar la mirada.

—Claro que es asunto tuyo. Durante un tiempo prácticamente fue tu padrastro.

Alison se revolvió.

—Nunca ha sido mi padrastro. Jamás ha sido nada parecido a eso. ¿De acuerdo? Fue el tío por el que... estuviste colada unos meses. El tío al que conociste durante unas vacaciones y por el que nos mudamos de ciudad para vivir con él, y que te dejó colgada en cuanto las cosas empezaron a complicarse.

—Eso es muy injusto —se quejó Val, con la voz llorosa.

—¿Ya lo has olvidado, mamá? Cuando a mí me operaron, ¿qué hizo él?

Val la fulminó con la mirada durante unos segundos y después, con la voz entrecortada por los sollozos, le dijo:

—Ya no puedo contar nunca con un poco de apoyo por tu parte, ¿verdad que no? Ni siquiera mínimo. —Cogió una de las botellas de vino de la mesa de la cocina y un vaso del estante, y salió en tromba hacia la sala de estar.

Alison se quedó petrificada unos instantes, pasmada por la rapidez con la que había estallado la trifulca. Después negó con la cabeza y siguió sacando las compras de la cesta. Oyó cómo su madre encendía el televisor en la habitación contigua y unos segundos de sucesivos programas —un noticiario local, un concurso, una comedia— a medida que iba cambiando de canal. Se la imaginó descorchando la botella con

rabia, llenándose el vaso de vino hasta alcanzar las tres cuartas partes y bebiéndoselo como si fuera limonada, que era como siempre se lo bebía últimamente. Tres o cuatro tragos seguidos, sin apartar los labios del borde del vaso.

Después de pensar en eso un par de minutos, decidió que tendría que ser ella la que tomase la iniciativa de disculparse. La capacidad de enfurruñamiento de su madre se había convertido en inagotable y Alison no tenía ningunas ganas de pasarse toda la noche sin que se dirigieran la palabra. Así que se asomó a la sala de estar, se plantó en el quicio de la puerta y dijo:

—Mamá, lo siento.

—Muy bien —dijo Val, sin volverse ni bajar el volumen del televisor.

—¿Me has oído? He dicho que lo siento.

Val le lanzó una mirada.

—Sí, te he oído. De acuerdo. Disculpas aceptadas. Pero quizá deberías reflexionar un poco antes de hacer comentarios hirientes.

Eso era monstruosamente injusto, pero Alison lo dejó pasar. No tenía ningún sentido seguir con aquellas peleas.

—He escuchado tu canción —dijo optando por cambiar de tercio.

Esas palabras, en cambio, sí tuvieron un efecto inmediato. Val quitó el sonido del televisor y se volvió, con una sonrisa suplicante en el rostro.

—¿En serio? ¿Y qué te ha parecido?

Responder a esa pregunta era fácil. Por mucho que la actitud de su madre le fastidiase, a Alison siempre le había gustado su música, nunca se cansaba de escucharla, nunca tenía problema alguno en compartir su convicción de que un día, con suerte, con persistencia, volvería a captar la atención del público y tendría otro éxito. Y esa nueva canción, que ya había escuchado diez o quince veces a lo largo del día, era sin duda una de las mejores.

—Me ha encantado —dijo—. Es preciosa.

—¿En serio? Quiero decir que ¿no lo dices solo por darme ánimos?

—No, mamá. No lo digo por eso. Es buenísima. Y tú lo sabes.

—Ven aquí y siéntate conmigo. —Val dio unos golpecitos en el sofá justo a su lado, y en cuanto Alison se sentó, la abrazó impulsivamente—. ¿Y qué te han parecido los arreglos?

—Están bien. Quiero decir que, ya sabes..., suenan bien.

—Bueno, es lo mejor que puedo conseguir en casa, está claro. ¿Crees que tiene suficiente calidad como para enviarla?

—No lo sé, mamá. No estoy en el mundo de la música.

—Quizá si alquilase un estudio, solo por tres o cuatro horas cuando tuviesen un hueco... Entonces podría pulir la parte vocal como Dios manda.

—Seguro que sí. Buena idea. Si crees que puedes costeártelo.

—Y entonces se la podría enviar a Cheryl.

Alison asintió. Nunca sabía qué decir cuando su madre mencionaba a su presunta

«agente», que llevaba unos diez años sin devolverle ni una sola llamada o mensaje.

—¿Te gusta el título? —le preguntó Val—. «Sink and Swim». ¿Te parece suficientemente pegadizo?

—Me encanta. —Al verse atrapada en uno de esos abrazos rápidos y aplastantes que amenazaba con prolongarse un buen rato, Alison apartó con suavidad a su madre y se levantó—. Vale. Voy a subir. Tengo que acabar de escribir una carta a Rachel.

—Qué coincidencia —dijo Val—. Acabo de recibir un email de su madre.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está?

—Bien. Deprimida por el trabajo, como todo el mundo.

—Deberías preguntarle a ella qué opina de que vuelvas a ver a Steve.

Val se volvió hacia la pantalla del televisor y subió de nuevo el sonido.

—Oh, ella y yo ya no hablamos de ese tipo de cosas.

Por lo visto la conversación había finalizado. Alison dejó a su madre viendo anuncios de servicios financieros que jamás utilizaría y de vacaciones que jamás se tomaría, y subió a su habitación, rescató la carta a medio escribir de entre el desbarajuste del cajón de su escritorio y se puso a leerla.

En la actualidad, cuando se trataba de mantenerse en contacto, ella y Rachel tenían pocas opciones: se mandaban emails y mensajes de texto, y hablaban por Facebook y WhatsApp. En las últimas semanas incluso habían empezado a utilizar una nueva aplicación llamada Snapchat, que les permitía enviarse fotos y mensajes cortos que solo eran visibles durante unos segundos antes de borrarse de la pantalla para siempre. Pero de tanto en tanto, cuando una de ellas tenía algo especial que contarle a la otra, el único recurso adecuado era escribir una carta de las de toda la vida, por anticuado que sonase. Y lo que Alison le tenía que explicar a Rachel ahora era todo lo especial y personal que se pudiera imaginar.

De momento llevaba ya escritas dos páginas y todavía no había empezado siquiera a abordar el asunto. El último párrafo decía:

He empezado el curso en la universidad hace dos semanas (sí, esto no es Oxbridge, querida, de hecho tenemos un trimestre que empieza en septiembre) y de momento parece bastante guay. No estoy segura de que el curso vaya a ser lo que yo esperaba, pero es fantástico juntarse con otros estudiantes y profesores que lo único que esperan de ti es que crees *arte* y nada más. ¡Por fin ha desaparecido la presión por seguir las normas!

Todo eso estaba muy bien, pero Alison estaba enojada consigo misma por no haber entrado todavía en el asunto. De modo que, nerviosa, tomó el bolígrafo, mordisqueó uno o dos minutos el extremo y por fin escribió:

En cualquier caso, nada de todo esto es importante. No te escribo por eso. Te escribo porque hay algo que debes saber, algo que todavía no le he contado a ninguno de mis amigos. Quería que tú fueses la primera en saberlo, porque..., bueno, por un montón de razones. Pero sobre todo porque eres mi primera verdadera amiga y tu reacción es increíblemente importante para mí.

Así que... ¿Te imaginas de qué se trata? Seguro que no. ¿Por qué ibas a imaginártelo? (Tomo aire.) Soy gay.

El sábado por la tarde Rachel, que quería comprar ropa antes de marcharse a Oxford

al cabo de un par de semanas, fue de tiendas con su madre. El país estaba en plena recesión, pero nadie lo hubiera dicho por las multitudes que se agolpaban en el centro de Leeds, moviéndose como a la deriva de un comercio a otro, hambrientas de compras. Las secciones de ropa de mujer de Selfridges y Monsoon estaban a rebosar de clientes. Primark estaba a reventar. H & M, Topshop, Claire's Accessories y Zara estaban tan llenas que era imposible entrar. En River Island y Lush ya directamente bloqueaban el acceso de más gente. Tanto Rachel como su madre estaban acaloradas y agotadas cuando volvieron a casa.

Cuando se acercaban al edificio, vieron que había un coche aparcado fuera, un Porsche de un rojo chillón. Apoyado en él, sonriéndoles autocomplaciente mientras ellas avanzaban agotadas por la calle con las bolsas de las compras, estaba el hermano de Rachel, Nick.

—Por el amor de Dios —dijo la madre—. ¿Qué haces tú aquí?

—Hola, mamá. Hola, hermanita. —Las besó a ambas—. Intentad parecer más encantadas de verme.

—Por supuesto que estamos encantadas. Es solo que podrías habernos avisado.

—He vuelto de Hong Kong esta mañana. ¿Puedo ayudaros con las bolsas?

—¿De Hong Kong? —dijo Rachel, tendiéndole las que cargaba ella—. Pensaba que estabas en Cuba.

—Oh, de eso hace mucho.

Nick llevaba más de un año fuera de casa. Ahora, con veintiséis cumplidos, parecía en todo caso más joven y guapo que nunca. En esencia, los sentimientos de Rachel hacia él no habían variado desde aquella ocasión en que, doce años atrás, habían pasado unos días juntos en casa de los abuelos en Beverley y él le había gastado una broma pesada mientras visitaban la iglesia al anochecer; en otras palabras, lo adoraba, tenía mucho que reprocharle y en lo más profundo de su ser lo temía un poco. Esta callada desconfianza no había disminuido ni un poco desde que Nick se había convertido en adulto y se había unido a un «socio» llamado Toby. El trabajo con él le obligaba a llevar una existencia itinerante, que parecía implicar negocios sin especificar en varios continentes, saltando de un país a otro continuamente y utilizando los aeropuertos internacionales del mismo modo que la mayoría de la gente utiliza las estaciones del tren de cercanías. Fuese lo que fuera a lo que se dedicaban Toby y él, estaba claro que era muy lucrativo, y más allá de esta evidencia Rachel tenía la sensación de que era mejor no preguntar.

Cuando entraron en el vestíbulo, Rachel vio que por fin había llegado el correo.

—Ooh..., una carta de Alison —dijo, entusiasmada.

—Ahora olvídate de esto —le dijo Nick, y le quitó la carta y la lanzó a la mesa del recibidor. Él y Alison nunca se habían llevado bien—. Solo voy a estar una noche. Por una vez ten la amabilidad de convertirme en el centro de atención.

—De acuerdo —aceptó Rachel, sonriendo—. Y, de todos modos, ¿para qué has venido a casa?

—Para celebrar que cumplés dieciocho años, por supuesto. No pensarías que me había olvidado, ¿verdad?

—Eso fue hace tres meses —le respondió ella riéndose.

—Lo sé. Probablemente creías que las celebraciones ya se habían terminado. Por eso esta noche va a ser tan especial.

—Quizá no esté libre esta noche —le dijo Rachel, haciéndose la difícil—. ¿Qué es lo que tenías pensado?

—Una sorpresa —dijo Nick, abrazándola—. Una gran sorpresa, me parece a mí.

Resultó que no estaba exagerando. Después de hablar un rato con su madre, metió a Rachel en el Porsche y enseguida enfilaron hacia el norte, dejaron atrás Leeds por la A61 hasta llegar a Harewood House. Para entonces eran casi las seis.

—¿Qué haces? —preguntó Rachel cuando vio que Nick metía el coche por el sinuoso camino—. A estas horas esto debe estar cerrado, ¿no?

—Para la mayoría de la gente sí —respondió él.

¿Cómo se las apañaba para organizar aquellas cosas? Rachel sospechaba que tenía menos que ver con tener dinero para gastar y más con su red de contactos en los lugares más insospechados. Fuera como fuese, lo había organizado todo para que los dos pudiesen disfrutar de un recorrido privado por la Terrace Gallery, seguido por una copa de champán en la propia terraza y después una cena privada para dos en una de las grandes salas de la casa.

La Terrace Gallery era particularmente impresionante, con dos nuevas piezas de Antony Gormley en exposición, además de la colección permanente. Rachel no pudo evitar pensar en lo mucho que habría disfrutado Alison con aquella visita privilegiada. Tomó una foto de una de las esculturas con el móvil y, mientras ella y Nick esperaban a que les sirvieran el champán en la terraza, se la envió por Snapchat.

Al poco rato apareció en su pantalla una foto del dormitorio de Alison en Yardley.
Hola, Rache, ¿has recibido mi carta?

Las palabras permanecieron en la pantalla apenas diez segundos antes de disolverse en la nada. A modo de respuesta, Rachel tomó una fotografía del parque que se extendía ante ellos, bañado por la luz del crepúsculo, y después escribió con el índice en la pantalla:

Sí, te responderé pronto.

Alison contestó:

¡Eso parece precioso! ¿Dónde estás?

Rachel sacó una foto de la mansión y escribió:

Con mi hermano. ¡Estamos pasando una noche fantástica!

Hubo una larga pausa antes de que llegase la respuesta de Alison. Decía simplemente:

¿¿Qué coño dices??

¿Lo había entendido mal? Rachel tomó otra foto, esta vez con la Terrace Gallery de fondo, y escribió:

Diría que esto es justo lo que a ti te va.

Después ya no hubo respuesta de Alison, pero Rachel no le dio importancia. Vino un camarero desde la mansión para anunciarles que la mesa para la cena estaba lista.

Al día siguiente Rachel leyó la carta de Alison y se sintió muy conmovida. Le contestó de inmediato. Le escribió un sincero mensaje de apoyo asegurándole que no debía sentirse insegura, y mucho menos avergonzada, por lo que acababa de descubrir sobre sí misma. Le prometió que siempre serían amigas, pasara lo que pasase. Le dijo que esperaba que se vieran pronto para poder hablar de aquello cara a cara.

Al principio le sorprendió no recibir respuesta. Lo atribuyó al hecho de que Alison acababa de empezar el curso universitario y debía de estar ocupada. Y también ella tenía que pensar en el inicio de su primer curso en Oxford, pero pese a que eso la distrajo un poco, seguía desconcertada por no haber tenido noticias de Alison. La llamó por teléfono y le envió un mensaje de texto, dejó mensajes en su muro de Facebook, pero no hubo respuesta. Empezó a preguntarse si había algo en su carta que pudiera haber ofendido a su amiga. ¿Parecía que le mostraba poco apoyo? ¿Había hecho que el anuncio de Alison sonase más como un problema que como un motivo de celebración? A medida que pasaban las semanas y estas se convertían en meses, el desconcierto fue disminuyendo, difuminándose, pero nunca desapareció del todo. Al final se transformó en un vago resentimiento. Después de todo, ella había hecho lo correcto. Le había contestado como debía hacerlo una buena amiga. Se merecía algo mejor que el silencio.

El autobús de la línea 11, que recorre toda la ronda exterior de Birmingham, da la vuelta completa a la ciudad en unas dos horas y media. La mayoría de los pasajeros se suben solo por una pequeña fracción de ese tiempo. Alison y Selena, que habían empezado el mismo curso y ya se habían hecho amigas, estaban sentadas en el piso inferior del 11A, el que hacía la ruta en la dirección inversa a las manecillas del reloj, desde Bournville hasta Hall Green. Volvían a casa desde la universidad, después de haber estado dormitando durante una conferencia de noventa minutos titulada «Trazando el mapa de la historiografía del espacio paraarquitectónico», que no había logrado despertar su interés. Bueno, qué más daba. No podían esperar que todo en el curso resultase deslumbrante.

Era finales de septiembre y el sol ya crepuscular todavía bañaba la ciudad con una pálida luz dorada y provocaba destellos al reflejarse en los parabrisas de los coches y en los cristales de los invernaderos. Alison echó un vistazo a su móvil para comprobar qué hora era justo en el momento en que el autobús daba una sacudida al detenerse ante un paso de peatones. Casi las seis y media. El trayecto se alargaba.

—¿Entonces vuelves directamente a casa? —le preguntó Selena.

—No, he quedado con mi madre para tomar una copa. Con su nuevo novio.

Bueno, ella lo llama «nuevo». De hecho es su antiguo novio. Pero parece que ha reaparecido en escena.

—¿Y eso a ti qué te parece?

—Supongo que mientras ella sea feliz... —dijo Alison sin mucha convicción. Y añadió—: Tus viejos siguen juntos, ¿verdad?

—Sí —respondió Selena riendo—. A veces no sé muy bien por qué, pero han seguido juntos. Creo que por sus hijos, entre otras cosas. Bien por ellos. He visto a la mayoría de mis amigas teniendo que superar la separación de sus padres. Sé lo duro que resulta. Tú eres hija única, ¿verdad?

Alison asintió.

—En ese caso es todavía peor, ¿no? Así que ahora en casa estáis solo tu madre y tú, y apuesto a que la mitad del tiempo te toca a ti cuidar de ella y no al revés.

—Sí, es bastante cierto. Además, ¿sabes?, muchas veces resulta jodidamente desolador. Sentadas en la mesa de la cocina, cenando juntas, las dos solas... Si no pones la radio o alguna otra cosa, oyes todo el rato el tictac del reloj de pared.

Los grandes ojos color avellana de Selena mostraron compasión.

—Escucha, cuando quieras venir a comer a nuestra casa... solo tienes que decírmelo. Somos cinco, siempre acaba habiendo mucho jaleo y, ya sabes, nos lo pasamos bien. Te ayudaría a desconectar.

Alison miró a Selena, respiró hondo y dijo, con un tono de voz repentinamente nervioso y confidencial:

—Escucha, Selena, nos conocemos desde hace solo dos semanas, pero hay algo que quiero que sepas de mí. Algo que de hecho tienes que saber.

A Selena le desconcertó el cambio de actitud. Esperó a que unos pasajeros pasaran junto a ellas abriéndose paso a empujones hacia la puerta y después preguntó:

—Vale. ¿De qué se trata?

Sin decir palabra y manteniendo la mirada fija en Selena, Alison tomó la mano de su amiga sujetándola con suavidad. La levantó y, moviéndola con lentitud y discreción para no atraer la atención de los otros pasajeros, la llevó hasta su muslo izquierdo, justo por encima de la rodilla. Apretó la mano de Selena de tal modo que la propia Selena se sintió animada —casi obligada— a responder en reciprocidad dando un apretón inquisitivo al muslo de Alison.

Los ojos de Selena, sin apartarse ni un segundo de los de Alison, parpadearon sorprendidos. Se produjo un largo silencio entre ellas, un silencio cargado de confusión e incertidumbre. La mano de Selena no soltó el muslo de su amiga; siguió allí clavada. Gradualmente sus labios se movieron hasta formar una sonrisa, la sonrisa se hizo más amplia y dejó ver sus dientes, y por fin, incapaz de contenerse por más tiempo, dejó escapar una carcajada.

—¡Qué coño! —dijo Alison, y también rompió a reír.

—¡Qué puto coño! —repitió Selena, y ahora a ninguna de las dos pareció importarle que algunos pasajeros se diesen la vuelta para mirarlas—. ¿Llevas una

pierna postiza?

—¡Sí! —dijo Alison, apenas capaz de hablar, porque también ella se estaba partiendo de risa—. ¡Oh, Dios, vaya cara has puesto!

—¡Dios mío! ¡No sabía qué estabas haciendo! Y esto... Es como... ¿Como qué? ¿De qué está hecha? Es como plástico.

—Claro que es plástico. Ya no las hacen de madera, ¿sabes? No soy el puto John Long Silver.

—Pero... ¿qué te pasó? ¿Desde cuándo la llevas?

El autobús giró por Kings Heath y avanzó por Swanshurst Lane mientras Alison le contaba su historia. Los pasajeros iban y venían, el autobús cambió de conductor en Acocks Green, pero las dos estudiantes estaban tan enfrascadas en su conversación que ni se percataron.

—Cuando tenía diez años —dijo Alison—, padecía dolores en la pierna sin motivo aparente. Dolores muy fuertes que no desaparecían. Por aquel entonces nos mudamos a Birmingham, así que me hicieron cientos de pruebas en el Queen Elisabeth y al final me diagnosticaron una enfermedad muy rara llamada sarcoma de Ewing, que es un tipo de cáncer muy agresivo. Pasé meses con quimioterapia pero resultó no ser suficiente, así que me tuvieron que amputar la pierna.

—Joder, es horrible.

—Bueno, la alternativa era bastante peor, ¿no? Al fin y al cabo, aquí estoy. Viva y dando patadas.

Al principio Selena no tuvo claro si lo decía o no con un punto de ironía. Cuando la sonrisa de Alison dejó claro que así era, también ella se rio aliviada.

—¿Quieres verla? —le preguntó Alison—. Es muy realista.

Se subió la pernera izquierda del tejano hasta la altura de la rodilla para dejar a la vista una parte de la prótesis, que, en efecto, parecía realmente de carne y hueso.

—La rodilla no tiene un aspecto tan perfecto, ya te la enseñaré en otro momento —comentó Alison mientras se volvía a bajar la pernera—, pero por lo demás no está mal, ¿no crees? Incluso la hicieron a juego con mi color de piel. Cuando lo tienen todo preparado para fabricar la pierna, te enseñan un catálogo y tienes que ir mirando los distintos tonos de piel, como si estuvieses eligiendo una alfombra o algo así.

—Me tomas el pelo.

—No. De haberlo querido, podría haber tenido una pierna blanca. ¿No habría sido genial? Podría haberme convertido en un ejemplo viviente de diversidad étnica.

Alison le contó que el cáncer fue tan agresivo que los cirujanos tuvieron que hacerle una amputación transfemoral, por encima de la rodilla. Eso significaba que su pierna izquierda carecía de toda la capacidad motora de las articulaciones de la rodilla —una de las articulaciones con más fuerza del cuerpo humano—, de manera que, por ejemplo, solo podía subir los escalones de uno en uno. Sin embargo, en superficies planas, en las que no hubiese demasiada gente que dificultase su avance interponiéndose en su camino, podía caminar con absoluta normalidad.

—¿Cuánto tiempo te llevó —le preguntó Selena— empezar a sentirla..., ya sabes, como natural?

—Oh, nunca la sientes natural —dijo Alison—. Nunca la he sentido ni la sentiré así. Pero aprender a sentirte, no sé, cómoda con ella no lleva mucho. Al principio hice ejercicios con una terapeuta en el hospital y después venía a ayudarme a casa. Eso se prolongó unos meses. Fueron días duros para todos, muy duros. Ese tío del que te hablaba, Steve, el novio de mi madre, lo vivió de primera mano. De hecho fue entonces cuando mostró su verdadera cara.

—¿Quieres decir que no se mostró muy dispuesto a ayudar?

—No exactamente. Empezó a tirarse a la terapeuta.

Pasaron uno o dos segundos antes de que ambas volvieran a reírse, ya que la situación resultaba bastante absurda. En cualquier caso, a Alison le era más fácil reírse de aquello que recordar el sufrimiento de aquellos días en que todas sus esperanzas parecían hechas añicos, y justo entonces su madre, al descubrir la traición de Steve, se convirtió en una piltrafa que casi cada noche se emborrachaba hasta caer dormida y en diez meses pareció envejecer diez años. La verdad es que no tenía ni pizca de ganas de volver a ver a aquel tío esa noche.

—Eh, escucha —le dijo a Selena, ahora en voz baja—, puedes venir conmigo al pub esta noche, ¿verdad? Será más digerible si somos más. Será la primera vez que lo vea desde hace unos siete años y me iría muy bien tener una amiga a mi lado que me impida hacer alguna estupidez.

En el exterior del Spread Eagle, Alison detuvo a Selena cogiéndola del brazo y le dijo:

—Por cierto, ella es blanca.

—¿Quién?

—Mi madre.

—¿Y?

—Hay gente que se sorprende, eso es todo.

—Creo que podré superarlo. Mientras no tenga dos cabezas o algo por el estilo.

—Ya sabes a qué me refiero. Solo pensaba que probablemente te esperases...

—Alison..., tranquila. No pasa nada. Tienes que relajarte un poco.

—Lo sé. De acuerdo.

Alison asintió y respiró profundamente varias veces, recomponiéndose, intentando encontrar su centro de gravedad. Extendió las manos, con las palmas mirando al suelo, e hizo fuerza hacia abajo, como si las tuviese colocadas sobre un par de invisibles paralelas.

—Muy bien —dijo después de permanecer unos instantes así—. Estoy lista.

Entraron.

Steve parecía haber perdido la mayor parte del cabello desde la última vez que

Alison lo había visto, pero aparte de eso estaba prácticamente igual. La besó en la mejilla y la abrazó con fuerza, y a ella no le quedó más remedio que aceptarlo. Cuando él se acercó a la barra para traer las bebidas, ella no pudo evitar darse cuenta de que su madre lo seguía con una mirada embelesada y anhelante; aunque lo más probable es que fuese la única persona en todo el pub que le hubiera dedicado a ese tío calvo y barrigón una segunda mirada. Alison hizo todo lo posible por no exteriorizar sus sentimientos, pero interiormente estaba dejando escapar un largo y profundo suspiro de resignación. Iba a volver a suceder. A veces la vida resultaba demasiado previsible.

Otro ejemplo de esa triste verdad se evidenció pocos minutos después. Su madre se acercó a decirle algo a la chica de detrás de la barra. Le señaló el pequeño estante con los CD que ponían como música de fondo, y Alison supo lo que iba a suceder a continuación. La única canción de Val que había entrado en la lista de las veinte más vendidas (de doce años atrás) figuraba en muchos CD recopilatorios y, claro está, no le costó mucho convencer a la chica de que introdujese uno de esos discos en el reproductor y buscarse el tema en cuestión. No tardó en sonar a través de los bafles del pub el familiar riff de teclados al que se incorporaba un ritmo desacompañado de batería que proporcionaba un anguloso pero pegadizo fondo a la potente y lastimera voz de Val, con las otras tres componentes de su grupo haciendo los coros a base de oohs y aahs perfectamente armonizados con ella.

Lanzando una sonrisa de disculpa pero también llena de orgullo a sus compañeros de mesa, Val regresó con ellos. Justo a tiempo para oír a Selena decir:

—Ooh, me encanta esta canción.

—¿En serio? —Su sorpresa era evidente—. ¿La conoces?

—Es una de las primeras canciones que recuerdo haber escuchado. Mi madre nos la solía poner a todas horas en casa.

—La escribí yo —dijo Val, y observó con avidez cómo una mueca de respetuosa sorpresa transformaba el rostro de Selena.

—¿En serio? ¿La escribió usted?

—Sí. Y la que canta soy yo. Yo soy esa Val Doubleday.

Selena en realidad no reconoció el nombre; era el nombre del grupo lo que recordaban quienes se acordaban de aquella canción. En cualquier caso, estaba impresionada, más impresionada de lo que incluso Val hubiera podido esperar.

—La cantó en *Top of the Pops*, ¿verdad que sí? Recuerdo la coreografía.

—Oh, Dios... Nos pasamos días ensayándola. —Volvió a recorrer una ya muy transitada senda de recuerdos, rememorando cómo Louisa, la cuarta, la más rubia y la más guapa de las componentes del grupo, estaba bloqueada con los sencillos movimientos de baile, de modo que tuvieron que pasarse la mayor parte de la semana ensayando en un estudio de danza londinense con un coreógrafo cada vez más exasperado. Alison ya había escuchado esa historia un montón de veces y a esas alturas ya sabía que era la típica muestra de falsa modestia, cuyo mensaje subyacente

era que tal vez las cuatro fuesen bobas e ingenuas, pero al mismo tiempo eran artistas serias que contaban con el apoyo de una poderosa discográfica. Era soporífero tener que escucharlo otra vez, pero por otra parte a su madre le encantaba contar la batallita, de manera que la escuchó con una paciente sonrisa en la cara y no la interrumpió.

—¿Y qué hacen ahora? —quiso saber Selena—. ¿Siguen tocando juntas las cuatro?

Val se rio.

—No. Nos separamos hace siglos. Justo después de sacar nuestro primer elepé.

—Pero usted sigue en el mundo de la música, ¿verdad?

—Por supuesto. No puedo dejar de componer y cantar. Forma parte de mi ADN.

—Val es una persona increíblemente creativa —dijo Steve, deslizado un posesivo brazo alrededor de sus hombros.

—¿Y sabes qué? —dijo Val mirando directamente a su hija, cuyo escepticismo era mudo pero evidente para todas las personas sentadas alrededor de la mesa—. Hoy Cheryl me ha mandado un email sobre la nueva canción.

—¿En serio? Fantástico. ¿Qué le parece?

—Todavía no ha podido escucharla. Pero me ha dicho que se moría de ganas.

—Oh, vale. Uau. Bueno, esto es un paso de gigante...

El sarcasmo resultó más impertinente y resentido de lo que pretendía. Val bajó la mirada, incapaz de afrontar la de su hija, y dio tres o cuatro sorbos rápidos a su gin-tonic.

—Tu madre no se merece esta actitud en estos momentos —protestó Steve.

A Alison se le encendió lo mirada.

—¿Y a ti qué te importa?

—Sí le importa, porque Steve se preocupa por mí y por mi carrera —intervino Val—. Me va a conseguir unas horas en el estudio de la facultad, para que pueda grabar una versión más pulida. ¿Sabes?, está haciendo algo constructivo. Me está ayudando.

—Respecto a eso, cariño —dijo él, inclinándose hacia ella—, he hablado con Ricky, el técnico de sonido, y me ha dicho que el mejor momento es el martes por la noche. Si pudieras ir pasadas las nueve...

Alison solo escuchó a medias el resto de la conversación. Veía que Selena estaba inquieta e incómoda; tal vez había sido egoísta llevarla allí y meterla en medio de una embarazosa trifulca familiar. También le irritaba comprobar que Steve ya se estaba volviendo a ganar la confianza de su madre. Val no tardó en sacar una carta que le habían entregado ese día en el trabajo —algo referido a una reducción de jornada— y la estaba comentando con él.

—El asunto es —estaba diciendo ella— que no puedo correr con los gastos de las dos con menos de lo que estoy ganando ahora. De ninguna manera. Es imposible. Y todavía menos con el invierno ya a las puertas y las facturas de la calefacción...

—No te preocupes, nena —dijo él, sin apartar en ningún momento el brazo de los

hombros de Val, haciendo ostentación de que ella le pertenecía—, ya se nos ocurrirá algo. Solo déjame un poco de tiempo para darle unas vueltas.

El vaso de Alison ya estaba vacío. El de Selena también. Pero no sugirió pedir otra ronda.

—Vamos —dijo Alison—. Te acompaño hasta la parada del autobús.

Selena se puso en pie con gesto de alivio.

Mientras caminaban por Warwick Road, bañada por los últimos resplandores del ocaso e invadida por los olores de patatas fritas, kebabs y pollo a la jamaicana procedentes de los puestos de comida rápida, Alison cogió del brazo a Selena y le dijo:

—Perdóname. Ha sido aún más horrible de lo que me esperaba.

—No pasa nada. Pero tendrías que haberme contado que tu madre es famosa. Es genial.

—Bueno, ya no es famosa, ni por asomo. Pero sigue escribiendo buenas canciones. Yo intento... aferrarme a eso.

—¿De qué estaban hablando ella y Steve hace un momento? —preguntó Selena—. Cuando ella le ha enseñado la carta.

—Era algo de su trabajo. Trabaja en la biblioteca de Harborne.

—¿Así que ahora se dedica a eso? ¿Es bibliotecaria?

Ya habían llegado a la parada de Selena. Vieron el autobús a lo lejos, a un semáforo de distancia.

—Por el momento sí —dijo Alison—. Pero ni siquiera eso pinta bien. Le están recortando el horario. Las bibliotecas ya no reciben los fondos estatales.

—Pensaba que estaban construyendo una nueva en la ciudad. Gastando millones en ella.

—Es cierto, pero... Bueno, no lo sé. No me preguntes cómo funcionan estas cosas.

Dijo esto sin pensarlo, de un modo mecánico, mientras el autobús se acercaba a ellas ruidosamente, y entró en pánico al plantearse de qué manera exactamente debía despedirse de Selena. ¿Un abrazo, una amistosa mano sobre su brazo, un beso en la mejilla? Llegado el momento, fue una torpe mezcla de todo eso. El abrazo se prolongó más de lo que ninguna de las dos esperaba, e incorporó cierta cantidad de afectuoso frotamiento de espaldas, y más que besarse acercaron las mejillas, pero durante el proceso los labios de Alison rozaron la oreja de Selena y el recuerdo de su tacto permaneció con ella el resto de la noche, junto con su sutil aroma corporal. Mientras regresaba a casa, fue saboreando ambas cosas, y se dio cuenta de que estaba canturreando para sus adentros, una y otra vez, el estribillo de la canción nueva de su madre:

*Still I try to do my best, but I need your breath
As the moonshine controls the water,*

I will sink and swim^[2].

Perry Barr – Handsworth – Winson Green – Bearwood – Harborne – Selly Oak – Cotteridge – Kings Heath – Hall Green – Acocks Green – Yardley – Stechford – Fox & Goose – Erdington – Witton – Perry Barr.

Pasaron las semanas, los días se acortaron y se hicieron más fríos, hasta que a principios de noviembre se produjo un punto de inflexión.

A Val le habían reducido el horario de cuatro días a tres mañanas por semana.

Le habían recortado el salario a la mitad y pasaba más tiempo en casa. En la casa hacía un frío glacial. Empezó a preocuparle la próxima factura de la calefacción. Y pasarse toda la tarde sola en la sala de estar viendo la televisión era aburrido. Aburrido y solitario.

Un miércoles a la hora de comer volvía a casa desde la biblioteca en el autobús de la línea 11. Subió en Harborne y su intención era apearse cerca de su casa en Yardley, un recorrido de unos veinte minutos. Pero cuando ya se acercaba a su parada, cambió de idea. En el autobús se estaba caliente, en casa hacía frío. El autobús estaba lleno de gente, su casa estaba vacía. Las vistas desde su asiento del autobús eran de lo más variadas, las vistas desde su casa eran monótonas. De pronto no sintió ningunas ganas de levantarse de su cómodo asiento y salir al frío.

Era la una y cuarto. Una vuelta completa a la ciudad la devolvería al mismo sitio a las tres cuarenta y cinco. Así que eso fue lo que hizo, y eso fue lo que pronto se habituó a hacer a diario. Al principio todos los días laborables, pero no tardó mucho en hacerlo también los martes y los jueves. En ocasiones en la dirección de las agujas del reloj, en otras a la inversa. Eran dos horas y media en las que no se le exigía nada, excepto permanecer sentada, contemplar las idas y venidas de los restantes pasajeros y permitir que sus pensamientos fluyesen en una espiral semejante a las lentas vueltas del autobús.

Yardley – Stechford – Fox & Goose —

¿Por qué estaba tan fría su casa? Porque no se podía permitir mantener encendidos los radiadores todo el día. E incluso cuando los tenía encendidos, ya nunca los subía hasta 5, como hacía antaño en cuanto llegaba el invierno. Ahora jamás los ponía a más de 2. ¿Por qué no? Porque la biblioteca no podía pagarle un sueldo digno. Porque el gobierno había reducido drásticamente su presupuesto para bibliotecas. Porque ahora todos vivíamos —al parecer— en una época de «austeridad».

— Fox & Goose – Erdington – Witton – Perry Barr – Handsworth —

Esta nueva palabra de moda —austeridad— hacía apenas un año que se había colado en el lenguaje cotidiano. ¿Qué significaba? En 2008 hubo una crisis financiera global y algunos de los bancos más grandes del mundo estuvieron a punto de quebrar.

La gente los había rescatado y, al parecer, ahora para poder pagar ese gasto había que recortar los servicios públicos y limitar las prestaciones. Pero era un ajuste necesario porque habíamos estado viviendo por encima de nuestras posibilidades y estábamos «todos en el mismo barco».

— *Handsworth – Winson Green – Bearwood* —

Y este era en esencia el motivo por el cual Val ponía ahora especial cuidado en no subir nunca el termostato de los radiadores a más de 2 y había decidido dar vueltas en el autobús número 11 que circunvalaba la ciudad en lugar de regresar a la gélida sala de estar de su casa. Pero al mismo tiempo no podía evitar pensar en los agentes de bolsa y gestores de fondos de inversión cuyas actividades habían llevado a los bancos al borde del colapso; se preguntaba si muchos de ellos estarían también preocupados por mantener sus radiadores a 2. No parecía muy probable.

— *Bearwood – Harborne – Selly Oak* —

La idea la indignó y la deprimió. El hecho de estar indignada y deprimida la hizo sentirse culpable. No podía ser muy gratificante para Alison vivir con una madre que estaba siempre indignada y deprimida. ¿Qué podía hacer para dejar de estar indignada y deprimida?

— *Selly Oak – Cotteridge – Kings Heath* —

La noche anterior había visto un programa de humor en televisión en el que un popular cómico, Mickey Parr, soltó un monólogo satírico sobre ejecutivos de banca que seguían recibiendo bonificaciones incluso después de que sus bancos hubieran tenido que ser rescatados por el gobierno, y la audiencia no paraba de reír. Por lo visto la situación les parecía cómica. Val había permanecido sentada en el sofá con su copa de Pinot Grigio contemplando la actuación con el ceño fruncido debido a la perplejidad. ¿Por qué a la gente eso le parecía divertido? ¿Por qué no los indignaba y deprimía?

— *Kings Heath – Hall Green – Acocks Green – Yardley*

Seguía pensando en eso cuando el autobús llegó por fin a su parada después de un recorrido, más prolongado de lo habitual, de dos horas y cuarenta minutos. Eran las tres de la tarde. Antes de apearse dudó apenas unos instantes si quedarse para dar una vuelta más, pero ella misma se dio cuenta de que sería ir demasiado lejos. De modo que bajó y se fue directa al supermercado para intentar encontrar algo diferente (pero barato) que ofrecerle de cena a Alison. Fue durante el corto trayecto hasta su casa desde allí cuando le sonó el móvil, anunciándole la llamada de Cheryl que le cambiaría la vida.

Alison había vuelto al pub con Selena y regresó tarde a casa. Ya eran las nueve y media pasadas cuando apareció. Entró en la cocina y se encontró con las compras de su madre todavía en la bolsa encima de la mesa. Oyó el sonido del televisor procedente de la sala de estar.

Sacó lo primero que encontró en la bolsa de la compra. Era un pequeño paquete de plástico en cuya parte delantera se leía «BOCADITOS DE POLLO FELIZ», acompañado por un dibujo caricaturesco de un pollo de color morado con una sonrisa pícaro, mordisqueándose su propio muslo. Alison le dio la vuelta al paquete y leyó la información que figuraba en letra pequeña en la parte inferior. «Fabricado por Alimentos Rayo de Sol», decía. «Una empresa del Grupo Brunwin».

Llevó el paquete a la sala.

—¿Qué es esto, mamá? ¿Te estás cachondeando de mí o qué?

Val se puso en pie como un resorte.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó—. Llevo horas intentando localizarte.

—Lo siento, me he quedado sin batería en el móvil. —Casi tuvo que gritar por encima del volumen del televisor, que estaba altísimo—. ¿Puedes bajar el sonido? Y, además, ¿por qué estás viendo esa mierda?

Val estaba viendo el famoso reality show en el que soltaban a una docena de famosos en la selva australiana y tenían que sobrevivir allí durante dos semanas, mientras los espectadores iban votando sucesivas expulsiones. No era el tipo de programa que se hubiera puesto a ver en el pasado, pero ahora era capaz de tragarse lo que fuera.

—¿Por qué lo estoy viendo? —Val se volvió y señaló la pantalla. Tenía la cara enrojecida y el dedo con el que señalaba le temblaba—. ¿Quieres saber por qué lo estoy viendo? Lo estoy viendo *porque voy a salir en este programa*.

Tenía los ojos muy abiertos por la excitación y esperaba que Alison respondiese efusivamente. Pero lo que acababa de decirle no tenía ni pies ni cabeza para su hija. Alison entendió cada una de las palabras individualmente, pero su cerebro era incapaz de unir las palabras para formar una frase que tuviera sentido.

—¿De qué hablas? —fue todo lo que pudo decir.

—Cheryl me ha telefonado esta tarde. He pensado que quizá fuera por la canción, pero..., en cualquier caso esto es casi tan bueno como lo otro. Quieren que entre en el programa. *En este programa*.

Después de abrir y cerrar la boca varias veces más sin ser capaz de articular palabra, Alison pudo preguntar:

—¿Cuándo?

—Pasado mañana —respondió Val, y se puso a reír como una loca—. Ya sé que es alucinante, ¿verdad que sí? Quieren introducir a alguien nuevo en mitad del programa y la persona que tenían apalabrada se ha desdicho. Así que llamaron a Cheryl y le dijeron que estaban desesperados por encontrar a alguien, y ella les sugirió que podía ser yo.

—¿Desesperados?

—Bueno..., no, esa no es la palabra que ha utilizado. Inquietos, o algo por el estilo. O puede que sí haya dicho desesperados. No lo sé. En cualquier caso, eso es lo

de menos. Dentro de tres días voy a estar en ese campamento. Con esa gente.

Alison se quedó mirando a su madre, completamente perpleja. De hecho, a esas alturas ya ninguna de las dos era capaz de articular palabra; pero el desbloqueo, cuando llegó, se tradujo en euforia. No tardaron en ponerse a dar gritos de alegría las dos, bailando juntas por la habitación hasta que Val perdió el equilibrio, se apoyó con todo su peso sobre la pierna artificial de su hija y las dos cayeron juntas en el sofá, con lágrimas de felicidad corriendo por sus mejillas.

Val estaba sentada en su hamaca, intentando acostumbrarse al bamboleo. Miró a su alrededor y contempló el campamento. No sabía qué hora era: tal vez media tarde. Era difícil tenerlo claro, ya que a ninguno de ellos se les permitía llevar reloj. La mayoría de sus compañeros de campamento dormían o al menos lo intentaban. Con aquel calor no se podía hacer mucho más. Edith, la madura estrella de un culebrón televisivo, descansaba boca arriba, con un brazo colgando de la hamaca, y roncaba con moderación. Roger, el popular historiador televisivo, estaba enroscado en posición fetal dándole la espalda, y empapando sus pantalones cortos, en la zona de la raja de las nalgas, se veía un río de sudor. Pete, el tío simpático de Manchester estrella de un reality televisivo, tenía una mano sobre los genitales y la otra en el cogote. Solo Danielle, la siempre encantadora y bella Danielle, parecía mantener la compostura y la dignidad. Estaba tumbada boca arriba, muy quieta, con las manos sobre el vientre, respirando con regularidad, y los únicos rastros de sudor eran unas pocas gotas en la parte superior de sus senos, que aportaban un toque a su estudiadamente desaliñado atractivo. Su bronceado era suave y uniforme, y parecía haberse aplicado un corrector cosmético sobre las dos o tres picaduras de mosquito que tenía en la cara y el cuello, pese a la explícita prohibición de utilizar maquillaje en el campamento. La chica sabía cómo sortear eso.

Por su parte, Val se sentía como una mierda y sabía que probablemente ese era el aspecto que tenía. Antes de llegar allí había decidido mostrar siempre su mejor cara ante las cámaras, pero ya había dejado de lado esta idea. La verdad, ¿a alguien le podía importar el aspecto que tuviese? Lo relevante —tal como había dicho Alison— era «ser tú misma, porque entonces le gustarás a todo el mundo». Eso y acordarse de cantar en algún momento «Sink and Swim» ante los diez millones de espectadores del programa. Aunque en esos momentos lo último que le apetecía era ponerse a cantar.

No se trataba exactamente de jetlag. Le habían asegurado que lo peor del jetlag lo notaría un día después de regresar a Inglaterra. Aquello era sin más una profunda sensación de desorientación. Cinco días atrás estaba en su casa en Yardley, un lugar del que no había salido —excepto para pasar unos pocos días de vacaciones aquí y allá, siempre con Alison, siempre dentro del Reino Unido— desde hacía años. Pero en aquellos últimos cinco días habían pasado un montón de cosas. Tantas que en ese momento ya no era capaz de recordarlas en orden cronológico. Había pasado por...

... el apresurado desplazamiento a Londres para dos reuniones de emergencia. La primera se había desarrollado en las oficinas de la productora, Stercus Television. Una joven y frágil asistente de producción llamada Suzanne la había recibido en la recepción y la había conducido escaleras arriba hasta la sala Hilary Winshaw, así

bautizada en honor a la legendaria ejecutiva que se había incorporado a la empresa a principios de los noventa y había cambiado su destino reconduciéndola a su actual rumbo, fundamentado en la eficiencia presupuestaria y el populismo, con un noventa por ciento de su producción en el terreno de los realities. Allí la informaron sucintamente de la organización de su viaje, le plantaron delante contratos para firmar y le dijeron que Suzanne la acompañaría en el viaje a Australia y no se apartaría de su lado hasta embarcarla en el helicóptero que la llevaría a la selva. La segunda reunión se había desarrollado en la consulta de un médico en Harley Street que la sometió a un rápido examen y a una todavía más rápida evaluación psicológica. «¿Ya les has dicho», le preguntó Alison cuando volvió a casa esa noche, «que te aterran los insectos?» Era cierto que una de las preguntas que le habían hecho era si padecía algún tipo de fobia, pero Val había asegurado que no, temiendo que de lo contrario no le permitieran participar. «Bueno, pues vaya estupidez has hecho», le dijo Alison. «¿Qué harás cuando te hagan comer cucarachas?» «¿Y por qué iban a hacer eso?», preguntó Val, a lo que Alison le respondió: «¿Has visto alguna vez ese maldito programa aparte de anoche?» Lo cual dio pie a otra tremenda discusión que alcanzó proporciones estratosféricas cuando su madre le contó que Stercus pagaba el billete a un acompañante para que volase a Australia con ella y que había decidido que fuese Steve y no Alison...

... el recorrido en taxi a la mañana siguiente hasta Heathrow. Steve cogiéndole de la mano mientras iba sentada en el asiento trasero, temblando por los nervios y la expectación, mientras las conurbaciones de tonalidades beige de Banbury, Bicester, High Wycombe y Hemel Hempstead pasaban a toda velocidad a medida que avanzaban por la M40...

... el absoluto e inimaginable placer de volar en primera clase, la comodidad que suponía, la gozada del champán gratis, la calidad y variedad de la comida gratis, los manjares que nunca habían probado, el caviar, el foie gras, el carpaccio de atún, el solomillo de ternera de Kobe, los lacitos de pasta en salsa de trufa, y al final el whisky de malta de treinta años que los había ayudado a conciliar un sueño profundo y reparador, ambas cualidades posibles gracias al acogedor abrazo de los asientos desplegados que se convertían en camas y a la reconfortante asistencia de la tripulación de cabina, que hizo prácticamente de todo excepto masajearles los dedos de los pies, acariciarles la cabeza y cantarles nanas...

... la cegadora intensidad de la luz en cuanto bajaron del avión en Brisbane, una luz que jamás habían visto, ni siquiera imaginado, viviendo en Birmingham, y después la excitación de tener a un grupo de gente joven y entusiasta de la productora esperándoles en el hall de llegadas, además de un par de docenas de periodistas y paparazzis. La emoción de volver a ser reconocida, de dejar de ser invisible...

... la maravillosa opulencia hortera del hotel junto a la playa a las afueras de Brisbane, al que los llevaron en una limusina. La pasmosa amplitud del dormitorio, la sala y el cuarto de baño —en conjunto doblaban el tamaño de la casa de Val en

Yardley—, todo decorado con una esplendorosa vulgaridad...

... una vulgaridad que se extendía al restaurante de la piscina, donde tomaron su primera cena en aquel asombroso nuevo continente y conocieron a algunos de los otros huéspedes: el señor y la señora Perry, los padres de Danielle, la preciosa y glamourosa modelo que era la favorita para alzarse con la victoria ese año; Mary Walker, la madre de Pete Walker, la estrella de realities, y su hermana pequeña Jacqui. «Así que a Pete y a Danielle les han dejado traer a dos personas, ¿no?», le había preguntado Val a Suzanne, y esta había asentido pero no le había dado ninguna explicación, proporcionándole el primer indicio de que tal vez había una jerarquía entre los concursantes del programa, y que ella no formaba parte de la élite. Pero optó por apartar de su mente ese pensamiento un poco inquietante y se dedicó a disfrutar de la compañía de aquella gente, paladeando la sensación de formar parte de un grupo de elegidos, de una élite trasladada desde el bullicio al paraíso, y no tardó en simpatizar con Mary y Jacqui, que recordaban su exitoso single y se mostraron de acuerdo con ella en que participar en aquel programa era lo que necesitaba para relanzar su carrera, mientras que no simpatizó tanto con los padres de Danielle. De hecho, después ella y Steve convinieron en que se habían comportado de un modo bastante raro, sobre todo cuando Val pidió una ensalada César y en el momento en que se la sirvieron la señora Perry rompió a llorar, al parecer porque César era el nombre de su bóxer, que había muerto un par de días antes de viajar a Australia, tras doce años viviendo con ellos, y eso era un poco singular, que una ensalada la hiciera romper a llorar, pero de todos modos los dos se mostraron comprensivos y lo atribuyeron al champán, ya que antes de subir a acostarse se habían bebido botella y media cada uno...

... el trayecto en helicóptero al día siguiente, que había sido el verdadero inicio de la aventura. Le había dado un beso de despedida a Steve y había dicho —por primera vez en unos siete años— «Te quiero» (a lo que él había respondido con un abrazo y susurrándole: «Buena suerte, nena»). Antes de subir al helicóptero, un técnico de sonido le había enganchado a Val un micrófono en la solapa de su atuendo para la jungla y le advirtieron de que todo lo que dijese a partir de entonces sería grabado y se podría emitir. Ella intentó no soltar tacos, ni decir ninguna estupidez, ni gritar demasiado cuando despegaron. Nunca había subido a uno de aquellos cacharros y al principio, como era de esperar, se asustó un poco. Pero el viaje, que ella imaginaba que duraría al menos una hora, sobrevolando la inmensidad de la impenetrable selva húmeda, resultó ser muy corto —unos diez minutos más o menos—, porque el campamento en realidad estaba a pocos kilómetros del hotel, en lo que desde el aire parecía una parte nada inhóspita de un parque nacional. El piloto hizo un montón de giros y descensos en picado del todo innecesarios para que ella gritase y conseguir que su llegada resultase más dramática, pero al final la depositaron sana y salva en medio de la selva y allí la esperaba un guía para conducirla hasta el campamento...

... la llegada al campamento. ¿Qué esperaba? ¿Gritos de alegría al reconocerla?

No exactamente. Pero desde luego algo más que la palpable sensación de indiferencia cuando entró en el claro. «¡Hola a todos!», saludó con entusiasmo, de inmediato incómoda al caer en la cuenta de lo desesperada que sonaba ya su voz. Le llevó unos diez minutos explicarles a todos quién era, y se hizo evidente que solo dos de sus compañeros de campamento —los dos de más edad— sabían quién era y recordaban su éxito discográfico o sus fugaces apariciones en *Top of the Pops*. Por lo visto había corrido el rumor de que la persona que iba a unirse al campamento era la estrella de una comedia televisiva de los noventa y todos quedaron un poco decepcionados al comprobar que no era así. (Val supuso que era la persona a la que le dijeron que iba a sustituir cuando la contactaron, aunque le pidieron que guardase el secreto.) Después de las presentaciones, no pareció que se esperase de ella otra cosa aparte de instalarse. Enseguida se percató de que el estado de ánimo predominante entre aquellos famosos era un supino aburrimiento. Todo el mundo parecía agotado, vencido por una combinación de calor, humedad y hambre. El único tema que ocupaba sus pensamientos y sus conversaciones era la cena, consistente en unas escasas raciones de arroz y judías; de hecho la ración de aquella noche sería especialmente reducida, ya que Edith, la madura estrella del culebrón televisivo, había fallado estrepitosamente en «la prueba» del día. El propósito de aquellas pruebas era entretener al público a base de torturar y humillar a los famosos, a los que se obligaba a realizar varias tareas repugnantes con el fin de conseguir comida para sus compañeros: tareas que normalmente comportaban ser introducido en espacios reducidos en compañía de gran número de insectos, serpientes u otras criaturas de la selva a las que con toda probabilidad la experiencia les resultaba tan estresante como a los concursantes humanos.

Val no había pensado mucho en lo que sucedería si la hacían participar a ella en una de esas pruebas. La elección de la celebridad estaba en manos de los espectadores, que por lo general optaban por el personaje más odioso y lo sometían a la terrible experiencia día tras día. Como ella estaba decidida a mostrarse alegre, encantadora y simpática con todo el mundo, fueran cuales fuesen las circunstancias, estaba convencida de que no tendría que pasar por eso. Y de hecho ahora era el momento perfecto para poner en práctica esa decisión, pues Danielle la había mirado y le había dedicado una débil sonrisa y un ligero saludo con la mano, una vacilante pero inequívoca invitación a entablar una charla. Con un lento y esforzado movimiento, abriéndose paso a través del húmedo aire como si fuera una pared de humedad que hiciese fuerza contra ella, Val se levantó de la hamaca y se acercó a la joven y bella modelo para hablar con ella. Mientras avanzaba en su dirección fue plenamente consciente de lo perfecta que era la belleza de Danielle, de lo andrajosa y desaliñada que en contraste debía de parecer ella. Y la diferencia de edad entre ellas era tal que sin problemas Val hubiera podido ser la madre de la chica. Tal vez ese detalle tenía que ser la clave de su relación: debía tener con ella una actitud maternal. Tenía que intentar ser amigable, cariñosa y protectora, ofrecerle consejos y sabiduría

además de compañerismo. Val estaba convencida de haber causado una buena impresión a los espectadores. Ese acercamiento no podía sino incrementar la simpatía de estos hacia ella.

Mientras tanto, en Yardley, Alison se sentó a la mesa de la cocina con una pila de periódicos ante ella, para buscar las primeras informaciones sobre la llegada de su madre al campamento.

ES UNA PERSONA INSIGNIFICANTE – SACADLA DE ALLÍ era un titular típico.

«Mientras la última “celebridad” hace su “arrolladora” entrada en el campamento de la jungla», empezaba el artículo, «los espectadores por todo el país se hacen la misma pregunta: *¿Quién demonios es Val Doubleday?*»

¿NO SE SUPONE QUE ESTA GENTE TIENE QUE SER FAMOSA?, se preguntaba otro titular.

DESCUBIERTO, se vanagloriaba otro, LA «CELEBRIDAD» DE LA JUNGLA ES EN REALIDAD UNA BIBLIOTECARIA CON UN CONTRATO A TIEMPO PARCIAL.

«En su momento de apogeo», leyó Alison, «los concursantes de este programa solían dividirse en dos categorías: las viejas glorias y los aspirantes a famosillo.

»Pero ahora esta madura madre soltera llamada Val Doubleday (o Ladilla, como la llama todo el equipo de producción) representa una categoría completamente nueva: los que de entrada no han sido nunca nadie.»

Por primera vez Alison hizo una mueca de dolor. «Ladilla» era el mote que, según le contó su madre en un arranque de sinceridad, le habían puesto en el colegio: un juego cruel con sus iniciales, V. D^[3]. Era inquietante comprobar que aquello había llegado a oídos del equipo del programa y que ya se había filtrado a la prensa. De algún modo le daba mala espina.

Alison apartó los periódicos y se volvió hacia su portátil. Antes de que su madre se marchase a Australia, entre las dos habían dado de alta una cuenta de Twitter para ella. Discutieron sobre si poner una foto reciente o una de la época de cantante de Val, y al final llegaron al acuerdo de combinar una foto actual de perfil con una captura de su lejana aparición en *Top of the Pops* que ocupaba la parte superior de página a modo de banner. Todo tenía un aspecto muy elegante y profesional. Durante el primer par de días la cuenta no atrajo la atención de nadie, pero en cuanto se publicaron las primeras noticias sobre la participación de Val en el programa, empezó a aparecer un goteo de seguidores, y ahora el número había crecido hasta los 4752. Alison mantenía la página de notificaciones permanentemente abierta y ahora se dio cuenta de que había 319 mensajes nuevos. Nerviosa, se puso a mirarlos, desplazándolos con el cursor.

El primero decía:

¿Quién coño eres, puta?

Seguido de:

En mi vida he oído hablar de ti
Eres bien fea
***Bostezo* Ya me aburre**
Recuerdo tu canción. Era una mierda
¡Votad que la expulsen! La campaña empieza aquí
#Valexpulsión
Tu cara me pone enfermo
Vaya vieja
Puaj qué bruja
Ja ja zorra

Y la cosa seguía en el mismo tono tuit tras tuit. Después de revisar el primer centenar de mensajes, Alison decidió que lo mejor era empezar a bloquear a la mayoría de los seguidores. Le llevó un par de horas bloquear a los más ofensivos, entre otras cosas porque aparecían nuevos tuits casi al mismo ritmo que ella los bloqueaba. Al acabar, se sentía en cierto modo sucia, como si se hubiera pasado la mañana limpiando el váter sin guantes de goma. Y seguían llegando nuevos mensajes. Libraba una batalla perdida de antemano. Decidió dejarlo por el momento y se fue a la facultad para asistir a sus clases de la tarde.

Durante el resto del día sintió que persistía una sensación de irrealidad, de ingravidez. Al volver a casa esa tarde en el autobús número 11, Alison se esforzó por entender que su madre estaba a dieciséis mil kilómetros, en la otra punta del mundo, probablemente dormida bajo el cielo australiano en compañía de una docena de personas a las que no conocía de nada. Su día a día durante los últimos años había estado marcado por la monotonía, ¿cómo demonios iba a hacer frente a la situación? La última noticia que había recibido Alison había sido un mensaje de Steve que decía: «He visto cómo partía Val en un helicóptero con destino a la jungla. ¡No tendré noticias durante unos días!» Al cual ella no había contestado. De modo que ahora solo podía confiar en su propia imaginación, pero no estaba preparada para afrontarlo. Tal vez lo mejor fuese, si era capaz de hacerlo, apartar de su mente todo ese asunto hasta las nueve de la noche, cuando la televisión daría un resumen de los mejores momentos del primer día de Val en el campamento.

A las nueve menos cinco ya estaba sentada en el sofá con un gran plato de arroz integral y verduras salteadas, esperando a que empezase el programa. Quitó el sonido mientras emitían anuncios y resultaba impresionante el silencio que reinaba en la casa, lo vacía que parecía sin su madre, pese a que, cuando estaba, su presencia era discreta y callada. Alison la echaba de menos más de lo que hubiera imaginado. ¿Verla en televisión lo compensaría un poco?

Sesenta minutos después, no estaba segura de lo que acababa de ver. Muy pocas imágenes de su madre, eso estaba claro: su contribución total al programa, incluyendo el metraje de su llegada al campamento, no sumaba en total más de dos o tres minutos. El momento en que aparecía y saludaba: «¡Hola a todos!» resultaba

especialmente penoso: las cámaras prolongaban despiadadamente una escena que parecía no acabarse nunca, mostrando el silencio con que era recibido su saludo, acercándose con un zoom a su rostro para captar el entusiasmo de su mirada y, segundos después, la decepción que la ensombrecía. Alison pensó que se la veía pequeña y vieja. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Y siempre había caminado medio encorvada? La postura era horrorosa. En cualquier caso, después de eso casi desapareció del programa, la mayor parte del cual estuvo dedicado a mostrar prolongados planos de Danielle, la modelo glamourosa, y Pete, la estrella de realities, ataviados con trajes de baño. Val solo hizo una aparición más. Se la vio conversando con Danielle en su hamaca por la tarde, mientras el resto de las personas del campamento dormitaban.

VAL ...pensaba que se organizaría más alboroto con mi llegada, eso es todo.

DANIELLE. —Creo que todos estamos un poco cansados, ¿sabes? No le des más vueltas.

VAL. —Para mí ha sido una especie de anticlímax, después del helicóptero y demás.

DANIELLE. —Un calamar húmedo^[4], sí...

VAL. —(*después de un silencio*) Quieres decir un fiasco.

DANIELLE. —¿Qué?

VAL. —Lo que quieres decir es «un fiasco».

DANIELLE. —Oh, ya veo. ¿Así que me estás corrigiendo?

VAL. —Bueno, mucha gente se equivoca con esa expresión.

DANIELLE. —Pensaba que era «calamar» porque, ya sabes, los calamares viven bajo el agua, de modo que lo más probable es que estén muy húmedos.

VAL. —Sí, entiendo que lo puedas pensar, pero es «fiasco».

DANIELLE. —Oh, vale. (*un silencio*) Bueno, gracias por aclarármelo.

Cuando se acabó el programa, Alison permaneció un rato sentada en el sofá, con la mirada fija en la pantalla del televisor en blanco. Ver el programa había sido una de las experiencias más extrañas de su vida. Conocía muy bien a su madre, mejor —mucho mejor— que a ninguna otra persona. Y estaba claro que en la persona que aparecía en la pantalla reconocía a su madre. Sin embargo, en las ocasionales escenas de ella que el programa había mostrado, también tuvo la sensación de estar viendo a una desconocida. La vio como la habían visto las cámaras, y como la habían visto los montadores del programa, y pensó que esas miradas eran despiadadas. No contaban con el filtro del amor.

En cuanto a Twitter, esa noche no se podía encontrar mucho cariño por Val.

**Dios mío es soporífera.
Sacad a esa tía de mi puta pantalla
Uníos a la campaña #Valexpulsión
Joder vaya zorra
Cuántas mamadas hay que hacer para entrar en el programa
¡Nazi de la gramática!
¡Deja en paz a Danielle!
Corregir a Danielle quién coño te crees que eres
Cómo te atreves a hablarle así a Danielle vieja de mierda
Caracaballo #Valexpulsión
Vuelve a tu biblioteca y deja a Danielle en paz
#PartidariosdeDanielle
Vuelve a tu puta biblioteca
A quién le importa ese error con fiasco excepto a una bibliotecaria resabiada
Jodida puta la audiencia te lo va a hacer pagar caro**

De nuevo Alison se pasó una hora o dos bloqueando a los más ofensivos. De nuevo se sintió del todo impotente para contener la avalancha. Se dio cuenta de que a esas alturas la cuenta de su madre tenía 6111 seguidores. No estaba mal, salvo por el hecho de que Pete tenía 314.566 y la de Danielle se acercaba a toda velocidad al millón.

No pudo evitar pensar que todo se estaba confabulando contra ella.

Bajo un estrellado cielo azul oscuro, Val se sentó sola a la sombra de un eucalipto. Tenía las manos unidas con firmeza alrededor de las rodillas y estas dobladas contra la barbilla. En esa postura, hecha un ovillo, se mecía adelante y atrás, con los ojos cerrados, y dejaba escapar algunos sollozos catárticos. Confiaba en que nadie la viese, aunque podía presuponer que habría como mínimo una cámara enfocándola desde un lado u otro. Estaban por todas partes, escondidas en troncos huecos o en cavidades secretas en las rocas, montadas en pértigas retráctiles que emergían entre la maleza. No había privacidad, ninguna en absoluto. Evidentemente Val había renunciado a ella cuando aceptó participar en el programa. Pero, aun así, no se imaginaba que sería tan duro...

Se mecía adelante y atrás, adelante y atrás. Intentó recordar las técnicas de meditación que su profesor de yoga le había enseñado, pero de eso fue hacía mucho tiempo. Y de todos modos allí no le iban a servir de nada. Las imágenes que trataba de borrar eran apabullantes, imborrables, y le impedían pensar en otra cosa. En apariencia eran imágenes banales de aquel mismo día: de última hora de la mañana, de primera hora de la tarde, de hacía unas horas. A plena luz del día, en cualquier caso. Con el sol bien alto. En primer lugar, el claro al que su guía la había conducido.

La mesa ante la que le habían dicho que se sentase. El recipiente de plexiglás que habían plantado ante ella y en su interior... Oh, Dios. El insecto, la... *cosa*, el... ¿cómo se llamaba? Un «insecto palo gigante», le habían informado los dos presentadores del programa entre risas. Por el amor de Dios, esa cosa medía al menos quince centímetros. De un verde intenso y repugnante. Con seis patas delgadas y larguiruchas, un largo torso con un caparazón de algún tipo de materia dura, compacto y firme, y al final... la *cabeza*, asombrosamente parecida (excepto por las dos antenas) a una diminuta cabeza humana, con unos ojos pequeños y brillantes que la miraban, atentos, vivos, pero inescrutables. (La expresión de terror que creyó adivinar en ellos era, quizá, un ejemplo —por Dios, que lo fuese— de puro antropomorfismo.) Y a continuación le ordenaron que se pusiese unas gafas de seguridad de plástico (todavía no tenía muy claro el porqué) y cerrase los ojos con fuerza, y el «manipulador de insectos» (sí, había una persona cuyo trabajo obedecía a esta descripción) agarró a la indefensa y repugnante criatura, Val abrió la boca de par en par y de pronto tuvo al bicho en su interior, dentro de la boca, lo *notaba*, lo notaba retorciéndose, luchando frenético, las patas obscenamente largas apoyándose contra la lengua y el paladar, su boca convertida en prisión, en jaula para aquel bicho... Casi de inmediato sintió una arcada y la desafortunada urgencia de vomitar, abrir la boca y escupir el insecto encima de la mesa que tenía delante, pero sabía que por cada diez segundos que lograra retenerlo, a sus compañeros de campamento les darían una ración de comida, y no quería fallarles. Ahora el bicho se retorció y golpeaba con más agresividad en su boca, e intentaba escapar por la parte trasera, introduciéndose en la garganta, pero Val apretó con más fuerza los ojos cerrados —unos ojos de los que empezaban a brotar lágrimas de sufrimiento— y mantuvo la boca cerrada con más firmeza. Pese a ello, debía de estar asomando una parte del insecto, tal vez una de las patas, porque uno de los divertidos presentadores dijo: «Vamos, Val, no hagas trampas, tienes que mantener al bicho entero dentro.» Y el copresentador, entre risitas, añadió: «Ooh, apuesto a que ha pasado ya mucho tiempo desde que un tío te dijo eso por última vez, ¿eh, Val?»

Y el equipo al completo había estallado en carcajadas, pero solo ahora, al recordarlo, cayó en la cuenta de lo obsceno y ofensivo que fue el comentario, porque en ese momento toda su energía estaba dedicada al esfuerzo de controlar las arcadas, de no vomitar, de mantener los ojos y los labios cerrados, intentando ignorar las arremetidas de las largas y angulosas patas del insecto que le golpeaban el interior de la boca, hasta que, de pronto, el bicho dejó de moverse. Y entonces Val pensó: Oh, Dios mío, ¿lo he matado?, pero ese pensamiento solo duró uno o dos segundos, porque entonces notó otra cosa en la boca, un líquido con el sabor más nauseabundo y asqueroso que jamás hubiese probado o imaginado probar, y se dio cuenta de que el insecto palo se estaba cagando en su boca, literalmente cagándose de miedo, y notó el primer goteo de excremento líquido deslizándose por su garganta, sintió que el estómago se le contraía, le subió una arcada y con un sonoro y ahogado gorjeo

escupió el insecto sobre la mesa, seguido por un fino hilillo de baba, después de lo cual, si no se desmayó exactamente, al menos perdió toda conciencia de lo que estaba sucediendo a su alrededor, porque no recordaba los vítores y aplausos de los presentadores y el equipo, no recordaba nada hasta el momento en que, sentada en una silla y envuelta en una manta, se llenaba una y otra vez la boca de agua, se enjuagaba y escupía, en un intento desesperado de deshacerse de aquel sabor, aquel sabor repugnante que incluso ahora volvía a aparecer y le provocaba de nuevo náuseas...

Val se puso a cuatro patas, gateó hasta una mata de helechos y allí vomitó con el mayor sigilo que pudo. Gracias a su fracaso en la prueba, su cena había sido frugal — un simple puñado de arroz y judías— y ahora lo había echado todo. Aun así, se sentía mejor después de hacerlo. Unos minutos más para recomponerse y ya estaría lista para reunirse con los demás. Cuanto antes mejor, porque necesitaba hablar con Danielle. Había sido demasiado brusca con ella después de la cena. Se había quejado de que no ayudaba a fregar los platos. Val sin duda tenía toda la razón —Danielle era perezosa, nunca ayudaba en ninguna de las tareas rutinarias del campamento—, pero su comentario había sonado agresivo, y no quería molestarla ni, por supuesto, ganarse el rechazo de los espectadores. En cuanto se recuperase un poco, iría a disculparse.

Danielle no estaba en el campamento. Estaba echada con Pete en un claro a unos cincuenta metros de allí. Estaban ambos boca arriba, contemplando las estrellas a través del follaje de los árboles. La cara de Danielle, como era bastante habitual en ella, completamente inexpresiva. Pete parecía aburrido e inquieto.

—Oh, perdón, no pretendía interrumpir —dijo Val.

—No pasa nada —le aseguró él, incorporándose para sentarse—. ¿Querías hablar de algo?

—Sí..., de hecho con Danielle.

—Ningún problema —dijo él—. De todos modos, necesito ir a cagar.

Se levantó y se marchó. Val se acuclilló junto a Danielle y dijo:

—Hola, cariño. No he estropeado un momento romántico, ¿verdad?

Danielle ladeó unos grados su cabeza perfecta.

—No te preocupes. Por lo que a mí respecta, no hay la más mínima posibilidad de un idilio con él. Es un mamón. Lo hacíamos solo porque el director no para de pedirnos que nos mostremos más románticos el uno con el otro.

Val asintió, sin saber muy bien qué decir al respecto. Le sorprendió que dijera que el «director» les había estado dando instrucciones. Ni siquiera sabía que existiese esa figura.

—De todos modos, ¿qué querías? —le preguntó Danielle.

—Era sobre lo de fregar los platos.

Danielle apartó los ojos de ella y clavó la mirada en el firmamento, con rostro inexpresivo.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa con eso?

—Solo he venido a decirte que... lo siento si he sido impertinente contigo. No estás enfadada, ¿verdad?

—No has sido muy respetuosa conmigo delante de los demás —se quejó Danielle haciendo un mohín—. Ya sé que soy más joven que tú, pero, ¿sabes?, creo que merezco que se me trate de un modo...

—De hecho sí he sido respetuosa —dijo Val—. Quiero decir que hubiera podido soltar algo tipo: «Venga, so jeta, ¿cuándo piensas mover ese culo perezoso y venir a echar una mano?» Pero yo nunca te hablaría así.

—Me imagino que no... —dijo Danielle. Se estaba ablandando.

—Quiero decir que todos tenemos que aportar nuestro granito de arena si queremos sobrevivir durante las dos próximas semanas, eso es todo. «Estamos juntos en esto», como diría nuestro querido señor Osborne.

—¿Quién?

—George Osborne. ¿El ministro de Hacienda? —El rostro de Danielle no dio muestras de saber de qué le hablaba, y Val no pudo evitar reírse—. Oh, Danielle, la verdad es que eres un caso. ¿En qué planeta vives, eh? ¿Nunca lees los periódicos?

—No tengo tiempo.

—Deberías buscarlo. Todo el mundo debería saber qué pasa en el mundo.

—Trabajo mucho, ¿sabes? Estoy en el gimnasio a las seis y media cada día. Y después me paso el día o en una sesión de fotos o en un estudio de grabación.

—¿Un estudio de grabación?

—Sí. Soy cantante. Eso es lo que de verdad quiero ser. Ahora estoy grabando un disco, pero, ¿sabes?, lleva mucho tiempo dar bien las notas y todo lo demás. No he estudiado solfeo ni nada por el estilo.

—¿Tocas algún instrumento?

—Sé tocar «Yellow Submarine» con la guitarra. Ya sabes, la vieja canción de los Beatles.

Val sintió una repentina oleada de ternura hacia ella. Parecía tan joven; y no solo joven, sino también sola y vulnerable.

—Apuesto a que ahora mismo echas de menos todo eso, ¿verdad que sí?

—Sí que lo echo de menos —dijo Danielle—. Esto es horrible. No dejan de pedirme que comparta tareas con Pete, porque han vendido un montón de historias a las revistas sobre nuestro romance, pero la verdad es que no nos soportamos. No me cae bien nadie del campamento. Todos son viejos y aburridos. Quiero volver a casa. Echo de menos a mis padres. Echo de menos a mi hermana. Y a quien más echo de menos, al que de verdad echo de menos, es a César. Nuestro bóxer.

—Oh, ya sé de qué me hablas, cariño —dijo Val, poniéndole una solidaria mano en el hombro—. He oído hablar de él. Tu madre me lo contó justo antes de venir aquí. Es horrible, ¿verdad?, cuando se nos muere una mascota. Yo tuve un gato llamado Byron, y cuando murió...

—¿Qué? —dijo Danielle, incorporándose para sentarse y clavándole la mirada—.

¿De qué hablas?

Val se tapó la boca con la mano.

—Oh, Dios mío. No lo sabías.

—¿Le ha pasado algo a César? ¿Qué le ha pasado? ¡Dímelo!

Después de eso, Val no tuvo otro remedio que darle la noticia y, en cuanto la oyó, Danielle rompió a llorar. Sollozó abrazada a Val durante unos minutos y Val le iba secando las lágrimas con un pañuelo que enseguida quedó empapado.

—Lo siento..., te he fastidiado el kleenex —fue lo primero que dijo Danielle cuando pudo volver a hablar.

—Qué más da..., ya cogeré otro —dijo Val. Dejó escapar lo que consideró una risa consoladora, en un intento de relajar la situación—. Aún me quedan un montón.

Mientras iba a buscarlos, volvió la vista atrás y vio que Danielle la miraba con una cara casi tan inexpresiva como de costumbre. Pero sus ojos azules de niña ahora eran unas límpidas lagunas de tristeza y su deliciosa carita estaba cubierta de lágrimas.

—Joder —dijo Alison—. ¡JODER! Mamá, eres completamente idiota..., ¿a qué estás jugando? ¿Por qué has hecho eso?

Se echó hacia delante en el sofá, agarrando el mando a distancia con tanta fuerza que podría haberlo roto. El pánico se apoderó de ella, se le aceleró la respiración, estaba empezando a hiperventilar. Como no quería oír la sintonía de cierre del programa, quitó el volumen, se levantó y se puso a dar vueltas por la sala, tratando de calmarse. En silencio, aparecieron en la pantalla del televisor los teléfonos para votar al concursante al que se quería expulsar. Al final, Alison se detuvo ante el aparato, lo apagó, se tapó la cara con las manos y dijo para sí misma una vez más:

—Oh, mamá, ¿por qué has tenido que hacer eso?

Ya había resultado suficientemente duro ver a su madre sometiéndose a la prueba, metiéndose aquel bicho enorme en la boca y manteniéndolo allí mientras todos a su alrededor la miraban y se reían. Ella sabía que a Val le aterraban los insectos. En la expresión de su rostro se veía el terror y el asco, pero por lo que a los productores del programa (y Alison supuso que también los espectadores) respectaba, aquello no hacía más que incrementar la diversión. Pero entonces, después de eso, al final del programa... apareció la conversación entre ella y Danielle: ¿cómo había podido suceder eso? ¿Qué demonios estaba pasando allí?

Val se había dirigido con cierta impertinencia a Danielle después de la cena. Le había pedido que ayudase a lavar los platos y le había recriminado que en general no daba golpe en el campamento. Parecía que Danielle se había ofendido y se había alejado del campamento con Pete. Unos minutos después había aparecido Val interrumpiéndolos, con la aparente intención de insistir en sus quejas. La conversación, tal como se había emitido, fue así:

VAL. —No he estropeado un momento romántico, ¿verdad?

DANIELLE. —No te preocupes. De todos modos, ¿qué querías?

VAL. —Era sobre lo de fregar platos.

DANIELLE. —¿Ah, sí? ¿Qué pasa con eso? No has sido muy respetuosa conmigo delante de los demás. Ya sé que soy más joen que tú, pero, ¿sabes?, creo que merezco que se me trate de un modo...

VAL. —Oh, vamos, so jeta, ¿cuándo piensas mover ese culo perezoso y venir a echar una mano?

(Primer plano de la cara de Danielle, desconcertada.)

VAL. —¿En qué planeta vives? ¿Eh?

(Otro primer plano de Danielle, que ahora rompe a llorar. Y Val se larga de inmediato.)

VAL. *(volviendo la cabeza y riéndose)* —Aún me quedan un montón.

(Primer plano de Danielle mirándola alejarse, con la cara cubierta de lágrimas.)

Esa noche Alison no se atrevió a echar una ojeada a Twitter. Se fue directa a la cama y, después de permanecer despierta una o dos horas, preguntándose qué demonio había poseído a su madre en la jungla australiana para provocarle semejante estallido de grosería y crueldad gratuita, se dejó vencer por un sueño ligero. Pero no duró mucho. A las seis ya estaba otra vez despierta y, después de prepararse un café instantáneo doble, encendió el portátil.

Malas noticias. De hecho, pésimas. La cuenta de su madre perdía seguidores como si de una hemorragia se tratase —había caído hasta poco más de 3000—, y los mensajes ofensivos ahora parecían descargarse a un ritmo de cuatro o cinco por minuto. La mayoría de ellos llevaban el hashtag *#partidariosdeDanielle* y se podría decir que el millón de seguidores de la modelo no estaban muy contentos con lo que habían visto en la televisión la noche anterior.

Puta infernal

Vete a la mierda quiero matarte

Eres una jodida abusona vaca vieja

Hola Ladilla espero ke pilles una venérea pero eso significa ke alguien tendría que follar contigo lo ke no es muy probable ja ja

Has hecho llorar a nuestro ángel te haremos llorar puta

No he odiado nunca a nadie como te odio a ti. Espero que te mueras de cáncer Que te jodan zorra

Puta abusona. Mereces que te violen hasta que tu coño reseco sangre y le salgan úlceras

Alison se sintió físicamente mal mientras lo leía: tuvo que ir al baño y arrodillarse ante la taza del váter durante unos minutos, convencida de que iba a vomitar. Pero no le salió nada, solo tuvo alguna arcada. Después, de mala gana, movida solo por el amor filial, se obligó a hacer un rastreo rápido más. Buscó la imagen de su madre en Google Imágenes y donde antes hubiese encontrado algunas viejas fotografías promocionales y capturas de su aparición en *Top of the Pops*, ahora ya había centenares de fotos nuevas. ¿De dónde habían salido y cómo las habían colgado tan rápido? La mayoría de ellas eran de la prueba del día anterior: primeros planos horripilantes y grotescos del rostro de su madre, que mostraban hasta el último poro y la última arruga, sus ojos distorsionados detrás de las gafas protectoras y la cara retorcida en una mueca mezcla de terror y asco mientras le metían el insecto en la boca. Las fotografías de los últimos momentos de la prueba, que la mostraban inclinada sobre la mesa en plena arcada, con un hilo de baba verdosa colgándole de los labios, parecían las más populares. Pero ni Val, ni Alison, ni nadie podía hacer nada al respecto. Así era como iba a ser recordada online su madre en adelante.

Era demasiado deprimente seguir contemplándolo. Alison echó un rápido vistazo a Google News, donde descubrió que, según una nueva encuesta, su madre era en esos momentos la concursante más impopular de los diez años de historia del programa, y acto seguido se volvió a meter en la cama.

Val se calentó las manos en la hoguera, sonrió a sus compañeros de campamento y sintió una creciente irradiación de felicidad. Hoy había sido un día estupendo. Del todo relajante y plácido. En primer lugar, Dino, el apuesto y siempre muy macho chef televisivo de Nueva York, que cumplía la función de presencia norteamericana en el programa, había sido el designado por los votos para pasar la prueba, que consistía en recolectar estrellas de mar de plástico del fondo de un tanque de agua lleno de anguilas, y lo había hecho espectacularmente bien, lo cual significaba no solo que todos dispondrían de una ración extra de comida esa noche, sino que después de la cena —de hecho ya en cualquier momento— les ofrecerían un artículo de lujo «sorpresa». Y eso, claro está, había puesto a todo el mundo de buen humor. Por la tarde, mientras descansaban en las hamacas, Val y Roger el historiador habían iniciado una conversación, una auténtica conversación, que se inició con consideraciones sobre el clima británico pero que, sin saberse muy bien cómo, había derivado hacia la coalición de gobierno y si de verdad tenía un mandato de los votantes. Había sido el primer *debate* auténtico, la primera vez que alguien en el campamento había hablado de algo relevante desde que Val llegó allí hacía tres (¿eran tres?) días, y resultó tan interesante que al cabo de un rato todo el mundo se sumó, incluso Pete y Danielle, ambos sorprendidos al descubrir que Inglaterra tenía un gobierno de coalición, ya que por lo visto la noticia no había llegado a sus oídos en todo el año, y de hecho Val todavía no estaba del todo segura de que aquel par

hubiesen entendido el concepto de coalición, pese a las pacientes explicaciones de Roger. En cualquier caso, eso era anecdótico. Tal vez no se tratase de una gran victoria, pero aquella conversación había supuesto un pequeño paso para crear compañerismo entre ellos y construir una atmósfera de mayor cooperación: Val había decidido que aquel iba a ser su verdadero objetivo en el campamento. Y ahora veía el resultado: por primera vez estaban sentados los doce alrededor del fuego después de cenar, charlando y contando historias. Cierto que hablaban de cosas bastante insustanciales, pero en realidad Val no escuchaba. Se conformaba con dejar que la conversación fluyese a su alrededor, fundiéndose con los sonidos de la selva en plena noche: los misteriosos crujidos en el sotobosque, el cric cric de las cigarras, el ocasional lamento lejano de algún habitante desconocido de la jungla nocturna. ¡Estaba tan lejos de Yardley! ¡Qué privilegio, después de todo, estar allí! Ahora estaba segura de que siempre guardaría en su memoria como un tesoro aquella experiencia, acabara como acabase.

En ese momento oyeron pasos acercándose al campamento.

—Eh, atención, debe ser nuestra sorpresa —dijo Pete, y se puso de inmediato en pie. Fue a investigar y volvió unos segundos después con una guitarra acústica de cuerdas de acero colgada de una cinta rosa—. Mirad esto, ¡es genial! —dijo—. ¿Alguien la sabe tocar?

La guitarra los mantuvo entretenidos durante un par de horas más. Val era la única persona del campamento que de verdad sabía música, y se mostró encantada de tocar hasta sentir dolor en la muñeca y las yemas de los dedos como si estuviesen a punto de sangrar. Cantaron canciones de Dylan, Stevie Wonder, Madonna y los Kinks; canturrearon «House of the Rising Sun», «Scarborough Fair» y «Dancing Queen». El único respiro que tuvo Val fueron unos minutos en que Danielle insistió en intentar tocar su versión de «Yellow Submarine», con Pete haciendo los coros. Resultaba difícil decidir qué era peor, cómo tocaba o cómo cantaba la modelo, y ninguno de los dos era capaz de recordar la letra, pero todo el mundo estaba tan alegre que el trance se superó entre risas. Y los puso a todos todavía de mejor humor.

Cuando se les acabó el repertorio, Val preguntó:

—¿Os importa si toco una que he compuesto yo?

Nadie puso objeción. Todo el mundo tenía ganas de escucharla.

—No es la canción que me hizo famosa. Es una nueva.

—Ooh, qué maravilla —dijo Danielle.

—No es muy alegre —advirtió Val—. De hecho es bastante triste y... un poco introspectiva.

—Deja de disculparte y empieza ya —le pidió Roger.

—De acuerdo.

Les dedicó una sonrisa nerviosa, al recordar de pronto que no solo iba a cantar para aquella audiencia de once amigos (ahora los veía como amigos), sino para diez millones de espectadores. Esa iba a ser, sin duda, la actuación más importante de su

vida. Pero se sentía en condiciones de hacerlo; después de todo, si había sido capaz de soportar lo del insecto, sería capaz de cualquier cosa. Y se sabía esa canción al dedillo, a esas alturas formaba parte de ella. Cantarla ante aquellas personas le resultaría tan natural como respirar.

Los dedos de la mano izquierda se dispusieron para tocar el primer acorde —un fa mayor en acorde de séptima con la primera cuerda sin presionar marcando la nota más grave—, y con el pulgar de la mano derecha pulsó las seis cuerdas de la guitarra con firme y delicada decisión.

*Watch the water take me home, absence makes me fonder
Choose a path where you can go, days are getting longer*

Enseguida se dio cuenta de que había captado la atención de sus compañeros. Sobre el campamento había descendido una gran quietud. La música hizo que todo quedase en suspenso: el paso del tiempo se detuvo. Val llegó a la nota más alta de la melodía y la alcanzó sin problemas.

*Still try to do my best but I need your breath
As the moonshine controls the water, I will sink and swim*

Los dos acordes que apuntalaban la palabra «nadaré» eran un re menor y después un fa menor de sexta más sombrío y ambiguo. Hasta ese momento Val había estado cantando sin pensar, vocalizando las palabras de un modo semiautomático, pero al llegar a los siguientes versos cayó en la cuenta de que podían reflejar casi de forma perfecta la situación actual.

*Turn around and look at me, in many way I'm stronger
Choose a path and set me free, to beyond and yonder^[5]*

Era cierto, la experiencia la había hecho más fuerte. Empezaba a recuperar la confianza en sí misma, la confianza hecha añicos durante los últimos años debido a una acumulación de decepciones en su carrera y en su vida personal. Ahora la confianza se expresaba en el movimiento de sus dedos sobre la guitarra, en la fuerza de la voz que sonaba a través del expectante aire nocturno. De nuevo sintió —por fin— que estaba haciendo aquello para lo que había nacido.

Terminó la canción. Durante unos instantes se produjo un silencio alrededor del fuego, solo roto por el crepitar de las brasas. Y entonces sus once compañeros de campamento rompieron a aplaudir, lenta y sentidamente, y cuando acabaron los aplausos, todos abrazaron a Val y la besaron y le dijeron lo bonita que era la canción y le preguntaron si se podría comprar y cuándo pensaba grabarla, y ella no pudo evitar las lágrimas mientras les confesaba que aquel había sido uno de los momentos más felices de su vida.

Alison creía que no sería capaz de afrontar sola en la sala de estar vacía otro episodio del programa. Recordó la invitación de Selena a sumarse a una cena familiar cuando quisiera y pensó que era una buena opción, así que la llamó por teléfono y le preguntó si podía ir a ver el programa con ellos esa noche.

—Por supuesto que sí —dijo Selena—. Ven hacia las siete. Antes comeremos algo.

Tal como Selena le había prometido, la atmósfera de su casa era alegre y ruidosa; todo el mundo estaba metido en la cocina ayudando a la madre a preparar la cena, con la única excepción del padre, Sam, que permanecía sentado en la mesa de la cocina leyendo el *Evening Mail*, y el hermano, Navaro, sentado en la sala, inclinado sobre su Nintendo DS, que emitía una machacona serie de pums y bips.

Alison vio sobre el mármol de la cocina el último número de una revista de chismes sobre celebridades, la cogió y reconoció los dos rostros de la cubierta. «PETE Y DANIELLE», decía el titular, «TODA LA VERDAD SOBRE EL ROMANCE MÁS TÓRRIDO DE LA JUNGLA». Pasó las páginas hasta dar con el prometedor artículo.

—Yo ya lo he leído —dijo Ashley, la madre de Selena—. No mencionan a tu madre. Supongo que se imprimió antes de que entrase en el programa.

—Probablemente sea mejor así —comentó Alison, volviendo a dejar la revista en el mármol después de ojearla sin mostrar mucho interés—. No parece estar haciéndose ningún favor a sí misma allí.

—Creo que tu madre lo está haciendo bien —dijo Ashley, mientras removía un cazo en el que bullía un aromático guiso de pescado cargado de pimienta—. Hay que echarle valor para ir hasta allí y hacer lo que está haciendo. Espero que estés orgullosa de ella.

Durante la cena apenas pudieron evitar hablar de Val y su aventura australiana. Selena y su familia no habían seguido la respuesta online, de modo que no tenían ni idea de lo vitriólicas que habían sido la mayoría de las reacciones. Consideraban que Val había sido bastante dura con Danielle la noche anterior, pero, aparte de eso, su mayor queja era que consideraban que salía poco en antena. Alison se sintió aliviada y se recordó a sí misma que no todo el mundo se pasaba horas navegando por internet. La mayor parte de la población tenía cosas mejores que hacer con su tiempo. De modo que quizá todavía no estaba todo perdido para su madre. Sam le preguntó a bocajarro cuánto le pagaban a Val por su participación, y aunque su esposa le regañó por maleducado, Alison no vio razón para no decírselo: veinte mil libras.

—Bueno —dijo Ashley—, la verdad es que pensaba que sería más. ¿Y en qué se lo va a gastar? Espero que te lleve a algún sitio bonito en navidades. Y que también te compre ropa bonita.

—No lo sé —dijo Alison—. Lo más probable es que se gaste la mayor parte en alquilar un estudio para poder grabar una maqueta.

—Desde luego se merece otro éxito. Me encantó su última canción. Tu madre

tiene mucho talento. Y no hagas caso a mi marido con sus preguntas indiscretas. Siempre ha sido un maleducado.

—No pasa nada —aseguro Alison—. No me importa responderlas.

—Yo tengo una más —intervino Malikah, una de las hermanas pequeñas de Selena—. ¿Puedo tocar tu pierna ortopédica?

A las nueve se sentaron todos ante el televisor para ver el programa. Alison estaba nerviosa, pero esta vez no resultó una experiencia tan dura; en parte porque la familia de Selena no dejó en ningún momento de hacer animados comentarios, y en parte porque su madre apenas aparecía en esa entrega. En los últimos cinco minutos se produjo una escena simpática, cuando alguien llevó una guitarra al campamento y Pete y Danielle hicieron una versión encantadoramente horrible de «Yellow Submarine». Se veía a Val cantando los coros con los demás: sonreía y parecía divertirse. Aparte de esa ocasión, apenas se la vio aparecer en pantalla.

—Oh, eso ha sido divertido —dijo Ashley, y quitó el sonido del televisor en cuanto apareció el noticiario—. Esa tontaina no podría sobrevivir cantando.

—Joder, no lo ha hecho tan mal —dijo Navaro. Eran prácticamente las primeras palabras que pronunciaba esa noche.

—Cuidado con tu lenguaje, señorito —le recriminó Ashley. Y volviéndose hacia Alison dijo—: No entiendo por qué no le han ofrecido la guitarra a tu madre para que tocara. Habría sido bonito.

—No lo sé —dijo Alison—. Mi madre es bastante tímida. Ya sé que es raro siendo cantante, pero lo es. Muy tímida, en realidad.

—Bueno, tal vez haya sido por eso —comentó Ashley—. Pero sigo pensando que es una pena. A todos nos habría gustado volver a escuchar su voz.

Unos minutos después Alison se marchó y Selena se ofreció a acompañarla hasta la parada del autobús. La noche era fría, tanto que les castañeteaban los dientes y golpeaban en el suelo con los pies para no congelarse mientras esperaban que llegase el número 11. Una vez más, a Alison se le hizo difícil creer que hasta hacía unos días aquel era el mundo de su madre y ahora en cambio estaba sentada junto a un fuego de campamento en Australia con una guitarra y un puñado de celebridades de poca monta. A esas alturas ya debería haberse acostumbrado a la situación, pero seguía dejándola atónita.

—Por cierto —dijo, intentando dejar a un lado toda esa historia—. Quiero contarte algo. Algo sobre mí. Un pequeño secreto.

—Oh, Dios —exclamó Selena—. Otro no. No se tratará de tu otra pierna, ¿verdad?

Alison negó con la cabeza, sonriendo.

—¿Un ojo de cristal?

—No. —La urgencia soterrada en su tono hizo que Selena se callase, a la espera

de una revelación—. Soy gay —dijo por fin Alison con voz tranquila y neutra.

—Oh. —Hasta entonces Selena había mantenido la mirada clavada en el suelo. De pronto alzó la cabeza con un gesto rápido—. Bueno, tampoco tiene mucha importancia, ¿no?

—¿No la tiene? ¿Estás segura?

—Claro.

Alison dejó escapar un suspiro, sonrió y la abrazó.

—Qué alivio.

—¿Por qué? —preguntó Selena, abrazándola con fuerza—. ¿Qué pensabas que iba a decir?

—No lo sé... A veces la gente reacciona de forma rara.

—¿En serio?

—Bueno, la verdad es que solo se lo he contado a dos personas..., a ti y a mi amiga Rachel. Pero ella se lo tomó tan mal que me puse nerviosa.

—¿Por qué, qué dijo?

Alison trazó un impreciso dibujo en el suelo con el pie derecho y empezó a explicárselo:

—Conozco a Rachel desde hace muchos años. Fuimos al colegio juntas. Ella vive en Leeds, pero hemos seguido siempre en contacto. Así que hace un par de meses le escribí una carta. Y al día siguiente le envié un mensaje por Snapchat preguntándole si la había recibido. Ella me respondió diciendo que sí. Y yo le pregunté qué hacía esa noche, y ella me contestó... (Alison tragó saliva)... La verdad es que no me puedo creer que me dijera eso, pero me dijo que se iba a acostar con su hermano y que eso era el tipo de cosa que a mí me iba.

Selena la miró boquiabierta.

—¿Que dijo qué?

—Sí. Por lo visto para ella ser gay es como follarte a tu hermano.

—¿Dijo eso?

—Solo pude ver el mensaje unos segundos, porque funciona así, pero es más o menos lo que escribió. Le pregunté dónde estaba y respondió: «Con mi hermano. Esta noche vamos de incesto.»^[6]

Incrédula, medio riendo, medio frunciendo el ceño, Selena apenas era capaz de articular palabra.

—Uau. Vaya... comentario más raro. Y, de hecho, vaya modo más raro de hacerlo.

—Bueno, estaba escrito a mano y, como te he dicho, no lo pude ver en pantalla mucho rato. Pero eso es lo que me pareció leer. Y después dijo: «Pensaba que eso era lo que te iba a ti.»

—Joder —dijo Selena—. Qué desagradable, ¿no? ¿Eso es todo lo que dijo?

—Me escribió una carta, pero no fui capaz de leerla. La tiré.

—¿Es... es una cristiana renacida o algo por el estilo?

—No lo era la última vez que la vi —dijo Alison, y en ese momento apareció el autobús. Les dio tiempo a darse un rápido beso en la mejilla, torpe pero tierno, antes de que Alison subiera.

Danielle y Val siguieron a su guía por el sendero de la jungla. No tenían modo de saberlo, pero eran solo las diez y media de la mañana. El aire ya era denso y pegajoso y la caminata resultaba fatigosa.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Val? —le dijo Danielle girando la cabeza.

—Por supuesto.

—Es sobre tu canción de la otra noche, que por cierto era preciosa.

—Oh, gracias.

—La verdad es que no puedo dejar de pensar en ella. No puedo dejar de pensar en la letra.

—¿Sí? Bien, supongo que eso es buena señal.

—Es sobre este verso: «Necesito tu aliento. Mientras la luz de la luna controle las mareas, yo seguiré naufragando y nadando.» ¿Lo he dicho bien?

—Sí, es así.

—Me preguntaba... ¿qué significa? ¿Cómo puede la luz de la luna controlar las mareas? ¿Es algo... que te has inventado?

Val dudó, porque no tenía claro si se trataba de una broma. Decidió que no lo era.

—Bueno, no. De lo que hablo es..., ya sabes, de la luna y las mareas. Es la fuerza gravitacional de la luna.

—¿De qué hablas?

—Ya sabes, de cómo suben y bajan las mareas, eso es debido a la luna.

Danielle se detuvo y se volvió. Ahora era ella la que dudaba de si se trataba de un chiste.

—¿Me tomas el pelo? —le dijo.

—Claro que no. Yo nunca haría eso.

—¿Es por eso por lo que la marea sube y baja? ¿En serio?

Val asintió.

Danielle abrió como platos sus hermosos ojos. Al parecer eso para ella era toda una revelación, y de las importantes.

—Es increíble. Jodidamente increíble. Cuando salgamos de aquí —dijo mientras se volvía para seguir caminando por el sendero—, quiero pasar un montón de tiempo contigo. ¡Sabes tanto! ¿Cómo es que sabes todas esas cosas?

—No lo sé —dijo Val, a punto de tropezar con una planta trepadora—. Supongo que ayuda trabajar en una biblioteca...

En unos minutos emergieron en un extenso claro donde, inevitablemente, los sonrientes presentadores estaban esperando para recibirlos.

—¡Buenos días, señoras!

—Hoy tenemos un bonito reto para vosotras.

—¡Sí, hoy tenemos no una sino dos pruebas en la jungla!

—Pero, como siempre, hay una pequeña sorpresa.

—Ayer les pedimos a los espectadores en sus casas que eligieran a su concursante favorito.

—La persona con más votos será la que se enfrente a la primera prueba de hoy, que, para ser sinceros, es muy fácil. Se llama *El camino acolchado de malvaviscos rosas y peluches*.

—Por desgracia, la persona que ha obtenido el menor número de votos no lo va a pasar tan bien. Va a entrar en un lugar llamado *La gruta diabólica*.

—Así que ¿estáis listas para oír el resultado de las votaciones?

Ambas asintieron.

A Val, claro está, no le sorprendió oír que Danielle era la persona más popular del campamento. Pero la dejó descolocada saber que era ella quien había quedado como la menos popular. En cuanto los presentadores le dieron la noticia, con las típicas sonrisas irónicas e insolentes, se le revolvió el estómago y sintió que las piernas le fallaban. ¿La menos popular? ¿Cómo demonios podía haber sucedido? Perdió de golpe toda la confianza ganada con gran esfuerzo durante los últimos días. Apenas entendía lo que estaba sucediendo mientras se llevaban a Danielle en una dirección y ella notaba que la agarraban de un brazo y el otro presentador (¿cuál de los dos era?, nunca los distinguía) tiraba de ella hacia una empinada e intimidante ladera al otro lado del claro.

—Bueno, Val —le decía con una voz alegremente juvenil—, ¿qué tal te llevas con los bicharracos?

No sabía de qué le hablaba ni qué le había preguntado. Lo único que supo, cuando poco a poco logró centrar la mirada, fue que la estaba conduciendo hacia una baja y estrecha abertura en la roca que no parecía llevar a ningún sitio. Tenía el diámetro justo para permitir el paso de una persona gateando, y unos segundos después Val estaba dentro.

Alison estaba plantada en la cocina, tapándose los oídos con las manos. Era una postura que había adoptado incontables veces a lo largo de su vida: sola, en la cocina, tratando de no oír el sonido de la televisión, que Val siempre ponía muy alto. ¿Qué podía ser más rutinario, más banal? Pero esa noche había una diferencia crucial, los sonidos del televisor, los sonidos que intentaba no escuchar, eran los de los gritos de angustia de su madre.

Eran unos sonidos espantosos. Aullidos animales de ansiedad procedentes de un lugar a miles de kilómetros en las profundidades de una gruta remota en la selva húmeda australiana, capturados como información digital y fielmente reproducidos en Yardley a través de los altavoces del televisor. Esta experiencia traumática debía

de haber sucedido hacía horas, claro está, pero eso proporcionaba escaso consuelo a Alison, que ahora tenía que ser testigo de todo lo vivido por su madre en tiempo real. A veces, cuando los gritos amainaban, oía al presentador hacer, entre risitas, comentarios del tipo: «¡Muy bien, Val, aquí llega la siguiente tanda!» y «¡Ooh!, estos sí que son repugnantes, ¿verdad que sí?». Pero, salvo esos fugaces momentos, los lacerantes e inhumanos alaridos de su madre no daban respiro. ¿Cuánto rato llevaba aquello en marcha? Sin duda no más de un par de minutos. Pero Alison no estaba segura de poder aguantarlo más.

—¡Selena! —gritó hacia la sala—. Por el amor de Dios, baja el volumen.

El televisor enmudeció y unos segundos después Selena se asomó a la cocina.

—Ya está —anunció—. Ya ha terminado. Ahora están pasando anuncios. —Vio que Alison había estado llorando y sacó un kleenex del bolsillo—. Toma —le dijo—. Sécate las lágrimas.

—Joder —dijo Alison, secándose los ojos con el dorso de la manga—. Ha sido tremendo.

—No lo ha sobrellevado muy bien, ¿verdad?

—¡Claro que no lo ha sobrellevado bien! Es como vivir su peor pesadilla. Para empezar tiene claustrofobia.

La gruta a la que habían hecho entrar gateando a Val medía poco más de medio metro de alto y no mucho más de ancho. Una vez dentro, le habían dicho que se tumbase boca arriba y a continuación habían sellado la entrada con una piedra.

—También padece nictofobia.

—¿Y eso qué es?

—Miedo a la oscuridad. Y entomofobia.

—¿Miedo a... los insectos?

Alison asintió.

—Maldita idiota. Se lo tendría que haber... dicho a los del programa. —Cogió otro kleenex del paquete y se sonó la nariz—. ¿Tenía todos los bichos encima? ¿Qué eran?

—No lo sé..., en su mayoría cucarachas. Y algunas arañas.

—Mierda. *No soporta* las arañas.

—Ya ha terminado, Al. Ha superado la prueba.

Selena abrazó a Alison con fuerza y durante un rato permanecieron así, sin moverse, bajo el resplandor del neón de la cocina. Selena esperaba que Alison se calmase, se relajase abrazada a ella, pero no sucedió.

—Estaba aquí —dijo por fin Alison—. Hace una semana exacta a esta hora estaba aquí conmigo. Y una semana después está en la selva australiana y la han enterrado viva y le han lanzado arañas que le correteaban por encima intentando meterse en su boca. Quiero decir que... ¿qué coño...? ¿Qué nos ha pasado esta semana?

Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, había terminado rápido. Justo al final del programa de esa noche hubo una conexión en directo con Australia, donde en ese

momento eran las ocho de la mañana. Era el momento de dar los resultados de la votación para expulsar al primer famoso. Presas de la desesperación, Alison y Selena estaban sentadas en el sofá, manejando cada una un móvil, además del fijo, para teclear una y otra vez el número que supuestamente servía para salvar a Val de la expulsión. Pero estaban malgastando el tiempo (y el dinero). Porque era, por un amplio margen, la concursante con menos votos y unos pocos minutos después abandonaba el campamento y la acompañaban al improvisado estudio al aire libre en el que sería sometida a la última entrevista por los dos presentadores. Sentada junto a ellos, se la veía cansada y esquelética. Tenía la mirada perdida por el desconcierto y el agotamiento. Su piel había adquirido un tono grisáceo. Cuando terminó la entrevista, la invitaron a cruzar un puente colgante de madera hasta el lugar en el que la esperaba un coche con chófer. Las cámaras la siguieron mientras sonaba la sintonía del programa. A ojos de Alison, su madre parecía más envejecida y frágil que nunca. E iba más encorvada. Al otro lado del puente Alison vio a Steve, que extendía los brazos para recibirla. Saludó a su madre con un breve y cariñoso abrazo. Acabaron de pasar los títulos de crédito finales y Alison apagó el televisor.

—Bueno —dijo—. Ya se ha terminado.

Se sirvió una copa de vino y le puso otra a Selena, que la miró dubitativa.

—Tendría que irme a casa —dijo.

—Bueno..., solo una más. No te hará ningún daño.

Cuarenta minutos después sonó el teléfono. Era Val que llamaba desde Australia. Había vuelto al hotel y lloraba a través del teléfono. Al principio Alison trató de consolarla, pero enseguida quedó claro que sus palabras de ánimo («No, en serio, has estado muy bien... Aquí todo el mundo te apoyaba») no iban bien encaminadas. Porque el drama era que Steve la había abandonado. Por lo visto, mientras los famosos estaban en la selva, a sus familiares y amigos los agasajaban con salidas diarias, y en ellas había ido germinando un romance entre Steve y Jacqui, la tía de Pete. Esa misma tarde tomaban un avión a Cairns para pasar unos días surfando juntos.

—Tengo que quedarme aquí una semana más —dijo Val entre llorosos suspiros—. ¿Qué voy a hacer completamente sola?

—No lo sé, mamá —dijo Alison—. Lo que puedo decirte es lo que no deberías hacer.

—¿Qué?

—Consultar internet o mirar los periódicos.

Alison colgó cuando vio claro que su madre estaba demasiado cansada para seguir hablando. Selena había oído la mayor parte de la conversación y echaba chispas de indignación como si fuese su hermana.

—¿Ha pasado de verdad lo que me parece que ha pasado?

—Sí. Debería haberle advertido. Debería haberle avisado sobre ese jodido capullo. La próxima vez que lo vea lo tiraré al suelo y lo moleré a patadas...

—¿Podré apuntarme? —preguntó Selena—. Soy muy buena dando patadas. Para empezar, tengo dos piernas.

Alison soltó una larga y agradecida carcajada y de un modo instintivo le acarició la mejilla a su amiga.

—Supongo que esta noche no te puedes quedar, ¿verdad? —le preguntó.

Perry Barr – Handsworth – Winson Green – Bearwood – Harborne – Selly Oak – Cotteridge – Kings Heath – Hall Green – Acocks Green – Yardley – Stechford – Fox & Goose – Erdington – Witton – Perry Barr.

¡Mierda!

¿Lo has dicho en voz alta? ¿Has gritado? ¿Por qué te están mirando todos?

Debes haberte quedado dormida.

— *Yardley – Stechford – Fox & Goose* —

Lo mismo. Las mismas imágenes. Las mismas sensaciones. Lo primero, la oscuridad. La conciencia de que tienes la roca justo encima de la cabeza, de que no te puedes mover. Los ruiditos de bichos correteando mientras te vacían encima la primera carga desde algún sitio por encima de ti, por algún agujero de la roca.

No has podido pegar ojo en toda la noche. Ni siquiera una cabezada. Parece que este es el único sitio en el que logras dormir. Pero no quieres hacerlo. En cuanto te vence el sueño vuelves a oírlos. Notas cómo te trepan por encima. Por las piernas, deslizándose bajo los pantalones, por el escote de la camisa. Oh, joder.

— *Fox & Goose – Erdington – Witton* —

Ya hace dos meses. Dos meses desde que regresaste. Dos meses y no hay ningún cambio. Nada. La misma mierda día tras día.

— *Witton – Perry Barr – Handsworth* —

La doctora dice que es solo cuestión de tiempo, cuestión de tener paciencia, ¿pero qué va a saber ella? De todos modos, lo único que hacen los médicos es recetarte pastillas. Ella no lo entiende. Nadie lo entiende, nadie sabe lo que es eso. «Míralo por el lado positivo», y una mierda.

— *Handsworth – Winson Green – Bearwood* —

No saben nada. Se creen que lo peor fue tener arañas correteando por todo el cuerpo, tener que meterte un insecto en la boca. Eso no fue lo peor. *Espero ke pilles una venérea*. Alison tenía razón. *Mereces que te violen*. No deberías haberlo visto. Una no puede olvidar frases como esas. Veinte mil a cambio de que te echen toda esa basura encima. No lo vale. Además, son diez mil después de que la Hacienda australiana se quedase su parte. Y después de haber pagado el descubierto y lo cargado en la Visa...

— *Bearwood – Harborne – Selly Oak* —

De todos modos, al menos ahora ya no tienes deudas. Mira el lado positivo. Sin deudas, de momento.

— *Selly Oak – Cotteridge – Kings Heath* —

Veinte mil. No está mal. No hasta que te enteras de lo que le pagan a Danielle. Trescientos cincuenta mil. Aún hay clases. «Estamos en esto juntos.» Yo diría que no. «Sabes tanto, Val.» «Cuando salgamos de aquí quiero pasar un montón de tiempo contigo.» Sí, muy bien, pequeña zorra. Tienes mi número, ¿verdad? Así que ¿cómo es posible que no me hayas devuelto ni una sola llamada? Igual que todos los demás.

La verdad es que no formas parte del mundo de esa gente. Ha sido estúpido pensar que en algún momento llegaste a formar parte de él. Este es tu mundo. El autobús número 11. Mira a tu alrededor. Esta es tu gente. Gente común y corriente. Gente decente.

— *Kings Heath – Hall Green – Acocks Green* —

Mira a esa anciana. La viste ayer, ¿verdad que sí? En algún lugar. ¿Vino a la biblioteca? Muchos de ellos lo hacen, porque se está caliente.

No, en el banco de alimentos, fue allí. Ella salía cuando tú entrabas. Le aguantaste la puerta abierta. Te miró de un modo raro, como si no debieras estar allí. ¿Por qué no? Solo echabas un vistazo. Pura curiosidad, eso es todo. Querías ver qué tipo de cosas tenían allí. No es que te plantees utilizar este servicio. Todavía no has llegado a eso.

Mira el lado positivo.

¿Y ahora por qué te mira?

Necesita a alguien que la ayude con el carro de la compra.

— *Acocks Green – Yardley* —

—Disculpe, ¿quiere que la ayude?

La mirada de la mujer se cruzó con la suya. Tenía los ojos acuosos, de un azul descolorido y llenos de venitas rojas. Las manos le temblaban al agarrar la barra del carro de la compra.

—Es usted una malnacida —le soltó mientras el autobús se detenía y las puertas se abrían con un silbido; se las apañó para bajar el escalón sin ayuda hasta la acera—. ¿Por qué no vuelve a la selva, que es donde debería estar?

El jardín de cristal

H. G. Wells, La puerta en el muro (1911):

«El hecho es que no se trata de fantasmas o apariciones, pero es un asunto complicado de explicar, Redmond; estoy poseído, poseído por algo que les quita el resplandor a las cosas, que provoca que me invada la melancolía...»

Al principio, después de salir de la habitación, estaba demasiado enfadada para poder pensar siquiera. Echando chispas en silencio, se plantó ante la ventana de guillotina para contemplarlo mientras cruzaba el patio interior en dirección a la conserjería. Proyectando todo su rencor hacia la figura que se alejaba, sintió que podía distinguir su arrogancia en el corte de sus prendas y en el ángulo de su cuerpo al caminar. Lo vio desaparecer bajo el arco y regresó a su escritorio, donde lo primero que vio fue una taza de té de jazmín que le había servido a él. No la había tocado. La llevó al pequeño aseo que había a mitad de la escalera y la vació en la pila.

El día de por sí ya estaba siendo duro. Los editores de la revista le habían vuelto a enviar un email preguntándole para cuándo podían contar con su artículo y haciéndole saber que hacía más de un mes que había incumplido el segundo plazo de entrega. Y una vez más se había pasado tres o cuatro horas infructuosas ante el escritorio, repasando sus caóticas notas y las de su difunto marido, todavía más caóticas, intentando dar con el tema central, la idea unificadora que cohesionase todas aquellas ideas en apariencia dispersas. Pero no surgió nada.

Tim había llegado puntualmente a las dos. Era un estudiante de segundo curso que había ingresado en Oxford directamente desde un internado conocido por sus altos precios y su mediocre nivel académico. Había venido a ver a Laura para presentar una queja.

¿Cuándo habían empezado a funcionar así las cosas?, se preguntó. Recordaba que cuando ella era estudiante atesoraba cada palabra de su tutor, escuchando reverencialmente las pequeñas perlas de sabiduría que brotaban de su boca. Por supuesto, era del todo saludable que los estudiantes de hoy tuviesen una actitud más enérgica, pero aun así algunos de ellos —Tim era un perfecto ejemplo— se situaban en el otro extremo y la veían como poco más que una proveedora de servicios a la que podían desafiar de forma airada cuando el servicio en cuestión no cumplía sus expectativas.

—Quienquiera que haya escrito ese poema —le había dicho Tim—, no es un poeta serio.

—El poeta se llamaba Edwin Morgan —le replicó Laura— y desde luego era un poeta muy serio. Elegí una de sus mejores obras para que la estudies.

—Pero era un absoluto galimatías —se quejó Tim.

—Creía que habíamos llegado a la conclusión de que no lo era. Es lo que estuvimos debatiendo.

Laura había decidido que su grupo de literatura del siglo XX leyese el poema de Edwin Morgan «La canción del monstruo del Lago Ness», y creía que se las había apañado para convencerlos al finalizar la clase de que había fragmentos de sentido que asomaban entre la unión aparentemente aleatoria de vocales y consonantes.

—Bueno, se lo he comentado a mi madre. Me ha dicho que jamás había oído

hablar de Edwin Morgan, y le gustaría saber por qué este año no hemos leído nada de T. S. Eliot.

Laura recordó de pronto que la madre de Tim era licenciada en literatura. Era autora de novelas históricas llenas de amoríos y presumiblemente se ganaba muy bien la vida con ellas, ya que era habitual verlas en las librerías de los aeropuertos.

—No le doy clases a tu madre —le respondió—. Puede que tus padres paguen la matrícula, pero eso no les da derecho a decidir el programa.

Más tarde se dio cuenta de que había sido ese comentario sobre la matrícula del curso lo que sacó de sus casillas a Tim. Tenía la sospecha de que era eso lo que había motivado la queja. Canalizada a través de los estudiantes, Laura era cada vez más consciente de la presencia vigilante desde la distancia de los padres, preocupados por el uso que se daba al dinero que fluía desde sus cuentas corrientes y empeñados en garantizarse un buen resultado a cambio de su inversión. Lo que para Laura y sus colegas siempre había sido algo sólido pero intangible —la educación, la elevación de la mente del joven a un estrato superior de conocimiento y sapiencia— ahora se había redefinido como un producto, algo que se compraba con la perspectiva de que en un futuro daría un rédito económico.

Por la tarde, en el pub, seguía dándole vueltas a ese incómodo encuentro mientras esperaba sentada con una generosa copa de Sauvignon Blanc a que apareciera Danny. En la mesa tenía una hoja tamaño A4 en la que intentaba hacer de una vez por todas un listado de los temas principales de ese artículo que no lograba terminar nunca para después encontrar el modo de ligarlos. Hasta el momento había anotado:

Paranoia

Lo espiritual/sobrenatural

El monstruo del Lago Ness en películas/libros/poesía

El monstruo es casi siempre un engaño, a menudo como eje de una maquinación para sacar dinero a los turistas/lugareños

¿Qué significa venderse? ¿Qué significa convertirse en mercancía?

Cierta sensación de temor —de sorpresa— lo INCOGNOSCIBLE.

Y solo ahora a Laura se le pasó por la cabeza que debía de haber cierta conexión tenue y oblicua entre la forma de pensar implacablemente pragmática que había heredado la generación de Tim y las ideas que ella estaba tratando de sintetizar en ese artículo. ¿Era esa la idea que su marido había intentado desarrollar? ¿Era eso lo que explicaba la frase a la que volvía con insistencia en su análisis de esos libros y películas olvidados, el proceso que él denominaba «monetizar el asombro»?

Perdida en sus elucubraciones, Laura alzó la cabeza y se topó con Danny plantado delante de ella.

—Demasiado trabajo y nada de juegos...^[7] —dijo, mirando el papel.

Ella, abrumada, tapó a medias con la mano lo que había escrito, como si acabase de pillarla en ropa interior.

—¿Te pido otra? —le dijo él, y le plantó un beso en la mejilla. Un beso que Laura consideró que se alargó un poco más de la cuenta y se depositó demasiado cerca de sus labios.

—No puedo, gracias. Tengo que conducir.

—Muy prudente. ¿Era un Sauvignon?

—Bueno, en todo caso media copa...

Mientras Danny esperaba en la barra, Laura se preguntó si había sido una buena idea quedar con él para tomar una copa, cuando los deberes maternos dictaminaban que debería haber vuelto a casa hacía cuarenta minutos para prepararle a Harry su merienda y permitir que Keisha, la canguro malaya, pudiera marcharse a la hora pactada. La pobre Keisha era demasiado flexible, demasiado cooperativa. No tenía familia en este país y estaba siempre más que dispuesta a ganarse un dinero extra quedándose una o dos horas más en las frecuentes ocasiones en que Laura decidía seguir trabajando hasta tarde o dejarse caer en el Jericho de camino a casa para tomarse una copa de vino blanco. Lo habitual era echar un trago rápido sola para desconectar —y no había nada malo en eso, ¿verdad?—, pero cuando aparecía Danny la cosa era diferente. A ella le gustaba, pero había algo en esos encuentros que la hacía sentirse incómoda. Danny estaba casado, pero jamás mencionaba a su mujer, se comportaba como si no existiese. A Laura eso nunca le había molestado demasiado mientras su marido vivía, ella y Danny podían tomarse juntos una copa y hablar de asuntos del trabajo, propuestas de investigación, conferencias, estudiantes, los horrores de la burocracia. Temas inocuos; dos colegas descargando presión con un intercambio de opiniones sobre las cosas que les sulfuraban. Laura nunca había podido mantener este tipo de conversaciones con Roger; en la última época su cabeza estaba tan metida en el pasado que era imposible sacarlo de allí. Pero tras su muerte se había producido un claro cambio en su relación con Danny. El hecho de que la mujer de él jamás apareciese en la conversación cobraba ahora más protagonismo. Él se sentaba más pegado a ella, le hablaba con voz más trémula, la miraba con más atención que antes. ¿Pero por qué? Ella todavía estaba en pleno duelo. Si lo que pretendía era liarse con ella y de algún modo creía que Laura ahora estaba más disponible que hacía un año, se equivocaba. Y estaba convencida de que, de un modo u otro, se lo había dejado claro.

Cuando Danny volvió con las bebidas dijo:

—¿Qué miras?

Laura contemplaba a un grupo de estudiantes apretujados alrededor de una mesa en una esquina. Eran seis y todos habían sacado los móviles, se abrazaban y juntaban para sacarse selfies entre bromas y banalidades que intercambiaban a voz en grito. Encima de la mesa había pintas de cerveza y chupitos de vodka. En chocante contraste, también había un ejemplar de *Isis*, la revista de los estudiantes, que parecía

pertenecer a una alumna rubia sentada un poco al margen de los demás y que no acababa de entrar de lleno en la ruidosa y etílica juerga.

—Estaba pensando cómo sería volver a ser joven —dijo Laura, señalándolos con un gesto de la cabeza—. Hay un par de los míos en esa mesa. El chico pecoso y la chica rubia.

—Ella tiene pinta de preferir estar en su casa haciendo punto con una buena taza de cacao.

—No, no es de este tipo. Es una chica inteligente. Solo que va un poco más... a su aire que la mayoría.

—¿El ojito derecho de la profe, quizá? —le preguntó Danny sonriendo.

Haciendo caso omiso de la provocación, Laura continuó (casi como si hablase para sí misma):

—Le propuse ese juego al principio del primer trimestre. Les pedí que cada uno trajese su texto favorito. Podía ser cualquier cosa. Prosa, poesía, drama, película. Ella trajo la letra de una canción. «Harrowdown Hill» de Thom Yorke. ¿La conoces?

Danny negó con la cabeza.

—Es sobre la muerte de David Kelly.

Él echó de inmediato un vistazo a la estudiante.

—Una elección interesante —dijo—. ¿Quién es?

—Se llama Rachel. Rachel Wells.

—¿Tiene beca o paga la matrícula?

—Tiene beca. Es una chica de Yorkshire. Creo que su madre vive en Leeds.

—¿Y dijo por qué había elegido esa canción?

Laura miraba al grupo de estudiantes con más atención. Era más evidente que nunca que Rachel se mantenía al margen de los demás, no se sentía cómoda con ellos.

Abstraída, respondió:

—En realidad no. Dijo que le traía recuerdos.

A Laura no le gustaba demasiado comer en la mesa de los profesores, pero sabía que era recomendable hacerlo de cuando en cuando, de lo contrario empezaría a correr la voz de que era «una niñata» o «una rojilla». Así que al día siguiente pasó por el aro e incluso le tocó sentarse al lado del decano del college, Lord Lucrum. No eran los compañeros de mesa más naturales: Lord Lucrum era un personaje influyente en la vida pública que mantenía estrechos lazos con el actual gobierno, pero como muchas figuras prominentes del *establishment* británico poseía el talento de simular a la perfección ser una persona que sabía escuchar, y de guardarse para sí mismo sus opiniones cuando estaba en compañía de otras personas. Era un lord relativamente joven —un hombre fornido y bien conservado de cincuenta y nueve años— y asentía cada vez que detectaba que Laura estaba a punto de dejar de explicarle el artículo académico en el que estaba trabajando sobre el monstruo del Lago Ness y su papel

como generador de ingresos en libros y películas.

—El miedo convertido en mercancía —dijo el decano, limpiando el plato de salsa con un trozo de pan—. Qué idea más fascinante. ¿Cree usted que es posible valorarlo con cierta precisión? ¿Cree usted que a las emociones humanas se les puede... poner un precio?

—Bueno, me temo que eso queda bastante fuera del ámbito de mi artículo —respondió Laura.

—Lástima —replicó él—. Pensaba que desarrollándolo podía tener usted entre manos un tema interesante.

Después de eso, la conversación no tardó en languidecer y de todos modos Laura desvió su atención cuando se percató de la presencia de Rachel Wells comiendo sola en un rincón del comedor, donde el sol de febrero proyectaba un mustio rayo invernal a través de la vidriera coloreada de uno de los altos ventanales sobre su plato de pastel de carne y verduras recocidas. Siguiendo un impulso, Laura se excusó ante el decano, fue a servirse una taza de café y se detuvo ante la mesa de Rachel. Le conmovió comprobar que seguía teniendo el ejemplar de *Isis*: parecía llevarlo a todas partes.

—Hola, me ha llegado el rumor de que te han publicado un cuento en esta revista. Rachel alzó la vista y sonrió, contenta y tímida.

—Sí, es verdad.

—¡En el segundo trimestre! Felicidades. ¿Te importa si me siento contigo?

—No, claro que no.

Laura se sentó frente a ella. Durante unos instantes, una comiendo y la otra bebiendo, permanecieron en silencio. Laura tenía la espalda apoyada contra la pared y se percató de que Rachel no paraba de mirar algo detrás de ella. Se volvió para comprobar de qué se trataba.

—Oh —dijo—. Él.

Estaban sentadas bajo un gran retrato al óleo de un hombre corpulento de cabello cano que tendría sesenta o setenta años, lucía una pajarita de lunares y un traje que parecía irle varias tallas pequeño. Su rostro tenía ese tono rubicundo del bebedor entusiasta, pero su expresión era cualquier cosa menos benevolente, con un retador ceño fruncido. Estaba sentado ante un escritorio en un despacho austero y escasamente amueblado. En la pared que tenía detrás resaltaba un lema en elegante caligrafía, que constaba de tres palabras: «LIBERTAD, COMPETICIÓN, ELECCIÓN».

—¿Quién es? —preguntó Rachel—. Veo este cuadro cada día, pero nadie me ha sabido decir quién es.

—Uno de los más extravagantes miembros de nuestro claustro —dijo Laura—. Por desgracia ya no está con nosotros. Se llamaba Henry Winshaw. Fue diputado laborista. Después tuvo su caída del caballo, como mucha gente, y se pasó al otro bando. Mi marido, Roger, puso en marcha una iniciativa para pedir que se retirase su retrato. Tenía un problema especial con esa palabra, «Elección». Solía decir que le

quitaba el apetito.

—Conozco la sensación —dijo Rachel—. Pero lo que me llama la atención son sus ojos. Me provocan escalofríos.

—Mmm... Por cómo te siguen por todo el comedor. Por lo visto eso demuestra que es un buen retrato.

—Y por lo que veo la iniciativa no llegó muy lejos.

—La verdad es que no. Creo que nuestro distinguido decano —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Lord Lucrum— era una especie de discípulo de ese hombre. Creo que leí en algún lugar que estuvieron juntos en un comité influyente.

Rachel parecía haber dejado de escucharla. Soltó el tenedor y apartó su plato a un lado, a medio terminar.

—¿Te encuentras bien?

Hizo una mueca.

—Tengo la madre de todas las resacas.

—Ah, sí. Te vi con tus amigos en el pub. Supongo que acabasteis tarde, ¿no?

—Muy tarde. Y peor todavía. Porque después tuve que acompañar a alguien a Urgencias. A una chica que se llama Rebecca. Vive en mi escalera. Se cayó al suelo cuando volvíamos a casa. Creo que había bebido unas cuantas copas de más. Diez de más, para ser exactos.

—Oh, vaya. ¿Está bien?

—Sí, solo se hizo un corte. No tuvimos que esperar mucho y los médicos se portaron de maravilla. —Rachel parecía incómoda al contar todo aquello, tal vez preocupada por no estar dando una muy buena imagen de sí misma—. Lo siento. Típico comportamiento de estudiantes, lo sé. Y no me va a ayudar a tener escrito a tiempo el ensayo sobre Milton...

—No te preocupes por eso. Te sugiero que vuelvas a casa y duermas un poco. *El paraíso perdido* seguirá ahí cuando te despiertes.

Rachel sonrió.

—De acuerdo. Gracias.

Esa noche, sentada a solas en casa, envuelta en el resplandor azulado del portátil, con Harry ya profundamente sumido en su segunda hora de sueño seguido, Laura se descargó la edición online de *Isis* y leyó el cuento de Rachel. No estaba nada mal, un diálogo muy efectivo entre un abogado joven e idealista y su cliente, un hastiado guardia de prisión que se enfrenta a un juicio por desvelar secretos. Sonaba veraz y se percibía en él experiencia. Después, Laura se metió en Facebook e hizo una búsqueda del nombre de Rachel. Encontró enseguida su página personal, pero no pudo sacar ninguna información, los dispositivos de privacidad bloqueaban el acceso a todo excepto a la página de inicio y las fotos de perfil. Laura intentó al menos clicar en la foto de perfil, pero no sucedió nada y siguió con su tamaño de sello de correos. Pero

había otra vía, tal vez más prometedora, que explorar: el otro estudiante al que había reconocido la noche anterior en el pub, «el pecoso», tal como ya lo había bautizado sin muchas contemplaciones. Tecleó su nombre en el recuadro de las búsquedas y, tras dos intentos fallidos, logró ser dirigida directamente a su página, en la que — como sospechaba— no había ningún dispositivo de bloqueo de privacidad activado. Echó un vistazo a sus últimos mensajes y se encontró —como también se esperaba— con que Rachel figuraba en la etiqueta de muchas fotos recientes. Un enlace la llevó directa a un álbum llamado «Pasándonoslo bien, noche del lunes».

Había entre una veintena y una treintena de fotografías. En cada una de ellas aparecía un grupo de estudiantes en diversos estados de juerga etílica, pero ninguna de ellas le pareció a Laura particularmente alegre. Las sonrisas forzadas, la palidez, la piel brillante y los ojos rojos por efecto del flash daban a aquellos jóvenes la apariencia de criaturas alienígenas, de visitantes de otro planeta que se las habían apañado para colonizar los cuerpos de seres humanos y aprender a escenificar las manifestaciones externas de sus emociones mientras que bajo la piel, en sus entrañas, habitaban seres huecos y fríamente mecánicos. En cuanto a Rachel, Laura no podía evitar pensar —como ya había intuido en su momento— que había cierta tibieza, cierto distanciamiento en su relación con el resto del grupo; en todas las imágenes sus ojos parecían dirigirse hacia otro lado, con una mirada al mismo tiempo perdida en la lejanía e introspectiva. Las fotos estaban ordenadas en una secuencia que empezaba en el pub. En algunas de las primeras asomaba al fondo el hombro de Danny, e incluso una o dos veces el brazo izquierdo de Laura. Pero la ingesta de alcohol y las fotografías habían continuado mucho después de que Laura y Danny se marchasen, y las últimas fotos se habían tomado ya en la calle, después de que el pub cerrase. Entre ellas había una particularmente desagradable —por no decir pornográfica— que mostraba a una chica (etiquetada como Rebecca) inclinada sobre el suelo, aparentemente vomitando. Laura sintió una repentina consternación al ver que ese momento, tan privado y vergonzante, había sido no solo capturado en formato digital sino también colgado para que todos los amigos del chico pecoso (y los amigos de esos amigos y, ya puestos, cualquiera al que le apeteciese) pudieran contemplarlo. ¿Le habían pedido permiso a la chica? Laura lo dudaba. ¿Era tan siquiera consciente de que aquella foto estaba expuesta en público? Laura también tenía serias dudas al respecto.

Apagó el ordenador, se recostó, cerró los ojos y se frotó con suavidad los párpados. Sentía un ligero dolor en la parte posterior de los ojos, una sensación que siempre le venía después de estar mirando la pantalla del ordenador aunque fuese apenas unos minutos. Era uno de los irremediables peajes de vivir en 2012.

No volvió a ver a Rachel hasta el final de la semana, cuando le tocaba su preceptiva cita con ella como tutora. Fue el viernes por la tarde a última hora, fuera ya había anochecido. Antes era la hora favorita de Laura, justo después de que oscureciese, cuando se encendían las luces en todo el college y el resplandor

amarillento de las lámparas se proyectaba desde innumerables ventanas y forjaba un mosaico de sombras violáceas por todo el patio central. Sin embargo, desde hacía algún tiempo —de hecho, por qué decirlo con vaguedades, en concreto desde la muerte de su marido— había empezado a percibirlo de otro modo y ahora temía esa hora, especialmente los viernes, con la perspectiva de un largo fin de semana en el campo por delante, con la única compañía de su hijo de cinco años. Le resultó imposible sacarse por completo de la cabeza esta deprimente idea, pese a poner todo su empeño en concentrarse en el ensayo sobre Milton de Rachel, o más bien en sus reiterados retrasos en la entrega.

—Estoy casi segura de que puedo tenerlo acabado para el lunes —le estaba diciendo Rachel, mientras jugueteaba con un mechón de cabello rubio y paseaba la mirada distraídamente por los libros de las estanterías de Laura.

—¿En serio? —preguntó Laura—. Bueno, eso sería fantástico. Pero no te precipites. Si te soy sincera, y sin que sea algo de lo que alardear, la verdad es que estoy acostumbrada a que los alumnos me entreguen los trabajos con varias semanas de retraso sobre el plazo fijado.

—No será un problema —dijo Rachel—. Por aquí no hay muchas cosas que hacer durante el fin de semana. Y además todos mis amigos vuelven a sus casas.

Laura ya se había percatado hacía algún tiempo de ese nuevo fenómeno de la vida universitaria: los estudiantes, que en el pasado veían los trimestres académicos como una grata oportunidad para vivir una vida independiente durante ocho semanas, ahora regresaban a casa de sus padres la mayoría de los fines de semana, para que les sirviesen la comida y les hiciesen la colada. Pero por lo que parecía no era el caso de Rachel.

—Esto debe resultarte un poco deprimente —le dijo Laura.

—Sí, pero... bueno. Mi madre no me quiere pegada a sus faldas. Ahora trabaja siete días a la semana.

—¿A qué se dedica?

—Es abogada.

—Ah, ¿eso es lo que te dio la idea para tu cuento?

—¿Lo ha leído? —Los ojos de Rachel resplandecieron de entusiasmo.

—Pues sí. Y la verdad es que me gustó. Es grato leer algo así, en lo que se nota que..., bueno, que quien lo ha escrito sabe de lo que habla.

—Mi madre representa a un montón de gente que tira de la manta. De hecho, es a lo que se dedica casi en exclusiva últimamente. Es un negocio en alza.

—«Prescindirán de ti / cuando resultes incómodo» —dijo Laura, recordando la letra de la canción por la que Rachel había mostrado tanto interés—. Debe encontrarse con mucho de eso.

Rachel, que no se esperaba la cita, tardó un poco en reconocerla.

—Ah, sí. «Harrowdown Hill» —dijo—. Mi pequeña obsesión personal.

—Bueno —dijo Laura—, de cuando en cuando todos nos obsesionamos con algo.

—Mostró una enigmática sonrisa—. ¿Has estado allí alguna vez?

—No. No está muy lejos de Oxford, ¿verdad?

—Desde luego que no. Y aún está más cerca de donde vivo yo. Compré una casa muy cerca de allí, con mi marido, unos años antes de que muriese. A los dos nos atraía la idea de vivir en un pueblo, en el campo. Pensábamos que sería positivo para nuestro hijo mientras todavía fuese pequeño.

—No sabía que su marido había...

—El año pasado.

—Lo siento. ¿Fue...?

—¿Cáncer? ¿Un ataque al corazón? No. Fue un accidente. Un accidente de lo más estúpido. O al menos... —Dejó la frase a medias—. Bueno, siempre hay más de un modo de ver las cosas, ¿no crees?

Durante los instantes de silencio que siguieron, Laura tomó una rápida e impulsiva decisión, y antes de poder pensar si era o no acertada se oyó a sí misma verbalizándola. ¿Por qué, si no tenía nada que hacer ese fin de semana, Rachel no iba a visitarla mañana a su casa en el pueblo? Podía tomar el tren hasta Didcot y Keisha la recogería en la estación. Y por la tarde podrían ir juntas en coche a Harrowdown Hill.

Al principio Rachel pareció dubitativa, y Laura se preguntó si la propuesta sonaba demasiado insinuante.

—Es un lugar precioso —insistió, y añadió con más temeridad todavía—: Podrías incluso quedarte a dormir si quieres. Tengo una acogedora habitación de invitados que hace meses que no uso.

Esa noche, más tarde, al pensar en eso con frialdad, Rachel llegó a la conclusión de que había aceptado la invitación más por educación que por cualquier otro motivo.

El pueblo de Little Calverton está a varios kilómetros al este de Didcot. El nombre es enigmático, ya que no hay un Large, Big o Great Calverton, ni hay documento alguno que acredite que alguna vez pudo existir. Es un típico pueblo pintoresco de la zona de Cotswold donde los precios de las casas son (en términos relativos) todavía bajos, gracias a la proximidad de la central eléctrica de Didcot, cuyas gigantescas chimeneas se alzan a menos de ocho kilómetros. Si uno no tiene problemas en convivir con eso, se pueden encontrar auténticas gangas en Little Calverton, y las casas en venta rara vez duran más de una o dos semanas en el mercado.

—Bonito país —le dijo Keisha a Rachel mientras recorrían con el coche una carretera estrecha entre altos setos. Rachel no le respondió, pero asintió con simpatía; de hecho, no estaba segura de si Keisha se refería a la campiña que las rodeaba o a Inglaterra en su conjunto^[8], y no quería parecer desconsiderada por malinterpretarla.

—Muy distinto de Malasia, supongo —dijo, por decir algo que no la pusiese en un apuro.

—Muy diferente. Pero me gusta. Prefiero esto. Aquí soy muy feliz. Muy feliz en el Reino Unido. Muy feliz trabajando para Laura. Es una mujer encantadora. Es tu profesora, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Solo hace unos meses. Pero es fantástica. Está siendo fantástica.

—Muy buena persona. Amable, generosa. Pero triste, ¿sabes?

—Por lo de su marido.

—Por lo de Roger, sí.

—¿Tú lo conociste?

—No, no lo conocí. Empecé a trabajar para ella después de su muerte.

En el momento en que entraban en el pueblo, aparecieron unos fugaces destellos de sol de febrero al abrirse un poco las nubes. A su izquierda, el seto desapareció. Y ante ellos asomó un triángulo de césped y en su vértice un monumento a los caídos flanqueado por dos maceteros con tempranas primulas. La carretera giraba a su alrededor y unos cincuenta metros después Keisha giró bruscamente a la derecha y se metió por un corto camino de gravilla que conducía hasta la puerta principal de una casa de campo de las de techo de paja digna de una postal, con sus paredes de piedra de Cotswold color mantequilla rodeadas de una auténtica cortina de glicinas. En cuanto se apagó el motor del coche, el silencio que se hizo era escalofriante, total.

—Bueno, ya hemos llegado —dijo Keisha—. ¿Puedes tú sola con la bolsa?

Parecía una pregunta tonta: la pequeña mochila de Rachel estaba casi vacía. Siguió a Keisha hasta la puerta que, antes de que tuvieran siquiera tiempo de tocar el picaporte, se abrió bruscamente desde dentro. Y apareció en el oscuro recibidor con suelo de baldosas un niño de cabello castaño de cinco o seis años, que se lanzó hacia su niñera y se abrazó a ella sin decir palabra.

—Hola, guapo —dijo Keisha—. ¿Me has echado de menos?

—Tú debes de ser Harry —dijo Rachel, tendiéndole la mano para estrechársela con una formalidad irónica, pero el niño la ignoró y se encaminó hacia la cocina, tirando de Keisha con todas sus fuerzas.

Rachel se quedó sola en el recibidor. A su izquierda había una escalera de madera empinada y sin alfombrar y al fondo del amplio recibidor tres puertas, una llevaba directamente a la cocina y las otras dos estaban cerradas. Por un instante, la visión de esas tres puertas le generó una centelleante sensación de *déjà vu*, pero desapareció antes de que pudiese decidir si provenía de un recuerdo real o imaginario. ¿Qué debía hacer? No parecía muy razonable ponerse a llorar o gritar a Laura. Esperaba que Keisha le anunciase su llegada, pero veía por la ventana de la cocina que Harry ya había arrastrado a la niñera hasta el jardín e intentaba hacerla participar en algún tipo de juego con una pelota.

Vacilante, todavía cargando con la mochila, caminó sobre las baldosas en dirección a la cocina. Al detenerse ante las dos puertas cerradas creyó oír detrás de una de ellas el amortiguado repiqueteo de las teclas de un ordenador. La abrió y se encontró con el estudio de Laura. La propia Laura estaba de espaldas a la puerta. Trabajaba ante un escritorio colocado frente a una amplia ventana de vidrios emplomados, con unos cascos puestos. Pareció no percatarse de la presencia de Rachel. A través de la ventana, esta pudo contemplar otra vista del jardín —una rala extensión de césped que descendía hasta un descuidado límite que lindaba con un riachuelo—, que le hizo sospechar por primera vez que probablemente la casa y el terreno fueran más grandes de lo que creía. De nuevo el sol trataba de asomar entre las nubes y proyectaba ocasionales haces de luz sobre la hierba.

Rachel estaba todavía preguntándose qué hacer, cuando Laura, al percibir por fin su presencia, se volvió en la silla, se quitó los auriculares y se levantó para saludarla.

—Hola. No te he oído entrar. ¿Has tenido buen viaje? ¿Keisha se ha ocupado de ti? ¿Dónde está?

—Fuera con Harry.

—Ven. Te prepararé un café.

En la cocina, mientras iba cayendo el espumoso café de una burbujeante y resplandeciente cafetera cromada, Laura insistió:

—Lo siento. No te he oído. Esperaba haber llegado hace horas al objetivo de palabras que me había marcado para hoy, pero los emails me han interrumpido como de costumbre. No paran de llegar ni siquiera el sábado. Así que me temo que todavía me queda un poco de trabajo pendiente.

—Es grato saber que también los profesores se marcan objetivos de palabras diarias —dijo Rachel—. Pensaba que eso era solo cosa de estudiantes perezosos.

—Para nada —dijo Laura—. Hoy me había prometido avanzar quinientas palabras. Pero está claro que no lo voy a conseguir.

—¿Sobre qué escribes?

—Bueno..., la verdad es que no lo sé muy bien. Y de ahí, claro está, vienen mis problemas. Intento sacar adelante un proyecto que empezó mi marido. Supongo que se podría decir que trata de la ficción paranoica. Haciendo especial hincapié en la ciencia ficción británica actual. Y más hincapié si cabe en... —pareció avergonzarse—... el monstruo del Lago Ness.

A Rachel le sorprendió.

—Parece divertido —dijo—. Pero muy alejado de Milton.

—Sí, bueno, en la facultad no se han mostrado muy entusiasmados —confesó Laura, mientras le ofrecía una taza de café muy denso—. Seguro que preferirían que me limitase a escribir un artículo de quince mil palabras sobre *Lycidas*, pero..., bueno, una tiene que ir hacia donde la llevan sus intereses, ¿no crees?

Laura regresó a su estudio para seguir escribiendo y Rachel se llevó el café al jardín. Como imaginaba, era impresionante y en el centro de la amplia extensión de

césped se erguía una clásica fuente de piedra de casi dos metros de alto, aunque en ese momento no fluía agua en cascada sobre sus tres niveles cubiertos de líquenes. Harry y Keisha estaban jugando junto al arroyo y no se percataron de la presencia de Rachel mientras esta se dirigía a un desvencijado banco de madera junto a un rododendro y se sentaba en él, colocándose con cuidado entre las muchas salpicaduras de excremento de pájaro. Ahora que el sol parecía haber desaparecido definitivamente, se intuía que la tarde iba a ser fría. Rachel sintió un leve escalofrío.

Estar allí, en casa de su tutora, le producía una sensación rara. ¿Había traspasado un límite al venir? No se había hecho esa pregunta antes y ahora ya era un poco tarde para planteársela. En lugar de recibirla con calidez, Laura parecía haber visto su llegada como una interrupción debido a la cual la atmósfera de la casa y el pueblo la hacían sentirse como una intrusa. El viaje en tren hasta Didcot duraba solo quince minutos y sin embargo, por la quietud y el aislamiento del lugar, el relativo ajeteo de Oxford parecía a miles de kilómetros de distancia. Pero no era solo una cuestión de distancia; Rachel tenía de algún modo la sensación de que en la última hora había hecho un largo viaje en el tiempo, de vuelta a algún lejano periodo medio olvidado de su vida. ¿A su infancia, incluso? El jardín no tenía desde luego ningún parecido con el estrecho y decrepito patio trasero de su madre en Leeds, y era como mínimo tres veces más grande que el jardín de sus abuelos en Beverley, donde había pasado muchos veranos. No, no eran esas las imágenes que le venían a la cabeza aquella tarde, mientras daba prudentes sorbos al café y contemplaba lo que tenía alrededor. Pero, aun así, aquel lugar estaba impregnado de una inequívoca aura de infancia; no una infancia pobre y urbana en el sur de Yorkshire, como había sido la de Rachel, sino una infancia mimada, en alguno de los pudientes condados alrededor de Londres en la década de 1950, que también le era familiar a Rachel, aunque en este caso de oídas, a través de infinidad de viejas novelitas infantiles que cuando era niña sacaba de la biblioteca local y leía con fruición. Allí estaba todo: el enorme cedro que pedía a gritos que construyesen sobre sus densas ramas inferiores una casita de árbol; el pequeño arroyo al borde del césped, atravesado por un puente, ideal para aquellos interminables juegos de los sábados por la tarde, tirando ramitas asomados a la barandilla como en *Winnie de Pooh*; el desvencijado cobertizo que, sin grandes esfuerzos, podía convertirse en el improvisado cuartel general de un club de jóvenes detectives. Y, sobre todo, aquella fuente: ahora se veía un poco descuidada y decadente, pero por lo demás era una pieza central de jardín perfecta, como salida de una obra de teatro o un decorado de película, ante la que se podían representar escenas idealizadas de una infancia de clase media. Eso en cualquier caso podía explicar la creciente sensación de irrealidad que experimentaba Rachel.

Pasados quince o veinte minutos, Laura le hizo señas para que entrase y le mostró su habitación. Estaba en la segunda planta (Rachel no se había dado cuenta hasta entonces de que había una planta más), y resultó ser un dormitorio de techo bajo pero por lo demás espacioso, que se extendía de lado a lado de la casa, con ventanas que

daban tanto a la parte delantera como al jardín trasero. Podría haber sido una habitación acogedora, pero había en ella algo sofocante y una sensación de dejadez. Los libros apretujados en las estanterías que cubrían todas las paredes estaban cubiertos de una fina capa de polvo. Al repararlos someramente, Rachel comprobó que en su mayoría eran sobre historia y teoría del cine.

—Oh, querida, aquí hace un poco de frío, ¿no te parece? —dijo Laura, mientras colocaba una mano sobre un radiador—. Le voy a decir a Keisha que suba un calefactor. ¿Y qué hace todo eso ahí? Hace siglos que debería estar fuera.

Se refería a dos grandes cajas de cartón llenas hasta el borde de cintas de VHS. Movida por la curiosidad ante ese despliegue de tecnología antediluviana, Rachel se arrodilló para echar una ojeada a los títulos.

—Uau, la mayoría no me suenan ni remotamente —dijo. La primera cinta que había cogido estaba etiquetada como *EL EXPERIMENTO DEL DR. QUATERMASS BBC2, 24.2.85* / *EL ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES BBC2, 3.10.87*.

—Bueno, estás contemplando el gran tesoro de mi marido —comentó Laura—. O más bien una pequeña porción de él. Porque hay miles más, y me refiero literalmente a miles, en el sótano. No sé si es el mejor sitio para almacenarlas, pero de momento no sé qué hacer con ellas. Oh, Dios mío, llevaba siglos buscando esta.

Sacó otra cinta, con la carátula de cartón rota y pegada con celo. Rachel ladeó la cabeza para leer el título.

—¿*Menudo monstruo*? —dijo, divertida e incrédula—. ¿Qué demonios es eso?

—Lo creas o no, esta es una de las películas sobre las que se supone que debería estar escribiendo. Desde luego no me pillarás viéndola por placer. De hecho, es difícil de creer que alguien lo haya hecho alguna vez. ¿Me puedes ayudar a bajar todo esto al sótano? No quiero que tropieces con estas cajas.

Cogieron una caja cada una e iniciaron la tarea, no exenta de cierto peligro, de bajarlas por la estrecha y desnivelada escalera.

—¿Por qué escribes sobre ella si es tan mala? —le preguntó Rachel—. Me refiero a la película.

—Bueno, resulta que la trama tiene que ver con el monstruo del Lago Ness. No tengo ni la más remota idea de qué voy a decir sobre ella, pero en este oficio siempre ganas puntos si escarbas en algo poco conocido. Y debo decir que Roger era muy bueno en eso.

Cuando llegaron al sótano, resultó fácil comprobar a qué se refería. El espacio había sido excavado a cierta profundidad, de modo que les permitía mantenerse erguidas de pie. Y estaba repleto de cajas: bajo el resplandor de las dos bombillas desnudas que colgaban del techo, Rachel calculó que debía de haber al menos treinta o cuarenta, algunas llenas de libros o carpetas con papeles, pero la mayoría rebosantes hasta el borde de más vídeos y de DVD.

—Uau —exclamó Rachel—. Era un auténtico coleccionista, ¿no?

—Oh, sí —dijo Laura—. Roger nunca hacía nada a medias.

Dejaron las cajas que habían cargado cerca de la escalera y permanecieron allí un rato, contemplando en silencio el panorama de ordenada acumulación que se desplegaba ante ellas. Desde algún punto del sótano llegaba un tenue y monótono zumbido eléctrico, que de algún modo parecía acentuar el absoluto silencio que reinaba. Una de las bombillas había empezado a parpadear. Se percibía un olor a humedad y moho que hizo temer a Rachel por el estado de conservación de la colección de Roger, y le recorrió el cuerpo un penetrante escalofrío que la hizo temblar no de frío sino de tristeza. Era plenamente consciente de que estaba contemplando algo más que una desordenada acumulación de carpetas y cajas. Era el último rastro de un ser humano, todo lo que quedaba del marido de Laura.

El único comentario de esta fue:

—Qué desorden. Tengo que tomar una decisión sobre todo esto lo antes posible. —Y añadió—: Vamos, se está haciendo tarde. Será mejor que demos el paseo antes de que anochezca.

Se volvió y empezó a subir por la escalera, para alivio de Rachel, que necesitaba salir de allí cuanto antes. Siempre había detestado los sótanos.

Ya en la planta baja, Laura se dirigió a la cocina, donde Keisha estaba metiendo la ropa sucia en la lavadora.

—¿Has preparado las bolsas? —le preguntó Laura.

—Están encima de la mesa —respondió Keisha sin levantar la vista.

Laura cogió de la mesa de la cocina una bolsa de lona biodegradable, que resultó más pesada de lo que esperaba.

—¿Puedes coger la otra? —dijo—. Disculpa el latazo, pero se ha convertido en una especie de ritual de cada fin de semana.

Rachel cogió la otra bolsa y echó un vistazo a su contenido: latas y paquetes de comida, un frasco de café instantáneo y varias cajas de cereales para el desayuno.

—Lo dejaremos de camino, si no te importa —dijo Laura, y la guio hacia el recibidor. Estaban casi saliendo cuando apareció Harry corriendo detrás de ellas.

—Mamá, ¿adónde vais? —preguntó con voz lastimera.

—Vamos al banco de alimentos —le dijo ella—. Y después a dar un paseo.

—¿Puedo ir con vosotras? —pidió.

—No. Tú te quedas aquí. Pensaba que estabas jugando con Keisha.

—Sí, pero ahora está ocupada. Dice que tiene un montón de cosas que hacer.

—Bueno..., lee un libro, o mira un vídeo, o haz cualquier otra cosa. —Su tono era notoriamente tajante y desdeñoso. Rachel la miró perpleja.

—Oh, mami, por favor. Quiero ir con vosotras.

Con evidente reticencia, Laura acabó cediendo. Cogió a Harry en brazos, lo colocó en su sillita en el asiento trasero del coche, le puso el cinturón y partieron los tres en dirección a Didcot.

Rachel no había ido nunca a un banco de alimentos. Había leído sobre ellos, online y en los periódicos. Pero no había estado nunca en uno.

Fue una visita rápida, de modo que solo obtuvo una fugaz impresión. El banco estaba montado en lo que parecía que el resto de los días de la semana seguía siendo un café, situado en una estrecha calle lateral que salía de la calle mayor. Había gente sentada en grupos familiares en cada una de las livianas mesas de color plateado, pero no estaban tomando café; sostenían sus cupones y esperaban a que les preparasen sus paquetes. Nadie parecía ostensiblemente pobre. Parejas bien vestidas esperaban en reflexivo silencio con niños aburridos sentados a su lado. Lo más llamativo era que nadie de ninguna mesa parecía establecer jamás contacto visual con los de otra. Rachel pudo comprobar que la actitud predominante era la mortificación: lo que todo el mundo quería era recoger lo suyo y salir de allí lo más deprisa posible. Al fondo del local parecía haber un espacio en el que se almacenaban los alimentos y se preparaban los paquetes; desde allí se llevaban al mostrador, donde los voluntarios les asignaban un número e iban llamando a los portadores de los cupones. Uno de los miembros de la familia se dirigía apresuradamente al mostrador, sin levantar la vista del suelo, recogía su paquete y salía de allí por la puerta principal con su pareja o sus hijos. Cada veinte o treinta segundos gritaban un número, y había un continuo flujo de gente entrando y saliendo. Aquello estaba tan concurrido como la sala de espera de un médico de cabecera.

La gente alzó la mirada para contemplar la entrada de Laura, Rachel y Harry cargados con las bolsas, pero enseguida la desviaron. Quedaba hirientemente claro quién era donante y quién receptor de ayuda. Pocas veces se había sentido Rachel tan cohibida. Les indicaron que fueran directos al almacén y dejaron allí las bolsas tan deprisa que ella apenas tuvo tiempo de fijarse en el tipo de alimentos que se acumulaban en la sucesión de estanterías: hileras e hileras de fruta enlatada, carne enlatada, paquetes de arroz y pasta, cajas de galletas y bollería, todo con las fechas de caducidad marcadas con grueso rotulador negro. Harry, que lo contemplaba todo desde una altura inferior, miró con fruición una pila de barritas de chocolate con envoltorios de distintos colores.

—¿Por qué nunca podemos llevarnos nada del banco de alimentos? —le preguntó a su madre mientras esta tiraba de él para sacarlo de allí—. ¿Por qué siempre solo damos cosas?

—Oh, cállate —respondió ella, y a Rachel de nuevo la desconcertó la severidad e impaciencia de su tono.

Después, el recorrido en coche hasta Longworth les llevó unos veinticinco minutos. Cuando salieron de la A420 en los alrededores del pueblo, ya era bastante tarde y el cielo nublado estaba adquiriendo una tonalidad de un gris más oscuro. El pueblo parecía adormilado, relajado, del todo indiferente (o ajeno) a la tragedia que

había sucedido allí hacía casi una década. Laura parecía saber a la perfección cuál era el camino y dónde podía aparcar.

—Ya has venido aquí otras veces, ¿verdad? —le preguntó Rachel.

—Sí. Roger y yo solíamos venir a menudo. No tienes que ser alguien obsesionado con David Kelly para que te guste Harrowdown Hill. Aparte de todo lo demás, es un paseo bonito. Y ese, claro está, fue el motivo por el que aquel hombre decidió venir aquí aquella tarde.

Estacionaron el coche en el aparcamiento del pub The Blue Boar, un bonito y acogedor edificio de piedra de Cotswold con techo de paja que sin embargo aquella tarde estaba cerrado, a juzgar por la mortecina luz apenas visible a través de las pequeñas ventanas. Bien abrigadas para soportar un frío creciente, las dos mujeres giraron a la derecha desde el aparcamiento y enfilaron una carretera con paso brioso, seguidas por un rezagado Harry, que avanzaba de un modo más errático, caminando en zigzag de un lado a otro del arcén. Era una carretera sin salida muy poco transitada; era imposible no oír a cualquier coche que se acercase, de modo que a Laura no parecía preocuparle que Harry juguetease lejos de su supervisión. Le preocupaba más que les ralentizase el paso.

—¡Date prisa, Harry! —le gritó frunciendo el ceño—. Tienes que ir a nuestro ritmo. Por tu culpa vamos muy lentos.

Obediente, Harry corrió hacia ella y la cogió de la mano. Madre e hijo caminaron así más o menos medio minuto, y entonces Rachel se percató de que Laura soltaba la mano de su hijo y la dejaba caer.

—Bueno —dijo Laura—, esta es la carretera que debió tomar él, aproximadamente a las tres de la tarde. Y esa es la colina a la que se dirigía..., mira, la tenemos justo delante, a la izquierda.

Rachel siguió con la mirada el punto que señalaba el dedo de Laura, un anodino montículo cubierto de árboles que se elevaba un poco sobre el paisaje y hacía que la palabra «colina» sonase más bien hiperbólica. Bajo la ya escasa luz del día, no parecía especialmente bonito.

—No vamos a poder entrar en el bosque —añadió Laura—. Lo han cercado con alambre de espino.

El asfalto no tardó en desaparecer y siguieron avanzando por un camino de tierra, cubierto de malas hierbas y rodeado de maleza y flores silvestres. Harry agarró un palo y se dedicó a descabezarlas con entusiasmo.

—Puedo entender por qué lo han hecho —dijo Rachel—. Tienes razón, parece un poco... morboso venir aquí.

—¿Por qué crees que recuerdas tan bien esa noticia? —preguntó Laura—. Debías de ser muy pequeña cuando sucedió.

—Tenía diez años. Estaba pasando unos días en casa de mis abuelos y recuerdo que les impactó mucho cuando la oyeron. Mi abuelo odiaba a Tony Blair, de manera que estaba predispuesto a pensar lo peor. Quiero decir que no estoy segura de que

creyese que lo habían asesinado o algo así, pero sin duda tenía claro que había algo raro en lo sucedido...

—Lo sé, todo el asunto en su día resultó... muy raro, ¿verdad? —dijo Laura—. Pero no estoy segura de creer en teorías conspirativas, y en lo que dijo después Roger... Consideraba que se había traspasado una línea, una línea terrible, y fueron los movimientos sísmicos resultantes los que generaron en todo el mundo la sensación de que algo pasaba, de que un misterio envolvía lo sucedido.

Dejaron atrás una señal en la que se leía «Río Támesis 1 kilómetro», lo cual sorprendió a Rachel; no tenía presente que el río pasase cerca de allí. Harry empezaba a dar muestras de tener frío. En unos minutos llegarían al final del camino, lo más cerca posible de la cima de la colina, con el fatídico bosque a su izquierda.

—Él tenía esta teoría —dijo Laura—. Roger tenía montones de teorías, en gran medida, supongo, porque para eso le pagaban... En cualquier caso, esta planteaba que cada generación llega a un punto en el que pierde la inocencia. La inocencia política. Y eso es lo que representó la muerte de David Kelly para la nuestra. Hasta entonces habíamos mantenido una actitud escéptica ante la guerra de Irak. Sospechábamos que nuestro gobierno no nos contaba toda la verdad. Pero el día que él murió fue el día en que eso ya quedó del todo claro. Todo el asunto apestaba. En realidad daba igual que fuese un suicidio o un asesinato. Murió un hombre bueno y eran las mentiras que rodeaban esa guerra las que, de un modo u otro, lo habían matado. Eso era lo relevante. Ya nadie podía seguir empeñándose en creer que nos gobernaba gente honorable.

—Supongo que tienes razón —dijo Rachel—. Pero es muy triste.

—¿Qué es triste?

—Perder la inocencia. Es lo peor que puede suceder, ¿no trata de eso *El paraíso perdido*?

—La inocencia está sobrevalorada —aseguró Laura—. Todo el que anhela la inocencia perdida es..., bueno, yo no me fío de esa gente. —Habían llegado al lindero del bosque y lo contemplaban sin buscar nada en concreto, intentando tan solo encontrar un sentido a esa maraña de vegetación y sotobosque. Harry estaba detrás de ellas, tirando del abrigo de Laura para tratar de captar su atención de un modo instintivo pero sin un propósito concreto—. Míralo a él, por ejemplo —dijo, observando a su hijo, que le lanzó una mirada lastimera pero que no pedía nada en concreto—. Él todavía conserva su inocencia. ¿Lo envidias por eso? Él todavía cree que los regalos de Navidad se los trae un tipo grandullón vestido de rojo que viaja en un trineo tirado por renos. ¿Qué tiene eso de bueno?

Ya casi había anochecido. Laura se arrebujó en el abrigo y metió las manos en los bolsillos antes de iniciar el camino de regreso al pueblo por el sendero.

—Podría contarte una historia —dijo— sobre lo que sucede cuando alguien anhela en exceso la inocencia.

Rachel observó a Harry. Cruzaron una mirada y él se encogió de hombros;

ninguno de los dos tenía ni idea de qué estaba hablando su madre. Rachel le dio la mano al niño mientras descendían de la colina.

Keisha había dejado una cazuela para ellas en el horno, lo único que Laura tenía que hacer era hervir un poco de arroz. Cenaron en la cocina y después Laura subió para acostar a Harry. Siempre llevaba más tiempo de lo que a ella le gustaría: cuando volvió abajo y se unió a Rachel en la sala de estar, descubrió que esta se las había apañado para encender un buen fuego, con una bien organizada pirámide de troncos que ardían sobre un lecho de ramas pequeñas y hojas de ejemplares antiguos del *Guardian*. Rachel estaba sentada en una de las dos hundidas pero cómodas butacas colocadas una a cada lado de la chimenea, con los ojos clavados en la pantalla de su smartphone.

—Esta es un poco bestia —dijo, alzando solo un momento la mirada para agradecerle a Laura la copa de vino tinto que le dejó en la mesa que tenía al lado—. «Con esta película te entran ganas de apuñalarte los ojos con agujas de hacer punto al rojo vivo.» Y es una de las más positivas.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó Laura, sentándose frente a ella.

—Me he metido en la web del IMDb para buscar críticas de esa película que me has enseñado antes.

—¿*Menudo monstruo*?

—Sí, no parece que aquí tenga muchos fans. Creo que tu marido formaba parte de una reducida minoría.

—Oh, yo no diría que fuese exactamente un fan. Detectaba la basura cuando la veía. Pero Roger se relacionaba con los libros y las películas de maneras muy diferentes y contradictorias. Esa era una de sus cosas buenas. Y también una de las más frustrantes. Y evidentemente todo era susceptible de convertirse en materia prima para ser triturada por él como crítico... Voy a enseñarte una cosa.

Salió de la habitación y volvió con un grueso cuaderno tamaño A4 con tapas de cuero. Al abrirlo, Rachel vio que todas las páginas estaban llenas de texto manuscrito con una letra compacta y fina. Era un catálogo de películas ordenadas más o menos alfabéticamente, todas ellas comentadas con las fragmentarias y más bien crípticas anotaciones de Roger.

—¿Qué dice aquí de esta película? —preguntó Laura.

Rachel fue a la sección de la M y no tardó en dar con *Menudo monstruo*.

—*Comedia inglesa de escaso vuelo* —leyó— *sobre un grupo de beatniks que viajan al Lago Ness para construir una maqueta del monstruo.*

»1962. ¿*Secuela de ¡Menudo reparto!* (1961)? *En realidad no. Repiten dos actores.*

»**Secuelas que en realidad no son secuelas. Secuelas en las que la relación con el original es oblicua, resbaladiza.*

»¿Qué significa esto? —preguntó Rachel, señalando el asterisco al principio de la última línea.

—Ah, eso significa que algo le había dado una idea para un artículo —dijo Laura, estirando el cuello para mirarlo con más detalle—. Sí, siempre hacía eso. Siempre se le ocurrían ideas para futuros artículos. Cuando nos casamos yo estaba convencida de que era una especie de genio y que algún día convertiría todos esos conocimientos sobre rarezas en un gran libro, en una obra maestra académica. Yo pensaba que era eso lo que lo movía a seguir acumulando. Nunca se me ocurrió que el motivo pudiese haber sido algo tan simple como... la nostalgia.

»El hecho de mudarnos a esta casa fue lo primero que me hizo abrir los ojos sobre cómo era en realidad. Yo estaba embarazada de Harry y teníamos esa idea tan de cliché de que si íbamos a criar a un niño sería una buena idea mudarnos al campo. Obviamente, a un sitio que no estuviese lejos de Oxford.

»Así que empezamos a buscar y, a principios de 2006, encontramos esta casa. Recuerdo la mañana que llegamos aquí en coche para verla. Ese año el invierno estaba siendo muy frío y eso sucedió a finales de enero. El día anterior había caído una gran nevada y apenas se había derretido nada. Bueno, está claro que eso fue lo que en cierto modo nos acabó de convencer. Ya puedes imaginarte lo precioso que estaba el pueblo, todo cubierto de nieve. Y la propia casa..., bueno, estaba preciosa. Cautivadora. Los dueños nos invitaron a pasar, nos ofrecieron café para entrar en calor y nos enseñaron la casa. A los dos... nos gustó, desde luego, aunque diría que ninguno de los dos quedó embelesado a primera vista. Como puedes ver, es un poco amazacotada y había algunos problemas de humedades y algunas otras cosas que arreglar, nada de lo cual se ha solucionado aún del todo. Yo veía que Roger no estaba del todo convencido, que quizá se lo estaba pensando mejor. Pero eso fue antes de que viese el jardín...

Laura sonrió para sí misma cuando dijo esa palabra y, mientras recordaba, se quedó contemplando las oscilantes llamas de la chimenea.

—Fue lo último que nos enseñaron los propietarios. Roger y yo salimos para verlo juntos y cuando nos plantamos ahí fuera nos cogimos de la mano, entre otras cosas para darnos calor, porque ninguno de los dos llevaba guantes. Y a los pocos segundos noté que me la apretaba. Me la apretaba con tanta fuerza que me hacía daño. Me volví para mirarlo y vi en sus ojos una mirada que no había visto nunca. Era... era como ausente e intensa al mismo tiempo. Para ser sincera, me asustó bastante. Vi que una emoción extraña y poderosa se había apoderado de él. Así que le dije: «Roger, ¿qué te pasa?» Y él se volvió para mirarme, pero solo durante uno o dos segundos, porque enseguida giró otra vez la cabeza, se quedó contemplando el jardín y dijo algo. No a mí, no hablaba conmigo. Hablaba consigo mismo. Y lo único que dijo, en poco más que un susurro, fue: «*El jardín de cristal...*»

»Era la primera vez que le oía decir eso. Pero no sería la última.

Se calló, hasta que Rachel se sintió obligada a exhortarla una vez más:

—¿Y qué significaba?

—Al principio no estaba segura. No me lo explicó hasta algún tiempo después. ¿Has visto la fuente en el centro del jardín? Ahora, por supuesto, no funciona. El surtidor dejó de funcionar hace un par de años y se sumó al montón de cosas que están pendientes de reparar. Pero entonces sí funcionaba y era una perfecta decoración central del jardín. Era lo primero en lo que uno se fijaba. Y recuerdo que ese día resultaba particularmente imponente. El agua se había congelado, imagínate el frío que hacía. Así que se veía esa cascada, esa catarata de hielo que caía por los sucesivos niveles de la fuente. Parecía una lámpara de araña en la sala de baile de un castillo de cuento de hadas. De los árboles colgaban carámbanos, hasta el arroyo estaba helado y el césped era una resplandeciente sábana de un blanco puro. Resultaba... fantasmática, ¿sabes lo que significa? Quiere decir espeluznante. Como de otro mundo. Como si fuese de cristal. Al principio pensé que eso era lo que quería decir Roger. Pero resultó que la cosa iba más allá.

»Permanecimos en el jardín unos diez minutos, pero durante todo ese rato él apenas dijo nada. Se paseaba de un lado a otro como en trance, caminaba hasta las esquinas del jardín, se daba la vuelta y lo contemplaba desde distintos ángulos. Se acercó a la fuente y tocó el agua congelada. Todavía lo veo haciéndolo, su silueta con el largo abrigo negro, sus dedos acariciando la cascada de carámbanos y después golpeándolos con las uñas y haciendo que sonasen unas notas que parecían surgir de un lejano y tintineante instrumento musical. Tenía la mirada perdida. Los dueños de la casa intentaban explicarnos el drenaje del agua y lo que costaban los servicios de un jardinero de la zona, pero Roger no escuchaba ni una palabra. No hizo comentario alguno a ninguna de las cosas que le explicaron, hasta el momento final de la visita, cuando se volvió hacia ellos y les dijo: “Por supuesto que la vamos a comprar.”

»Yo me quedé pasmada. Ni siquiera me había preguntado mi opinión. Y no había dicho: “Les haremos una oferta”; había dicho: “La vamos a comprar.” Tal cual. En el coche, de vuelta a Oxford, yo estaba demasiado enfadada para hablar con él sin perder los estribos. De todas maneras, él se comportaba de un modo muy extraño; estaba en el séptimo cielo. No mencionó ni una sola vez el jardín. No paraba de hablar de la casa, loándola como si jamás hubiésemos podido imaginarnos encontrar algo tan perfecto. Al final lo corté a media frase y le advertí que nunca, jamás en la vida, se le ocurriese volver a hacerme una cosa así. Él no entendía de qué le estaba hablando. Cuando le afeé que, sin consultarme, le había asegurado a aquella gente que les compraríamos la casa, ni siquiera parecía consciente de haberlo hecho. Y lo extraño es que le creí. Era como si hubiese experimentado algún tipo de trastorno disociativo.

»En cuanto volvimos a nuestro apartamento, desapareció en el estudio y se conectó a internet. Apenas le vi el pelo hasta la noche, cuando salió y me encontró en el sofá, cenando. Había encargado una pizza, pero él no me oyó cuando le dije que ya había llegado. Cargaba con su portátil, se sentó a mi lado y empezó a hablar.

»“De acuerdo”, dijo, “tengo que contarte lo que me ha pasado hoy en ese jardín.” Le respondí que probablemente sería una buena idea, y él empezó a explicarse: “Recordé algo”, me dijo, “algo que pensé que tal vez hubiera imaginado. De mucho tiempo atrás.” Prácticamente luchaba por dar con las palabras. “De niño, cuando tenía cinco o seis años, vi una película. Lo cierto es que hasta hoy no estaba del todo seguro de si de verdad la había visto o no. No sabía si era algo que me había inventado, o había soñado, o recordaba mal o algo por el estilo. Lo único que sé es que ese recuerdo, aunque fuese un falso recuerdo, era tan importante que apenas podía pensar en otra cosa durante todo ese rato.” Me miró tan serio que casi me dieron ganas de echarme a reír, lo cual no hubiera sido muy grato de ver, porque en ese momento tenía la boca llena de pizza. “No sabía nada sobre ella, excepto que hasta donde podía recordar era un cortometraje. Debieron de pasarlo a media tarde, durante las vacaciones escolares, como un relleno entre dos programas, y se titulaba *El jardín de cristal*. O al menos yo estaba bastante seguro de que el título era ese. Es muy difícil distinguir lo que forma parte de la memoria de lo que forma parte de la vida. No recuerdo nada de la trama. Lo único que recuerdo es... una atmósfera, una sensación. Una copia muy gastada, una banda sonora llena de chasquidos y ruido de fondo. El héroe, un niño, en una escena, la única escena que soy capaz de evocar con cierto detalle, entra en ese jardín, y recuerdo la música de la banda sonora, con una especie de tintineo de fondo, una suerte de melodiosa percusión y, por encima de ese sonido, una canción, una hermosa canción, lírica y melancólica, con una voz de soprano cantando la melodía, sin palabras, pero, una vez más, todo envuelto en ruidos de fondo y casi distorsionado, porque la banda de sonido debía de estar muy deteriorada... Y el jardín... Era todo de cristal... Era un jardín amurallado, el protagonista tenía que cruzar una especie de pasadizo, una especie de túnel horadado en el muro para acceder al jardín, y al entrar... Sí, todo resplandecía, todo era de cristal, todas las flores, las rosas, los pequeños setos podados de forma artística, había senderos que se entrecruzaban entre los parterres con flores, y todos conducían a ese... lago, ¿era un lago?, ¿un estanque helado?... en cualquier caso, una lámina de cristal, y en el centro la fuente, titilante, resplandeciente, como la que hemos visto hoy en el jardín. El parecido era increíble.” Se calló para recuperar el aliento. Creo que fue el discurso más largo que le oía desde que lo conocí. Hablaba con un tono de voz bajo pero vibrante. Nunca le había oído hablar de ninguna otra cosa con tanta pasión. “Estoy seguro de que todo esto es real”, continuó pasado un rato. “Estoy seguro de que no me lo estoy imaginando. Vi esa película. Sé que la vi. Ojalá pudiera recordar más cosas sobre ella. Es penoso, no recuerdo nada del argumento. Nada en absoluto. Como te he dicho, todo se limita a... una atmósfera, y lo raro es que la atmósfera de la película se... funde con la de la habitación en la que la estoy viendo. Fue durante unas vacaciones escolares, tuvo que ser durante unas vacaciones escolares, o quizá yo estaba enfermo o algo por el estilo, mi madre no estaba a mi lado en el sofá, pero estaba en casa conmigo, creo que en la habitación contigua, en la

cocina, preparando la cena para cuando papá volviese a casa. Y era invierno, sin duda era invierno, porque había cristales de hielo en la ventana de la sala de estar y carámbanos colgando, y el exterior estaba cubierto de nieve, o al menos de escarcha, estos detalles se me entremezclan en el recuerdo, igual que se entremezclan con el cristal del jardín de cristal; la estufa de gas estaba encendida, nuestra pequeña y anticuada estufa de gas, y siseaba, como siempre, y lanzaba chasquidos y ruidos de fondo, y de nuevo, eso se entremezcla de algún modo con la deteriorada banda de sonido de la película, de manera que resulta todavía más difícil distinguir entre lo que recuerdo y lo que imagino.”

»Fue bajando el tono y se calló, hasta que le pregunté: “¿Y cómo es que nunca me lo habías contado, si para ti es un recuerdo tan importante?”

»Y él me respondió: “Porque no estaba seguro de si era o no cierto. Hasta hoy.”

»“Que el jardín te evocase ese recuerdo”, le dije, “no quiere decir que sea real. Tengo la sensación de que estás mezclando dos cosas diferentes.” Pero él me hizo callar y volvió al ordenador. “No”, dijo, “lo importante no es eso. Lo importante es que ver hoy el jardín ha hecho que me conectase a internet y empezase a buscar alguna prueba. Y esto es lo que he encontrado.”

»Me tendió el portátil. Me sequé los dedos con un trapo de cocina y lo cogí. Estaba en IMDb, mirando una página que listaba la filmografía de un operador de cámara americano. Había una larga lista de títulos más bien anodinos que iban de la década de 1940 en adelante, algunos correspondientes a películas, pero la mayoría eran series de televisión, y un único crédito como director, en el que se leía: “*Der Garten aus Kristall*, 1937”. Cuando clicabas en el enlace, te llevaba a una página completamente en blanco excepto por el título de la película y el nombre del director: Friedrich Gudemann.

»Le miré y le dije: “¿Es esto?”

»“Es eso”, respondió.

»Insistí: “¿Te has pasado horas buscando por internet información sobre la película y lo único que has encontrado es esto?”

»“Sí. No hay ninguna otra referencia. Nada.”

»Volví a mirar la pantalla del ordenador. “¿Entonces es una película alemana?”

»“Aparentemente sí”, respondió. “Al escribir el título en inglés en Google no aparecía nada. Así que lo he ido intentando en otros idiomas y con pequeñas variaciones del título. Y por fin esto es lo que he encontrado, tiene que ser esto”, dijo, mordisqueándose el labio. “Tiene que serlo.”

»¿Pero lo era? Ese era el dilema de Roger, y la espera hasta dar con la respuesta resultó agónica y eterna. Ese mismo día ya había colgado preguntas sobre la película en los foros de discusión de todas las webs de cine que se le ocurrieron. Preguntaba si alguien, como en su caso, recordaba haber visto una película por televisión una tarde en la década de 1960. Pedía cualquier tipo de información que le pudieran facilitar sobre Friedrich Gudemann, cuya filmografía en IMDb daba a entender que había

emigrado a Estados Unidos a principios de los años cuarenta y había anglicanizado su nombre convirtiéndose en Fred Goodman. No existía ninguna entrada en la Wikipedia sobre él, ni ninguna otra referencia a su persona en internet. Después de lanzar sus preguntas, lo único que podía hacer Roger era esperar a que le llegase alguna respuesta.

—¿Y le llegaron? —preguntó Rachel.

Laura negó con la cabeza.

—Nada. Nada de nada. —Suspiró—. Lo dejó machacado. Muy decepcionado. Estaba convencido de que en nuestra época, la época de la información universal, no existía un tema tan oscuro como para que no contase con un experto en internet en algún lado. Pero de momento el resultado era cero. Siguió consultando los foros en los que había entrado, reformulando sus preguntas y lanzando anzuelos, pero después de varias semanas ya parecía más o menos resignado a la idea de que por ese camino no llegaría a ningún sitio. No hablaba mucho de ello, pero yo veía que estaba destrozado. Tenía la sensación de haber estado a punto de dar con... ese descubrimiento trascendental, pero volvía a estar como al principio.

Laura dio otro sorbo a su copa de vino. Se oyó un crujido procedente de la chimenea y uno de los troncos se desplazó. Rachel miró el fuego y el ruido y el calor que desprendía le hicieron pensar en el pequeño Roger, sentado en su casa frente a la estufa de gas durante las vacaciones escolares, viendo una película con una vieja banda sonora repleta de crujidos y ruido de fondo, mientras su madre preparaba la cena en la cocina...

—Bueno, la vida continuó. De hecho estuvimos muy ocupados. Ese año se produjeron dos acontecimientos de esos que te cambian la vida: en primavera nos mudamos y en verano nació Harry. Roger se mostró..., ya sabes, muy dispuesto a ayudar en todo. Se involucró mucho y durante los meses siguientes al nacimiento de Harry fue un padre estupendo. Muy colaborador. Eso pareció distraerlo de todas sus otras obsesiones durante un tiempo, o eso pensé yo, pero resultó que estaba equivocada. Los recuerdos de la película seguían abrumándolo. La primera noticia que tuve al respecto fue cuando me contó que le habían pedido que colaborase en un libro colectivo de artículos que iba a publicar Palgrave Macmillan. Era un volumen en homenaje a un ensayista cinematográfico llamado Terry Worth, que tuvo mucho prestigio en la década de 1990. También había sido un gran especialista en el tema de las películas perdidas, y ese era el aspecto de su trabajo sobre el que le pidieron a Roger que escribiera. Así que, claro está, le pregunté si pensaba mencionar *El jardín de cristal* y él me respondió que probablemente no, porque no había información suficiente para escribir un artículo que mereciese la pena. Lo dijo con un tono muy displicente, de manera que tuve la impresión de que más o menos se había olvidado del asunto, o al menos lo había relegado al fondo de su cabeza. Lo que sí me aseguró fue que tendría que hacer mucha investigación para escribir ese artículo, lo cual para mí no era la mejor noticia en aquellos momentos. Hubo unas dos semanas en las que

no le vi el pelo. Yo estaba clavada en casa dando el pecho a Harry, mientras Roger se ausentaba durante varios días seguidos para consultar material en la biblioteca del Instituto de Cine Británico en Londres. O al menos allí era donde yo creía que estaba. —Hizo una pausa, contempló con tristeza durante unos instantes las profundidades de su copa de vino y volvió a alzar la mirada—. Un día recibí un email de un amigo que se había cruzado con él, pero no en el Instituto de Cine Británico. Estaba en la Biblioteca de Periodismo de Colindale. —Lanzó una rápida mirada a Rachel—. ¿Qué es lo que te parece tan divertido? ¿De qué te ríes?

—Perdón —se disculpó Rachel—. Es solo que... pensaba que sería algo más... picante. Que tenía una amante o algo así.

—En cierto modo, eso hubiera sido preferible —dijo Laura—. Al menos ese habría sido un comportamiento relativamente normal. Pero Roger nunca se comportó de un modo normal. Él solo podía engañar a su mujer yendo a trabajar a una biblioteca distinta de la que se suponía que estaba visitando. De todos modos, no habría sido muy buen adúltero, porque cuando esa noche regresó supuestamente de Londres y yo le comenté el mensaje que había recibido, lo confesó todo. Por lo visto iba a Colindale a diario para rastrear todas las programaciones televisivas aparecidas en el *Birmingham Post* a mediados de los años sesenta. Como te puedes imaginar, me enfadé bastante con él y le acusé de perder el tiempo. A lo que él respondió: «¡Oh! Pero no ha sido una pérdida de tiempo. En absoluto. Lo he reducido a dos posibles días.»

»«¿El qué has reducido?», le pregunté.

»«El día en que pasaron la película. Mira..., echa un vistazo a esto.» Y sacó dos hojas de papel de su cartera y me las plantó delante, como si fuese un ufano detective mostrando su prueba sobre la identidad del asesino al final de la película. Las miré y no entendí de qué me estaba hablando. No eran más que fotocopias de dos programaciones televisivas distintas en un periódico antiguo. No se mencionaba *El jardín de cristal* por ninguna parte.

»«¿No lo ves?», me dijo. “Mira esta: 14 de diciembre de 1966. Un miércoles por la tarde. Las vacaciones escolares acababan de empezar. Yo tenía cinco años y medio. Ahora mira la programación de la ATV. Aquí..., mira a las dos y diez.” Miré la programación y leí en voz alta el título. “*Contra el viento*. ¿Qué tiene esto que ver con nada?” Él suspiró impaciente, como si yo fuera idiota. “¿No lo ves?», me dijo. “Mira cuándo empezó el siguiente programa.” Lo hice. Empezó a las cuatro y media, pero de nuevo, no le veía la relevancia. “*Contra el viento*”, señaló, casi sin aliento por la excitación, “es una película de la Ealing de los años cuarenta, sobre la Bélgica ocupada. Y solo dura noventa y seis minutos. Y las películas van a más velocidad cuando se pasan por televisión. Así que pongamos noventa minutos. Añádele veinte o veinticinco minutos de anuncios y todavía te queda un gran hueco en la programación. Un hueco que habría que llenar de algún modo.” Me miró triunfante, pero yo me limité a bajar la mirada con el ceño fruncido, porque no me gustaba el

rumbo que estaba tomando el asunto. “Y lo mismo sucede en este otro caso”, continuó, “pero es incluso mejor: 16 de febrero de 1967. Un jueves. Probablemente las vacaciones del primer trimestre. En este caso la película es *El hombre que hacía milagros*, una adaptación de H. G. Wells que recuerdo perfectamente haber visto entonces. La recuerdo con bastante claridad. ¡Y solo dura ochenta y dos minutos! Lo cual esta vez deja un hueco en la programación de más de veinte minutos. Y esa semana también el tiempo concuerda, había nevado dos días antes. Estoy convencido de que esta es la buena. Como mínimo convencido al noventa y nueve por ciento. ¿En qué otro momento puede haber sucedido? He repasado todas las otras programaciones y estas dos son las únicas con verdaderos huecos.”

»“¿Las has repasado todas?”, le pregunté, incrédula. “¿Cuánto tiempo te ha llevado?”

»“No mucho”, dijo a la defensiva. “Solo tres o cuatro días.”

»Como te puedes imaginar, me quedé bastante perpleja cuando oí en qué había estado ocupando su tiempo. Pero parecía que esto funcionaba por ciclos. Se pasó unos días excitadísimo con su descubrimiento, pero no llegó a ninguna parte. Evidentemente, no había conseguido probar nada. Escribió a la Central TV de Birmingham, pero no conservaban ninguno de los archivos de los viejos tiempos de la ATV. Ningún documento ni nada por el estilo. Y de todos modos, pensaron que se trataba de un pirado, claro está. Así que, una vez más, después de varios meses, pareció que lo dejaba correr.

»Las editoriales académicas, como sabes, no se caracterizan por su rapidez. El libro colectivo sobre Terry Worth tardó dos años en publicarse y cuando eso sucedió, el ensayo de Roger fue destacado como uno de los mejores. La verdad es que era un texto magnífico, debo admitirlo. Eso era lo trágico: cuando Roger era capaz de dejar a un lado sus obsesiones y abordar un tema serio, era un escritor excelente. Buena parte de ese texto versaba sobre una película de Billy Wilder titulada *La vida privada de Sherlock Holmes*, famosa porque aproximadamente un tercio de su metraje se eliminó antes del estreno. En el metraje restante, Holmes y Watson viajan a Escocia y se encuentran con el monstruo del Lago Ness. Roger y yo la vimos juntos una noche y supongo que fue entonces cuando ambos empezamos a pensar en el monstruo y en lo que representa. El de esta película resultaba ser falso, por supuesto. Como suele ser habitual.

»Fue una noche estupenda. Nos pasamos horas sentados juntos, hablando de las distintas películas sobre el Lago Ness e intentando dilucidar qué tenían en común. Descubrimos que los protagonistas solían recoger la respuesta de la gente a la *idea* del monstruo, cierto respeto reverencial que tal vez bordeaba el miedo, e intentaban sacar provecho de ella. Fue entonces cuando se le ocurrió el concepto de “monetizar el asombro”. —Laura hizo una pausa y negó con la cabeza en un gesto de triste incredulidad—. ¿Cuánto tiempo hace de eso? Y yo todavía estoy tratando de acabar su artículo. Increíble.

Se quedó callada. Rachel consideró que era apropiado decir algo para animarla.

—En cualquier caso, es una buena frase —comentó—. Deberías utilizarla como título. Pero qué pasó con la otra película, la alemana...

—Bueno... —dijo Laura—, lo siguiente que sucedió fue que llegó un mensaje. Un mensaje online caído del cielo, de alguien que por fin había visto una de las peticiones de información de Roger. De hecho, más de tres años después de que la colgase. (Sí, exacto..., porque Harry ya iba a la guardería.) Y así fue como se enteró de la historia de la película. Y para él eso también fue el principio del fin.

»El tipo en cuestión, Chris, estaba navegando por una de esas webs de cine y se topó por casualidad con el viejo post de Roger. —Hizo una pausa para beber otro sorbo de su copa, pero se encontró con que ya estaba vacía—. Dios mío, sí que he bebido. ¿Queda algo en la botella?

—Me temo que no —dijo Rachel, lanzando una mirada pesarosa a su propia copa—. Nos la hemos bebido entera.

—De acuerdo, pues creo que es el momento de abrir otra. Y mientras lo hago —dijo Laura, poniéndose de pie no sin dificultades—, puedes echarle un vistazo al intercambio de mensajes. Todavía está colgado en la web.

De modo que mientras Laura descorchaba otra botella de Rioja y servía dos copas, Rachel se sentó con el portátil en las rodillas y leyó el intercambio de mensajes que había iniciado Roger en el foro de una web llamada Cinebritánico.

23 octubre 2010 18:32

Hola, Roger.

¡Disculpa por lo tardío de la respuesta! Acabo de descubrir esta web y he visto tus preguntas.

En primer lugar: no he visto El jardín de cristal pero tu memoria no te engaña. Se pasó en la ATV una tarde a mediados de los sesenta. Sin ninguna duda fue el único pase en una televisión británica ¡y una de las pocas proyecciones públicas en todo el mundo! Lo sé porque mi abuelo, Tom Ferris, fue el responsable.

Es una larga historia y no sé cuánta información quieres más allá de saber si la memoria no te engaña. Dímelo e intentaré subsanar esas lagunas.

Saludos,

Chris Ferris

23 octubre 2010 19:05

Hola, Chris.

Esto es increíble. Ya había perdido toda esperanza de recibir alguna respuesta sobre esta (para mí) mítica película, ¡y ahora tú me confirmas lo que sospechaba! Descubrir que no lo he soñado o imaginado es para mí algo increíble. Estoy literalmente temblando delante del ordenador mientras escribo esto.

Por favor, cuéntame todo lo que sepas sobre esta película y su pase en la televisión británica, empezando desde el principio.

Roger

24 octubre 2010 23:53

Chris:

¿Sigues ahí? Roger

25 octubre 2010 22:17

Hola, Roger.

Disculpa por haberte dejado un par de días sin respuesta. Ya veo que estás ansioso por recibir la información. Pero me ha llevado uno o dos días organizar mis ideas y poner los hechos en el orden correcto.

Así que ¿por dónde empiezo? Empecemos por el director de la película, Fred Goodman, o Friedrich Güdemann, tal como se le conocía antes de que abandonase Alemania a finales de la década de 1930. Friedrich (mi abuelo nunca fue capaz de llamarle Fred) vino desde Magdeburgo, en el Este. Era un joven y talentoso director de fotografía que había trabajado durante años para la productora UFA. Pero tenía la ambición de dirigir y por lo visto se sentía cada vez más frustrado porque no se le presentaban oportunidades. Lo único que logró dirigir fue un cortometraje de 8 o 9 minutos, que rodó durante un fin de semana en la casa de campo de unos amigos, en pleno invierno, utilizando al hijo de esta gente como protagonista. Hasta donde sé, no tenía una verdadera trama (tal vez tú sepas más al respecto), consistía tan solo en una secuencia en que el niño exploraba los alrededores de la casa, se adentraba en un túnel abierto en uno de los muros y emergía en un jardín hecho por completo de cristal. Eso era todo, y sin embargo las pocas personas que vieron la película aseguraron que les había deslumbrado, incluido mi abuelo. Decía que era una obra visionaria. Como poco, era una estupenda tarjeta de presentación. Pero resulta que Friedrich era judío y ya había retardado peligrosamente su huida de Alemania. Cuando por fin huyó, se llevó su película, la única copia existente, en una única bobina de 16 mm. Pasó una temporada en París y unos meses después consiguió cruzar el canal y llegar a Londres. Eso debió de ser en el 37 o el 38. No tardó en conectar con la comunidad cinematográfica y consiguió algunos trabajos en los estudios Gainsborough, donde fue director de fotografía de un par de comedias populacheras, por debajo del nivel de las de Will Hay. Dios sabe cómo serían, pero estoy seguro de que él hizo un buen trabajo como profesional. En cualquier caso, ahí fue donde conoció a mi abuelo, que en aquel entonces diseñaba títulos de crédito para Gainsborough. Friedrich le pidió que le diseñara unos títulos de crédito nuevos para *El jardín de cristal*, pero sin cobrar, eso sí. En su tiempo libre. Pensó que sería interesante disponer de una versión en inglés, y para eso solo necesitaba cambiar los títulos de crédito iniciales porque, hasta donde yo sé, la película no tenía diálogos. A mi abuelo Friedrich le caía bien y estaba dispuesto a hacerle ese favor. De manera que le proyectaron la película y por lo visto se quedó atónito. Dijo, por supuesto, que la fotografía era preciosa, porque Friedrich tenía mucho talento, pero lo que más le impresionó, curiosamente, fue la música. No había dispuesto de presupuesto para utilizar una orquesta ni nada parecido, así que, una vez más, Friedrich había pedido un favor y un amigo le escribió una partitura y después convenció a una soprano, que incluso puede que fuese la misma mujer propietaria de la casa en que rodó la película, para grabarla. Creo que se escuchaba únicamente su voz y un reducido grupo de cámara. Mi abuelo solía hablarme de esa música y de lo hermosa que era, pero por desgracia yo no llegué a escucharla nunca.

Bueno, esto ya me ha llevado más rato del que pensaba, así que de momento lo dejo aquí y, si tengo tiempo, continuaré con la historia mañana.

25 octubre 2010 22:33

Oh, Dios mío, sí, recuerdo esa música. ¡Deliciosa y tristísima! Como una destilación de cada uno de los lamentos por la inocencia de la infancia que hayas podido oír. ¿Cómo fui capaz de entenderlo, cómo conecté con ello, si solo tenía cinco años? ¿O estoy haciendo una proyección, recordando mi yo con cinco años, los ojos clavados en aquella pequeña pantalla en blanco y negro, la grabación de aquella música (hace ya treinta años) que emergía del birrioso altavoz de nuestro pequeño televisor Ekco, a través de un lodazal, de un bosque de chasquidos, ruidos de fondo y distorsiones? A lo que se sumaba

el siseo de la estufa de gas, y mi madre preparando la cena en la cocina para cuando papá volviese a casa. Creo...

... Creo que ya estoy ebrio gracias a todo lo que me has contado, y ya me he tomado dos o tres copas de más mientras lo leía, y siempre es un error mandar un post cuando estás trompa, así que...

26 octubre 2010 22:42

Hola de nuevo, Roger.

¡Espero que anoche no bebieses mucho más vino y no hayas tenido una resaca de campeonato esta mañana!

En cualquier caso, veo que esta es una historia importante para ti y lamento haberte dejado a medias. Me está llevando más tiempo del que imaginaba contártelo todo. Así que retomémoslo donde lo dejamos.

Mi abuelo Tom diseñó unos bonitos créditos iniciales para la película y los añadió a la copia, pero estoy casi seguro de que Friedrich no los llegó a ver nunca, al menos no hasta muchos años después. De hecho mi abuelo todavía estaba trabajando en la película y tenía la copia en su poder cuando recibí un telegrama de Friedrich que le dejó estupefacto. Se lo enviaba desde un transatlántico y le contaba que un amigo le había conseguido un permiso de trabajo en América y le había avisado sin apenas tiempo, así que iba rumbo a Hollywood. (Junto con todos los demás refugiados europeos, a veces más famosos, que huían de la Alemania nazi durante esos años; estoy seguro de que no necesitas una lista con los nombres.) Y resultó que mi abuelo no lo volvió a ver. Friedrich se cambió el nombre por el de Fred Goodman y después de unos años en Hollywood se pasó a la televisión y trabajó en varios programas importantes de la CBS y otras cadenas. Lo cual resulta que es más o menos lo mismo que hizo mi abuelo después de la guerra. Trabajó para los estudios Ealing durante la mayor parte de los años cuarenta, pero hizo la transición hacia la televisión casi en el mismo momento en que empezó la televisión comercial. Se mudó a los Midlands y trabajó para la ATV, al principio diseñando títulos de crédito y leyendas, y al final acabó en un despacho como programador.

Y esto nos lleva a mediados de los sesenta. Mi abuelo y Friedrich se han mantenido esporádicamente —muy esporádicamente— en contacto durante esos años. Una carta cada dos o tres años. Mi abuelo todavía tiene en sus manos la copia de *El jardín de cristal* y la ha proyectado alguna que otra vez en cineclubs y sitios por el estilo, en cierto momento incluso intentó encontrar un distribuidor que quisiera la película para proyectarla como corto inicial de una sesión de cine, pero creo que sus gestiones no llegaron a ninguna parte. Friedrich le ha dado carta blanca para proyectarla siempre que pueda, no le interesa la remuneración. Y entonces a mi abuelo se le ocurre una idea. La programación de la ATV es a veces un poco errática, sobre todo en los horarios diurnos, y no siempre se afina asegurándose de que, sobre todo las películas, cubran el horario que se les ha asignado. A menudo hay que rellenar diez o quince minutos y por este motivo se mantiene a mano un pequeño stock de «material de relleno», en ocasiones son dibujos animados, pero salen caros, así que se usan con frecuencia películas más baratas como los horribles cortometrajes de Información Pública de los años cincuenta. Así que mi abuelo decidió prestar su copia de *El jardín de cristal* a la ATV para que la pudiesen programar en el horario de tarde si la necesitaban. Para rellenar un hueco de diez minutos. Y eso fue de hecho lo que sucedió, una única vez, el día en que viste la película y que te causó una impresión tan intensa.

Espero haber aclarado al menos ese misterio. Ha sido bonito poder contactar con alguien que recuerda la película; la historia de mi abuelo y Friedrich y el único pase de la película es toda una leyenda en mi familia. Es bonito saber que alguien la vio y, lo que es más importante, que todavía la recuerda.

27 octubre 2010 00:27

Chris:

No me puedo creer que hayas dejado la historia incompleta. No me has respondido a la pregunta más importante de todas.

¿QUÉ HA SIDO DE LA COPIA???

27 octubre 2010 21:46

¿QUÉ HA SIDO DE LA COPIA??

28 octubre 2010 10:33

Querido, Roger:

Ejem. Bueno, un simple «gracias» o algo parecido no habría estado de más después de todo lo que te he contado, pero en fin...

Brevemente: cuando cayó el Muro en el 89, Friedrich regresó a Magdeburgo por primera vez desde hacía más de sesenta años. Le escribió a mi abuelo y le pidió que le enviase la copia a Alemania, porque quería volver a ver la película. Y eso fue lo que hizo mi abuelo. A partir de ahí ya no sé nada.

Espero que esto haya saciado tu curiosidad. Saludos,

Chris

Y ese, al parecer, fue el final de la conversación. Rachel cerró el portátil y se lo devolvió a Laura, que durante todo aquel rato la había estado contemplando, dando mecánicos sorbos a su copa e inclinada hacia delante para poder observar con atención sus reacciones.

—¿Y bien...? —preguntó Laura al cabo de un rato, ya que Rachel no decía nada.

—Desde luego estaba obsesionado —comentó Rachel—. Espero que no... Espero que no me digas que el siguiente paso que dio fue irse a Alemania.

Laura asintió con gesto lento, con una triste y enfática sonrisa.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Se retocó el cabello con la mano y aspiró hondo—. Roger tenía un amigo que vivía allí. Bueno, no exactamente un amigo, un colega académico llamado James, que se había casado con una alemana y daba clases de cine en la Freie Universität de Berlín. Cuando Roger estaba escribiendo sobre *La vida privada de Sherlock Holmes*, James le ayudó a localizar un antiguo documental televisivo alemán sobre Billy Wilder. Era un hombre con iniciativa y se movía como pez en el agua en los archivos de cine alemanes más importantes. De modo que James hizo unas primeras indagaciones de rigor, pero no sacó nada en claro. Friedrich Güdemann había fallecido en 2004 a los noventa y cinco años, pero desde entonces *El jardín de cristal* no había aparecido en ningún lado. ¿Adónde había ido a parar la única copia existente? ¿La tenía su familia, y, en ese caso, dónde estaba su familia? ¿Tenía hijos y nietos en Estados Unidos? Roger le envió un mensaje a Chris preguntándole si sabía algo al respecto, pero Chris ya no tenía ganas de responder a ninguna de las maleducadas preguntas de mi marido. Así que James tuvo que volver a ponerse a investigar.

»Bueno, por lo visto Güdemann era gay, esa fue una de las primeras cosas que descubrió. Cuando regresó a Alemania era un anciano y el hombre con el que había mantenido una prolongada relación ya había muerto. Güdemann pasó los últimos

años de su vida en Leipzig, con su hermana y su cuñado. Para cuando James descubrió todo esto, el único que seguía con vida era el cuñado, y estaba en una residencia de ancianos y no precisamente en plena posesión de sus facultades. James tuvo que tratar con el yerno de ese hombre, un tipo de cincuenta largos llamado Horst. De manera que ahora ya nos hemos alejado varios pasos del propio Friedrich. Después de ingresar a su suegro en la residencia, Horst había vendido su casa y había guardado todas sus posesiones en un par de trasteros grandes en un almacén a las afueras de Leipzig. Lo que James quería saber era si entre lo almacenado había cosas de Friedrich. Horst no estaba seguro. Él se había limitado a recoger todo lo que había en la casa y guardarlo en ese almacén. Su plan era revisarlo cuando tuviese tiempo, pero todavía no había podido ponerse a ello.

»La verdad es que no sé qué le dijo James para lograr que cooperase. Pero de un modo u otro, convenció a Horst de que le dejase revisar el contenido de esos dos trasteros. Y en cuanto le mandó un email a Roger para informarle de las novedades, él se subió al primer avión que despegaba rumbo a Alemania. Literalmente esa misma tarde compró un billete para el primer avión disponible. Por la noche yo estaba leyendo en la cama y él entró en la habitación y me anunció que se marchaba a Leipzig al día siguiente. Tenía que levantarse a las tres y media de la madrugada. Lo recuerdo dándome un beso de despedida y contándome algo sobre esa película, sobre lo convencido que estaba de que la iba a encontrar y que eso pondría punto final a su búsqueda, que todo terminaría definitivamente en un par de días. Le devolví el beso y le dije que me alegraba. Y esa fue la última vez que lo vi.

Intentó dar un sorbo a su copa de vino, pero volvía a estar vacía. Tenía la vista cansada, veía borroso.

—Voy a buscar la carta de James —dijo—. En ella encontrarás el final de la historia.

Rachel se percató de que Laura, al ponerse en pie y salir de la habitación, se tambaleaba un poco. Se dirigió al estudio de la planta baja y tardó unos minutos en volver. Rachel oyó cajones del escritorio que se abrían y cerraban una y otra vez, revolver de papeles, reiterados chasquidos con la lengua expresando impaciencia y frustración. Pero al final la carta apareció y Laura regresó a la sala sosteniéndola en una mano en alto y con una botella pequeña en la otra.

—Brandy —explicó—. Siempre está bien acabar la noche con un brandy. Y aquí está la carta. Léela mientras te sirvo un poco de brandy.

Todavía quedaba un poco de vino en la copa de Rachel, pero Laura le sirvió de todos modos el brandy, y la mezcla produjo un líquido de un color naranja claro. Rachel se abstuvo de bebérselo y se concentró en el fajo de hojas manuscritas que acababa de entregarle Laura. La escritura era clara y firme, con una notoria inclinación como de cursiva. El papel era grueso, de color crema y con una sofisticada marca de agua.

Mi querida Laura [empezaba la carta]:

Qué horrible me resulta tener que escribir esto. En el funeral dijiste (y qué bien hablaste ante los congregados en esa fatídica ocasión) que no tenía que culpabilizarme por lo ocurrido. ¿Pero cómo no voy a hacerlo? Yo fui quien condujo a Roger hasta el lugar en el que murió. Es cierto que era imposible predecir lo que sucedería allí, pero, aun así, la realidad sigue siendo la que es. De no ser por mi intervención, hoy tu marido seguiría con vida.

El jueves no era el momento adecuado para comentar los detalles de sus últimas horas. Te prometí que te escribiría para contarte todo lo que estuviera en mi mano. Así que empezaré por el momento en que recibí a Roger cuando aterrizó en Leipzig.

Era una mañana desapacible y fría. Lo fui a buscar al aeropuerto (la nieve había retrasado media hora su vuelo de conexión desde Hannover) y nos tomamos un café en el bar del propio aeropuerto. No perdió el tiempo con conversaciones banales, fue directo al grano y quería saber todos los detalles de nuestro próximo encuentro con Horst. Teníamos tiempo de sobra, pero me obligó a beberme a toda prisa el café para ponernos en marcha. Con tantas prisas, llegamos al trastero unos quince minutos antes de lo previsto. Cada vez nevaba más, y aunque ya era casi mediodía, el cielo era de un compacto gris plomizo y parecía evidente que no veríamos la luz del sol en todo el día. El trastero no era más que un enorme almacén a las afueras de la ciudad; un lugar sin ningún tipo de personalidad o encanto. Había un coche grande aparcado en el exterior. Aparcamos y entramos después de recorrer un tramo bajo la nieve, y nos hicimos con unos cafés en una máquina expendedora que había junto a la recepción para entrar en calor. Nos sentamos a esperar la llegada de Horst. Le conté un par de cosas a Roger: que al principio no había resultado fácil convencer a Horst para que nos dejase echar una ojeada a sus trasteros para tratar de localizar las pertenencias de Friedrich Gudemann. No se fiaba de nosotros. Hasta que lo contacté, ese hombre no tenía ni idea de que Friedrich se hubiera dedicado al cine y la televisión, y yo estaba seguro de que el único motivo por el que había aceptado encontrarse con nosotros esa mañana era la posibilidad de que, al rebuscar entre lo almacenado, pudiésemos dirigir su atención hacia algo valioso que tal vez mereciese la pena vender. Advertí a Roger de que eso podía incluir la copia de Der Garten aus Kristall, si dábamos con ella, pero esta observación no pareció preocuparlo, sino más bien incrementar su excitación. «¿Quieres decir..., de verdad crees que puede estar aquí?», me preguntó, y esa fue su única reacción. Tenía tal fijación con la idea de encontrar la película que no se paraba a pensar ni un momento qué podía suceder con ella después, qué tipo de disputas sobre su propiedad podían surgir. Ahora me doy cuenta de la magnitud de su ansia por volver a verla una vez más, por revivir de la mejor manera posible esos remotos minutos de hechizo de los que había disfrutado en una ocasión, cuando era un colegial sin preocupaciones.

Y la búsqueda lo había conducido hasta este desangelado lugar. Bebíamos nuestros cafés baratos y acres sentados en un banco de madera con la espalda

apoyada en la pared. Nuestro banco estaba en el centro de un círculo de débil luz de neón; a nuestro alrededor los vastos espacios del almacén se extendían en un océano de densa e impenetrable penumbra. Había pasillos en todas las direcciones, entre los que se alzaban filas y filas de unidades de almacenamiento idénticas, cada una de ellas de unos cuatro metros de alto por dos de ancho. Sobre nuestras cabezas había estructuras metálicas que se entrecruzaban y daban acceso a más unidades de almacenamiento. Me imaginaba el eco metálico que debían provocar los pasos de cualquiera recorriendo esas pasarelas, pero la verdad es que ese día la nave estaba en silencio. Un silencio asfixiante y sepulcral. El único ruido que se oía era un lejano y sibilante rumor de música procedente de los auriculares del tipo detrás del mostrador de la recepción. Roger y yo hablábamos en voz baja, casi en un susurro, como si estuviésemos en una catedral o una biblioteca. Y en cierto modo supongo que así era. Una biblioteca de posesiones desechadas. Una catedral del olvido. En cualquier caso, tampoco teníamos mucho de que hablar.

Cuando llegó Horst, el ruido del coche fue inconfundible, aunque los neumáticos quedasen amortiguados por la nieve. Los dos nos levantamos y esperamos su aparición. Vimos cómo se sacudía la nieve del abrigo y que estaba de mal humor. Sin siquiera saludarnos, se dirigió directamente a la recepción y le entregaron las llaves de sus dos trasteros. Solo entonces se acercó hasta nosotros. Le presenté a Roger, pero no pareció especialmente interesado. «Ustedes creen que podría haber una película en uno de esos contenedores, ¿verdad?», nos preguntó. «Están ustedes buscando una película.» Asentí y él continuó: «Si la encontramos, no se la podrán quedar. Es de mi propiedad.» Le dije que por supuesto, que eso estaba perfectamente claro, y Roger añadió: «Pero debemos verla. Debe usted permitirnos visionarla.» Horst dijo algo evasivo dando a entender que se lo pensaría, y nos pusimos manos a la obra.

Los trasteros de Horst estaban en la planta baja del almacén. Uno frente al otro. Uno era el número 24 y el otro el número 11. Las puertas estaban pintadas de amarillo y cada una de ellas tenía un sólido y grueso candado. Cuando Horst quitó el de la puerta del número 24 y la abrió, eché un vistazo al interior y se me cayó el alma a los pies. El trastero parecía mucho más grande de lo que se podía uno imaginar desde fuera, y estaba a rebosar hasta el techo de muebles y cajas de cartón. En cuanto al número 11, era aún peor. Los objetos estaban apilados hasta la mismísima puerta, de tal modo que apenas se podía cerrar y era imposible imaginar qué había detrás de la primera pila. Examinando con cierto detenimiento lo que allí se amontonaba, me di cuenta de que nos iba a llevar horas revisarlo.

Bueno, voy a tener que explicarte resumiendo una historia larga y complicada. Poco a poco y con gran esfuerzo, empezamos a revisar los trastos acumulados del señor Gudemann, su hermana y su cuñado. Roger y yo revisamos el contenido del trastero número 11, mientras que Horst se concentró en el 24; buscaba algo en concreto, eso lo vi claro. Sospecho que confiaba en encontrar joyas o alguna cosa

parecida. Le explicamos con sumo detalle el aspecto de una lata de película y él nos aseguró con brusquedad que ya nos lo haría saber si daba con una.

Fue un trabajo prolongado, agotador y concienzudo. Mientras revisaba el contenido del otro trastero, Horst nos daba la espalda, pero aun así parecía perfectamente consciente de nuestros movimientos y no tardaba ni un segundo en gritarnos «¡Cuidado con eso!» o «¡Enséñenme lo que hay en esa caja!» cada vez que algo le llamaba la atención. Como imaginé, eran las pequeñas piezas de joyería lo que de forma sistemática nos reclamaba y apartaba con sumo cuidado.

Al cabo de una hora estábamos los dos agotados y pensé que sería una buena idea tomarnos un respiro. Pero Roger tenía un brillo febril en los ojos y no estaba dispuesto a suspender la búsqueda ni siquiera un rato. Le pregunté si le apetecía otra taza de café, pero me dijo que no, así que fui a buscar una para mí.

Llevaba unos diez minutos sentado en el banco junto a la recepción, bebiéndome el café y respondiendo a algunos emails, cuando le oí gritar. Jamás había oído tal excitación, tal exaltación —bordeando el éxtasis— en una voz humana. «¡James!», me llamó. «¡James..., creo que la he encontrado!» Esas fueron sus palabras, pero la sensación que tuve fue que estaba lanzando un primario chillido de felicidad. Dejé el café, me levanté y corrí hacia el trastero, pero no llevaba ni cinco segundos en movimiento cuando oí un grito muy diferente —un grito terrorífico de pánico—, seguido de un tremendo golpe. O más bien una serie de golpes, tres o cuatro, cada uno más estruendoso que el anterior, hasta culminar en lo que casi parecía una explosión, cuyo eco invadió el almacén como una reverberación, dejando tras su paso un estremecedor silencio. Unos segundos después, yo ya estaba en la puerta del trastero número 11, ante la que también se había plantado Horst, y nos enfrentábamos a una escena caótica. La mitad del contenido del trastero estaba fuera, en el pasillo donde lo habíamos ido amontonando. El interior era un completo desbarajuste, con cajas, libros, piezas de mobiliario y vajilla y cristalería rotas, todo desparramado, formando una caótica pila bajo la cual, aplastado por todo ese material, yacía el cuerpo ya sin vida del pobre Roger.

El tipo de la recepción vino para ver qué había provocado aquel ruido y se fue directo a telefonar para pedir una ambulancia. Horst y yo empezamos a retirar el montón de cosas que habían aplastado a Roger. Trabajamos a toda velocidad, apartando las cosas sin mirar qué eran, sin preocuparnos de si las podíamos romper al hacerlo.

No sé qué más contarte. La ambulancia llegó muy rápido y a los sanitarios les bastó echar un vistazo para constatar que Roger había fallecido.

Las siguientes horas son borrosas. Solo recuerdo un detalle, que mientras apartábamos las cosas para llegar hasta él, vi el objeto que él debió de descubrir justo antes de llamarme a gritos. Debía de estar debajo de un montón de cosas y, ansioso por ponerle las manos encima, tiró de él y eso provocó que la elevada pila de objetos se le desplomase encima. Era una lata metálica de las que servían para

guardar películas de 16 mm y en un lado llevaba pegada una etiqueta en la que estaba escrito, en mayúsculas ya algo borradas —tenía más de setenta años—, Der Garten aus Kristall.

Abrí la lata. Estaba llena de viejas latas de tabaco, la mayoría llenas de calderilla alemana. También había algunos botones, aguja e hilo y otros utensilios para coser.

Tal vez fuese mejor que no llegara a ver eso. Tal vez, de haberlo visto, habría muerto de otra manera.

Rachel era madrugadora y a la mañana siguiente fue la primera en levantarse, aunque cuando bajó a la cocina Keisha ya estaba allí, haciendo café y preparando el desayuno de Harry. Por no molestarla y porque la mera idea de mantener una conversación a esas horas le parecía inasumible, Rachel salió al jardín.

Volvió a sentarse en el viejo banco de madera, como la tarde anterior. Una vez más sus ojos se dirigieron a la fuente rota y silenciosa en el centro del césped. Era una pena que no funcionase. Laura debería repararla. A Rachel el jardín le seguía gustando, pero ya no le parecía mágico, irreal.

Pasados unos minutos, salió Laura y se unió a ella. Llevaba calcetines, un suéter encima del pijama y una gruesa bata sobre el suéter, y traía dos tazas de café.

Estuvieron un rato en silencio, bebiéndose el café.

—¿Vas a hacer que arreglen la fuente? —preguntó Rachel.

—No creo. Voy a poner la casa en venta.

—¿Y volverás a vivir en Oxford?

—Tal vez. O quizá en Londres. He estado enviando currículums para puestos de profesora.

Laura sintió un escalofrío y se inclinó hacia delante. Hacía demasiado frío para sentarse fuera.

—El asunto es —dijo— que no quiero que Harry acabe convertido en otro Roger.

Rachel no supo cómo interpretar el comentario.

—¿Te refieres a que se convierta en alguien obsesivo?

—Oh, puede obsesionarse todo lo que quiera, siempre que se obsesione con cosas útiles.

—¿Te refieres a cualquier cosa que no sea recopilar información sobre viejas películas en blanco y negro?

Laura la corrigió al instante:

—Me refiero a cualquier cosa que no sea el pasado. —Dio un sorbo a su café y cogió la taza con las dos manos para calentarse los dedos—. Como mucha gente, Roger estaba convencido, aunque jamás lo admitiese, ni siquiera para sí mismo, de que la vida era mejor, más simple y más fácil en el pasado. En la época en la que era un niño. No era simplemente que añorase su infancia. Era algo más que eso. Tenía

que ver con cómo era el país, o con lo que él pensaba que había sido, en los sesenta y los setenta.

—Antes de que yo naciese.

—Mucho antes de que tú nacieses. La cultura entonces era diferente. Muy diferente. Para Roger era un mundo con Estado del bienestar, con una red de seguridad y, por encima de todo..., supongo que un mundo en el que no había que estar a todas horas sometido a la presión de elegir. Él odiaba tener que elegir. Lo que Henry Winshaw, y cada uno de los ministros del gobierno después de él, aseguraban que tendríamos garantizado era lo que Roger más detestaba. En fin, piensa en ello. Piensa en esa imagen en la que no dejaba de pensar de manera recurrente.

—¿El jardín de cristal?

—No solo el jardín. Todo lo relacionado con el recuerdo de haber visto esa película. Toda la... atmósfera que envuelve esa escena. Esperar a que su padre volviese del trabajo, del mismo sitio en el que trabajó durante cuarenta años. Su madre en la cocina preparando la cena, la misma cena que siempre cocinaba ese día de la semana. ¿No ves la seguridad que todo eso debía de transmitir? ¿La maravillosa y protectora seguridad que emanaba de esa escena? Incluso el hecho de que aquella tarde diesen por televisión esa película y él estuviese allí viéndola. No fue una elección suya, ¿lo entiendes? Alguna otra persona había tomado esa decisión por él. Un programador de la ATV, o el abuelo de Chris, no importa quién fuese, lo único relevante es que esa decisión no la tomó Roger. Lo que definía esa situación y lo que para él la hacía maravillosa era la pasividad. Él adoraba eso. Adoraba la idea de confiar en que la gente tomase decisiones por él. No todas. Solo algunas. Las suficientes para sentirte liberado y poder vivir como quisieras otras parcelas de tu vida. Supongo que, más allá de otras consideraciones, esa es una de las definiciones de una infancia feliz, ¿no? Pero Roger estaba convencido de que recordaba una época en que todos nos sentíamos así. Una época en la que confiábamos en la gente que ostentaba el poder, y su parte del trato consistía en tratarnos... no como niños exactamente, sino como gente de la que había que ocuparse de cuando en cuando. Tal como supongo que nos sucede a muchos de nosotros.

—Parece... un poco ingenuo —aventuró Rachel.

—Sí —dijo Laura, cortante—. Lo es. La vida no es así. En realidad cada vez es menos así. —Lanzó a Rachel una mirada rápida y taimada—. Ya sé que te has percatado de cómo le hablo a Harry. Crees que soy demasiado dura con él.

—Un poco —tuvo que admitir Rachel.

—Pero, ¿sabes qué?, no puedo permitir que acabe recordando su infancia, el pasado, como lo hacía su padre.

Y sin añadir una palabra más Laura se levantó y se dirigió con paso rápido a la puerta de la cocina, sin volver la vista atrás ni una sola vez; o bien para ocultar las lágrimas que llevaba rato conteniendo o simplemente porque hacía demasiado frío para seguir sentada en el jardín un segundo más.

El Premio Winshaw o
El triunfante caso de Nathan Pilbeam
Una historia de «Nate de la comisaría»

William Cowper, La tarea (1785):

¿Y sin embargo qué puede lograr la sátira, seria o festiva?

¿Qué vicio ha eliminado? ¿Qué corazón ha rescatado?

¿O a quién ha decidido reformar con carcajadas?

¡Ay! El Leviatán no es tan manso.

En Scotland Yard estaban perplejos.

O, más bien, todavía no sabían que estaban perplejos. Pero en el momento en que el inspector jefe Capes acabó de leer el email, tenía un nuevo caso entre manos que lo dejaría perplejo.

El email había llegado hacía dos horas, había sido rebotado de un ordenador a otro y al final le llegó a «Capes del Yard», como sus colegas insistían en llamarlo. Por cierto, por qué lo llamaban así, se preguntó, como se lo preguntaba cada día. Era un mote patético. Sin atisbo de originalidad y que no hacía justicia a su relevancia en la organización. ¿Por qué demonios no podían llamarlo «el Cruzado de la Capa»? Llevaba meses dejando caer pistas en esa dirección. Era el apodo perfecto, combinaba un sutil juego de palabras^[9] con una clara referencia a su forma de afrontar el trabajo policial, casi digna de un superhéroe. ¿Por qué esa opción no calaba?

Mientras daba cuenta de su tercer café del día y reflexionaba sobre la extrema injusticia de la situación, se dio cuenta de que estaba desviando su atención del email, que todavía no había leído entero.

A quien pueda interesar:

Discúlpeme por escribirle como caído del cielo. No soy más que un oficial de policía de provincias novato, así que mi nombre no le va a sonar de nada. Sin embargo, hay dos noticias aparecidas en periódicos de Londres que hace poco me han llamado la atención y quería asegurarme de que a quienes ocupan puestos de responsabilidad en Scotland Yard no les ha pasado desapercibido su potencial relevancia.

La primera noticia es la muerte por ahogamiento de Michael Parr, un varón caucásico de veintimuchos años, en la orilla sur del Támesis, cerca de Greenwich el día 13 del mes pasado. El señor Parr trabajaba como humorista en clubs. El forense determinó que se trataba de una muerte accidental.

La segunda es el fallecimiento de Raymond Turnbull, otro varón caucásico de veintimuchos años, que cayó desde el balcón de la séptima planta en un bloque de apartamentos en Acton Town, en el oeste de Londres, el día 18 de este mes. El señor Turnbull también era un humorista que actuaba en clubs, y, una vez más, el forense determinó que la muerte era accidental.

Yo, por el contrario, sospecho que ninguna de estas dos muertes ha sido accidental y que ambas desgracias están relacionadas.

Se preguntará usted por qué declaro esto con tanta seguridad. Me encantaría poder explicarle mi razonamiento compartiendo una copa en cualquier momento y lugar que a ambos nos resultase conveniente. Entretanto, puede informarse un poco sobre los métodos que me han reportado ya cierta modesta notoriedad si lee el artículo que le adjunto, publicado en la sección de colaboraciones del número de febrero de la revista *Police*.

Saludos cordiales,

Nathan Pilbeam

El oficial Pilbeam vivía en un anodino edificio de apartamentos de las afueras al

noreste de Guildford. Era un bloque de nueva construcción, apartado de la carretera y rodeado de una verja de seguridad. Había que teclear un código para acceder al patio pavimentado y después otro distinto para entrar en el propio edificio. Él tenía un apartamento de dos dormitorios en la segunda planta, que daba a un tranquilo pero insustancial jardín comunitario. El oficial Pilbeam vivía solo y utilizaba el segundo dormitorio como estudio.

En ese estudio destacaba la cantidad y variedad de libros y papeles que había ido acumulando allí Pilbeam. Dos de las paredes estaban cubiertas del suelo al techo con estanterías repletas no solo de los previsibles *Manuales policiales* y *Guías operativas* de Blackstone, sino de una completa biblioteca de libros de historia, política, sociología, teoría cultural, estudios sobre medios de comunicación, filosofía marxista, semiótica y ensayos de teoría *queer*. Había estantes enteros con archivadores en los que guardaba números antiguos de revistas dedicadas a estos temas. El oficial Pilbeam conocía a la mayoría de los carteros locales, que continuamente le entregaban el último número de *Prospect*, *Private Eye*, la *New Left Review*, *Sight and Sound*, *Monocle*, *Diva*, *History Today*, *Searchlight*, *Index on Censorship* e *Intelligent Life*. Las leía todas y después las archivaba y cruzaba las informaciones en su ordenador, mediante una hoja de cálculo que él mismo había ideado.

No es que el oficial Pilbeam tuviese precisamente una amplia variedad de hobbies o aficiones. Su ambición era convertirse en uno de los máximos expertos del país en el campo de la investigación criminal y todos los momentos libres de su vida estaban dedicados a este propósito. Desde que siendo niño su abuelo le descubrió las narraciones de Conan Doyle y Agatha Christie, estaba fascinado por el arte de la investigación detectivesca. Su modesta infancia en los suburbios de Portsmouth le había proporcionado mucho tiempo libre para nutrir su obsesión. A finales de los noventa y principios de la década de 2000, mientras sus amigos y compañeros de generación caían bajo el influjo de internet, Nathan se quedó por completo al margen; en lugar de eso, lo que lo atrapó fue la biblioteca de su abuelo, que tras su fallecimiento se amontonaba en desordenadas pilas, acumulando polvo, en un dormitorio libre. Allí, además de las narraciones de detectives, se encontraban también las obras clásicas de Marx, Orwell, Tressell y Shaw; ensayos de Chomsky y Gramsci; libros de historia de Hobsbawn y Thompson; libros muy manoseados de Marcuse y Lukács, William Morris y Raymond Williams. Nathan devoró esas obras y le sorprendía que sus padres mostrasen tan poco interés por ellas y las considerasen poco más que un molesto incordio que les quitaba espacio en su casa. Su abuelo había sido autodidacta y se había formado gracias a la biblioteca pública, la Asociación Educativa de los Trabajadores y los libros de bolsillo baratos de Pelican y el Left Book Club. Nathan decidió que ese era el camino que él seguiría, optó por no matricularse en la universidad y en lugar de eso a los dieciocho años presentó la solicitud de ingreso en la policía.

Ahora Nathan tenía veinticuatro. En la comisaría de Guildford era un personaje

popular, aunque sus colegas lo consideraban un excéntrico y eran propensos a mofarse de él tanto a la cara como a sus espaldas. En parte, era la circunspección — por no decir la afectación— de su actitud lo que provocaba esas burlas. Pero a sus colegas oficiales también les fascinaba y divertía su manera de abordar el trabajo policial.

La teoría del oficial Pilbeam desarrollada a lo largo de años dedicados a leer y reflexionar, era que todo crimen debe ser analizado en su contexto social, político y cultural. Sostenía que el policía moderno debía estar familiarizado y en sintonía con las más diversas corrientes del pensamiento contemporáneo. Por ejemplo, en un reciente caso de exhibicionismo recurrió a una disciplina de moda llamada psicogeografía (de la que fue pionero Guy Debord y de la que en la actualidad son representantes gente como Patrick Keiller, Iain Sinclair y Will Self) para probar que el acusado no podía ser el culpable, porque el aniversario del fallecimiento de su madre le habría impulsado a regresar a casa por un camino diferente la tarde en cuestión, lejos del parque público y pasando por el bloque de viviendas sociales de la época de entreguerras en el que había vivido siendo niño. Resolvió otro caso después de leer un artículo de James Meek en la *London Review of Books* sobre el infame Impuesto del Dormitorio del gobierno de coalición, un gravamen a los propietarios de viviendas de protección oficial que tenían habitaciones vacías. Para evitar pagar esta penalización algunos matrimonios sin recursos simulaban llevarse mal y por lo tanto justificaban dormir en habitaciones distintas. Al probar, en el caso de una de esas parejas, que aquello era mentira, el oficial Pilbeam resolvió el misterio de un robo que se había producido en su casa. Argumentó que si marido y mujer dormían en el dormitorio principal, el punto de acceso a la vivienda del ladrón podía haber sido el otro dormitorio y no la cocina, tal como ellos —temerosos de ser denunciados a las autoridades— aseguraban. Y, en efecto, la ventana de ese dormitorio resultó estar repleta de huellas dactilares que permitieron detener rápidamente al ladrón.

«Sobre estos dos casos», escribió Pilbeam en su artículo para la revista *Police*, «las líneas de investigación tradicionales resultaron inadecuadas. El criminal no actúa en un vacío político. Para entender el móvil, debemos entender qué lo motiva y eso implica tomar en consideración el efecto de la economía y del entorno, la cultura y el dinero, el paisaje y el espacio urbano, las políticas de identidad y las políticas grupales. Para resolver un crimen inglés, cometido por un criminal inglés, hay que entender Inglaterra.»

Fue esta última frase, leída en voz alta por uno de sus colegas, en un tono entre sarcástico y admirativo, ante una audiencia pasmada en la cantina durante la pausa para comer, la que le valió a Nathan Pilbeam su mote de «Nate de la comisaría»^[10].

El oficial Pilbeam estaba disfrutando de sus vacaciones anuales, pero no estaba exactamente desconectando del trabajo policial. No tenía ninguna intención de

relajarse, en el sentido en que la mayoría de la gente le da a esta palabra. Después de enviar el mensaje a Scotland Yard por la mañana, hizo una breve visita al supermercado local para comprar los ingredientes que necesitaba para preparar la cena que le iba a ofrecer a su *inamorata*. Después abrió el paquete de Amazon que el asiduo cartero le había entregado hacía un rato.

Contenía dos DVD de aspecto muy similar. La carátula del primero mostraba a un joven blanco, con el cabello revuelto y un ligero sobrepeso, vestido con una camisa ancha de colores chillones, con los faldones por fuera del pantalón. Hablaba por un micrófono. El primer DVD se titulaba *Mickey Parr. ¿Te lo puedes creer? En escena y a tope*. La carátula del segundo mostraba a otro joven blanco con el cabello despeinado y un ligero sobrepeso, vestido con una camisa ancha de colores chillones, con los faldones por fuera del pantalón. También él hablaba por un micrófono y ese DVD se titulaba *Ray Turnbull. El último de la fila. En vivo y a lo bestia*. Nathan recordaba haberlos visto los dos anunciados en pósters en el metro de Londres en vísperas de las navidades del año anterior, junto con otra media docena de pósters que anunciaban otros DVD de jóvenes blancos de cabellos revueltos y un ligero sobrepeso, vestidos con camisas anchas de colores chillones, con los faldones por fuera de los pantalones. Para posar en las fotos que reproducían esos pósters todos esos tíos habían adoptado la misma expresión ligeramente incrédula, y por lo visto todos ellos habían estado de gira durante los meses previos y habían grabado sus actuaciones para ese lanzamiento navideño de los DVD.

En aquel entonces aquello había llamado la atención a Nathan porque le pareció un fenómeno interesante. Su conclusión fue que ninguno de ellos era experto en ningún campo relevante del conocimiento, ni eran pensadores con proyección pública que planteasen ideas radicalmente nuevas. Sin embargo, eran capaces de reunir generosas cantidades de dinero y atraer a amplias audiencias gracias a su habilidad para comentar de un modo informal y en ocasiones gracioso aspectos diversos de la vida contemporánea. Los ocasionales cambios de plano en los DVD mostraban a una audiencia joven bien vestida y de apariencia pudiente partiéndose de risa al escuchar ciertos comentarios irrelevantes sobre los roles de género o sobre minucias de la interacción social diaria. En la nueva Moleskine de tamaño A5 que se había comprado hacía poco y en cuya tapa había escrito «MONÓLOGOS DE HUMOR», el oficial Pilbeam copió una cita de Hermann Hesse:

¡La gente tiene que reírse! Vienen desde los suburbios con un frío inclemente, hacen cola, pagan y se quedan hasta pasada la medianoche con el único propósito de reírse un rato. (*Reflexiones*)

Ambos DVD duraban ochenta minutos. Llevaba casi una hora viendo el segundo cuando tuvo la revelación. Desde el principio estaba seguro de que tenía que haber algún tipo de conexión entre aquellos dos tipos, algo más que una similitud genérica entre sus actuaciones. Y ahora tenía la prueba.

Como muchos grandes hombres —y la mayoría de los detectives, admitámoslo—, Nathan Pilbeam tenía una debilidad. Una fisura fatal en su coraza.

No se trataba del alcohol, ni de una adicción a las drogas. Era demasiado joven para tener un matrimonio roto a sus espaldas, o una hija adolescente con la que mantener una relación complicada. Su debilidad, de hecho, era mucho más simple que todo eso. Era una pasión no correspondida.

El objeto de su deseo se llamaba Lucinda, Lucinda Givings. Era un nombre anticuado y Lucinda era, en muchos aspectos, una persona anticuada. Y ese debía de ser el verdadero motivo por el que a él le atraía tanto. Criado a base de Miss Marple y Lord Peter Wimsey, no daba crédito a su suerte (o desgracia, según cómo se mire) al haberse topado con alguien que parecía vivir en una de las aventuras de esos personajes en lugar de en el Guildford de 2013. Hablaba de un modo ceremonioso y recatado, y vestía con el mismo criterio. Una de sus escasas concesiones a la modernidad era que de cuando en cuando entraba en el Starbucks al que al propio Nathan le gustaba ir después de una larga caminata. Acostumbraba a sentarse allí a última hora de la tarde para corregir los trabajos de sus alumnos. Después de varias ocasiones en que se limitaron a establecer un tímido contacto visual, Nathan por fin reunió el coraje suficiente para iniciar una tentativa de conversación.

Como Nathan, ella también tenía veintitantos. Era muy guapa, pero se empeñaba en no mostrarlo. Vestía pantalones holgados y suéteres amplios que disimulaban por completo la silueta (lo cual de todos modos le permitía a Nathan imaginársela con mayor libertad). Llevaba el cabello recogido en un apretado moño, lo cual alentaba a Nathan a imaginársela, durante sus encendidas ensoñaciones nocturnas, soltándose, sacudiendo la cabeza para desplegarlo y quitándose las gafas de montura metálica, momento que a él le daría pie a pronunciar la clásica frase: «Oh, Lucinda, pero si eres guapísima.» Ella era una católica devota. Daba clases de química en un colegio femenino de la zona, en el que era famosa porque detestaba la indisciplina y respetaba a rajatabla las normas del centro, lo cual llevaba tanto a las alumnas como a sus colegas profesores a referirse a ella a sus espaldas (esbeltas y bien torneadas) como «la severa señorita Givings».

«Anoche me acosté con la severa señorita Givings.»^[11] Esta era la broma que recorría la sala de profesores al menos una vez a la semana. Pero se quedaba en broma, porque nadie se había acostado jamás, ni había posibilidad alguna de que se acostase en un futuro, con la severa señorita Givings. Y menos que nadie, Nathan Pilbeam.

No importaba. La pasión del oficial Pilbeam no era de las meramente físicas. Nada le hubiera gustado más que ser admitido en el lecho de Lucinda Givings o darle a ella la bienvenida en el suyo, pero tenía claro que esa era una meta lejana y, mientras tanto, se conformaba con poder pasar algún tiempo en su compañía. Motivo

por el cual la había invitado a su apartamento esa noche con la promesa de unos *penne alla puttanesca* y una botella del mejor rosado chileno de Marks & Spencer. Sería su tercera cita, pero la primera en la que él cocinaría para ella, y Nathan albergaba la esperanza de que eso propiciase cierto grado de deshielo en la habitual *froider* de ella.

Sin embargo, cuando se presentó a las siete y media en punto con una botella de vino en la mano, no parecía estar precisamente muy serena.

—Lucinda —le dijo Nathan mientras le cogía la chaqueta—, ¿estás bien?

—Como hombre —respondió ella—, no puedes ni imaginarte lo estresantes y complicadas que pueden llegar a ser las cosas más sencillas. En el autobús en el que he venido, he tenido que repeler las continuas atenciones de un hombre sentado con las piernas muy abiertas, ¿sabes de qué tipo de personaje te hablo?, el tipo no paraba de decirme: «¿Quieres sentarte aquí, nena?» ¡Nena! Dime...

—Ya sé a lo que te refieres.

—Era el típico obrero. Con manchas de pintura en los tejanos. —Se encogió de hombros—. ¡Qué descaro tiene esa gente! ¡Cuánta arrogancia!

—Pobrecilla. Toma una copa.

Le ofreció una copa de rosado y fue a la cocina a buscar unos palitos de pan y salsas para mojar. Cuando volvió, Lucinda estaba plantada ante la ventana. Le contó que le gustaba contemplar cómo las hojas secas caían de los árboles trazando espirales a la luz del crepúsculo. Nathan, en cambio, no se fijó en eso, sino en Lucinda. Le impresionaba sobre todo el vestido. Era de una tela gruesa verde botella y hacía gala de una holgura sin paliativos. Que una pieza de ropa lograra con tal grado de perfección no solo ocultar los contornos del cuerpo de quien la vestía sino incluso dar la impresión de que esos contornos no existían y eran producto de la lasciva imaginación de quien miraba, constituía sin duda, pensó Nathan, un espectacular logro del diseñador. ¿Cómo se conseguía? Cuanto más tiempo pasaba con Lucinda, más se daba cuenta de que —fuesen cuales fueran las cimas profesionales que alcanzase en el futuro— seguirían quedando por siempre para él una serie de preguntas sin responder, o misterios sin resolver.

Durante la cena hablaron de la jornada de ella en el colegio. Al parecer, la tranquilidad de su pausa para comer se había visto perturbada por la inadecuada proposición del profesor auxiliar de francés, Monsieur Guignery, que insistió en sentarse a su lado. Llevaba ya varias semanas desarrollando una campaña de flirteo de baja intensidad.

—Es el típico francés seguro de sí mismo —le explicó ella, mordisqueando indecisa la pasta. (Nathan había echado demasiado chile en la salsa)—. Si esta situación se prolonga, voy a tener que quejarme al jefe de estudios.

—Pareces tener muy mala suerte —dijo Nathan— por la cantidad de acoso que tienes que soportar. Y sin embargo supongo que es lo esperable. Después de todo...

El cumplido se disolvió en el vacío, porque se dio cuenta de que era incapaz de

dar con las palabras para completarlo. Lucinda, en cualquier caso, permitió que una media sonrisa asomase temblorosa en las comisuras de sus exquisitos labios.

—En mi opinión —respondió ella, serenándose—, el problema con todos estos tipos sórdidos y obsesionados con el sexo es que disponen de demasiado tiempo libre. Demasiado tiempo que dedicar a esos... pensamientos malsanos. Es la falta de una ocupación, de un objetivo. Para un hombre es mucho más sano estar ocupado, como tú. Por eso eres capaz de mantener eso en su justa proporción.

—Es cierto —dijo Nathan—. Me gusta mi trabajo. Y nunca tanto como ahora.

—¿Por qué? ¿Estás trabajando en otro de tus fascinantes casos?

—Todavía estoy en la fase preliminar, pero podría acabar siendo algo importante. Dos personas han fallecido de manera repentina en distintas zonas de Londres durante las últimas semanas, y sospecho que esas muertes pueden estar conectadas. Los dos eran humoristas.

—¿Humoristas? —Lucinda arrugó su adorable nariz—. No me gustan... Bueno, no asesinaría a uno ni nada por el estilo, pero nunca he entendido qué ve la gente en los humoristas.

—Bueno, ya sabes, hay un viejo dicho de Yorkshire: «Los chistes están bien para quienes les gusta reír.»

—Pero a mí sí me gusta reír —quiso dejar claro Lucinda, y para demostrarlo lanzó una resplandeciente, cosquilleante y musical carcajada, como un alegre *glissando* tocado en un lejano xilófono—. Es solo que... el mundo es tan triste, y me temo que nada logra divertirme demasiado, y la idea de pagar por algo que debería ser espontáneo... Siempre me ha parecido una actitud un poco desesperada. Es casi como pagar por tener sexo.

—Muy cierto —dijo Nathan, que en ese mismo momento le habría ofrecido cinco mil libras sin dudarle si hubiese creído que ella las aceptaría—. Pero los humoristas están por todas partes. Llenan estadios. Salen por televisión a todas horas. No importa cuál sea el tema, incluso si se habla de refugiados o de calentamiento global, todo debate tiene que contar con su toque de humor. Sobre todo si es sobre política.

—Yo creía que la gente escuchaba a los humoristas para huir de la política.

—Escuchan a los humoristas para relajarse y evitar tener que pensar demasiado en las cosas. Motivo por el cual se puede hablar de política siempre que no se diga nada demasiado hiriente. Lo importante es elegir una diana. Y cuando he visto los DVD de esos humoristas esta tarde, me he percatado de que los dos infortunados eligieron la misma diana.

—¿Y por eso sospechas que las dos muertes podrían estar relacionadas? —preguntó Lucinda, inclinándose hacia delante, porque le había picado la curiosidad.

—Exacto. Hay un elemento, de hecho un nombre concreto, que conecta el material de ambos y por lo tanto es más que probable que conecte sus muertes. Es el nombre de una periodista a la que ambos atacaron de un modo muy agresivo y personal.

—¿Y cómo se llama esa periodista?

Nathan guardó silencio unos instantes para generar expectación y miró directamente a las inconmensurables profundidades azules de los ojos de Lucinda.

—Se llama Josephine Winshaw-Eaves.

Josephine Winshaw-Eaves. Como era de esperar, Lucinda no había oído hablar de ella. Después de todo, no era una gran lectora de periódicos, sobre todo no lo era de las ediciones digitales, donde se podían rastrear la mayoría de las arengas de Josephine.

Era la hija de Sir Peter Eaves, uno de los más longevos editores de periódicos de ámbito nacional del país y de la difunta Hilary Winshaw, que en su día fue célebre como columnista de la prensa escrita y también como ejecutiva de televisión. Hilary falleció en 1991, cuando Josephine tenía solo un año, de modo que no era ni siquiera un lejano recuerdo para su hija. Sin embargo, esta había crecido fascinada por el legado de su madre. Su padre, en las escasas ocasiones en que mantenían una verdadera conversación, siempre le decía que Hilary era genial como columnista, una superestrella, una mujer capaz de tomar cualquier acontecimiento menor de la vida pública y transformarlo en mil palabras de puro vitriolo vigorizante. Y no solo eso, sino que además pertenecía a una de las familias británicas más influyentes de la posguerra, de la que ahora Josephine era la única heredera directa. Por lo que no era extraño que, desde edad muy temprana, hubiese acarreado la pesada sensación de ser alguien importante.

La Josephine adolescente había luchado por conciliar esta sensación de relevancia con la contradictoria conciencia de que, por lo que a su padre concernía, ella apenas importaba. Tras la violenta y prematura muerte de su esposa, Sir Peter había perdido todo interés por la vida familiar, si es que alguna vez lo había tenido. Cada vez vivía más en las oficinas de su periódico (en las que había instalado un cómodo dormitorio junto a su despacho) y en raras ocasiones aparecía por su casa de Kensington, en cuyos espaciosos interiores Josephine había crecido sola, bajo la despreocupada supervisión de una sucesión de niñeras. Fue una niña muy perspicaz y elocuente que pasó sin problemas por el sistema educativo privado de Londres —Glendower, seguido de Godolphin y Latimer— antes de acceder a Cambridge, donde se graduó *cum laude* en historia del arte.

Por el camino, sin embargo, hizo pocos amigos. Los que intentaban intimar con ella la encontraban engreída y al mismo tiempo necesitada de afecto. Tenía tendencia a soltar opiniones lacerantes sobre la gente y cosechó fama de hacer críticas hirientes y gratuitas. En este aspecto, como mínimo, seguía los pasos de su padre, que era conocido por su hiriente taciturnidad (y alguna que otra vez, después de tomarse unos brandies de más en el Garrick, por sus puños). Josephine tenía grabado un recuerdo en especial. Durante unas vacaciones escolares, cuando tenía trece o catorce años, pasó varias horas con él en el periódico, porque quien tenía que cuidar de ella había fallado en el último momento. Estuvo presente en uno de los consejos de redacción, y

durante años recordó con todo detalle cómo todos los responsables de las diferentes secciones formaban un círculo alrededor de Sir Peter y debían exponer sus propuestas ante él. A cada uno de ellos por turno —a menudo antes de que acabasen su exposición— Sir Peter les lanzaba su fulminante veredicto: «Basura.» «Vaya gilipollez.» «Horrible.» «Una mierda.» «Es una gilipollez... A nadie le interesa ese cretino.» «Magnífico... Necesitamos una excusa para cepillarnos a esa zorra.» Y cosas por el estilo. Había sido una inspiradora lección de metodología periodística que multiplicó por cien el respeto que sentía hacia su padre y la hizo sentirse más desesperada que nunca por lograr su atención.

En su último año en Cambridge inició un blog titulado «SIMPLE SENTIDO COMÚN», en homenaje a la columna de su madre. Le enviaba regularmente a Sir Peter enlaces a las entradas más recientes, pero él casi nunca respondía, pese a que ella hacía todo lo posible por imitar el tono y el contenido del periódico de su padre y por continuar la tradición implacable y generadora de opinión de su madre. Sin dejarse disuadir por su nulo conocimiento de primera mano, Josephine empezó a hacer campaña contra lo que llamaba la «cultura del subsidio» británica, que premiaba a haraganes, gorriones, vagos y tramposos mientras que «la gente común y corriente que trabajaba duro» (de cuya silenciosa y apaleada existencia a ella le convenía parecer convencida) corría con los gastos. En el centro de su fantasmagórica visión del mundo aparecía un maligno y amorfo monstruo llamado «*establishment* progresista de izquierdas», dedicado a redistribuir las ayudas que negaba a quienes las merecían y entregaba a los que no las merecían, y al sabotaje general de todo lo que funcionaba bien en la sociedad civil británica. La paradoja de ese monstruo era que pese a que Josephine sabía perfectamente bien cuáles eran sus tentáculos, no era capaz de concretar por escrito esa información. Era la suma de un escurridizo y esquivo conglomerado de instituciones formado por organismos que concedían subvenciones, organizaciones de derechos humanos, servicios de asesoramiento legal, ONG, determinadas ramas de la Iglesia de Inglaterra y la judicatura y, por supuesto, cerniéndose por encima de todas ellas, más poderosa, insidiosa y venenosa que ningún otro organismo público, la propia BBC, cuya misión era (a ojos de Josephine y su creciente grupo de seguidores) ir administrando por goteo al país una dieta tóxica diaria de propaganda liberal progresista financiada por los propios contribuyentes.

Sir Peter tenía ahora setenta y seis años, pero no mostraba deseo alguno de jubilarse: sus ideas irrefrenablemente antiprogresistas y su irascible personalidad estaban tan arraigadas en el periódico que editaba que era imposible imaginar que ambas cosas pudiesen desaparecer jamás de la empresa. Cuando Josephine se graduó, él abandonó temporalmente su apatía paterna y le ofreció, sin demasiado entusiasmo, una plataforma en la web del periódico. Josephine, por supuesto, aceptó, pero lo que de verdad quería era una colaboración regular en la edición en papel. Sin embargo, Sir Peter era reticente a respaldar los esfuerzos de su hija hasta ese punto. Solo transigía de forma ocasional, cuando un columnista estrella se tomaba unas

vacaciones y necesitaba que alguien cubriese ese hueco, y cuando eso sucedía Josephine iba a por todas. En una ocasión, buscando inspiración en el archivo de columnas de los días de gloria de su madre, dio por casualidad con una especialmente virulenta de 1990. Hilary estaba indignada por una reciente decisión judicial a favor de una inquilina discapacitada a la que su casera había desahuciado ilegalmente, y en el texto cargaba con una inusual ferocidad contra el sesgado sistema de valores del *establishment* progresista izquierdoso. «La propietaria», escribió, «era una ciudadana blanca, de clase media, heterosexual, temerosa de Dios y respetuosa con las leyes de lo que antaño fue la Gran Bretaña, y cada una de estas características se ha convertido en una baza en su contra. ¿Se respetaron sus declaraciones? ¿Se tomó en consideración su punto de vista? Por supuesto que no. Ante la disyuntiva de elegir entre sus derechos y los de —por poner un ejemplo escasamente hipotético— una lesbiana negra con una sola pierna que vive del subsidio, nuestra judicatura indefectiblemente se pondrá del lado de esta última.»

En su propia columna, más de veinte años después, Josephine defendió la puesta en marcha del Impuesto del Dormitorio del gobierno de coalición. Pero su gran tema de fondo era que, varias décadas después, las cosas no habían cambiado mucho: Inglaterra se hundía arrastrada por un lumpemproletariado de gorriones que vivían de la «cultura de recibir algo a cambio de nada» y «la lesbiana negra con una sola pierna que vive del subsidio» de Hilary todavía podía ser enarbolada como paradigma de los actuales privilegios. Ya era hora, y además estaba del todo justificado, de que el gobierno tomase medidas contundentes para recortar el gasto en ayudas sociales.

Sir Peter estaba de acuerdo con esta idea, pero no se mostraba nada impresionado con los razonamientos de su hija. Consideraba que el arquetipo que Josephine había resucitado de las columnas de su madre era completamente caduco.

—Has jodido por completo tu argumentación en los últimos párrafos —le dijo—. ¿Una lesbiana negra con una sola pierna que vive del subsidio? Hasta nuestros lectores saben que eso no existe. Hoy en día solo les preocupan los musulmanes. Ponle a tu mujer ficticia un nicab y entonces sí les darás algo de que poder preocuparse.

A Josephine le escoció. Consultó el término «nicab» en la Wikipedia y durante las semanas siguientes dirigió su bilis (de nuevo confinada a la edición digital) hacia la comunidad musulmana británica, lamentando su incapacidad para condenar las atrocidades terroristas y acusando a la izquierda de apoyar económicamente a los imanes radicales. Sin embargo, Sir Peter continuó haciendo caso omiso a sus esfuerzos y la sensación de exclusión de Josephine fue cocinándose a fuego lento. Las palabras de su padre, «hasta nuestros lectores saben que eso no existe», le carcomían el alma. ¿Por qué su padre era tan displicente? ¿Por qué daba por hecho que solo porque él no prestase ninguna atención a lo que ella escribía nadie más lo hacía? ¿Acaso no sabía que la columna que apareció en la edición impresa ante la que él fue tan cáustico había sido recogida por un conocido concurso satírico de televisión

y fue objeto de mofa y vilipendio en horario de máxima audiencia? ¿Y qué era eso sino una medalla? A las pocas semanas, todos los humoristas que querían conseguir una risa fácil de la audiencia no tenían más que mencionar el nombre de Josephine. ¿Y qué era eso sino una señal de éxito?

De hecho, Sir Peter estaba al corriente de esos acontecimientos y se sentía indignado. Una cosa era mostrarse displicente ante lo que escribía su propia hija, otra muy diferente era que la gente, tanto del propio periódico como del exterior, empezase a mofarse de ella. Una tarde tranquila en las oficinas del periódico, se produjo una escena muy desagradable. Neale Thomson, el subdirector de la sección de reportajes, y Derek Styles, uno de los pocos subdirectores a tiempo completo que quedaban, estaban sentados ante una pantalla de ordenador viendo algo en YouTube. No se dieron cuenta de que Sir Peter había entrado en la oficina y se había plantado justo detrás de ellos. Estaban viendo un fragmento del DVD del célebre humorista Mickey Parr *¿Te lo puedes creer? En escena y a tope*. Era el momento en que atacaba a Josephine Winshaw-Eaves. El gag no era especialmente gracioso, pero Neale y Derek estaban disfrutando de la sensación de comportarse como colegas malcriados, de la gratificante transgresión de echarse unas risas a expensas de la hija del jefe, y se reían con ganas al mismo tiempo que el público de la actuación grabada en vivo. Las palabras que los dejaron petrificados surgieron a unos centímetros a sus espaldas y fueron pronunciadas por la voz inconfundiblemente aristocrática de Sir Peter, aunque jamás le habían oído hablar en un tono tan sosegado, ni con tan gélido toque de amenaza.

—Muy bien, capullos —dijo, casi susurrando—. A mi despacho. En cinco minutos.

Cuando después Neale y Derek les contaron la historia a sus ex compañeros de trabajo en el pub, lo más impactante no fue la velocidad de su despido, sino el tono susurrado, tembloroso, de un odio apenas controlado en la voz de Sir Peter, sus ojos humedecidos, y lo rebuscado y cruel de los actos violentos que amenazó con ordenar contra ellos si osaban acercarse a menos de cien metros del edificio del periódico o, de hecho, si simplemente volvía a verlos. Decir que habían tocado un nervio sensible sería pecar de sutil. Apareció una breve crónica de los despidos en el siguiente número de *Private Eye*, en el que los lectores también pudieron leer un resumen de los episodios más folclóricos de la carrera de Sir Peter (una pelea a puñetazos con un editor rival en la cena de los Premios de la Prensa; una denuncia por agresión contra un guardia urbano de Kensington que nunca llegó a juicio). El reportaje de la revista finalizaba con un detalle algo escorado hacia el sensacionalismo: la virulencia de la mirada de Sir Peter en el momento en que despedía a los dos empleados caídos en desgracia se describía como «asesina».

Cuando se fijó en la palabra, que el propio Nathan había destacado en verde claro, el inspector jefe Capes mostró una prolongada sonrisa de satisfacción antes de dejar con un gesto enfático la revista en la mesa manchada de cerveza.

—Ya veo —dijo—. Bueno, sin duda esto plantea un enfoque diferente.

—Bueno, no digo que sea concluyente —insistió Nathan.

—Claro que no.

—No es más que un chisme. No nos proporciona nada sólido sobre lo que avanzar.

—Pero aun así...

El inspector jefe se echó hacia atrás en su asiento y dio un trago a la pinta de London Pride, reflexionando. Él y el oficial Pilbeam estaban sentados en The Feathers, a un tiro de piedra de New Scotland Yard. Era un pub clásico en el que habían encontrado un reservado apartado del resto de los clientes. La luz era tenue y los asientos estaban tapizados con cuero de un discreto color borgoña, lo cual contribuía a la atmósfera conspirativa.

Nathan, por supuesto, estaba encantado —y hasta cierto punto sorprendido— de que su email al inspector jefe Capes hubiera acabado en esa invitación en lugar de en el esperable muro de silencio oficial. De todos modos, empezaba a sentirse incómodo. Sus propias difusas intuiciones, combinadas con ese reportaje que no citaba ninguna fuente aparecido en una revista sensacionalista, parecían haber sembrado en la mente de su superior la certeza de que existía una campaña de asesinatos a sangre fría.

En realidad el inspector jefe Capes no lo tenía nada claro. Pero en el trabajo policial del siglo XXI la certeza no era siempre un requisito previo para actuar. Había otros muchos factores que tomar en consideración. Un factor en concreto era primordial y, en ese caso, se cernía acuciante sobre el horizonte de consideraciones del inspector jefe Capes. Era la implicación de los medios de comunicación. Ya hacía algunas semanas que no notaba la presencia de una cámara de televisión enfocada hacia él o del micrófono de un periodista aplastado bajo su nariz, y esta ausencia empezaba a escocerle. Arrestar a un editor de prensa nacional sospechoso de haber asesinado a dos conocidos humoristas sin duda volvería a ponerlo bajo los focos.

Hace unos años, semejante idea no se le hubiera pasado por la cabeza al inspector jefe Capes. Aunque un caso morboso aislado podía exigir la convocatoria de una rueda de prensa con presencia de cámaras, la experiencia decía que la mayor parte del trabajo policial se llevaba a cabo mejor con discreción, lejos de la hambrienta e intrusiva mirada de la prensa. Pero ahora todo eso había cambiado. Una serie de sonados arrestos de disc jockeys y estrellas del entretenimiento de la década de 1970,

acusados de abusos sexuales cometidos en el pasado, había puesto al inspector jefe Capes en estimulante contacto directo con periodistas famosos de la televisión, la radio y la prensa escrita. Todavía mejor, esos arrestos le habían puesto en contacto con las propias estrellas, un salto en su carrera que jamás habría podido imaginar y que lo llenaba de una suerte de orgullo infantil o cuando menos adolescente. El inspector jefe Capes era un cincuentón. En su adolescencia, muchas de esas celebridades habían sido para él, si no héroes, como mínimo objeto de admiración y curiosidad. En aquel entonces tenía una libreta de autógrafos llena de firmas de cómicos de televisión de segunda fila a los que podía abordar en los deprimentes campamentos de verano junto al mar a los que sus padres lo enviaban durante las vacaciones, y de mensajes («¡Sigue adelante!» «¡Que tengas un cumpleaños de lo más pop!») garabateados por disc jockeys a los que había podido acceder después de hacer cola en eventos locales como las giras de Radio One o la inauguración de un nuevo supermercado. Ahora, más de treinta años después, todavía estaba asimilando que su papel actual consistía en aparecer en fotografías junto a esas mismas figuras mientras los hacían entrar o los sacaban esposados, con barba de varios días y aire desconcertado, de juzgados en los que testificaban en casos de supuestos abusos sexuales que ellos (aunque no sus víctimas) apenas eran capaces de recordar. La verdad es que el tiempo deparaba giros sorprendentes.

Pero ya hacía varios meses que Capes del Yard (un mote mediocre, mediocre, pensó amargamente por enésima vez) no se veía envuelto en uno de esos casos. Ya hacía varios meses que su nombre, no digamos ya su cara, no aparecía en los periódicos. Ya hacía varios meses que no sentía el poder sobre la vida y la muerte de una figura prominente de la escena pública. Anhelaba recuperar todo eso, y esa era una oportunidad fantástica. En aquel caso se mezclaban el mundo del espectáculo y el de la prensa en un cóctel excitante y embriagador. El editor de un periódico de tirada nacional tan sensible al insulto personal que se torna violento contra quienes critican a su hija. Un talón de Aquiles que con facilidad podría —no hacía falta ponerle mucha imaginación— llevarle a cometer un asesinato (o encargar a alguien que lo cometiese) al descubrir que había humoristas que habían osado mofarse de su hija para conseguir unas risas fáciles. La verdad es que no podía ser más prometedor. Por lo tanto, ¿qué más daba si de momento no tenía certezas? De todos modos, las especulaciones y las insinuaciones resultaban mucho más apetitosas.

—Entonces —el oficial Pilbeam se inclinó hacia delante, expectante—, ¿cuál va a ser su siguiente paso?

El inspector jefe Capes frunció los labios.

—Esto puede ser demasiado grande para manejarlo nosotros dos solos. Tendremos que incorporar a algunos especialistas.

—¿Forenses? ¿El MI5? ¿Las fuerzas especiales?

—No..., me refiero a la empresa de relaciones públicas Pott Bellinger. En mi opinión, son los mejores en lo suyo. Contratamos a menudo sus servicios para tratar

con la prensa.

Al oficial Pilbeam no le gustó cómo sonaba eso.

—Antes de comunicar nada a la prensa —le previno— creo que debería echarle un vistazo a esto. Salió hace un par de días.

Sacó de su cartera de mano un DVD. La carátula mostraba a un joven blanco, con el cabello revuelto y un ligero sobrepeso, vestido con una camisa ancha de colores chillones, con los faldones por fuera del pantalón. Hablaba por un micrófono. El DVD se titulaba *Ryan Quirky. Excentricidad a gogó. En vivo y deslenguado*.

—Se lo agradezco —dijo el inspector jefe Capes, deslizándolo sobre la mesa para devolvérselo—, pero no soy muy fan de este tipo de humor. Prefiero una buena comedia inglesa. Una en la que salga Ray Winstone o Danny Dyer.

—No..., quiero decir que este DVD es relevante para el caso —aclaró Nathan—. Extremadamente relevante. Empiece a visionarlo a partir del minuto cuarenta y dos.

—¿Quiere decir que contiene otro ataque a...?

—¿La señorita Winshaw-Eaves? Sí, en efecto. No es muy demoledor. Bastante suave en comparación con los otros. Pero, aun así, si yo fuese el señor Quirky, me aseguraría de tener bien cerradas las puertas y ventanas antes de irme a dormir.

Al recordar su conversación con el inspector jefe Capes, Nathan no podía evitar pensar en algunos detalles inquietantes. No se trataba tan solo del entusiasmo de su superior por dar publicidad al caso a la primera oportunidad. Al oficial Pilbeam también le inquietaba su propia predisposición a aceptar la asunción de que Josephine Winshaw-Eaves era el único nexo posible entre los dos asesinatos. ¿No podía haber otras posibilidades? ¿El hecho de que los dos humoristas fallecidos la hubiesen insultado no podía ser una simple coincidencia?

Por encima de todo, lo que empezaba a alarmarle era que al llegar a esa conclusión prematura había traicionado su propia filosofía. Lo único que había hecho hasta el momento era visionar tres DVD y percatarse de que tenían algo en común. Eso que tenían en común era, sin duda, potencialmente muy significativo, pero, aun así, su metodología no había sido ni exhaustiva ni rigurosa. ¿No era él el primer investigador criminal verdaderamente intelectual de Inglaterra? ¿No consideraba que todo crimen se resuelve mejor si se sitúa en su contexto político? ¿Que la teoría cultural y la filosofía moral podían a menudo señalar el camino hacia la solución de un modo más claro que unas huellas dactilares en el marco de una ventana o unas huellas de pisadas en el sendero de un jardín? Era el momento de ponerse a estudiar.

De modo que, durante los siguientes cinco días, el oficial Pilbeam apenas salió de su estudio.

Al principio se sorprendió al comprobar que se había escrito tan poco sobre la historia y la filosofía del humor. Aparte de algunos comentarios dispersos de Platón, Aristóteles y Cicerón, los filósofos de la antigüedad parecían no tener mucho que decir sobre este tema. La observación más temprana en lengua inglesa al respecto era de Thomas Hobbes, quien se mostraba de acuerdo con René Descartes en que la risa derivaba del orgullo y era una expresión agresiva de superioridad sobre nuestros conciudadanos. Immanuel Kant fue uno de los primeros filósofos que planteó una incongruente teoría sobre el humor, en la que afirmaba que «la risa es una afección que brota por la repentina transformación de una expectativa fallida en nada» y que produce «una sensación de alivio al remover los intestinos». Kierkegaard se metió de lleno en el tema sosteniendo que la comedia nacía de la contradicción, aunque en ese caso era una «contradicción indolora» frente a la «contradicción dolorosa» de la tragedia. Por otro lado, Henri Bergson volvió a la teoría de la superioridad para explicar el humor y la refinó declarando que nos reímos de otras personas cuando percibimos en ellas «*une certaine raideur de mécanique là où l'on voudrait trouver la souplesse attentive et la vivante flexibilité d'une personne*». Solo unos años después, Freud publicaba su seminal *El chiste y su relación con el inconsciente*, donde proponía una teoría que parecía ser la más profunda y persuasiva de todas.

Freud consideraba que el golpe de efecto de un chiste creaba una suerte de cortocircuito psíquico que nos trasladaba rápidamente de una idea a otra por un camino rápido e inesperado que de este modo permitía una «economía de gasto psíquico», un ahorro de energía mental que se expulsaba a través del explosivo estallido de la carcajada.

Nathan leyó todas estas explicaciones con suma atención, marcando los pasajes más interesantes y tomando detalladas notas. Se fijó en que muy pocos pensadores habían abordado específicamente el tema de la sátira o el humor político, aunque localizó una desdeñosa observación de Milan Kundera. Por lo visto, Kundera menospreciaba la sátira como «arte de tesis» que pretendía conducir a los espectadores hacia una posición política o moral preconcebida, y por tanto quedaba por debajo de lo que él consideraba el auténtico propósito de una creación artística, que consistía en hacer a la gente consciente de la ambigüedad y multiplicidad de los significados.

Cuando consideró que ya había agotado las fuentes escritas de las que disponía, Nathan exploró internet y empezó a rastrear blogs sobre comedia y foros de discusión, la mayor parte de ellos consagrados a las manifestaciones contemporáneas del humor. Se adentró en un mundo muy diferente en el que obsesos y pirados de la comedia que sabían un montón sobre el tema y estaban completamente ofuscados con el asunto, debatían sobre el humor moderno dando rienda suelta a toda la pasión sin restricciones, la compulsión, hostilidad, vitriolo, excesos escatológicos, arbitrariedad, agresividad, mezquindad, grosería, impudor y obscenidad que permitía internet. Era gente que amaba la comedia con tanta intensidad que su amor se podía transformar en odio por una minucia. Un chiste que no les parecía gracioso o un humorista que no les había hecho reír se convertían en una ofensa personal que debía vengarse multiplicando por diez el castigo. Mostraban una admiración reverente por el reducido grupo de los humoristas más radicales, los que utilizaban el escenario para lanzar una crítica ácida, provocadora y profunda a la sociedad con un lenguaje que los convertía en inaceptables para la mayor parte del público. A los humoristas comunes y corrientes, los que no pretendían otra cosa que divertir y entretener a su público con un sentido del absurdo amable, se los toleraba como una distracción inocua. El auténtico odio se reservaba para aquellos cuyo trabajo se situaba entre estos dos polos: los que salpimentaban sus inofensivos espectáculos con moderadas digresiones políticas que complacían a la audiencia para dejar constancia de su conciencia social de corte progresista. Estos eran objeto de ataques, ridiculización y escarnio por parte de esos críticos internautas instalados en el cómodo anonimato.

Después de rastrear todo ese material durante dos o tres horas, Nathan clicó en un enlace a un blog que lo dejó pasmado porque combinaba una evidente solidez argumentativa con una evidente tendencia al desvarío. El autor parecía una especie de aspirante a anarquista/terrorista, aunque no quedaba claro si sus impulsos revolucionarios lo habían llevado en alguna ocasión más allá de la pantalla de su

ordenador portátil. Había una foto de perfil, pero en ella tenía la cara girada noventa grados con respecto a la cámara, en sombra, y además la imagen estaba desenfocada como para hacer que el retratado resultase (deliberadamente) inidentificable. El blog se llamaba *estaestullamadadespertador* y el nombre de usuario del autor era ChristieMalry2.

La entrada que llamó la atención de Nathan se titulaba «No es broma», y le pareció interesante por varios motivos. Para empezar, era obvio que ChristieMalry2 aceptaba la teoría de Freud sobre el origen de la risa, pero él, de un modo fascinante, la trasladaba de la esfera psicológica a la política:

Freud [escribía el bloguero] consideraba que la risa es placentera porque genera un ahorro de gasto psíquico. Quíntaesencialmente, en otras palabras, absorbe energía y la LIBERA o la DISIPA, y por lo tanto la convierte en inútil. De modo que, ¿cómo se aplica esto al (llamado) humor «político» por el que Inglaterra es históricamente famosa? Se aplica de este modo: el humor político es la antítesis de la acción política. No solo su antítesis, sino su enemigo mortal.

Cada vez que nos reímos de la desvergüenza de un político corrupto, de la codicia del gestor de un fondo de inversión, de las espurias efusiones de una columnista de derechas, los estamos librando de la culpa. La RABIA que deberíamos sentir hacia esa gente, que de otro modo debería conducir a la ACCIÓN, es liberada y disipada en forma de RISA. Lo cual es una manera de dar al público lo que desea y exactamente por lo que están pagando: otra excusa para seguir sentados sobre sus posaderas y continuar su propio camino egoísta y cómodo sin recibir ningún tipo de verdadera amenaza o reto a supreciado estilo de vida.

Por eso no son Josephine Winstan-Eaves y los de su tediosa índole los que generan la mayor amenaza a la justicia social en la Inglaterra de hoy. Son los Mickey Parr, Ray Turnbull y Ryan Quirky, con sus siempre predecibles mofas hacia ella, ante las que los gilipollas de clase media que escuchan la jodida Radio-4, leen el *Guardian*, beben litros de Pinot Grigio y pagan por ver a esos humoristas en estadios y sintonizan sus programas de radio, babean y se ríen y después sienten que no tienen que hacer NADA excepto reacomodarse en sus butacas con los brazos cruzados a la espera de la siguiente ironía cutre. Reírse a carcajadas de esos chistes patéticos y superficiales, que podría escribir mientras duerme un chimpancé ciego, les proporciona la excusa perfecta para aplacar su mala conciencia y confirmar la engañosa imagen que se han creado de sí mismos como combatientes del bando correcto en una batalla entre la izquierda y la derecha, que en cualquier caso se combatió y perdió hace años.

Odio a estos jodidos humoristas de clase media progresistas de izquierda y lo mismo deberías hacer tú. Me parece quíntaesencial que sean barridos de la faz de este planeta porque de lo contrario jamás acumularemos la energía necesaria para derrocar a nuestra actual casta política podrida, corrupta y destructora de almas. ¡Abajo el humor, joder! ¡Y arriba la auténtica lucha!

El oficial Pilbeam leyó varias veces esos párrafos. Después guardó la web en favoritos y, para asegurarse de no perder la información, imprimió los bloques más significativos y guardó escrupulosamente las hojas en uno de sus archivadores. Bostezó y miró el reloj. Empezaba a notar ese familiar dolor en los ojos después de pasarse horas mirando la pantalla. También tenía en mente otra tarea que debía llevar a cabo, no relacionada con el trabajo detectivesco, pero igualmente importante. Se puso el abrigo y salió del apartamento.

Se lo abotonó hasta arriba para protegerse del frío del otoño e hizo su trayecto de diez minutos caminando hasta el Tesco Express del barrio, donde llenó su bolsa reciclable de latas de sopa, verduras y carne ya cocinadas. Estos productos no constituían su dieta habitual, y de hecho no los compraba para él. Iba de camino al

banco de alimentos. Normalmente llevaba cosas que no consumía de su propia despensa, pero ya no le quedaba nada para dar. Resulta que la noche que cenaron juntos se enteró de que Lucinda Givings había empezado a echar una mano en el banco de alimentos por las tardes y los fines de semana, y por este motivo empezó a visitarlo con regularidad, aunque hasta el momento no había tenido suerte con la elección del momento y todavía no había logrado cruzarse con ella. Esa iba a ser su cuarta visita en tres días y ya había llegado al punto en que para ello se veía obligado a comprar la comida que llevaba.

Y sin embargo hoy —¡felicidad!— su altruismo cívico se vio recompensado, porque allí estaba ella, plantada detrás del mostrador y tan radiante y deseable como siempre. Llevaba un grueso suéter de lana que habría hecho parecer un saco de patatas a la mismísima Marilyn Monroe, pero aun así Nathan no hubiese podido concebir una visión de la belleza más absolutamente encantadora, dulce y cristalina.

—Hola —le saludó ella con una sonrisa (él estaba seguro) de genuino afecto—. Qué bien que hayas venido. —Lucinda empezó a sacar las latas de su bolsa—. ¡Y con unas donaciones muy generosas!

—Siento que debo contribuir con lo que pueda —respondió él—. Lo terrible es que sean necesarios lugares como este.

—Lo sé —suspiró ella—. Es muy deprimente y estoy segura de que debe haber alguna explicación terrible, pero no sé cuál es. Me temo que no soy de esas personas politizadas y muy enfadadas.

Sin embargo, su colega, una mujer de mediana edad que vestía una chaqueta de mezclilla y unos tejanos, tenía ideas muy claras al respecto.

—En esencia —sentenció— esto es lo que sucede cuando la clase dirigente utiliza una crisis que ellos mismos han creado para legitimar sus ataques contra la gente más pobre y vulnerable del país. —Tendió la mano para saludar—. Por cierto, soy Caroline.

Nathan se la estrechó, pero no tenía ningunas ganas de seguir hablando de ese tema. Su verdadero objetivo era averiguar si Lucinda tenía planes para esa noche y si le gustaría salir con él. Se volvió hacia ella y dejó caer:

—Acabo de pasar por delante del cine y no he podido evitar fijarme en que... —Dejó la frase a medias y frunció el ceño. Algún detalle del comentario de Caroline había generado un extraño y sugestivo eco en su mente. Hablando más para sí mismo que para ninguno de los presentes murmuró—: Sí, exacto. Es cierto. Es totalmente cierto.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Lucinda.

—Lo que acabas de decir —repitió, dirigiéndose a Carolinees totalmente cierto. No me refiero a tus comentarios sobre la economía, aunque no estoy del todo en desacuerdo. Me refiero a la elección que has hecho de las palabras. Has dicho «En esencia». Lo cual es, por supuesto, la expresión correcta.

Caroline miraba desconcertada a Lucinda, como preguntándole sin articular

palabra si su peculiar amigo solía comportarse de este modo.

—No entendemos de qué estás hablando —le dijo Lucinda a Nathan, tratando de no perder la compostura.

—Lo siento. Siempre pasa lo mismo cuando le hincas el diente a la chicha de un caso. Te olvidas de explicarte como es debido. Llevo días metido en casa, leyendo, leyendo y leyendo. Y lo último que he leído..., acabo de darme cuenta de que había algo un poco raro en ese texto. Una peculiaridad estilística. Cada vez que quería decir «en esencia» o «esencialmente», el autor escribía «quintaesencial». Seguro que no es importante. Pero uno no puede evitar fijarse en estos detalles. Tu cerebro empieza a concentrarse en pequeños detalles y..., bueno, empiezas a volverte un poco loco, si he de ser sincero. Olvida lo que he dicho. —Lucinda lo miraba con los ojos cada vez más abiertos. Él deseaba lanzarse y sumergirse en ellos—. Lo que de verdad quería decirte —tartamudeó— era..., he mencionado el cine, y he pasado por delante hace unos minutos y me he fijado en que...

Pero por segunda vez Nathan fue incapaz de seguir adelante con la invitación. En esa ocasión fue una llamada de su móvil lo que lo interrumpió.

—¿No vas a contestar? —le preguntó Lucinda.

—No. No hasta que haya... —Pero entonces, incapaz de evitar echar un vistazo a la pantalla, se dio cuenta de quién llamaba—. De hecho, sí. Será mejor que conteste. Disculpa.

Se retiró a una esquina de la sala y se llevó el iPhone al oído.

—¿Hola? ¿Inspector jefe Capes?

—Buenas tardes, Pilbeam. Suerte que le encuentro. ¿Puede hablar?

—Por supuesto. ¿Qué sucede? ¿Ha habido alguna... novedad?

—Todavía no. Pero estoy bastante seguro de que las habrá, muy pronto. Dígame, Pilbeam, ¿ha oído hablar del Premio Winshaw?

—Sí, por supuesto.

—Entonces sabrá que el ganador de este año se va a anunciar la semana que viene. La ceremonia se celebrará en Birmingham. Bien, Josephine es prácticamente la única persona de la familia viva, como bien sabe, de modo que estará allí. Y también Sir Peter. Pero escuche esto..., ¿quién diría que es el famoso al que han elegido para presentar el premio este año? Nada más y nada menos que... nuestro amigo el señor Quirky. Y no solo va a estar en la misma sala que ellos, sino además sentado muy cerca. He visto el plano de distribución de los invitados, ¿sabe? Ellos están en la mesa doce. Quirky en la once.

Nathan dejó escapar un silbido de alarma.

—Una situación explosiva —dijo.

—Lo sé. Pero no se preocupe. Vamos a estar allí desplegados. Y el motivo por el que le he llamado..., dado que es usted quien me trajo el caso, creo que también debería estar allí.

—Pero..., pero, señor, esto es todo un honor.

—Olvídese de eso, Pilbeam. Este caso no existiría sin usted. La cena es el martes de la semana que viene. No se preocupe, hablaré de este asunto con su comisaría y me aseguraré de que esa noche libre.

—Gracias, señor. Esto es... Esto es un gran paso para mí. —Y por el rabillo del ojo echó un vistazo a Lucinda. Al verla caminar de un lado a otro de la sala, con su lustroso (supuso) cabello rubio recogido de un modo más inflexible que nunca y sus delgados (imaginó) brazos cargados de latas de judías, sopa de tomate y paquetes de espaguetis, se sintió impulsado por las olas del deseo—. Señor, solo... Solo una cosa. Si puedo hacer una modesta... petición oficial.

—Por supuesto, Pilbeam. ¿Qué quiere pedir?

—Me preguntaba si habría algún problema en que fuese acompañado.

El Premio Winshaw, a esas alturas el más célebre, prestigioso y bien dotado del país, debía su nombre a Roderick Winshaw, el famoso marchante que había fallecido la terrible noche del 6 de enero de 1991 en una masacre en la que habían muerto otros cinco miembros de su familia.

Varios meses después del fallecimiento de Roderick, una vez que las ondas sísmicas que habían sacudido el mundo del arte empezaron a remitir, se reunió un comité de amigos y admiradores para decidir cómo preservar el recuerdo de aquel gran hombre. Instituir un premio fue la solución obvia. Pero ya existía un premio de arte importante, el Turner. ¿Cómo podía este nuevo galardón diferenciarse de sus competidores?

Se formó una junta directiva presidida por Giles Trending, el exitoso director de Stercus Televison y propietario de la galería Recktall Brown en Shoreditch. Su primera idea fue que el Premio Winshaw tenía que ser el *non plus ultra* de los galardones culturales y como tal debía estar abierto no solo a la pintura, la escultura, el videoarte y las instalaciones, sino también a novelas, películas, poemas, ballets, óperas, canciones pop e incluso campañas publicitarias. En otras palabras, a prácticamente todo. El hecho de que estas diferentes manifestaciones culturales no pudiesen compararse de un modo razonable entre sí era precisamente la gracia de la propuesta.

Cuando la planteó, los ojos de los restantes miembros del comité se iluminaron de entusiasmo, y después de varias horas de vehemente discusión, se decidió que el Premio Winshaw, en su primera convocatoria, debía plantearse sin ningún tipo de reglas ni límites. De acuerdo con eso, las obras finalistas seleccionadas para ese año fueron un libro de relatos, un single de hip-hop, un vídeo de un artista que escribía eslóganes anticapitalistas con letras hechas con sus propios mocos, una nueva variedad de manzana creada por un granjero de Herefordshire y la jaula de las jirafas del zoo de Chester. Esta política se siguió durante algún tiempo y culminó con la famosa edición de 2001, en la que el galardón se concedió al «característico olor que se percibe cuando visitas a tu abuela en su casa y abres una caja de galletas que lleva cinco años vacía».

Sin embargo, el comité de selección era cada vez más consciente de que el premio no había logrado captar la atención del público. Resultaba un reto excesivo despertar el interés de los medios con un premio que año tras año se adjudicaba a meras abstracciones. Pese a todos los esfuerzos de Pott Bellinger, la empresa de relaciones públicas encargada de promocionarlo, el Premio Winshaw era claramente aventajado en términos de centímetros dedicados en columnas y referencias en primera página por el Booker, el Turner, el Baileys, el Costa, los Brits, el BP de retratos, la medalla

Carnegie, el Rear of the Year y un montón más. Fue contemplando esa lista de rivales más exitosos una lúgubre mañana cuando Trending tuvo su segunda gran idea. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Esa misma semana convocó una reunión extraordinaria y les presentó su propuesta a los otros miembros del comité.

—Este premio —argumentó— pretende conmemorar la figura de Roderick Winshaw y, por extensión, a toda su familia. Y cuando pensamos en los Winshaw, ¿qué es lo que nos viene a la cabeza? ¿En qué creían por encima de todo? La respuesta, claro, es en la competición. En la competición entre individuos, entre empresas, entre países. Competición en el sentido de lucha a muerte. El ganador se queda con todo, el perdedor no recibe nada. ¿Y qué es un premio artístico sino la pura destilación de esta idea y el meterles un dedo en el ojo a todos esos sentimentales que siguen creyendo que la creación artística es una especie de refugio frente a la competición? No existe tal refugio. ¡En estos tiempos! Ya nadie se cree que el mundo del arte sea una especie de utopía socialista en la que diversos espíritus creativos trabajan en sus diferentes proyectos artísticos codo con codo, en paralelo y en armonía. ¡Las cosas han cambiado, como en todas partes! Ahora es un mercado libre. La supervivencia del más dotado y la extinción de todos los demás. De modo que pongamos a competir a artista contra artista, lancemos a escritor contra escritor, músico contra músico. ¡Hagamos que la envidia, la rivalidad, la inseguridad económica y la ansiedad por el estatus sean los nuevos estímulos para la creatividad! Lo que debemos crear, repensando el Premio Winshaw, es una especie de *überprize*. El premio total. El premio que acabará con todos los premios. ¿Entienden a qué me refiero, señoras y señores? ¿Comprenden lo que tengo en mente?

Se produjo un expectante silencio. Nadie adivinaba todavía la conclusión lógica de lo que les estaba explicando.

—A partir de este año —concluyó triunfal—, el Premio Winshaw se concederá... al mejor premio del Reino Unido.

Se produjo un suspiro general alrededor de la mesa, ante la audacia y simplicidad de la idea. ¡Pues claro! ¿Qué mejor manera de establecer la superioridad del Premio Winshaw por encima del resto de los galardones del país? De ahora en adelante, el Booker, el Turner, el Mercury, el Stirling y todos los demás se verían enfrentados cada año unos contra otros en una competición mortal, y no habría necesidad de anunciar los criterios de valoración, ya que la esencial falta de sentido de la comparación entre unos y otros sería la clave, y sin duda la base del prestigio del premio. Puede que hubiera cierta reticencia a participar por parte de los organizadores de los otros premios, pero eso no era relevante. Los premios se considerarían candidatos lo aceptasen o no oficialmente, y además cada ceremonia anual sería tan dadivosa y glamourosa, y generaría tanta publicidad que en pocos años todo el mundo estaría clamando por participar. Y, de hecho, así resultó ser. Los medios no tardaron en comprar la idea y en poco tiempo la entrega del Premio Winshaw, que se celebraba cada mes de noviembre, se convirtió en uno de los acontecimientos más

comentados del calendario de la vida pública británica. Después de unos inicios titubeantes y de algún modo predecibles (el primer año el ganador fue el Premio Turner y el segundo los Premios de Poesía Forward), el Winshaw enfiló su camino y fue fortaleciéndose año tras año. La edición de 2005 causó impacto al galardonar al apenas conocido Premio Giggleswick al mejor arreglo floral de la zona de Bradford, y quedó claro que era muy abierto y no solo se fijaba en «los grandes», sino también en cualquier heroico galardón independiente que llamase la atención de los miembros del jurado. En 2008 la convocatoria se abrió a los premios europeos, y en 2011, en una maniobra audaz y controvertida, también a los americanos, convirtiéndose así en un galardón verdaderamente global y que abarcaba más de un continente. El año 2012 fue espectacular, pues el Pulitzer se enfrentó cara a cara con el Nobel de Física, y pese a ello el galardón se lo llevó al final, en un dramático giro de última hora, el Prix Médicis Étranger de Francia. Cada año el Winshaw crecía en dimensión y aumentaba su popularidad. Desde el punto de vista financiero, ahora el feliz ganador se llevaba un millón de libras. El año 2013 prometía convertirse en otro hito en la historia del premio.

El lugar elegido para la gala de ese año era la nueva biblioteca de Birmingham, que se alzaba en Centenary Square en pleno corazón de la ciudad. Su llamativo y monumental diseño, obra de los arquitectos holandeses Mecanoo, era de un posmodernismo sin complejos, evidente en especial en la reluciente fachada, adornada con miles de florituras doradas. Terminada con un coste doloroso para el Ayuntamiento de Birmingham de ciento ochenta y siete millones de libras, la biblioteca se había publicitado a los cuatro vientos como la prueba de que Inglaterra todavía no se había hundido en un estado de analfabetismo y filisteísmo, y fue alabada por escritores y otras figuras públicas a las que no parecía importar (o simplemente no se habían enterado) que la ciudad —como la mayoría de las del país— estuviese echando el cierre de muchas bibliotecas locales más pequeñas y con menos pedigrí. (De hecho, pronto trascendió que la nueva biblioteca había resultado demasiado costosa, y poco más de un año después de su inauguración el ayuntamiento anunció que debía ahorrar 1,3 millones de libras al año en gastos de funcionamiento, por lo que se veía obligado a reducir su horario de apertura y a despedir más o menos a la mitad de la plantilla.) El comité del Premio Winshaw consideró, por un montón de razones, que no había un lugar más apropiado para celebrar la entrega del galardón de ese año.

Aunque no había sido diseñada para acoger grandes actos públicos, la biblioteca demostró ser fácilmente adaptable para la ocasión. Se utilizó toda la planta baja, y se instalaron sesenta mesas para acoger a los setecientos veinte afortunados invitados. La policía, los servicios de seguridad y las fuerzas especiales tenían una sustancial presencia; después de todo, la lista de invitados de ese año incluía a Richard

Dawkins, Tracey Emin, Michel Houellebecq y la modelo reconvertida en cantante Danielle Perry, de modo que nadie podía permitirse correr riesgos.

La seguridad era también muy estricta en el Hotel Hyatt Regency, que estaba enfrente de la biblioteca y en el que se alojaban por una noche la mayoría de los invitados. Y en la planta dieciséis de ese hotel, en una habitación doble con cama de matrimonio extragrande y una bonita vista de los rascacielos y las calles principales del centro de Birmingham, se estaba desarrollando una tensa escena, justo una hora antes del horario previsto para el inicio de la cena de entrega del premio. Lucinda y Nathan mantenían su primera discusión.

—De verdad que lo siento —se disculpó Nathan.

—Es tan impropio de ti —replicó Lucinda— generar esta situación. Colocarme en una posición tan incómoda.

—Acepto toda la responsabilidad. La culpa es mía. Debería haberle dejado claro al inspector jefe Capes que necesitábamos habitaciones separadas. Él dio por hecho que, dado que tú eras mi invitada, compartiríamos habitación.

—¿Y ahora me dices que el hotel está completo?

—No hay ni una habitación libre.

—Bueno, esto es de lo más... preocupante. No se me ocurre otra palabra.

—Lucinda, podemos manejar la situación si pones de tu parte. Mira lo grande que es la cama...

Ella se volvió hacia él, horrorizada.

—¿No me estarás sugiriendo que la compartamos?

—O mira el sofá. Es lo suficientemente grande para que un hombre de mi estatura pueda dormir cómodo una noche.

Lucinda lo evaluó y por primera vez pareció apaciguarse.

—Es verdad. Parece bastante grande. Y está como mínimo a dos metros de la cama.

—Y me he traído el antifaz para dormir. No voy a ver nada.

—¿Lo dices en serio, Nathan? ¿Puedo confiar en ti?

Le lanzó una mirada nerviosa e implorante y una vez más él sintió que una vida entera dedicada a contemplar el azul abismo de sus ojos sería una vida bien empleada.

—Por supuesto, Lucinda. Por supuesto.

Por un momento ella pareció tan aliviada y agradecida que Nathan creyó que le obsequiaría con un abrazo. Pero eso era ser desmesuradamente optimista. Se limitó a asentir y a decir:

—De acuerdo.

—Y ahora —dijo él, haciendo lo posible por disimular la decepción—, tengo que presentarme en la biblioteca, así que debo ponerme el esmoquin, si me permites utilizar el baño en primer lugar.

—Por supuesto.

Lucinda se hizo a un lado para dejarlo pasar y, en unos minutos, Nathan ya estaba cambiado para la cena y salió al encuentro del inspector jefe Capes en la entrada de la biblioteca.

—Por el amor de Dios, ¿dónde están los jodidos menús? —preguntó Sir Peter Eaves, mientras consultaba su reloj—. Llevamos aquí sentados veinte minutos y nadie tiene ni puta idea de qué vamos a comer.

Helke Winshaw le lanzó una mirada desaprobatoria. Su primo le irritaba. Aunque en realidad era un primo lejano: primo segundo por matrimonio o algo por el estilo. Le irritaba que los hubieran colocado en la misma mesa solo por ese lejano parentesco. Él siempre estaba quejándose. Quejándose y llamando la atención, lo cual a ojos de ella era un error estratégico cuando se pertenecía a aquella familia. Y en cuanto a su aburrida hija..., bueno, por lo visto iban a tener que estar sentadas juntas toda la noche, y eso iba a hacer que esa insufrible cena resultase todavía más insufrible. No tenían nada en común. Nada en absoluto.

Para ser justos con Josephine, habría que dejar claro que no sería fácil encontrar a alguien que viese a Helke Winshaw como una compañera de mesa de trato fácil. Esa mujer consideraba sus palabras, como todo lo que poseía, bienes valiosos que no había que dilapidar simplemente para lubricar los engranajes de la sociabilidad. Y encima, como directora ejecutiva de la empresa Winshaw Clearance, S. A., tenía una notable (aunque escasamente pomposa) conciencia de su propia relevancia. Ella misma había creado la empresa veinte años atrás en recuerdo de su marido, Mark, que falleció en la misma masacre que había arrebatado las vidas de Roderick Winshaw y Hilary, la madre de Josephine. Mark había amasado una fortuna vendiendo armas. Como resultado de sus esfuerzos, muchas partes del mundo estaban en la actualidad llenas de bombas que no habían llegado a estallar (también llamadas Residuos Explosivos de Guerra). Se consideraba conmovedor —aunque también irónico— que, después de su fallecimiento, su viuda hubiera montado una organización dedicada a la limpieza de los letales restos que las actividades de Mark habían dejado esparcidos por antiguas zonas de guerra. Sin embargo, ella no lo había hecho por razones humanitarias. Era una decisión tomada con criterios empresariales. Si se podía hacer negocio contribuyendo al desarrollo de guerras, también se podría hacer limpiando el terreno cuando finalizaban. Helke tenía del todo claro que la limpieza de material explosivo era una industria tan despiadadamente competitiva como cualquier otra y ella se dedicaba a eso con tal premisa. Luchó con agresividad para atar contratos a largo plazo en zonas de guerra extensas como Irak y Afganistán, porque era allí donde se podía ganar dinero de verdad. Al mismo tiempo, estaba siempre atenta a las pequeñas ONG independientes especializadas en limpieza de material explosivo, porque estas organizaciones a menudo las dirigían personas jóvenes e idealistas que ponían todo su empeño en dar con territorios menos

mediáticos que también necesitaban ser descontaminados, y una vez que una de esas modestas organizaciones había localizado una de esas zonas y empezaba a operar allí, Winshaw Clearance se lanzaba al ataque como un gigante, los sacaba del terreno y se quedaba con el negocio. Ahora, después de dos décadas de expansión, adquisiciones y liquidación de activos, se habían consolidado como los indiscutibles líderes mundiales en su campo, con una facturación anual de decenas de millones. Y Helke Winshaw continuaba con discreción al frente.

—Ten un poco de paciencia —le dijo a su primo—. ¿Qué más da? Solo es comida.

—Zorra maleducada —dijo Sir Peter, e inclinándose hacia Josephine le susurró al oído—: Parece que esta noche has sacado la pajita más corta. Intenta ignorarla. — Percibió incomodidad en la mirada de su hija. Estaba mirando hacia la mesa vecina —. ¿Qué pasa? —le preguntó.

—¿Ves a ese hombre de allí? El gordo con ojos de cerdo.

—¿Qué pasa con él?

—Es ese cómico que se mofó de mí en su espectáculo.

—¿En serio? —dijo su padre—. Muy bien. Después tendré una conversación con él. —Había un tono de lúgubre amenaza en la última parte de la frase, que se fundió con la siguiente pregunta farfullada, en la que volvía a la carga con su tema—: ¿Dónde están los putos menús? —Echó un vistazo a su alrededor, vio a una camarera llamada «Selena» según indicaba su identificación y le hizo señas de que se acercase para hacerle saber su queja.

Lucinda esperó literalmente hasta el último minuto para hacer su aparición en la mesa número 11. Llegó justo a las siete y veintinueve. Sin embargo, para Nathan, que llevaba allí sentado en estado de máxima alerta un cuarto de hora o más, barriendo con la mirada la sala en busca de cualquier señal alarmante, la espera mereció la pena. Por un momento, todos los pensamientos relacionados con el trabajo policial desaparecieron de su cabeza. Y cualquier intento de ocultar sus sentimientos resultó vano. Relajó la mandíbula y dejó escapar un suspiro claramente audible. Lucinda llevaba un vestido de cóctel negro y tenía un aspecto —no había otra palabra para describirlo— *arreatador*.

Tenía brazos. Tenía auténticos brazos humanos, femeninos, ahora al desnudo, con sus codos y muñecas, y esos brazos colgaban de un par de hermosos, pálidos y desnudos hombros. Tenía piernas, con sus pantorrillas, espinillas y rodillas, deliciosamente enfundadas en unas medias de nailon negras. Tenía una silueta, una gloriosa y femenina silueta de la que ninguna de las prendas que hasta ahora Nathan le había visto lucir daba pista alguna. Él ya sabía de antemano que estaba enamorado de ella, pero ese amor fue magnificado al instante, se intensificó un millón de veces y se complementó con una explosiva, abrumadora ola de deseo que le hizo sentirse tan

débil que cuando se puso en pie, tambaleante, para darle un beso en la mejilla, estaba convencido de que le iban a fallar las piernas.

—Nathan —le saludó ella, y a menos que él se lo estuviese imaginando, el tono no era tan remilgado como de costumbre; había algo casi coqueto en él, como si fuese del todo consciente del efecto que su aparición había provocado en él, y estuviese deleitándose con discreción.

—Lucinda —respondió él—. Estás... maravillosa. —Prolongó el beso todo lo que se atrevió, disfrutando de la suavidad de la mejilla de ella y aspirando el aroma de su seductor perfume, una fragancia de jazmín con un toque de pétalos de rosa—. Por favor —dijo. Le retiró la silla y contempló admirado con qué elegancia se sentaba. Lucinda se peinó hacia atrás un mechón de cabello rebelde y sonrió con timidez al famoso presentador de un programa televisivo de entrevistas sentado a su izquierda, y a Ryan Quirky, al que tenía enfrente en la mesa circular. No reconoció a ninguno de los dos. Nathan tomó asiento a su derecha y le llenó la copa de agua con gas.

—Oh —dijo ella—. Parece que no tengo el menú.

—Ninguno de nosotros tiene menú —dijo Nathan—. Creo que nuestros anfitriones nos tienen preparada una pequeña sorpresa en relación con el banquete. Y vamos a descubrirla —consultó su reloj— en unos diez segundos.

Y en efecto, diez segundos después, sucedió algo remarcable.

Unas manos al principio invisibles retiraron del centro de cada una de las mesas una sección circular, como si fuese una pequeña trampilla, y por cada una de esas aberturas asomó la cabeza de un hombre. Sesenta cabezas diferentes en sesenta mesas diferentes. El resto del cuerpo permanecía bajo la mesa, oculto a la vista. Por toda la sala se extendió una oleada de sorpresa y admiración.

En la mesa número 11, la cabeza estaba coronada por una peluca roja. La cabeza fue girando poco a poco trescientos sesenta grados y cada uno de los doce comensales se vio observado por turno por un par de penetrantes ojos enmarcados por unas enormes gafas redondas de montura metálica.

—Buenas noches —saludó la cabeza—. Me llamo Dorian y esta noche seré su menú parlante. Estaré aquí toda la noche para hablarles de la comida y para responder a cualquier pregunta relacionada con ella. Me temo que no puedo hablarles sobre ningún otro tema. Ni, por desgracia, estoy autorizado a comer o beber ninguno de los deliciosos manjares que les van a servir. No sientan lástima por mí, por favor, me pagan muy bien este trabajo y me llevaré a casa una generosa bolsa con comida. De manera que, sin más preámbulos, permítanme presentarles el primer plato del succulento *smörgåsbord* de esta noche. ¡Señoras y señores, preparen sus papilas gustativas para una selección de los maravillosos *amuse-bouches* del chef!

De inmediato, un ejército de camareros y camareras se deslizó hacia la mesa. Los platos que depositaron ante los entusiasmados comensales contenían tres pequeñas piezas exquisitamente trabajadas de incierta composición. Dorian procedió a

explicarlas.

—En primer lugar, señoras y señores, tienen ustedes remolacha ahumada con salmón escocés Napoleón y lechuga Bibb, coronado con caviar Beluga y marinado en una destilación de kumquat. Esperamos que lo encuentren al mismo tiempo acerbo y caprichoso. A su lado encontrarán una sopita fría de patata trufada con una patata Yukon Gold picante y pochada con mantequilla, parmesano, trufa negra y sal marina de una notable astringencia, especialmente recogida en el famoso atolón Kwajalein de las islas Marshall. Y por último, pueden ustedes disfrutar de un lecho de ostras de Kumamoto servidas con una *mignonette* de manzana con coriandro espolvoreado y una ensalada de hinojo con cilantro y vinagreta de ponzu.

Preguntándose si la comida podría estar a la altura de la expectación sensorial generada por esas descripciones, los comensales acercaron los tenedores a los platos salivando.

—¿Alguna pregunta antes de empezar?

—Uh..., ¿qué es exactamente —preguntó el presentador televisivo— la vinagreta de ponzu?

—El ponzu, señor —respondió Dorian—, es una salsa oscura de base cítrica procedente de Japón. No es inusual. Seguro que la ha probado en muchas ocasiones. La palabra significa literalmente «golpe de vinagre».

—Gracias.

—Tengo otra pregunta —dijo Ryan Quirky—. Algunas ostras son célebres por su poder afrodisiaco. ¿Eso es aplicable a las ostras de Kumamoto?

—Señor —respondió la cabeza parlante—, es en especial aplicable a esta variedad.

Y después de esta aclaración empezaron a comer. Pero Nathan se dio cuenta de que Lucinda apartó las ostras a un lado del plato.

Entre el segundo plato y el postre, Josephine salió, con la excusa de fumar un cigarrillo, pero en realidad porque ya no soportaba seguir dándole conversación a Helke ni un minuto más. Hacía frío en Centenary Square, y su aliento generaba vaho mientras rebuscaba en su bolso primero una cajetilla de cigarrillos y después, durante un buen rato, el encendedor, que parecía haber extraviado.

—¡Joder! —dijo en voz alta.

—¿Quiere fuego? —le preguntó alguien que apareció de entre las sombras.

Era Selena, la camarera, que también había salido a dar unas caladas.

—Oh. Gracias. Muy amable —dijo Josephine, demasiado nerviosa y enojada como para ser muy cordial.

—De nada. —Le ofreció a Josephine su propio cigarrillo ya casi acabado—. Hace fresco, ¿verdad?

—Bueno, supongo que esto es lo que una se encuentra cuando sube al gélido

norte.

Selena sonrió, pero no dijo nada.

—¿Está disfrutando del espectáculo?

—Supongo que han hecho un esfuerzo. Al menos los menús parlantes son originales.

—Les ha dado trabajo por una noche a un montón de actores en paro, eso seguro.

Josephine no tenía ningunas ganas de mantener una conversación con esa persona. La velada, que ella pensaba que sería sin más tediosa, se estaba convirtiendo en una pesadilla. Miró a su alrededor, contemplando el desconocido paisaje urbano, el constante tráfico nocturno que se detenía y arrancaba ante los semáforos de Broad Street, los grupos de adolescentes con ropa barata y aire amenazante (pensó ella) que merodeaban alrededor de la biblioteca y maldijo a los organizadores por invitarla. ¡Birmingham! ¿En qué estaban pensando? De acuerdo, el edificio era espectacular, pero, aun así, eso no justificaba obligarla a pasar una noche en ese deprimente agujero. Desde luego al día siguiente durante el desayuno les iba a decir cuatro cosas a los del comité organizador.

—Había cola para trabajar aquí esta noche —continuó Selena—. Tuve suerte de que me eligiesen.

—Ajá —dijo Josephine, que no la escuchaba.

—Mi amiga también se presentó. Pero no la aceptaron.

—¿En serio?

—Una pena, ¿sabe?, porque pensaba que, con toda esa gente aquí, quizá encontraría algún contacto útil.

—Ajá.

—Usted escribe en prensa, ¿verdad?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una de las chicas de la cocina. La verdad es que hace ya tiempo que no leo los periódicos. Demasiado deprimente.

—Sí, bueno, yo no escribo sobre cultura, de modo que si quieres algún favor, estás perdiendo el tiempo.

—De acuerdo. Lo que usted diga. —Selena se quedó callada, pero no por mucho tiempo—. Aunque ella tiene verdadero talento.

—Disculpa, ¿quién?

—Mi amiga. Hace retratos. Sobre todo de gente sin hogar.

—Fascinante y... comprometido.

—Pero no son retratos normales. Les hace posar para que parezcan...

—Tienes razón, aquí hace frío. Creo que voy a volver dentro.

—Escuche, no me malinterprete. Mi amiga no está buscando ayuda. Sabe que no hay atajos. Sabe que en este trabajo hay que tener aguante. Está preparada para afrontar las negativas, ya sabe a qué me refiero.

—Vale, escucha, ha sido un placer hablar contigo. Adiós.

—Mi Alison es fuerte. Muy fuerte, en serio, tienes que serlo para bregar con algunas de las cosas por las que ha pasado.

—Me alegra oírlo. Y ahora...

—Por ejemplo, tener solo una pierna. Ya me gustaría ver cómo superaba mucha gente una cosa así.

—Fantástico. Parece una persona muy decidida. —Josephine estaba ya entrando en la biblioteca cuando de repente procesó lo que acababa de decir Selena. Se volvió de inmediato—. ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que es fuerte.

—No me refiero a eso.

—Y que tiene mucho talento.

—¿Has dicho que solo tenía una pierna?

Selena notó el cambio en la actitud de Josephine. Asintió con un movimiento lento de la cabeza.

—Exacto.

Josephine se le acercó.

—Y es tu... *amiga*, ¿no?

—Exacto.

—Amiga en el sentido de..., ¿es alguien con quien... mantienes una relación?

—Nos acostamos, sí.

—Así que sois lesbianas.

—Ejem..., sí —dijo Selena, pensando que ya lo había dejado bastante claro.

—¿Y ella es... como tú?

—¿Como yo?

—Sí.

—Bueno, no lo sé. En realidad tenemos personalidades muy diferentes. Para empezar yo soy Tauro y ella es Géminis...

—No, me refiero a si también es negra.

—Ah. —Por Dios, esta mujer es muy brusca, pensó Selena. Pero por algún motivo había captado su interés, y pensaba aprovecharlo—. Sí, lo es.

—¿Y tu amiga tiene trabajo?, aparte de pintar, me refiero.

—No, ninguna de las dos tenemos trabajo desde que acabamos el curso.

—Supongo que no..., supongo que no recibe ningún tipo de ayuda oficial.

—Bueno, sí, si no no podría sobrevivir. Recibe una ayuda para la vivienda, la prestación por minusvalía...

Lo dejó ahí y le dedicó a Josephine lo que esperaba que fuese una sonrisa interesante. Para su sorpresa, ella se la devolvió.

—Tu amiga —dijo Josephine— parece una persona increíble.

—¿Cree que podrá escribir algo sobre ella?

—Sí, creo que sí.

—Uau —exclamó Selena—. Uau, espere a que se lo cuente.

Josephine alzó la mano en un gesto de advertencia.

—No —le dijo, negando con la cabeza—. Creo que es mejor que todavía no le digas nada. Si eres capaz de guardarlo, será nuestro pequeño secreto. —Cogió a Selena del brazo—. Podrás guardar un secreto, ¿verdad? Bien. Y ahora fumémonos otro cigarrillo.

—Te has perdido el gran momento —le dijo Sir Peter a Josephine cuando ella regresó a la mesa—. Han entregado el premio hace unos minutos.

—¿En serio? —preguntó ella, reprimiendo un bostezo—. Ni siquiera sé cuáles eran los finalistas.

—Todo el mundo pensaba que este año ganaría el Premio Humanitario Hilton. O ese o el Mo Ibrahim al Mejor Liderazgo Africano.

—¿Y cuál ha ganado?

—Ninguno de los dos. Se lo han dado al Premio a la Peor Escena de Sexo de la *Literary Review*.

—¡Fantástico! —exclamó Josephine—. Otro triunfo británico.

—Exacto. Sentirse incómodo con el sexo es una de las pocas cosas en las que seguimos siendo líderes mundiales en la actualidad.

Sir Peter se acabó de un trago el vino que le quedaba en la copa e indicó con señas que se la llenasen. Josephine se preguntó cuántas se habría bebido mientras ella estaba fuera. También se preguntó si debía contarle o no que, gracias a la conversación con Selena, ahora tenía claro que él se había equivocado en aquella ocasión al criticar su columna, y no iba a tardar en poder presentarle la prueba viviente que lo demostraba. Pero de momento decidió callárselo.

—Tu tipo ha soltado un discurso penoso —dijo Sir Peter—. No ha arrancado ni una sola risa. Creo que nadie de los aquí presentes ha pillado de qué estaba hablando.

—¿Nos ha mencionado?

—Oh sí. Se ha asegurado de repartir leña entre toda la familia.

—¡Qué descaró! Espero que no permitirás que se salga con la suya.

—No, por supuesto que no —dijo Sir Peter. Cogió un cuchillo de carne limpio de la mesa y se puso a acariciar pensativamente su filo en sierra—. Tengo planes para el señor Quirky. De hecho, voy a comentárselos ahora mismo.

Sin soltar el cuchillo, Sir Peter intentó levantarse, pero había bebido demasiado y bastó que Josephine le pusiera la mano sobre el hombro para retenerlo en su silla.

—Creo que este no es el lugar apropiado para montar una escena.

—No voy a montar ninguna escena —protestó Sir Peter respirando hondo—. Te explicaré qué le voy a hacer a ese capullo. —Le lanzó una mirada decidida con sus ojos desorbitados—. Le voy a ofrecer un trabajo.

—¿Que vas a hacer qué?

—Ya me has oído. Lo voy a contratar como columnista.

—Oh, siéntate, estás borracho.

—Puede que esté borracho, pero sé lo que digo. Si de verdad quieres herir a tus enemigos, no los atacas. Los compras. «Eh, Ryan», le propondremos, «únete a nosotros. Sin rencores, muchacho. Nos encanta tu rollo. Escribe para nosotros.» Le soltamos doscientas mil libras anuales por una columna semanal de mil palabras y todo el mundo ve que está escribiendo para nosotros y que por lo tanto no podemos ser tan malos. Lo mantenemos durante dieciocho meses y le ofrecemos un par de aumentos de sueldo. Para entonces ya habrá limado sus colmillos y difícilmente nos seguirá atacando. Pero habrá decepcionado a unos cuantos de sus fans. Y entonces lo largamos a la calle de una patada, ¡plaf!, y contemplamos cómo digiere ver que esos ingresos con los que vivía tan cómodo se le reducen de manera fulminante en un ochenta por ciento. —Sonrió a su hija y disfrutó de cómo lo miraba ella, boquiabierta de admiración. Los ojos de Sir Peter resplandecían—. Y ahora, si ayudas a este vejstorio a ponerse en pie, voy a poner en marcha el engranaje.

Y, en efecto, Josephine lo tomó del brazo y le ayudó a levantarse. Sir Peter dio unos tambaleantes pasos hacia la mesa número 11. Fuese porque empezaba a tener pérdidas de memoria, porque estaba muy borracho o por la combinación de ambas cosas, todavía sostenía en la mano el cuchillo para la carne en un ángulo palmariamente agresivo mientras se acercaba al desprevenido Ryan Quirky, que estaba absorto en su conversación con una joven admiradora que lucía un vestido escotado. Pero de todos modos Sir Peter no llegó hasta la mesa del humorista. Antes de que supiese qué sucedía, notó que le agarraba el brazo, con educación, pero también con firmeza, un fornido individuo de mediana edad flanqueado por otros cuatro o cinco invitados de aspecto similar, que le bloquearon el paso y formaron rápidamente un círculo a su alrededor.

—Bueno, Sir Peter —dijo el inspector jefe Capes—, creo que sería una buena idea que soltase eso, ¿no le parece?

—¿De qué está hablando? ¿Quién coño es usted? Apártese de mi camino.

—Suelte el cuchillo y acompañenos sin armar jaleo, así no habrá ningún problema.

El resto de los policías cerraron todavía más el círculo alrededor de Sir Peter. Y en ese momento apareció en escena Nathan, dándole unos presurosos golpecitos en el hombro a su superior.

—Inspector jefe Capes, ¿qué está usted haciendo?

—Ahora no, Pilbeam. Estamos ocupados.

—Pero, señor, creía que estábamos de acuerdo en no saltar...

—Déjelo, Pilbeam, ¿de acuerdo? Me voy a llevar a este hombre para interrogarlo. Arkwright, ¿tiene preparada la sala de prensa?

—¿La sala de prensa? Pero no lo puede interrogar allí. Es donde se hacen las entrevistas a los galardonados. Está repleta de fotógrafos y cámaras de televisión.

—Oficial Pilbeam, voy a gestionar esta situación a mi manera, muchas gracias.

Los otros oficiales ya le habían quitado el cuchillo a Sir Peter y lo arrastraban con las manos esposadas a la espalda. Nathan hizo un último intento:

—Con todo mi respeto, señor, no tenemos nada contra Sir Peter.

—Basta, Pilbeam —dijo el inspector jefe Capes, y ahora había una indudable agresividad en el tono de su voz—. ¿Por qué no se sienta, disfruta del resto de la velada y concentra sus energías en impresionar a su muy atractiva invitada?

Y, dicho esto, se largó con paso rápido para alcanzar al grupo de oficiales que ya estaban sacando a Sir Peter —demasiado aturdido para seguir protestando— del comedor en dirección a donde esperaban los medios de comunicación. Algunos comensales miraron para ver qué sucedía, pero la operación se llevó a cabo con discreción y no causó demasiado revuelo. La mayoría de los invitados estaban más pendientes de la inminente llegada del postre.

—Nathan, querido —dijo Lucinda cuando él se reunió con ella en la mesa—, ¿va todo bien? Pareces aturdido.

En efecto, estaba muy aturdido; de no ser así, el hecho de que ella hubiese utilizado la palabra «querido» —la primera muestra verbal de amor que salía de sus labios desde que habían iniciado su relación de amistad— le habría provocado un desvanecimiento a causa de la excitación. Pero en ese momento apenas se percató.

—Me han quitado de las manos el caso —dijo—. Y me temo que el inspector jefe Capes está a punto de liarla. Después de tanto trabajo... —Suspiró sonoramente—. Ha sido una noche horrible.

—¿En serio? —preguntó Lucinda. Parecía herida—. Pero si ha sido estupenda, con toda esta gente famosa, y esta comida deliciosa y..., bueno, pensaba que te gustaba estar conmigo.

—Oh, pero claro que sí —dijo él, apretándole la mano con firmeza.

—Bueno, ya sé que ha habido un lío con lo de las habitaciones...

—No, no es eso. No pretendía sonar pesaroso. Es solo que esta noche tenía la sensación, la intuición..., estaba convencido de que iba a dar con la pista que me permitiría resolver el caso. Y de momento... nada.

—La noche todavía no ha terminado —le señaló ella.

—Cierto —dijo él, desalentado.

Ella le apretó la mano.

—Vamos, cariño, relájate y disfruta. Bebe otra copa de vino.

¡Cariño! Acababa de subir un escalón, de «querido» a «cariño» en unos segundos. Pero a Nathan seguía sin causarle ningún efecto. Abandonando sus intentos de animarlo, Lucinda desvió su atención hacia Dorian, su menú parlante, que estaba a punto de anunciar algo.

—Señoras y señores, y, creo que ahora ya puedo llamarlos así, amigos, el postre está a punto de servirse. Nuestro chef ha pensado que a estas alturas ya estarían un poco llenos, así que les ha preparado algo ligero. Les servirán vasos de chupito con una delicada capa de queso crema aromatizado con arándanos, una segunda capa de

queso crema, liviana como un suflé, aromatizada con limones Meyer y cubierta de arándanos de Alaska aderezados con piel de limón Meyer, todo servido sobre un lecho de trocitos de galleta de mantequilla de las Highlands.

—Mmm, delicioso —dijo Lucinda cuando le sirvieron el vasito—. Adoro el pastel de queso. En realidad es eso, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a Dorian, que admitió:

—Quintaesencialmente sí, señora, es un pastel de queso.

Y en ese mismo instante Nathan salió de golpe de su ensimismamiento. Clavó la mirada en Dorian y supo, con una certeza electrizante pero al mismo tiempo terrorífica, que estaba contemplando los ojos de ChristieMalry2. Y supo también que Ryan Quirky estaba amenazado por un peligro mortal. Le volvieron a toda velocidad a la cabeza las palabras del blog:

Odio a estos jodidos humoristas de clase media progresistas de izquierda y lo mismo deberías hacer tú. Me parece quintaesencial que sean barridos de la faz de este planeta porque de lo contrario jamás acumularemos la energía necesaria para derrocar a nuestra actual casta política podrida, corrupta y destructora de almas. ¡Abajo el humor!

Todavía no estaba claro cómo había conseguido un trabajo en aquella cena y se había asegurado de que le adjudicaran la mesa número 11. Lo que sin embargo sí estaba claro era que había ido allí con la única intención de cometer un asesinato. No había tiempo que perder.

Nathan se metió bajo la mesa. El movimiento fue rápido, pero no muy elegante, porque se dio un sonoro cabezazo contra el canto y atrajo la atención de todo el mundo. Pero, pese al dolor, no se detuvo, se lanzó sobre las piernas de Dorian y se las agarró para inmovilizarlo. El espectáculo resultante, desde la perspectiva de los comensales, fue estrambótico, porque de repente la cabeza que asomaba empezó a hundirse por el agujero del centro de la mesa, un movimiento contra el que Dorian trataba de oponer resistencia agarrándose a los bordes con las manos y pidiendo socorro a gritos. Dos o tres invitados —entre ellos Ryan Quirky— lo agarraron por los brazos e intentaron tirar de él hacia arriba, convirtiéndolo en una violenta versión humana de la sogá del tira y afloja, hasta que al final la mesa volcó entre una cacofonía de alaridos y chillidos.

—¡Detengan a este hombre! —gritó Nathan cuando Dorian se liberó y empezó a correr hacia la salida. De inmediato se formó una barrera de guardias de seguridad y Dorian se encontró con el camino bloqueado. Al mismo tiempo, el inspector jefe Capes y sus hombres volvieron a la sala para ver qué era aquel jaleo.

—¿Quién es este tipo? —preguntó el inspector.

—Este hombre —dijo Nathan, que había logrado ponerse en pie y llegar, resollando y desaliñado, hasta el lugar de la captura— es su asesino de humoristas. Y esta es el arma con la que pretendía continuar esta noche su campaña de crímenes.

Y mientras hablaba, abrió lo que parecía una funda de gafas que se le había caído de un bolsillo a Dorian durante la pelea. Contenía una larga jeringuilla llena de un

líquido transparente. El inspector jefe Capes la cogió de la mano abierta de Nathan y puso cara de desconcierto.

—Sugiero —dijo el oficial Pilbeam (y no daba crédito a que ya tuviese ocasión de utilizar, en un momento tan temprano de su carrera, la frase que siempre había soñado decir)— que la envíe al laboratorio.

Dos horas después, Nathan y Lucinda se estaban tomando la última copa en el bar del Hyatt Regency cuando apareció el inspector jefe Capes.

—Le hemos sacado una confesión completa —les dijo—. Estos rojillos sucumben enseguida a la presión. No tienen aguante.

—¿Puedo ofrecerle un brandy, señor?

—Bueno, ¿por qué no?, después de todo ha sido una noche larga. Aunque también muy exitosa, gracias a usted.

—Yo diría que a los dos, señor.

—Va con el sueldo, Pilbeam. No me llaman el Cruzado de la Capa porque sí.

Lanzó ese mote potencial con la esperanza de impresionar, pero Pilbeam ya se había girado para llamar al barman, y una vez más el empeño resultó infructuoso. ¿Qué le costaría a la gente, pensó el inspector jefe Capes, empezar a llamarlo así? Dejó escapar un suspiro de decepción y cogió el brandy que le había ofrecido su subordinado.

—¿Entonces fue tan solo un tic verbal lo que le llevó a desenmascararlo?

—En efecto.

—Pero ¿cuál era el motivo? En primer lugar, ¿cómo llegó usted hasta ese personaje?

—Bueno, señor, si me permite que se lo explique mínimamente, verá que es una reafirmación de mis métodos. Casos como este es mejor abordarlos desde una perspectiva intelectual. La clave de todo el asunto está en la historia y la teoría del humor. Así que fue en eso en lo que concentré mi investigación. Empecé, claro está, con Aristóteles, aunque por desgracia la mitad de su *Poética* que aborda la comedia se ha perdido. Sin embargo, todavía es posible recrear algunas de sus ideas al respecto...

Pese a lo embelesado que estaba con las explicaciones del oficial Pilbeam, al inspector jefe Capes le distrajo la aparición de dos agentes uniformados que atravesaron el bar en dirección al vestíbulo con un par de cajas de cartón.

—Ah..., buenas noches, Jackson —dijo—. ¿Todo controlado?

—Sí, señor —respondió el primer agente—. El sospechoso está bajo custodia en una celda de la comisaría de Newtown. Hemos registrado su habitación en la séptima planta y nos lo llevamos todo.

—Excelente. ¿Han encontrado algo interesante?

—La verdad es que no, señor. Solo ropa y artículos de aseo personal. Oh... y este

libro.

De la parte superior de la caja que llevaba, el agente sacó un libro de bolsillo muy manoseado, una vieja edición de Pelican de *El chiste y su relación con el inconsciente* de Freud.

Nathan se permitió una sonrisa de autosuficiencia y dijo:

—Una prueba concluyente, ¿no le parece, señor?

El inspector jefe Capes meneó la cabeza desconcertado. Todavía no estaba muy convencido.

—Creo que la jeringuilla llena de cianuro líquido aguantará mejor ante un tribunal. No creo que Quirky hubiera tenido muchas posibilidades una vez que le hubiesen inyectado eso en la pierna. —Se acabó el brandy y se puso en pie—. Bueno, probablemente será mejor que me vaya con estos dos. Buenas noches, Pilbeam. Esta noche ha sido usted todo un ejemplo para el cuerpo.

—Gracias, señor. No sabe lo mucho que significa esto para mí.

—Esté atento a su buzón las próximas semanas. Sin duda habrá un puesto adecuado para personas de su calibre en Scotland Yard.

La sonrisa del oficial Pilbeam se fue ensanchando a medida que el significado de ese comentario penetraba en su mente. Promoción... Un ascenso rápido y el traslado a Londres... Aquel era el principio de su ascenso a lo más alto. Ya estaba en la pista de despegue.

—¿Lo has oído? —preguntó, volviéndose hacia Lucinda.

Al parecer sí lo había oído.

—Pues sí —dijo ella, con los ojos brillando, casi místicamente, de admiración y felicidad—. ¿No es una gran noticia? ¿Quieres que te dé la llave para sacar tus cosas?

—¿Qué?

—Ya has oído lo que ha dicho el agente. Han encerrado en el calabozo a ese horrible individuo, de modo que ya no pasará la noche en el hotel. Ahora resulta que sí hay una habitación libre. ¡Y eso resuelve nuestro problema!

Lo cual condenó al oficial Pilbeam a una larga y solitaria noche de insomnio animada por el brandy, contemplando el techo de su habitación de la séptima planta, mientras reflexionaba sobre el insoldable misterio, el irresoluble enigma que era la severa señorita Lucinda Givings.

¡Menudo monstruo!

George Osborne dirigiéndose a la convención del Partido Conservador, 6 de octubre de 2009:

«Estamos en esto todos juntos.»

Me llamo Livia y vengo de Bucarest.

En mi país tenemos un dicho: *Totul trebuie să aibă un început*. Que significa: Todo debe tener un principio. De modo que empezaré así mi historia.

Llevo más de cinco años viviendo en Londres y mi trabajo consiste en sacar a pasear a los perros de gente muy rica. La mayoría de mis clientes viven en Chelsea. Yo también vivía allí, pero los alquileres subieron tanto que me mudé a Wandsworth, de manera que ahora cada día tomo el autobús que cruza el río. Cuando atravesamos el puente miro por la ventanilla y a partir de ese punto, cada vez que el autobús se detiene en una nueva parada, veo los signos de riqueza cada vez más ostensibles en las calles y noto cómo hasta el aire se hace más denso por el intenso aroma del dinero.

Me apeo en la parada de Chelsea y el hospital de Westminster y voy caminando hasta los Boltons. Aquí las casas son grandes y bonitas. Hay jardines muy cuidados tras los muros, que prohíben el paso con la misma eficacia y educación que un guardia de seguridad en un exclusivo club nocturno. Entre la hiedra y los sicomoros asoman cámaras de seguridad. Mi primer trabajo del día me obliga a detenerme frente a uno de estos muros. En él se abre una pequeña puerta verde y junto a ella hay un discreto teclado en el cual, si posees el secreto, puedes pulsar un código de cinco dígitos que te da acceso a este paraíso terrenal. Llevo catorce meses viniendo aquí a diario, pero todavía no me han confiado el código.

En lugar de teclearlo, tengo que mandarle un mensaje de texto a la criada malaya, que al poco rato se acerca para abrirme la puerta. Va acompañada por una enorme e inquieta labrador negra de ojos resplandecientes. Se llama Clarissa. Al menos ella me saluda como una amiga. Y yo la saco a pasear. Si tengo un día con mucho trabajo, solo la llevo hasta el cementerio de Brompton. Si dispongo de tiempo, vamos hasta Hyde Park.

A veces en Hyde Park me encuentro con Jane. Siempre reconozco a Jane, incluso de lejos, por la cantidad de perros que lleva. Siempre un mínimo de cuatro o cinco, a veces hasta diez. Si los perros la dejan, nos sentamos en la terraza junto al Serpentine y nos tomamos un café.

Al poco tiempo de conocernos, Jane me contó su historia. Antes trabajaba en la City como gestora de fondos en uno de los bancos de inversión más importantes del mundo. Pasado algún tiempo se dio cuenta de que había tocado techo y que nunca ganaría tanto dinero como sus colegas masculinos. Además, el estrés y las largas jornadas laborales le estaban afectando la salud. Dejó el trabajo y se pasó varias semanas descansando. Como un favor, empezó a pasear al perro de un amigo mientras él estaba en el trabajo, y a partir de ahí otras personas que trabajaban

empezaron a pedirle que les pasease a sus perros. Cobraba a sus clientes veinte libras la hora por cada perro, y ellos le pagaban en efectivo. Al pasear a tantos perros a la vez descubrió que en ocasiones podía ganar hasta quinientas libras al día, o hasta cien mil al año, y además sin pagar impuestos. Más de lo que ganaba en la City.

Y, encima, le gustaba pasear y le gustaban los perros.

A media mañana devuelvo a Clarissa a su casa en los Boltons. De nuevo tengo que mandar el mensaje de texto a la criada e intercambiamos algunas palabras mientras ella la recoge. Al despedirme de la perra siempre me pregunto qué clase de vida lleva al otro lado del muro, cuando no está conmigo. No he visto jamás a sus propietarios. No sé nada de la familia a la que pertenece. Lo único que sé es que nunca están en casa.

Pero la palabra «casa» puede significar cosas diferentes. Siempre que vuelvo a Rumanía siento que estoy regresando a mi casa, pero también considero mi pequeño apartamento en Wandsworth mi casa, aunque solo lleve año y medio viviendo allí. Lo considero mi casa porque vuelvo a él cada noche para descansar y sentirme segura, y lo he llenado de objetos que adoro porque significan algo para mí.

Estas hermosas y enormes viviendas de Chelsea no son casas en ninguno de los sentidos que yo uso. Permanecen vacías la mayor parte del año. O al menos parecen vacías desde fuera, aunque en su interior haya algún tipo de vida. Una vida fantasma. El personal —limpiadoras, cocineras y chóferes— limpia habitaciones fantasmagóricas, saca brillo a los coches en el garaje subterráneo durante la mañana, y después se reúnen todos en la cocina a mediodía para comer en silencio. Los perros se sientan junto a los ventanales para contemplar el jardín y se preguntan para qué los han comprado sus dueños. Entretanto la familia esta... ¿dónde? El padre en Singapur, la madre en Ginebra, los hijos... quién sabe.

Otras están todavía más vacías. No tienen muebles, ni cortinas en las ventanas, ni cuadros en las paredes. Están siempre a oscuras. En invierno, cuando vuelvo del parque o del cementerio para devolver al último de mis perros a la casa de su propietario, el silencio y la oscuridad de estas calles me resultan inquietantes. Es como si alguna terrible plaga se hubiese extendido por Londres y todo el mundo se hubiera marchado pero nadie me lo hubiese advertido. En una ocasión en que regresaba desde el parque con Jane por las calles de Chelsea, me contó que hay gente —gente rica— que compra estas casas y las dejan tal cual, contemplando cómo el dinero se va acumulando sobre ellas como los bálanos se adhieren a un barco hundido.

—Piensa en ello —me dijo—. Una casa de estas puede valer treinta y cinco millones de libras. Su valor aumenta de media un diez por ciento, tres millones y medio, cada año. Eso son setenta mil libras a la semana. Diez mil libras al día. ¿Qué otra cosa vas a tener que hacer, aparte de comprarlo y dejarlo ahí? Los propietarios de esta casa —(señaló una mansión estucada en blanco al otro lado de la calle)— son diez mil libras más ricos que cuando hemos pasado por aquí esta mañana.

Siempre aprendo algo nuevo cuando paseo con Jane. A veces, lo que me cuenta me llena de un reticente respeto hacia la gente que sabe mucho mejor que yo cómo amasar e incrementar su riqueza. En otras ocasiones pienso que, igual que cierto rumano célebre solía succionar la sangre del cuello de sus víctimas, ahora es el propio dinero el que ha empezado a succionar la vida de esta gran ciudad.

Rachel se detuvo a descansar un rato, con las manos en las caderas, escuchando el rumor del viento que mecía las ramas del ciruelo. Era uno de sus sonidos favoritos.

Había una quietud total esa ventosa tarde de septiembre. El viento mecía las ramas pese a que estas estaban cargadas. Ese año había una buena producción. Una producción récord, esa era la expresión, ¿verdad? Las ciruelas eran gruesas, de piel sedosa y un color entre púrpura y rosado. En diez minutos de recolección Rachel ya había llenado tres cuartas partes del cesto.

Se había convertido en un ritual, una tradición familiar. A mediados de septiembre, iba a pasar unos días a la casa de sus abuelos en Beverley y una tarde sacaba la vieja escalera de madera del garaje, la apoyaba contra las ramas más robustas del árbol y se subía para recoger las ciruelas que sus abuelos ya no podían recolectar por falta de fuerzas y agilidad. Durante los tres últimos años esta estancia había sido el prelude de su partida hacia Oxford a principios de octubre. Pero ahora las estancias en Oxford ya habían llegado a su fin. Había acabado sus estudios y se había graduado, y afrontaba un futuro vacío e incierto, con una buena deuda por pagar para acabar de arreglarlo. Los últimos tres meses había estado viviendo con su madre en Leeds, respondiendo a ofertas de trabajo y enviando currículums. Hasta ahora sin éxito, aunque un par de empresas de Londres que ofrecían tutores particulares la habían incorporado a sus listados de colaboradores. Alguna cosa le saldría, estaba convencida. Lo único que podía hacer de momento era seguir intentándolo.

Se comió una de las ciruelas, escupió el hueso, movió la escalera y la apoyó contra otra rama, ahora de cara a la casa. De ese modo podría recoger algunas de las frutas que estaban más altas. Subida a la escalera, dominaba todo el jardín y veía el dormitorio de sus abuelos, en el que la abuela estaba sentada en la cama. Tenía el *Telegraph* abierto sobre el regazo, pero no lo estaba leyendo. Tenía la cabeza echada hacia atrás y la boca entreabierta, pero tampoco estaba dormida como pensó Rachel en un principio; pasados unos segundos se incorporó, dio un sorbo a la taza de té que tenía en la mesilla de noche y miró cansinamente a su alrededor. Parecía pálida y nerviosa. El abuelo llevaba una semana enfermo, con retortijones, vómitos y diarrea. Los dos se referían a eso como su «virus estomacal», y durante días todo el mundo pensó que se trataba de eso, pero aquella mañana había sangre en sus deposiciones, así que la abuela y Rachel habían llamado a la doctora y esta les había aconsejado que lo llevaran al hospital. Lo habían ingresado sin demasiado tiempo de espera y esa tarde le iban a hacer algunas pruebas. «Probablemente no sea más que un virus muy agresivo», insistía en decir la abuela, y Rachel deseaba creerla, deseaba creer que no era nada grave, pero aun así...

La sensación que tenía no era tan fuerte como para considerarla una premonición. Era apenas lo bastante intensa para considerarla una sensación. Pero en el rumor del viento que hacía oscilar las ramas, Rachel creyó oír el susurro sigiloso y evanescente de algo trascendental. Era una sensación muy diferente de la que había experimentado, once años atrás, con la muerte de David Kelly. Aquella muerte la había dejado petrificada, aun siendo una niña. No solo era inapelable, sino también trágica e innecesaria. El mensaje que el viento trataba de transmitirle ahora —y no necesariamente versaba sobre la muerte, todavía no podía darlo por hecho— era menos impactante, menos inesperado, pero de algún modo más triste. Había en él algo de serena inevitabilidad. Formaba parte del mismo ciclo de las estaciones que hacía que en aquel árbol brotaran montones de ciruelas al final de cada verano.

El casi absoluto silencio de la tarde lo rompió de pronto el amortiguado zumbido del smartphone de Rachel al vibrar en su bolsillo. Contorneándose con cuidado en lo alto de la escalera, logró sacarlo del bolsillo y acercárselo al oído, y al hacerlo vio en la pantalla que la información que aparecía sobre el origen de la llamada decía simplemente: «Albion».

—¿Hola? —dijo, y un par de minutos después estaba bajando por la escalera, corría hasta la casa y subía al dormitorio de sus abuelos, donde despertó a la abuela, que por fin estaba dando una cabezada, y le dijo—: Abuela, abuela, siento despertarte, pero voy a tener que marcharme. Me ha salido un trabajo. Tengo que volver a casa y recoger mis cosas.

—Oh, cariño, qué buena noticia —dijo la abuela, aunque parecía más desconcertada que feliz.

—De verdad que siento tener que dejarte sola.

—Oh, no te preocupes.

—Quizá pueda venir mamá para hacerte compañía.

—Ya me las apañaré. Puedo cuidar de mí.

—Sí, pero... como estamos esperando noticias del hospital y todo eso...

—Oh, eso no será nada. Seguro que no es más que un virus estomacal muy fuerte. Confío en que mañana ya esté de vuelta en casa. O incluso esta misma noche.

—De acuerdo —dijo Rachel, dubitativa—. Me alegro de que estés tan segura.

—Es fantástico que te haya salido un trabajo después de tanto esperar. ¿Es de esa gente de las tutorías?

—Exacto. Aunque es solo por una semana.

—Da igual, todo es empezar, ¿no? A partir de esto saldrá alguna otra cosa.

—Eso espero. Siento irme tan lejos justo ahora que estás esperando los resultados del abuelo.

—Oh, Londres no está tan lejos.

—El trabajo no es en Londres. Es —(y Rachel frunció el ceño al decirlo, porque incluso a ella le parecía absurdo, pese a que el señor Champion se lo había dicho muy claro por teléfono)— en Sudáfrica.

En cuanto el mayordomo la acompañó a su tienda, Rachel se dio cuenta de que no era una tienda al uso. De hecho, la mera presencia de un mayordomo era ya toda una revelación. El sirviente, ataviado con un fez y una larga túnica blanca, no le dirigió la palabra hasta que llegaron al amplio espacio entoldado, bajo la sombra de varios árboles de ébano, en el que una enorme cama de matrimonio dominaba la sala de estar. Incluso entonces limitó la comunicación al mínimo.

—Lavabo —le dijo, abriendo la puerta que daba al lavabo—. Ducha —le dijo abriendo la puerta que daba a la ducha—. Mesa —le dijo, señalándole el mueble en cuestión, una elegante mesa de comedor de palisandro al fondo de la terraza de suelo de madera tras la que se veía una piscina y las otras tiendas, todas las cuales, a esa hora del día, estaban vacías.

—Esto es... precioso —comentó Rachel, que no sabía muy bien qué decir—. ¿Dónde están el señor y la señora Gunn?

—Sir Gilbert y su esposa están en un safari —la informó el mayordomo—. Los niños también. Regresarán a las seis, a tiempo para la cena. Le ruegan que se relaje y se ponga cómoda.

—Gracias —dijo Rachel—. Así lo haré.

—Le traeré alguna cosa para comer —le dijo el mayordomo—. ¿Quiere vino, champán?

—Solo agua, gracias —le pidió Rachel—. Una botella de agua fría.

—Aquí tiene agua —le indicó el mayordomo, abriendo la puerta del minibar—. Pero le traeré más.

Antes de que se marchase, Rachel se preguntó si debía darle una propina —no tenía ni la más remota idea de cuál era el protocolo en sitios como aquel—, pero se dio cuenta de que de todos modos no tenía dinero del país. Hasta el momento no había tenido que pagar por nada —ni por el vuelo de conexión de Johannesburgo al aeródromo de Skukuza, ni por el Land Rover con conductor que la había llevado hasta el campamento—, ni tenía forma de hacerlo, como no fuese con su tarjeta Visa, cuyo límite de crédito probablemente no cubriría ni la mitad. Además, ya se sentía bastante incómoda por tener a su servicio a aquel hombre negro cortés y escultural, y pensó que ofrecerle una propina resultaría condescendiente. Era uno más de los aspectos confusos de la ridícula situación en la que se encontraba.

El mayordomo le ahorró más situaciones incómodas al marcharse sin decir palabra. Rachel deshizo la maleta y se dio la primera de una sucesión de duchas (era mediodía y hacía un calor infernal). Después se sentó en la terraza, bebió agua y volvió a echar una ojeada a la carpeta de plástico azul estampada con el logo de Tutores Albion y, debajo, su enigmático eslogan: «Soluciones educativas británicas

para clientes internacionales».

No respondía, claro está, a ninguna de las preguntas que le rondaban por la cabeza. ¿Por qué le habían ofrecido ir allí avisándola con tan poco tiempo? ¿Cuánto tiempo iba a quedarse? ¿Qué se suponía que se esperaba de ella? El señor Campion (Bill, como no dejó de insistirle en que le llamase) no le había dado muchas pistas.

—No te agobies —le había dicho—. Esta gente tiene un montón de dinero. A ti te puede parecer disparatado que te paguen el viaje hasta allí. Pero para ellos eso no es nada. Vas allí para trabajar con Lucas, el hijo del primer matrimonio de Sir Gilbert. Por algún motivo, Sir Gilbert estaba descontento con su anterior tutor y no le ha renovado el contrato. Dice que no hace falta que lleves ningún libro ni nada por el estilo. Creo que tiene en mente algo un poco más... general. También tiene dos hijas, gemelas, de su actual matrimonio con la segunda Lady Gunn, que creo que era modelo y es de Kazajistán. No creo que tengas que hacer gran cosa con ellas en este viaje. Relájate y pásatelo bien. ¡No todo el mundo tiene la suerte de disfrutar de un safari de lujo gratis!

«Relájate y pásatelo bien.» Ese había sido su consejo, pero a Rachel le estaba resultando imposible seguirlo. Se pasó la tarde echada en la cama, lamentando que no hubiera cobertura de móvil en el parque nacional Kruger y preguntándose si ya se sabrían los resultados de las pruebas que le habían hecho a su abuelo.

Poco después de las seis, la tranquilidad del campamento se vio alterada por la llegada de un jeep en el que viajaban tres guías africanos y una familia de cinco miembros. Los guías parecían de buen humor mientras ayudaban a la familia a saltar del vehículo al suelo. Había dos niñas muy monas de ocho o nueve años y un chico alto y guapo, pero algo pálido y de aire soñador, al final de la adolescencia. Sir Gilbert Gunn era un cincuentón de cabello cano y aire serio. Rachel lo reconoció por la foto de su página de la Wikipedia. La elegante rubia unos veinte años más joven que lo acompañaba debía de ser su segunda esposa, Madiana. «No te muestres demasiado tímida o retraída», le había comentado el señor Campion, «no les gustará. Solo aprecian a la gente fuerte.» Así que bajó los escalones de su tienda y les tendió la mano para saludarlos.

—Hola —se presentó—. Soy Rachel. De Tutores Albion. Gracias por traerme aquí.

Los guías se dispersaron, con aspecto cansado pero contentos. En cambio, Sir Gilbert, su esposa y los niños no parecían muy animados después de las actividades del día.

—De nada. Gracias por venir —dijo Sir Gilbert, estrechándole la mano con una brevedad inusitada—. Discúlpeme, voy a refrescarme.

—¿Ha estado bien el safari? —preguntó Rachel.

—No había leones —dijo Madiana, que pasó rozándola y dirigió el comentario

más bien a su marido—. Por tercera vez, no había leones.

—No te obsesiones con los leones —dijo Sir Gilbert, y se dirigió a su tienda sin volverse—. Hemos visto putos rinocerontes y elefantes, por el amor de Dios. ¿Qué más queréis?

—Quieren ver leones, claro —dijo Lucas, el adolescente, con un tono cansino, mientras se dirigía a otra tienda. Madiana y las dos niñas, que parecían acaloradas y contrariadas, enfilaron fatigosamente hacia una tercera tienda, la que quedaba más cerca de la piscina; lo cual significaba, dedujo Rachel, que la familia de Sir Gilbert y su séquito ocupaban cuatro de las seis tiendas del campamento. Después descubrió que las otras dos estaban vacías y que ellos habían reservado el campamento entero por una semana.

—Venga a verme en quince minutos —le indicó Sir Gilbert—. Nos tomaremos una copa y le explicaré lo que quiero.

—De acuerdo —dijo Rachel, y volvió un rato a su tienda.

Cuando quince minutos después se dirigió hacia la tienda de Sir Gilbert, ya estaba anocheciendo. Había un lento y espléndido ocaso con un resplandeciente sol ocre que lanzaba sus rayos de despedida a través del follaje de los árboles, mientras cantaban las cigarras y los pájaros nocturnos empezaban a entonar sus primeras melodías. Sir Gilbert estaba bebiéndose un gin-tonic en su mesa y parecía estar disfrutando del crepúsculo, aunque, como Rachel iría aprendiendo durante los siguientes meses, no era muy dado a revelar sus emociones.

—No está mal este sitio —fue todo lo que le comentó.

—Es espectacular —dijo Rachel.

—¿Habías estado?

—No. Para mí esta es la primera vez.

—No es el destino que hubiera elegido yo —confesó él—. Pero los niños querían ver animales, y ya sabes... Ellos tienen prioridad.

—Desde luego.

—Bien —dijo él, mientras llamaba al mayordomo y le pedía una copa de vino blanco para Rachel—, hablemos de mi hijo. Cuando no está en el colegio, vive la mayor parte del tiempo con su madre, así que no me siento demasiado responsable de cómo ha salido.

—¿A qué colegio va? —preguntó Rachel.

—A Eton. Acaba de empezar su último año, lo cual significa que en los próximos meses tendrá entrevistas con varias universidades. Quiere estudiar matemáticas en Oxford. Tú estudiaste en Oxford, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no fuiste a un colegio privado.

—No.

—Bien. Eso es lo que me dijeron. Bueno, este es el punto clave. Por culpa de la miope ideología que impregna la educación en Inglaterra en estos momentos, los

colleges de Oxford están sometidos a la presión de favorecer a los alumnos que vienen de la educación pública, como es tu caso. Creo que lo llaman «inclusividad». O «antielitismo». Se lo llame como se lo llame, el resultado es que chicos como Lucas, que no han visto en su vida el interior de un instituto público, tienen que hacer un esfuerzo extra para causar buena impresión. Su madre lo ha malcriado. No creo que yo lo haya malcriado, pero desde luego he gastado un montón de dinero en él durante los últimos diecisiete años, lo cual considero natural cuando se trata de tu vástago. Como era de esperar, se ha convertido en un chico petulante, arrogante y con una altivez clasista que se percibe a kilómetros. En el pasado nada de todo esto hubiese supuesto un problema, pero hoy en día, como ya te he comentado, este tipo de cosas parece que pueden suponer un serio problema en nuestros más destacados centros universitarios. De manera que lo que debemos hacer es intentar extirpar buena parte de esas actitudes. ¿Me sigues?

—Más o menos... —dijo Rachel, aunque había en su voz un evidente tono de desconcierto.

—Bueno, te lo voy a explicar de la manera más sencilla posible —dijo Sir Gilbert—. Quiero que transformes a mi hijo en una persona normal.

En cualquier circunstancia, a Rachel esta petición le habría parecido rara. En aquel momento, todavía un poco desorientada tras el largo viaje, le pareció delirante y por un instante se preguntó si en las últimas veinticuatro horas habría cruzado al otro lado de algún espejo y emergido en un mundo paralelo en el que las normas y asunciones cotidianas se habían subvertido.

—¿Una persona normal? —repitió.

—Sí, quiero que sea capaz de abrir la boca sin que parezca que es el dueño del mundo y de todo lo que contiene.

Rachel aspiró hondo.

—De acuerdo. Veré... qué puedo hacer.

—Tienes un acento muy marcado —dijo Sir Gilbert—. ¿De dónde es, de Lancashire?

—De Yorkshire. No querrá que le pegue el acento de Yorkshire, ¿verdad?

—No, la verdad es que me da igual lo que hagas. Habla con él, léele, lo que haga falta. Puedes empezar mañana a las nueve. Pasa el día con él y estudia cómo actuar.

Dicho lo cual, Sir Gilbert cogió su iPad y se puso a leer un artículo de una revista. Rachel se percató de que ese era el modo de decirle que la conversación había concluido.

A la mañana siguiente, Lucas no partió de safari con los demás. Tampoco su padre. Rachel pensó en un principio que Sir Gilbert se quedaba porque quería vigilar de cerca el inicio de las tutorías, pero resultó que su decisión no tenía nada que ver con eso. No les prestó la más mínima atención, se encerró en su tienda con el iPad y una

delgada cartera de cuero llena de documentos y fue recibiendo un montón de llamadas. (Mientras que el móvil de Rachel allí era inservible, al parecer Sir Gilbert se había llevado un tipo de teléfono satelital, como los que usan los militares —un robusto cacharro que se completaba con una antena retráctil— y se pasó buena parte de la mañana hablando por él.)

Rachel disfrutó bastante de su conversación matinal con Lucas. En Oxford había conocido a unos cuantos etonianos, y aunque eran naturalmente muy distintos entre sí, ella sabía que tenían una cosa en común: una enorme confianza en sí mismos. Ella siempre había creído que la confianza en uno mismo era un activo estupendo: debía de ser fantástico estar convencido de que tu riqueza y tu educación no solo te impermeabilizaban ante algunas de las peores adversidades del mundo, sino que además te preparaban para una vida en la que tu destino, como si de un derecho heredado por nacimiento se tratase, era manejar las vidas de los demás. Pero no era nada sorprendente que esta confianza en uno mismo, alimentada y auspiciada por la feroz ambición parental, pudiese convertirse con suma facilidad en arrogancia, y sin duda era eso lo que Sir Gilbert temía que sucediese en el caso de su hijo.

De hecho, después de varias horas de conversación, Rachel llegó a la conclusión de que el problema de Lucas no era tanto la arrogancia como la depresión. Al parecer, lo de estudiar matemáticas en la universidad no era algo que hubiese elegido él. Su auténtica pasión era la civilización clásica, pero «mamá me lo vetó», le contó. «Dice que es un tema estilo Mickey Mouse.» Se había decidido que las matemáticas lo prepararían mucho mejor para el trabajo en la City, de cara al cual toda su educación hasta el momento había ido forjando las bases. Rachel decidió que lo que necesitaba el chico era entrenamiento para superar las entrevistas; cada pregunta que le hacía sobre arte, teatro (otra de sus pasiones), libros o política generaba no una respuesta razonada o reflexiva, sino alguna fanfarronada sobre el premio que ganó por un trabajo, o las buenas notas que había sacado en el curso, o la conferencia que había dado y que había sido premiada con una ovación en pie de la audiencia, o el autor famoso con cuyos hijos había pasado unas vacaciones. Todos los resortes de su cerebro parecían enfocados a la competición y el lucimiento propio. Rachel pensó que nada de aquello era en realidad culpa suya, y solo perdió la paciencia con él en una ocasión, cuando el chico le explicó que no conseguir ser admitido en Oxford sería un desastre personal, porque significaría «acabar en alguna universidad estilo Mickey Mouse con un montón de chavales de barriada». En cuanto oyó el comentario, Rachel propuso que hicieran una pausa para comer.

Poco después de mediodía —probablemente en el mismo vuelo que trajo a Rachel hasta Skukuza el día anterior— llegó otro invitado. Comió con Lucas y Sir Gilbert, mientras que de Rachel al parecer se esperaba que comiese sola, en la mesa de la terraza de su propia tienda. Pero, al terminar la comida, el recién llegado decidió pasar a verla para presentarse.

—Hola —la saludó, alargando la palabra de un modo que Rachel consideró que

solo se podía interpretar como un gesto seductor—. ¿A quién tenemos aquí?

—Me llamo Rachel —dijo ella—. Estoy aquí para hacer de tutora de los hijos de Sir Gilbert.

—Francis —se presentó el hombre, estrechándole la mano—. Frederick Francis. Mis amigos me llaman Freddie.

Rachel calculó que sería cuarentón. En forma y bien conservado. Algunas canas en las sienes eran la única señal de edad mediana. No carecía de atractivo, pero había algo en él, algo indefinible, que le provocó ganas de escabullirse de inmediato.

—Eres nueva, ¿verdad? —le preguntó él—. Me refiero a nueva con la familia.

—Sí —respondió Rachel—. Llegué ayer.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—No estoy muy segura —respondió ella riendo—. No me lo han dejado muy claro.

—Oh, sí, a Sir Gilbert le gusta preservar el elemento sorpresa.

Sin entender muy bien a qué se refería y deseosa de llenar el silencio que se produjo a continuación, Rachel le preguntó:

—Entonces, ¿se va a alojar usted en una de las tiendas?

—Por desgracia no —respondió él—. Regreso a Londres en el vuelo de esta noche.

—Uau. —Rachel estaba (no era la primera vez que le sucedía en aquellos dos últimos días) pasmada—. Es un viaje muy largo para quedarse solo una tarde.

—Bueno, es que Sir Gilbert va a tardar algún tiempo en regresar a Londres y yo necesitaba que me firmase algunos documentos. Cosas que urgían.

—Ah, ya entiendo —dijo Rachel, aunque la verdad es que no entendía nada—. Usted trabaja para Sir Gilbert, ¿no?

Freddie se pensó o más bien simuló pensarse la respuesta.

—Bueno, es una pregunta complicada. ¿Trabajo para él? ¿O trabajo para mí mismo? ¿O es él quien trabaja para mí?

En ese momento Rachel no estaba interesada en acertijos.

—¿A qué se dedica usted? —le preguntó directamente.

—Antes de irme —le respondió Freddie—, te daré mi tarjeta.

Pero o mentía o se olvidó, y cuando se marchó del campamento esa misma tarde a las cuatro y media, el señor Francis no partió dejándole su tarjeta de visita, sino lanzándole una prolongada mirada de evaluación desde la ventanilla del Land Rover y dejándola con una inexplicable sensación de intranquilidad.

Al final resultó que Rachel y la familia no tardaron en seguir al señor Francis al aeropuerto de Johannesburgo. Esa tarde a las seis Madiana y las gemelas regresaron de su safari y Lady Gunn se mostró más despectiva que nunca con los guías.

—Gilbert, cariño —dijo mientras las gemelas corrían hacia su tienda para

cambiarse y ponerse los bañadores—, aquí estamos perdiendo el tiempo miserablemente. En este parque no hay leones, ni uno. Lo único que hemos visto hoy son esos estúpidos elefantes otra vez.

—Ya te lo he dicho..., puedo conseguirte casi todo, pero me temo que leones no.

—Pues entonces me parece que deberíamos hacer las maletas y volver a casa.

Y eso fue exactamente lo que hicieron al día siguiente. Hicieron las maletas temprano. Madiana, Rachel y los niños volaron de vuelta a Londres y Sir Gilbert tomó un avión a Singapur, aunque nadie se molestó en preguntar cuál era su destino final. Madiana no parecía saberlo y no le preocupaba especialmente adónde se dirigía. Era una de las muchas cosas que desconcertaban a Rachel mientras reflexionaba sobre su viaje durante las once horas que duró el vuelo de regreso a casa. Tenía un montón de cosas en las que pensar durante ese vuelo: después de todo, aquellos últimos días habían sido de los más raros de su vida. Sin embargo, para su sorpresa, entre la densa maraña de pensamientos la imagen que le venía a la cabeza de un modo más recurrente era la del propio campamento: reservado para el resto de la semana por Sir Gilbert y su familia, pero ahora vacío; la piscina sin nadie, el bar y el restaurante desiertos, el personal del todo inútil, las propias tiendas sin huéspedes ni propósito alguno bajo la sombra grisácea de los árboles de ébano.

A su regreso, Rachel se encontró con que habían sucedido un montón de cosas en casa de sus abuelos. Las pruebas habían revelado la presencia de un enorme tumor canceroso en el colon de su abuelo. Le habían programado una intervención quirúrgica en cuanto se lo descubrieron y, tras seis horas de operación, lograron extirpárselo con éxito. Pero el cáncer ya había provocado una metástasis en el hígado que no se podía curar con cirugía ni con radioterapia o quimioterapia; según dijeron los médicos, solo se podía actuar de un modo «paliativo». Se negaron a aventurar una prognosis, pero la familia sabía que la esperanza de vida del cáncer de hígado era solo de meses. De momento, el abuelo tenía que seguir hospitalizado, necesitaría al menos dos semanas para recuperarse de la operación.

Al día siguiente, Rachel dejó a su madre en el tribunal y se fue sola con el coche a Beverley. En cuanto llegó, su abuela la abrazó con su cuerpo encorvado y huesudo, llorando en silencio. Después, la abuela preparó unos sándwiches de queso y comieron juntas en el jardín. Rachel contempló el ciruelo, todavía con algunas ramas sobrecargadas de fruta y pensó en el discreto y triste mensaje que le había enviado el viento susurrando entre sus ramas. También pensó en el campamento del parque nacional Kruger con sus seis maravillosas tiendas agrupadas alrededor de la piscina, y le pareció difícil de creer que existiese un sitio así, pese a que había estado allí hacía unos días.

Al despedirse, abrazó a su abuela más fuerte que nunca. Y a la mañana siguiente recibió una nueva llamada de Tutores Albion.

—Has causado muy buena impresión a Sir Gilbert y su familia —le comentó el señor Champion para su sorpresa—. Lady Gunn quiere verte mañana. Puede que te ofrezcan un trabajo más estable.

De modo que, una vez más, Rachel tomó el tren de Leeds a Londres. Allí cogió la línea de Piccadilly hasta South Kensington y, después de caminar unos minutos, se adentró en una parte de la ciudad en la que las casas eran altas y amplias, con pulidos escalones que llevaban a entradas con pórtico y ventanales de guillotina que daban a unas calles que, imaginó, antaño fueron tranquilas y poco transitadas.

Pero ya no lo eran. La casa de los Gunn estaba situada en una amplia avenida llamada Turngreet Road, y cuando Rachel enfiló la calle se encontró con una escena más propia de un solar en obras que de una plácida zona residencial. Al menos la mitad de las casas parecían estar sometidas a reformas de envergadura. Alrededor de los jardines frontales se alzaban altas, compactas e impenetrables vallas con los logos de constructoras con nombres como Construcciones Talismán, Sótanos Prestigio y Rediseño de Vanguardia. En lugar de artesanos puliendo paredes de ladrillo o dando una delicada capa de pintura a los marcos de las puertas, había grandes hormigoneras

trajinando con un ruido ensordecedor, enormes contenedores llenos de ladrillos y cemento cargados en carretillas elevadoras, grúas de quince metros que obligaban a detener el tráfico mientras trasladaban pesadas vigas y bovedillas de un lado a otro. Señales amarillas a lo largo de la calle indicaban restricciones de aparcamiento por las que los permisos para estacionar de los residentes quedaban suspendidos durante varios meses. Con cautela, Rachel se abrió paso entre toda esa actividad, saludando con una inclinación de la cabeza a los grupos de hombres plantados alrededor de cada una de las obras, con sus cascos y chalecos reflectantes, que mantenían conversaciones en voz baja en idiomas del Este de Europa. Ellos le devolvían el saludo con miradas impasibles.

Por fin llegó a lo que parecía la residencia de los Gunn: el número 13. Como las restantes casas, estaba rodeada por una valla alta. Esta era verde y tenía pintado el logo de Sótanos Grierson, S. A. En el centro de la valla había una puerta temporal que incorporaba un buzón y un sistema de alarma. Rachel tenía un número de teléfono al que le habían dicho que llamase cuando estuviera delante de la casa. Mientras esperaba a que le respondiesen, leyó el aviso en la valla: «De acuerdo con la Ley de Salud y Seguridad de 1974, toda persona que entre en esta obra debe cumplir con las regulaciones de esa ley. Todos los visitantes deben presentarse en la oficina y obtener el permiso para entrar en el área de trabajo. Se deberán cumplir los procedimientos de seguridad y se deberá utilizar el equipo de protección y seguridad en todo momento.» Otro aviso decía sin más: «Prohibida la entrada sin autorización». Rachel empezó a pensar que vestirse con su mejor ropa podía haber sido un error.

Una voz al otro lado de la línea con un ligero acento extranjero —¿tal vez de Extremo Oriente?— dijo: «¿Señorita Wells?», y en ese preciso momento se puso en funcionamiento un martillo neumático en uno de los edificios colindantes, haciendo la conversación prácticamente imposible. «Sí», gritó Rachel por el teléfono, a lo que la voz respondió algo ininteligible y la llamada se cortó. Mientras se preguntaba qué hacer, y si debía volver a llamar, la puerta verde temporal se abrió y apareció la sonriente cara de una criada. Era de tez oscura y crespo cabello negro, pero Rachel no pudo deducir su raza.

—¿Señorita Wells? Por favor, pase. La está esperando.

Siguiendo a la criada, Rachel pasó junto a un lavabo portátil y la oficina temporal de la obra hacia las escaleras de la entrada principal de la casa. No pudo evitar fijarse en que la zona de obras estaba desierta y que parecía que no trabajase nadie desde hacía tiempo. Enseguida subieron las escaleras y encontraron refugio en el vestíbulo, donde por un momento pareció que reinaba la calma.

La criada condujo a Rachel a la sala de estar —o, tal como supuso que había que llamarla, el salón principal—, que ocupaba toda la anchura de la casa. Había estanterías en las paredes y al fondo, junto a la ventana, un piano de cola con una partitura de las mazurcas de Chopin abierta en el atril. Todo parecía impoluto, casi prístino.

Madiana entró en la habitación acompañada por un enorme y hermoso golden retriever que procedió a olfatear las piernas de Rachel con curiosidad y a lamerle la mano. Madiana agarró al perro por su collar y le dio un cachete de reprobación.

—Bueno, Mortimer, ya basta —le dijo. El perro se sentó a su lado, jadeando pero claramente escarmentado. Madiana saludó a Rachel con cortesía pero sin calidez alguna y procedió a explicarle su propuesta: había decidido contratar a una tutora interna para sus gemelas, que cursaban cuarto en el colegio. Quería que hiciesen horas extras de lectura y matemáticas, y empezasen a aprender francés, latín, ruso y mandarín.

—Vivirás en la casa —le dijo—. Faustina trae a las niñas del colegio a las tres y media. Descansarán un poco, comerán un tentempié y después les darás clases de cuatro a siete. El resto del día lo tienes libre.

—¿Y Lucas?

Estaba claro que a Madiana Lucas no le interesaba tanto como sus hijas.

—Ha vuelto al colegio —dijo—. Pasa en casa algunos fines de semana. Cuando venga, tendrás que continuar con lo que sea que estuvieses haciendo con él. Sabes lo que te vamos a pagar, ¿verdad? Me refiero a que está todo hablado con la agencia.

—Sí —dijo Rachel.

—¿Entonces estás de acuerdo?

Parecía que esperaba de ella que tomase una decisión de inmediato. De hecho, no era difícil tomarla.

—Sí, por supuesto. Gracias.

—Acompáñame. Te enseñaré dónde vas a vivir.

Después de advertirle al perro que no se moviera, Madiana guio a Rachel hasta el recibidor y desde allí subieron por la escalera principal. (Sería una de las poquísimas veces que la vería.) Las dos niñas, Grace y Sophia, hacían vida en la segunda planta de la casa. Tenían un dormitorio cada una, un baño compartido, una sala de estudio y una enorme sala de juegos equipada con todo tipo de cosas, desde una mesa de ping-pong a dos mandos de PlayStation y una pantalla que ocupaba casi la totalidad de la pared más ancha.

—Es un cuarto de juegos precioso —dijo Rachel.

—No es suficientemente grande —replicó Madiana con desdén—. Vamos a construirles uno más grande abajo, en cuanto se resuelvan esos ridículos conflictos.

No especificó cuáles eran esos conflictos o con quién los tenían, y Rachel no se atrevió a preguntárselo. Sin duda, ya se enteraría.

—Esta es la puerta —le dijo Madiana, señalándole una puerta de madera blanca en la pared del rellano— que conduce a tu parte de la casa.

Rachel la escuchaba solo a medias. Al pasar ante el baño de las niñas se percató de que las paredes y el techo estaban pintados con pan de oro y en el centro había una extraordinaria pieza de mobiliario: una pequeña bañera con patas, pero no era una bañera cualquiera, parecía una bañera *diamanté*, cubierta por completo de falsos

diamantes. Al menos es lo que supuso (o más bien quiso creer) Rachel, que eran falsos. En cualquier caso, no daba crédito a lo que veía.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Madiana.

—Sí, por supuesto.

Su nueva patrona la guio a través de esa puerta. Llevaba a otro pequeño rellano con una escalera estrecha que subía y bajaba. Madiana la cerró después de que ambas pasaran y Rachel vio que de este lado la puerta quedaba oculta por un espejo de cuerpo entero con un marco dorado que la cubría por completo y estaba equipada con un teclado.

—Necesitarás un código para abrir la puerta desde este lado —le explicó Madiana—. Te lo daré después. Allí —añadió, señalando las escaleras hacia abajo— está la cocina. Donde comerás. Y ahora sígueme.

Subieron dos pisos hasta llegar a la parte más alta de la casa. Había tres puertas en el rellano.

—Faustina y su marido duermen aquí —dijo Madiana, señalando la puerta del medio—. Este es el baño que compartirás con ellos. Y este es tu dormitorio.

Hizo pasar a Rachel a una habitación abuhardillada, pequeña pero acogedora, con una chimenea y un armario empotrado. Había el espacio justo para que cupiese una butaca y un pequeño escritorio que miraba al jardín trasero. Rachel echó un vistazo por la ventana y le sorprendió comprobar lo alta que era la casa. También le sorprendió descubrir que no había tal jardín, porque en aquellos momentos el espacio era una continuación de la zona de obras, llena de barro y convertida en aparcamiento temporal, con una lona cuadrada en el centro que cubría lo que parecía un enorme agujero. Aparcado en una esquina, pero dominando la escena por su altura, había un vehículo oruga para colocar pilares. En medio de aquella desolación correteaba Mortimer, olfateando con entusiasmo objetos y levantando la pata junto a algunos de ellos, vigilado por un hombre de cabello negro que fumaba un cigarrillo. Ambas figuras parecían muy lejanas y pequeñas.

—Ese es Jules —dijo Madiana—. Se encarga del jardín, hace de chófer y algunas otras cosas.

—¿Es el marido de Faustina? —preguntó Rachel.

—Sí. Comerás con ellos en la cocina. La parte de la casa del personal y la parte de la casa de la familia están separadas. Hay puertas que las conectan, pero la única que estás autorizada a utilizar es la del espejo.

—De acuerdo —dijo Rachel—. Lo recordaré.

—Bien. Pero tampoco utilizarás esa puerta —dijo Madiana menos que seas invitada a hacerlo.

Y así empezó la nueva vida de Rachel.

Al principio su rutina era sencilla y sus obligaciones poco exigentes. Pasaba unas horas cada mañana en su habitación siguiendo un curso de ruso por internet, y hacía lo mismo por las tardes con otro de mandarín. De ese modo esperaba poder ir al menos un día por delante de sus alumnas. A las cuatro bajaba hasta la puerta del espejo de la segunda planta, tecleaba el código de cuatro dígitos, penetraba en el reino mágico en el que vivían los Gunn y esperaba a las niñas en el cuarto de estudio. Se pasaban tres horas estudiando y hablando y después Grace y Sophia bajaban a cenar y Rachel volvía a su habitación. Descansaba una hora y bajaba por la estrecha escalera hasta la planta baja, donde estaba la cocina del personal en la parte trasera de la casa. Allí cenaba con Faustina y su marido y después o bien se quedaba a ver la televisión con ellos o volvía a su cuarto a leer o conectarse a internet, o en ocasiones se arreglaba y salía.

La casa era muy grande y tenía un diseño complejo. Tal como le había explicado Madiana, las zonas de la familia y del personal estaban separadas por completo. Había dos cocinas, una pequeña en la parte trasera, en la que el personal se preparaba su comida, y una grande en la parte delantera, donde Faustina preparaba las comidas para los niños y —de manera muy ocasional— para Sir Gilbert, su esposa y sus invitados. Había una puerta que conectaba ambas cocinas, pero solo Faustina conocía el código que la abría. Otra puerta conducía de la cocina del personal a un amplio guardarropa, al fondo del cual había otra puerta cerrada. Solo Jules sabía el código de esta, porque daba a la escalera que bajaba al garaje en el sótano. En circunstancias normales, los Gunn tenían aparcados allí sus cuatro vehículos: un Range Rover, un Rolls-Royce, un Lamborghini y un Bentley R-Type Continental de 1953. Cuando se necesitaba uno de los coches, Jules lo llevaba hasta una plataforma en una esquina del garaje que se elevaba mediante un sistema hidráulico y emergía delante de la casa. Por desgracia, mientras durasen las obras en la propiedad eso resultaba imposible, y entretanto los coches estaban aparcados en otro sitio y Sir Gilbert y Madiana tenían que conformarse con un Mercedes-AMG que habían comprado especialmente para salir del paso durante aquellos meses y que tenían aparcado en un pequeño garaje adicional dos calles más allá, un garaje valorado solo un poco por debajo del medio millón de libras.

Esas obras en la propiedad eran la fuente de las «discusiones» a las que Madiana había hecho alusión mientras le enseñaba la casa a Rachel. Madiana había estado insistiendo a su marido en que la casa de Londres (una de las seis que poseían por todo el mundo) no era lo bastante grande para cubrir las necesidades familiares. Ella quería ampliarla, pero las absurdas regulaciones urbanísticas decían que no podían

elevar más la casa ni podían ampliarla por detrás comiéndose parte del jardín trasero. En otras palabras, el único modo de ganar espacio era hacia abajo.

Muchos otros propietarios de la zona habían llegado a la misma conclusión, así que en los últimos años se había puesto de moda entre los residentes más ricos de Chelsea rediseñar y ampliar los sótanos. Las obras que debían acometerse eran extraordinariamente ruidosas y molestas, pero los vecinos las toleraban por una razón fundamental: porque sabían que cualquier día ellos podían decidir hacer lo mismo. Por lo general solo se acababan poniendo serias objeciones cuando los trabajos de construcción amenazaban con causar daños estructurales en las casas contiguas, y eso es lo que había sucedido en el caso de los Gunn. Los residentes de la casa de al lado (la del número 15) habían presentado una denuncia en la que exponían que desde que los Gunn empezaron a hacer obras en su sótano habían aparecido grietas en algunas de las paredes maestras de su casa. El ayuntamiento había ordenado suspender las obras mientras se investigaba el problema, y Madiana, que tenía planes fastuosos para aquellos niveles subterráneos, estaba indignada y fuera de sí.

Sin embargo, según Jules y Faustina, había un problema mucho mayor sobre la mesa. Le contaron a Rachel que los trabajos se habían detenido no por las protestas de los vecinos, sino por un accidente en las obras. Los detalles eran vagos, pero al parecer uno de los obreros se hallaba en la base del agujero excavado (entonces de unos veinte metros de profundidad) cuando una viga de acero que estaban bajando para completar los cimientos se desprendió del cable que la sujetaba y le cayó encima.

—Qué horror —dijo Rachel—. ¿Y qué le pasó?

Jules negó con la cabeza.

—Murió. Y entonces la inspección de trabajo ordenó parar la obra.

Rachel sintió un escalofrío. Siempre le habían dado miedo los espacios subterráneos, y le angustió la idea de que bajo las elegantes y cómodas habitaciones de la residencia de los Gunn, a solo unos metros de la cocina que utilizaba a diario, se abría ese pozo, ese vacío insondable. Parecía increíble que lo único que impedía que toda la casa se hundiera en él fuera una frágil estructura de vigas y cables de acero. Trató de apartar esa idea de su mente.

Rachel no veía mucho a las niñas los fines de semana. Si Madiana y Sir Gilbert estaban fuera del país, a veces a las gemelas las metían en un avión para que se reunieran con ellos. En otras ocasiones Jules las llevaba en coche a los Cotswolds, donde los Gunn tenían una «casa de campo», en realidad varios edificios de una granja reformados, que incluían un complejo con piscina y sauna que por sí solo ya era el doble de grande que el piso medio del común de los mortales. Mortimer, el golden retriever, a veces iba con ellos a la casa de campo, aunque de vez en cuando se lo olvidaban. La casa de Londres no resultaba muy alegre en los días más relajados: durante los fines de semana, cuando solo estaban Rachel, la criada y su marido, y los trabajos de reforma en las casas vecinas se detenían, se producía un

silencio escalofriante.

Un mediodía a la hora de comer, cuando ya llevaba varias semanas viviendo en la casa de los Gunn, Rachel estaba en la cocina, viendo la televisión. Se había preparado un sándwich y le estaba dando trozos de pollo frío a Mortimer, sentado a sus pies, cansado pero feliz después de volver de su paseo con Livia, la sonriente y pensativa rumana que pasea perros y se lo llevaba cada día para que hiciese ejercicio.

Rachel estaba viendo las noticias del mediodía sin prestar demasiada atención. En esos momentos estaban hablando de la construcción del Crossrail, el nuevo gran proyecto de transporte, diseñado para conectar la City de Londres con las zonas de la periferia del este y el oeste más alejadas de la ciudad, lo cual implicaba realizar una serie de profundas excavaciones en la capital que estaban provocando (de un modo no muy distinto a los trabajos del sótano de los Gunn) un montón de inconvenientes a muchos londinenses. La noticia había llegado de la estación de Liverpool Street, donde al parecer los operarios habían hecho un macabro descubrimiento: veinticinco esqueletos humanos, probablemente del siglo XIV, que permitían intuir que las actuales perforaciones se estaban realizando en un lugar en el que se había enterrado a víctimas de la peste negra.

Y entonces Rachel se encontró con una sorpresa, una grata sorpresa: la experta académica a la que entrevistaban para que comentase el hallazgo era Laura Harvey, su antigua tutora en Oxford. Iba muy elegante, con una chaqueta gris de raya diplomática encima de una blusa blanca de cuello abierto, llevaba el pelo más corto que antaño y tenía un aspecto estudiadamente glamouroso y elegante.

—Entonces, profesora Harvey —le preguntaba el periodista—, ¿usted cree que este hallazgo podría tener no solo un valor histórico, sino también económico?

—Sí —respondió Laura—. Obviamente no me refiero al valor en el mercado de los restos si alguien intentase venderlos. A lo que me refiero es a que hallazgos como este contribuyen al ambiente de misterio que envuelve algunas zonas de Londres, y ese toque de misterio es una de las cosas que atraen a la gente a venir aquí.

—Se refiere a los turistas.

—Sí.

—Y tengo entendido que usted forma parte de un grupo dedicado a asignar un valor económico a fenómenos como este.

—Exacto. Como miembros del Instituto de Evaluación de la Calidad, intentamos cuantificar ciertos aspectos que tradicionalmente se consideraban incuantificables. Sentimientos, por decirlo con otras palabras. Sensaciones de sorpresa, de asombro, incluso de miedo; de hecho, de miedo en particular. Fíjese en lo populares que son las mazmorras de la Torre de Londres.

—*Monetizar el asombro* era el título de su libro sobre este tema, ¿verdad? Pero ese era básicamente un libro sobre películas.

—Bueno, Londres ha servido de escenario para infinidad de películas, y las historias que los cineastas han ambientado en estos lugares se cuentan entre los motivos que atraen a la gente a venir aquí. Por ejemplo, lo que se ha descubierto hoy en Liverpool Street recuerda poderosamente a lo que se cuenta en varias películas ambientadas en Londres. Estoy pensando en *El experimento del Dr. Quatermass* de los años sesenta, en la que un equipo de obreros que están horadando el túnel de una nueva línea de metro desentierra, entre otras cosas, un esqueleto humano; o *Subhumanos*, rodada unos años después, en la que una estación de metro en desuso se convierte en el refugio de una colonia de caníbales. No importa si la gente ha visto o no estas películas, forman parte de nuestro inconsciente. Nos explican algo importante sobre Londres: que nunca estamos seguros de qué tenemos bajo nuestros pies. Existe esa sensación de que si cavamos demasiado profundo bajo la superficie de Londres, tal vez desenterremos algo siniestro, algo horrible. A la gente esta idea le parece terrorífica, por supuesto, pero también le resulta bastante excitante.

—Por último, doctora Harvey, ¿se atrevería a darle un valor, un valor económico, al descubrimiento de hoy en Liverpool Street?

—Sí, por supuesto. Hemos desarrollado un algoritmo para generar una estimación rápida y grosso modo de este tipo de hallazgos, teniendo en cuenta todos los factores históricos, culturales y literarios, y estimamos que el descubrimiento de estos restos humanos probablemente añada un valor de 1,2 millones de libras al conjunto de Londres.

—Fascinante, profesora Laura Harvey, muchas gracias. Y ahora pasamos a otro asunto, ¿cómo deberíamos afrontar el problema de los yihadistas entrenados en técnicas de guerra que regresan al Reino Unido? Nos vamos a Dinamarca, donde están probando un enfoque completamente diferente para este problema...

—Es estupendo volver a verte, Rachel —dijo Laura—. Gracias por llamarme.

—Debería haberlo hecho hace mucho tiempo —se disculpó Rachel—. Pero ya no estaba segura de dónde trabajabas. Y de repente ha sido todo un shock verte por televisión...

—Bueno, la verdad es que estoy un poco avergonzada de eso.

—¿Por qué? A mí me ha parecido que lo hacías muy bien. Segura de ti misma y elocuente.

—Sí, pero... este nuevo papel público que parece que se me adjudica me provoca sentimientos muy ambivalentes.

Removió su capuchino y dio un sorbo con prudencia. Estaban sentadas en la Sala Housman, el club para profesores y doctorandos del Colegio Universitario de Londres, una tranquila mañana de jueves en que apenas había gente. Era un lugar luminoso y agradable, con coloristas lienzos abstractos colgados de las paredes y la luz otoñal colándose por la cúpula de cristal. Plácidamente sentada en una de las cómodas butacas de cuero, Laura parecía sentirse como en casa. Llevaba ya dos años como docente en esa universidad y la materia que impartía —era profesora de pensamiento contemporáneo— dejaba claro que había ido expandiendo sus horizontes académicos desde que fue profesora de Rachel en Oxford.

—En esencia —dijo—, he hecho un pacto con el diablo. El diablo en este caso fue Lord Lucrum. Era el decano de nuestro college, ¿lo recuerdas?

—Sí, por supuesto. ¿Ya no lo es?

—No. Renunció hace unos meses, para poder dedicar más tiempo a sus comités. A uno de los cuales, para mi absoluta sorpresa, me pidió que me incorporase. Había leído mi libro, o hizo que alguien se lo resumiera. Muy sorprendente, en cualquier caso, porque no se me pasó por la cabeza que un libro de artículos sobre películas británicas apenas conocidas pudiese interesar a nadie que no fuesen los escasos fanáticos del asunto como mi difunto marido. Pero creo que, más que ninguna otra cosa, fue el título lo que le llamó la atención.

—¿Ese comité tiene algo que ver con esa institución que mencionaste en la entrevista...?

—Exacto. El Instituto de Evaluación de la Calidad, que él dirige. Suena bastante inofensivo, ¿verdad?

—¿No lo es?

—Se remonta —dijo Laura— a los años ochenta, cuando Henry Winshaw presidía una comisión evaluadora del Sistema Nacional de Salud. La idea era, básicamente, privatizarlo, aunque por supuesto nadie iba a admitir tal cosa de forma abierta. Entonces él tuvo una gran idea: que la calidad de la vida humana podía ser

tasada. Que se le podía poner un precio, para utilizar un término más correcto. Es decir, que había intervenciones médicas cuyo equilibrio coste-beneficio era mejor que el de otras. Lord Lucrum, o David Lucrum, como se llamaba en aquel entonces, era un asesor de gestión de nivel relativamente bajo que formaba parte de ese comité. Adoraba a Henry Winshaw, lo idolatraba, y hoy en día la gente lo ve como una suerte de heredero espiritual. Sigue siendo asesor del gobierno para la reforma del sistema sanitario. Y en cuanto a su nuevo instituto, forma parte de la misma jugada para valorarlo todo en términos monetarios. Quieren que gente como yo, procedente del mundo del arte y las humanidades, se una a la comisión como parte del proceso.

—Jamás hubiera pensado —dijo Rachel, eligiendo las palabras con cuidado— que pudieras sentirte cómoda sentándote alrededor de una mesa con esa tropa.

—Entiendo a qué te refieres, pero intento verlo desde un punto de vista diferente. Estamos hablando de gente que es completamente incapaz de valorar si una cosa es importante a menos que se le pueda poner un precio. Así que en lugar de permitir que descarten del todo..., bueno, las emociones humanas, considerándolas algo sin ningún valor, creo que es mejor que se incorpore alguien como yo e intente aportar algo. Actúo como una especie de abogado defensor. Así que hemos acuñado un nuevo término, «valor hedonista». Con él nos referimos a lo que se siente, pongamos, al contemplar un hermoso paraje de la costa. E intentamos probar que lo que se siente de hecho vale unos miles de libras, o que, en el otro lado de la balanza, el dolor de una viuda podría llegar a costar diez mil libras a la economía nacional. De este modo, al menos conseguimos que reconozcan estos sentimientos. Al menos admiten su existencia.

Rachel pensó en ello y dijo:

—¿Sabes lo que empiezo a pensar? Me estoy empezando a dar cuenta de que a nuestro alrededor hay gente que desde fuera parece normal, pero cuando empiezas a entender cómo son en realidad, te percatas de que no son como el resto de nosotros en absoluto. Son como androides o zombis o algo así...

—Ah, sí. *Caminan entre nosotros...* —Laura alzó la vista para saludar a un joven que pasó junto a ellas camino de la cafetera—. ¡Jamie! ¿Te quieres unir a nosotras?

—Ejem..., claro. ¿Seguro? ¿No interrumpo nada?

—En absoluto. Siéntate con nosotras.

Mientras Jamie se servía su café, Laura puso a Rachel en antecedentes:

—Es uno de mis estudiantes de posgrado. Un chico muy brillante. Y además es un encanto. Creo que deberíais conocerlos.

Rachel empezó a contarle a Laura lo de su nuevo trabajo: la repentina llamada telefónica, el desconcertante tránsito de Leeds a un safari sudafricano, la absurda opulencia de su nueva casa, la tarea digna de Sísifo de conseguir extirparle a Lucas su arrogancia, su complicada relación en fase de construcción con Grace y Sophia, las glaciales hijas gemelas de los Gunn. Jamie se unió a ellas en mitad de su descripción y, como Laura, pareció intrigado por esta privilegiada intromisión en el impenetrable

mundo de los superricos.

—¿Y qué tal te tratan? —quiso saber Jamie—. ¿Cómo a una igual, o como a un miembro de la servidumbre?

Rachel dudó. No solo era una pregunta difícil de responder, sino que acababa de percatarse de un detalle sobre Jamie: era perturbadoramente guapo.

—A medio camino entre una cosa y otra, supongo —respondió, esforzándose por centrarse—. Está claro que no soy una persona a la que en otras circunstancias le hubieran siquiera dirigido la palabra, pero en cierto modo, no sé, parece haber un extraño... respeto hacia mi persona.

—Porque probablemente para ellos representas algo muy valioso —dijo Laura—. Has estudiado en Oxford. Me has dicho que esa mujer se crio en Kazajistán y trabajaba como modelo. Ahora intenta integrarse en la sociedad británica, justo en la cima de ella. Ya tiene prácticamente todo lo que se puede comprar con dinero, pero tú representas algo muy diferente, intangible, lo que ella desea: tradición, cultura, prerrogativas, historia. Lo que quiero decir es que dudo que tú te veas así, pero probablemente es como te ve ella. Es como Lord Lucrum y su comité; esa mujer ve algo que existe fuera del mercado y el único modo en que sabe reaccionar es tasándolo con un precio. La educación británica, cierto tipo de educación británica, es uno de los pocos activos que nos quedan y, como todo lo demás, estamos dispuestos a vendérselo al mejor postor. Créeme, en mi trabajo he visto cómo sucedía montones de veces en los últimos años.

—Tengo la sensación —dijo Rachel— de que por un lado está mi mundo y por otro el suyo, y los dos coexisten y están muy pegados, pero no se puede pasar del uno al otro. —Sonrió—. A menos, claro, que utilices la puerta mágica.

—¿Qué puerta mágica? —preguntó Jamie.

—Bueno, es como la llamo yo. Es la única manera de cruzar de mi lado de la casa al suyo. Parece un espejo enorme. Un espejo que puedes atravesar.

—Como Orfeo —dijo Laura—. En la película de Cocteau.

Ni Rachel ni Jamie entendieron la referencia. Laura tuvo que explicarles que, en la reelaboración de Cocteau de la leyenda de Orfeo, el poeta era capaz de acceder al inframundo a través de un espejo que se volvía líquido cuando se colocaba encima. La pareció significativo que ninguno de los dos hubiese visto una película rodada en 1950 que, hasta hacía poco, se consideraba famosa.

—Sé que Roger hubiera llegado a esta conclusión —dijo—: vosotros no os tomáis la molestia de ver estas grandes películas antiguas porque tenéis demasiadas cosas entre las que elegir. En los viejos tiempos las hubierais visto porque no pasaban otra cosa por televisión y no había nada más que hacer.

—¿Qué tal está Harry? —preguntó Rachel, que recordó la vida familiar de Laura al mencionar ella a su marido.

—Está bien —dijo Laura—. Le va bien en su nuevo colegio. —La respuesta fue seca, como antaño; no parecía querer hablar o siquiera pensar demasiado en su hijo.

Dejó a un lado el tema enseguida—. En cualquier caso, si quieres oír algo sobre mundos diferentes que colisionan, deberías preguntarle a Jamie dónde estuvo este fin de semana.

—¿En serio? —dijo él, lanzando una mirada suplicante—. ¿Rachel tiene que enterarse? Acabamos de conocernos.

—Pero tienes que contarle lo que sucedió. Es la cosa más dulce que he oído en mi vida.

—Me da vergüenza.

—No deberías sentir vergüenza. Saliste muy airoso. Y si tienes suerte, ella lo convertirá en uno de sus relatos. Cuando yo era su profesora en Oxford, escribía relatos. Muy buenos, por cierto.

Rachel se sonrojó, encantada con el cumplido. Y se moría de curiosidad, de modo que Jamie se dio cuenta de que, le gustase o no, tendría que contárselo.

—De acuerdo. Pues resulta que el pasado fin de semana —empezó, todavía con una palpable reticencia— se casaba un amigo mío, y la noche antes salimos todos a celebrar su despedida de soltero. Fuimos a un local de striptease. La elección no fue cosa mía. Nunca en mi vida había estado en un sitio de esos, ni los conocía ni me interesaban lo más mínimo, de manera que no estaba en absoluto preparado para la experiencia. Antes de que supiese qué sucedía, una mujer increíble, con una figura espectacular, el tipo de mujer que en circunstancias normales ni me miraría, se me sienta en el regazo, más o menos desnuda, me rodea con sus brazos, meneando las caderas y mirándome a los ojos. Y yo siento que algo..., bueno, debo hacer. Que debo dar algún tipo de respuesta. Tengo la sensación de que debo decir algo.

—¿Y qué dijiste? —preguntó Rachel—. ¿«Eres guapísima»? ¿«Muchas gracias, aquí tienes cincuenta libras»?

—No —respondió Jamie—. Ahora veo que esas hubieran sido las palabras adecuadas. Pero en lugar de eso le hice una pregunta.

Hizo una larga pausa.

—Adelante.

—Le pregunté si ella y las otras chicas... pertenecían a un sindicato.

Rachel se quedó mirándolo, con la duda de si lo había entendido bien.

—La verdad es que el tema me interesaba, quería saber qué tipo de derechos laborales tenían y si estaban sindicadas. Me pareció una buena manera de iniciar una conversación.

Bajó la mirada, como pidiendo disculpas, y se concentró en el vacío de su taza de café. Laura esperó a ver la reacción de Rachel, y enseguida las dos mujeres se estaban partiendo de risa y no podían parar. La facilidad con la que él se les unió, riéndose de sí mismo, fue adorable. Rachel decidió en aquel mismo instante que no iba a marcharse de la Sala Housman esa mañana sin conseguir su número de móvil.

En la estación de Euston, Lucas se volvió hacia Rachel y le tendió la mano. Durante un momento ella pensó que había estado a punto de darle un beso en la mejilla —después de todo, habían pasado el día entero juntos—, pero al final él optó por el gesto más formal de estrecharle la mano. Había que preservar el delicado equilibrio de la relación tutora-pupilo, pensó ella.

—Bueno, gracias, Rachel —le dijo él—. Ha sido un día muy... instructivo.

—¿Instructivo?

—Sí. Bueno, así de improvisado no se me ocurre otra palabra.

Rachel y Lucas habían pasado el día juntos en Birmingham, ayudando en un banco de alimentos en King Norton. A ella se le había ocurrido la idea esa misma semana, cuando cayó en la cuenta de que Lucas pasaría con ellos la mayoría de los diez días de vacaciones de final de trimestre y que, aparte de sus deberes escolares, no tenía gran cosa que hacer. Pensó que le abriría los ojos estar en contacto directo con familias que sufrían pobreza alimenticia, y le fue fácil organizarlo; eligió Birmingham más o menos al azar, porque ofrecía un contraste muy claro con la realidad social y de diversidad étnica de Windsor, y se las apañó para prepararlo todo con un par de emails.

—Lo que quiero decir —comentó Lucas tartamudeando— es que lees sobre estos sitios, sabes que existen, pero no todo el mundo tiene las narices de visitarlos.

—Bueno, supongo que cada banco de alimentos es diferente —dijo Rachel—, pero al menos ahora tienes una idea general...

—Bueno..., de hecho yo me refería a Birmingham. Pero sí, los bancos de alimentos también, quiero decir que es guay saber cómo funcionan y todo ese rollo.

—Perfecto. Bueno, no hagas esperar a tus amigos.

—No.

—¿Dónde habéis quedado?

—No muy lejos de aquí. En la última planta del Centrepoin. Probablemente pillaré un taxi.

—Bueno, apuesto a que ellos no se habrán pasado el día preparando raciones de cereales, zumo de naranja y chocolate caliente. No olvides enseñarles las fotos. Apuesto a que se quedarán impresionados.

—Sí, supongo que se partirán de risa. Lo haré.

—Muy bien.

Lo despidió con un gesto de la mano y contempló cómo la alta silueta de Lucas era absorbida por la multitud de viajeros.

Rachel tomó el metro para regresar a Turngreet Road, pero se apeó varias paradas antes, en Knightsbridge, para dar un paseo por esas calles tranquilas y vacías

reflexionando sobre los acontecimientos del día. Para intentar asimilar lo raro que había sido todo. Lucas prácticamente enmudeció en cuanto llegaron a la estación de Birmingham New Street. Tal vez fue por instinto de supervivencia, porque en el cercanías que los llevó hasta Kings Norton, y no digamos ya en el propio banco de alimentos, su acento hubiese llamado escandalosamente la atención. Pero Rachel temía que hubiera algún otro motivo. Volvió a pensar en sus amigos «partiéndose de risa» mientras les enseñaba las fotos de la visita, y ella sabía que en cierta medida a él toda esa historia no le había parecido instructiva, sino divertida. Rachel sospechaba que a Lucas todo, desde el delantal verde botella de los voluntarios hasta las latas de fruta y verdura almacenadas en las estanterías del almacén, le había parecido primero exótico, después de algún modo pintoresco y adorable, y finalmente cómico. Cuando los recibió Dawn, la entusiasta directora del centro, a él su acento local le resultó tan difícil de entender que Rachel tuvo que traducirle lo que decía. Después, había que decir en su favor que había mantenido la compostura, trabajó sin quejarse y se pasó la mayor parte del día en la habitación trasera preparando paquetes sin dejar caer en ningún momento que en su otra vida secreta era alumno del colegio privado más famoso del país. Sin embargo ahora, después de haberse pasado el día trabajando duro en un sitio no precisamente glamouroso sin ponerse en evidencia ni incomodar a nadie de los que lo rodeaban, tenía la ventaja de poder dejar atrás la experiencia sin siquiera tener que volver a pensar en ella. En el tren de vuelta a casa apenas abrió la boca, permaneció con los ojos clavados en su iPhone 6, embelesado con algún grupo de chat o con algún juego. No es que Rachel esperase que su visión del mundo cambiara por completo en unas pocas horas, pero sí pensaba poder oírle alguna reflexión, algún comentario sobre el impacto de descubrir que, pegados a su mundo protegido, existían lugares como ese porque eran necesarios. Pero si a Lucas se le pasó por la cabeza alguna reflexión de este tipo, optó por no expresarla.

En cuanto a la propia Rachel, había pasado el día en el mostrador, entregando los paquetes de comida a abatidas y monosilábicas mujeres (eran en su mayoría mujeres) a cambio de sus vales. Y fue allí donde sucedió algo extrañísimo.

—¡Dos-cuatro-uno! —llamó, y mientras entregaba la bolsa de papel se percató de que conocía a la persona que se había acercado a presentarle el vale. Era Val Doubleday, la madre de Alison.

—¡Hola, Val! —la saludó—. Eres Val, ¿verdad? —La mujer no dio muestras de reconocerla—. Soy Rachel. Ya sabes, la amiga de Alison en Leeds.

Val parecía confusa, más que confusa. El impacto de toparse con alguien de otra ciudad, de su pasado lejano, en aquel lugar y en aquellas circunstancias, pareció dejarla sin habla. Lo que debería haber sido un grato reencuentro se transformó en una escena terriblemente incómoda. Cuando Rachel preguntó por Alison, recibió una respuesta forzada y poco convincente: «Le va bien»; después anotó su email en un trozo de papel y se lo entregó a Val, mientras le explicaba que estaba en Birmingham de visita por un día.

—Oí que hace unos años estuviste en un programa de televisión —añadió—. Siento habérmelo perdido. Acababa de empezar la uni y, ya sabes, el primer año no tienes tiempo para ver la tele... ¿Sigues cantando?

Val no respondió. Lo único que dijo, hablando atropelladamente, fue:

—No recojo esto para mí. Es para mi vecina..., es muy anciana y ya no puede salir...

—Claro —dijo Rachel.

—Saluda a tu madre de mi parte, ¿de acuerdo? —le pidió Val. Y se marchó sin mirar atrás. De hecho, no llegó a establecer contacto visual con Rachel en ningún momento.

Rachel vio cómo se alejaba, preguntándose qué acababa de suceder. No salió de su ensimismamiento hasta que apareció Dawn desde el almacén con la última bolsa, después de haber encontrado al parecer una momentánea fisura en el muro de prudente silencio de Lucas.

—Me encanta tu amigo —le dijo—. Es divertidísimo. ¿Sabes cómo ha llamado a esto? —Sacó un bote de café descafeinado de la bolsa y dijo, imitando maliciosamente el sarcástico tono cansino de Lucas—: «Si quieres saber mi opinión, esto es una bebida estilo Mickey Mouse.»

Si parecía difícil hacer cambiar a Lucas, las gemelas, Grace y Sophia, presentaban un reto de proporciones similares. Rachel no sabía qué hacer con ellas. Eran muy inteligentes, eso saltaba a la vista. También tenían mucha determinación. Asimilaban los nuevos idiomas muy deprisa, tanto que a la propia Rachel le costaba seguir su ritmo. En el colegio al que iban las clases tenían un número reducido de alumnos y de manera regular, semanalmente, pasaban controles sobre la mayoría de las materias. Las gemelas estaban muy atentas a sus resultados y les faltaba tiempo para contarle a Rachel si habían quedado primeras, segundas o terceras en los rankings. (Rara vez quedaban por debajo.) Jugaban a intrincados juegos con sus PlayStations y veían series de humor americanas en sus iPads, a menudo siguiendo los diálogos con más concentración que disfrute. Rachel les leía cada noche después de las clases, pero le resultaba difícil encontrar historias que les interesasen, y a menudo las reacciones de las gemelas la dejaban perpleja. En una ocasión intentó leerles uno de sus relatos favoritos, *La puerta en el muro*, de H. G. Wells. Cómo podían no emocionarse, pensó, con la historia de un niño que a los cinco años encuentra una puerta en el muro de una calle cualquiera de Londres y descubre que da acceso a un jardín mágico; una puerta que jamás volverá a encontrar, un jardín que nunca volverá a visitar, pese a toda una vida de esfuerzos y anhelos por recuperarlo. Le gustaba hacerles preguntas a medida que les iba leyendo, para asegurarse de que entendían lo que escuchaban, y cuando tras haber sido expulsado del jardín y regresar al «mundo gris» de Londres, el niño admitía años después que «al tomar conciencia de todo lo que me había sucedido, me invadió un pesar ingobernable», Rachel les preguntó:

—¿Por qué creéis que llora?

La respuesta de Sophia fue de las difíciles de olvidar:

—Porque es débil —dijo con absoluta serenidad.

¿Estaban Sir Gilbert y Madiana contentos con los progresos de Rachel con sus hijos? Era difícil decirlo. En primer lugar, porque ella nunca estaba del todo segura de cuándo estaban en casa, si es que su residencia londinense era su «casa» en todo el sentido de la palabra. En la parte del edificio que ocupaba Rachel había cámaras de vigilancia por todas partes, aunque gracias a Dios no en su dormitorio ni en el baño, al menos hasta donde ella podía comprobar, pero sí en la cocina y en todos los tramos de escalera y en cada rellano. Las imágenes de esas cámaras las podían visualizar Sir Gilbert y Madiana en sus smartphones y tablets desde cualquier parte del mundo en que estuviesen, y en todo momento sabían si Rachel estaba en casa o había salido. Pero no había reciprocidad. Sus patronos solo la informaban de sus movimientos cuando era estrictamente necesario, lo cual en la práctica significaba que Rachel no tenía modo de saber si estaban o no en casa. Cuando estaban, apenas hacían ruido, y

la presencia de luces en las ventanas no significaba nada, porque por motivos de seguridad las lámparas estaban programadas para encenderse de manera automática sin un patrón fijo, tanto si había alguien en el edificio como si no.

Por eso una noche de finales de noviembre para Rachel fue una sorpresa ver fugazmente a Sir Gilbert cuando ella salía de la casa por la puerta trasera (como siempre) y pasaba junto al material de construcción abandonado en el jardín camino de la puerta delantera y de su cita con Jamie. Su patrono estaba de pie entre las columnas griegas en lo alto de la escalinata despidiéndose de otro hombre al que le estrechaba la mano. Como la puerta de la valla estaba cerrada y el individuo bajó rápido por la escalera para alcanzarla, Rachel descubrió que era Frederick Francis.

—Vaya, hola —la saludó, de nuevo alargando la palabra con ese tono irritantemente seductor. No se habían vuelto a ver desde el viaje al parque nacional Kruger.

—Hola, Frederick —dijo Rachel, frenándose a tiempo para no caer en la familiaridad de la abreviación.

—Vaya caos, ¿verdad? —comentó él, observando el batiburrillo de escaleras, taladradoras, mampostería, herramientas y hormigoneras que los obreros habían dejado allí.

—Creo que ya me estoy acostumbrando —comentó Rachel, mientras abría la puerta provisional y salía a la calle atravesando la valla.

—Claro —dijo Freddie, apresurándose para no rezagarse—. Tengo entendido que estás aquí instalada.

—Bueno, encantada de verte de nuevo —le dijo ella, ya a punto de enfilar calle abajo.

—Espera un momento, ¿adónde vas?

—Tengo una cita.

—¿Vas hacia el West End?

—Al Soho.

—Bueno, Jules me va a llevar en esa dirección. Podemos acercarte.

—Mejor no.

—Oh, vamos, es un trayecto gratis. No seas tan puritana.

Lo cierto es que Rachel necesitaba ahorrar, aunque fuesen unas libras de su tarjeta de metro. Aceptó que la acercasen y se acomodó con un suspiro involuntario en el mullido asiento de cuero de la parte trasera del Mercedes. No pudo evitar fijarse en que el cuero estaba templado, un detalle que se agradecía dado que la noche invernal era muy fría.

—Será mejor que no me ponga muy cómoda —dijo—. Sería un error acostumbrarse a este nivel de lujo.

—Al contrario —dijo Freddie—. Creo que sería estupendo que te acostumbrases. Todo el mundo debería darse un paseo en un coche como este al menos una vez en la vida. Así tendrían algo a lo que aspirar.

—Sí, es verdad —admitió Rachel.

Miraba por la ventanilla mientras el coche ronroneaba en dirección norte, por los Boltons y Brompton Road. Le sorprendió la claridad con que veía el exterior porque antes de subir los cristales le habían parecido completamente opacos.

—¿Y quién es el afortunado con el que has quedado esta noche? —preguntó Freddie.

—¿Vienes a la casa a menudo? —quiso saber Rachel, sin apartar la vista de las casas que pasaban ante la ventanilla—. No te había visto nunca.

—Soy muy discreto —dijo Freddie—. Aparezco y desaparezco por arte de magia. —Cuando vio que el comentario no surtía efecto, añadió—: Así que... despierto tu curiosidad. Me siento halagado.

—No lo hagas. Este trabajo me deja mucho tiempo libre. En algo tengo que pensar.

Desanimado por la respuesta, Freddie guardó silencio.

—Busqué tu nombre en Google —dijo Rachel, con el tono más neutro que fue capaz de encontrar.

—¿En serio? ¿Y qué descubriste?

—Sobre todo información sobre un director de cine inglés. En cuanto a ti..., bueno, la verdad es que muy poca cosa.

—Como debe ser.

—Encontré el nombre de la empresa para la que trabajas. Pero no encontré gran cosa sobre a qué te dedicas.

—La información sobre mí no es pública.

—Pero sí me fijé en una cosa. Leí que habías trabajado para un banco de inversión llamado Stewards. Y, según la Wikipedia, Sir Gilbert también.

—Vaya, vaya. Así que tenemos a una auténtica ciberdetective entre nosotros. Así fue como nos conocimos, claro está. Trabajando en el departamento de inversiones de ese banco. A finales de los ochenta. —Suspiró—. Ah, qué tiempos aquellos. —El coche estaba parado en un semáforo, esperando para girar a la izquierda por Cromwell Road. Jules escuchaba Magic FM a un volumen nada invasivo—. El jefe de Stewards en aquel entonces era Thomas Winshaw. Un personaje legendario. A los gestores de carteras nos trataba como si fuésemos sus hijos favoritos. Los hijos que nunca tuvo. Gil, por supuesto, era el número uno. Yo era bueno, pero carecía de su olfato, de sus nervios de acero. La compra de divisas era su fuerte. Sus operaciones eran cada vez más y más audaces..., quiero decir que si nos hubiésemos parado a pensar en ello, cosa que nunca hicimos, la verdad es que en ocasiones ponía en serio riesgo todo el capital del banco, pero Thomas confiaba en él, le dejaba hacer, y en 1992 cerró una operación enorme, quiero decir realmente enorme, apostando a que la libra se desplomaría en el sistema de divisas europeo. Y eso, por supuesto, fue lo que sucedió. Lo llamaron miércoles negro, para mucha gente fue un mal día, un día nefasto. Pero no para Gilbert. ¡Dios mío, cómo lo celebramos todos esa noche!

Debimos de gastarnos treinta mil libras solo en champán. Hicimos un brindis tras otro por Thomas, que obviamente por aquel entonces ya no estaba entre nosotros. Había fallecido el año anterior, en horribles circunstancias. Pero eso no nos frenó. Nos hizo más temerarios que nunca; de hecho, más decididos.

»Un par de años después —continuó Freddie mientras el coche se abría camino entre el tráfico de Knightsbridge, deslizándose sin aparente esfuerzo entre vehículos más lentos y de menos potencia—, los dos nos estábamos empezando a hartar de los mercados bursátiles. En ese mundo uno se quema muy rápido. Gilbert creó Gunnery Holdings y empezó a comprar y vender empresas. Después entró en el mercado inmobiliario. Se expandió y se diversificó. A esas alturas disponía de una gran fortuna para invertir, una fortuna inmensa. Yo, en cambio, seguía en Stewards, un poco estancado, cada vez más incómodo. Y una noche quedé con él para tomar una copa en un club privado. Cogimos una buena curda, hablamos de un montón de cosas. Y me di cuenta de que, pese a que las cosas le iban tan bien, no era feliz.

—Tal vez estaba desarrollando una conciencia —dijo Rachel.

Freddie sonrió.

—Adivina qué le pasaba.

—No lo sé —dijo Rachel—. ¿Qué podía hacerlo infeliz?

Si había alguna ironía en la pregunta, Freddie no la pilló.

—Bueno, muy sencillo. Consideraba que pagaba demasiados impuestos.

Rachel resopló.

—Oh —continuó Freddie—, no debería sorprenderte. Da igual lo generoso que sea el gobierno, lo mucho que bajen la fiscalidad por la parte alta, si ganas diez millones al año, extiendes un cheque anual de cuatro millones de libras a la Agencia Tributaria. Da igual lo rico que seas. Es un pastón. Y duele pagarlo.

—Siento verdadera lástima por él —dijo Rachel.

—No era un caso aislado. Me di cuenta de que un montón de gente de su posición pensaba lo mismo, aunque no es que hubiese en el Londres de aquel entonces muchos británicos tan ricos como Gilbert. De modo que decidí que ahí estaba el futuro. Al menos mi futuro.

—Evasión fiscal. Encantador.

—Gestión fiscal es como prefiero llamarlo.

—Desde luego. ¿Y eso dónde se aprende? ¿Te matriculas en un curso?

—Bueno, opté por lo que me pareció el camino más fácil y evidente. Me puse a trabajar durante algún tiempo para el Ministerio de Hacienda.

—¿Te hiciste inspector de Hacienda?

—Parecía el mejor modo de aprender los entresijos del sistema. Te sorprendería saber cuántos inspectores dejan hoy en día su trabajo en Hacienda y se van directos a la City para ofrecer sus servicios como asesores independientes. Pero yo fui de los primeros. Yo abrí el camino.

—Tu madre debe de estar orgullosísima.

Freddie empezaba a cansarse del sarcasmo de Rachel.

—El chico con el que has quedado esta noche —le dijo—, ¿a qué se dedica?

—Es estudiante de posgrado —respondió ella—. Está escribiendo una tesis sobre *El hombre invisible*. —Notó la expresión confundida de Freddie—. De H. G. Wells.

—¿Toda una tesis —dijo, incrédulo— sobre un libro?

—Analiza la invisibilidad como metáfora —le aclaró Rachel, sin saber muy bien por qué se molestaba en explicárselo— para hablar de política. Cómo la gente se convierte en invisible cuando el sistema los pierde de vista.

—Parece que ha descubierto un auténtico hueco en el mercado.

—No todo el mundo piensa en «el mercado» cuando decide qué hacer con su vida. —Se inclinó hacia delante y se dirigió al chófer—. ¿Me puedes dejar aquí, Jules?

El coche se desvió hacia el bordillo y se detuvo sin el menor ruido.

—Bueno, avísame cuando gane el primer millón —dijo Freddie—. Le ayudaré a reducir su carga fiscal.

—Un placer hablar contigo —dijo Rachel, y le dio las gracias a Jules y se despidió de él antes de apearse del coche y sumergirse entre la multitud de turistas que avanzaba por la concurrida Shaftesbury Avenue, feliz de volver a estar rodeada de gente a la que se veía capaz de entender.

—¿Te lo pasaste bien con tu novio anoche? —preguntó Livia.

—Muy bien, gracias —dijo Rachel sonriendo, pero no le dio ningún detalle. Le parecía que todavía no había tanta confianza entre ellas.

Era su tercer paseo juntas, y el más largo. Ese día Livia llevaba tres perros: Mortimer y un par de terriers airedale que había recogido de un apartamento en un bloque de lujo en Gloucester Road. Llevaron a los perros a Hyde Park, los dejaron sueltos cerca del estanque circular y después, cuando ya habían correteado hasta quedar casi exhaustos, dieron un paseo hasta la Serpentine Gallery. En ese momento estaban cruzando West Carriage Drive y se dirigían al café. Era una mañana de principios de diciembre luminosa y soleada, pero terriblemente fría. Parecía que ese día por el parque solo paseaban mujeres con sus perros; ya se habían cruzado con Jane, la reina de las paseadoras caninas, que a veces llevaba hasta diez ejemplares a la vez. Esa mañana sus perros se mostraban inquietos y revoltosos, así que no pudieron pararse mucho rato a hablar con ella. Ahora Mortimer y los airedale parecían cansados y con ganas de beberse un cuenco de agua.

A Rachel Livia cada vez le caía mejor. Había estudiado música. Tocaba en un cuarteto de cuerda que daba de vez en cuando recitales en Londres, pero evidentemente con eso no ganaba nada, y pasear perros le proporcionaba el grueso de sus ingresos. Tocaba el chelo y a oídos de Rachel su propia voz tenía cierto toque de chelo, con algo de su profunda sonoridad y matices melancólicos. Hablaba con parsimonia y cautela, con un fuerte acento rumano que en ocasiones hacía un poco difícil entenderla.

—¿Recuerdas a esa mujer de la que te hablé? —le dijo, ya sentadas en el cálido interior del café y con dos caros cafés con leche ante ellas—. La que tiene el mismo tipo de cáncer que tu abuelo.

—Sí —dijo Rachel—. La recuerdo. Me dijiste que había salido del hospital y estaba mucho mejor.

—Exacto. Bueno, la semana pasada me volvió a pedir que le pasease al perro. Tiene un galgo afgano espectacular que se llama William. La mujer vive en una casa entre Kings Road y el río. Una parte muy bonita de Chelsea. La casa es pequeña, pero creo que vale varios millones de libras. Mi clienta, que se llama Hermione, es aristócrata, creo. Es duquesa o baronesa o algo por el estilo, la verdad es que no entiendo muy bien qué significan esos títulos en este país. En cualquier caso, como te dije la última vez, hace casi dos años le diagnosticaron un cáncer de hígado y solo le dieron unos meses de vida. Lo mismo que le han dicho a tu abuelo. No querían aplicarle quimioterapia, ni radioterapia ni nada de eso. Pero cuando fue al hospital, la visitó un médico que le dijo que había nuevos fármacos que podían ayudarla. No

curarla, pero sí hacérselo más soportable. Así que la semana pasada le pregunté cómo se llamaban esas medicinas y me dijo que le estaban dando una que se llamaba cetuximab. Y me contó que le había ido muy bien. Había hecho desaparecer muchos de los síntomas y no tenía demasiados efectos secundarios. Evidentemente, sigue teniendo cáncer, sobre eso no se puede hacer nada, pero se lo diagnosticaron hace dos años y desde entonces ha tenido una calidad de vida buena, muy buena. Acaba de volver de visitar a unos amigos en París y ahora va a pasar las navidades en Roma con su hija.

—Suenan muy bien —dijo Rachel.

—¿Vas a ver pronto a tu abuelo?

—Sí, lo veré por Navidad. No sé si estará en casa o en el hospital. Pero esté donde esté lo veré.

—Entonces quizá le podrías preguntar a su médico si le puede recetar alguno de esos medicamentos.

—Lo haré —dijo Rachel—. Merece la pena intentarlo, ¿no?

El trimestre escolar de Grace y Sophia acabó dos semanas antes de navidades. Más o menos al mismo tiempo, Lucas volvió de Eton y contó que su entrevista para el ingreso en Oxford había sido todo un éxito. (Con la llegada del Año Nuevo se enteraría de que había conseguido una plaza en el Magdalen College de Oxford y en agradecimiento le regalaría a Rachel un caro cuaderno con tapas forradas de lino de una papelería veneciana.) Madiana informó a Rachel de que probablemente no requerirían sus servicios hasta principios de enero y que por lo tanto podía volver a su casa.

A su abuelo lo habían trasladado a un hospital para enfermos terminales en las afueras de Beverley. Era un edificio funcional de ladrillo construido en la década de 1970, rodeado de una hectárea de césped que la tarde en que Rachel hizo su primera visita estaba cubierto de una irregular capa de nieve. La acompañaban su madre y su abuela. Habían hecho una parada en el supermercado local para comprar varios recipientes de ensalada de frutas, porque a la abuela le preocupaba que el abuelo no comiese suficiente fruta. Cuando a media tarde estacionaron el coche en el concurrido aparcamiento, la luz del sol de diciembre ya empezaba a desvanecerse. La fina nevada se estaba convirtiendo en aguanieve. Rachel cogió a su abuela del brazo, notó su huesudo codo incluso a través del grueso abrigo de tweed, y la sostuvo mientras arrastraba los pies con parsimonia y sumo cuidado por el asfalto helado. Les llevó un buen rato hacer el recorrido desde el coche hasta la entrada, de la que emanaba un resplandor amarillento y la promesa de calidez; lo suficiente para que Rachel tuviese tiempo de pensar en la desoladora tristeza de la situación, pero también —una vez más— en su inevitabilidad. Recordó el susurro que había oído entre las ramas del ciruelo hacía unos meses.

En cuanto al aspecto del abuelo, esperaba lo peor y eso fue con lo que se encontró. Estaba sentado en la cama, en una sala con otros cinco pacientes. Él era, sin ninguna duda, el que parecía más enfermo. Había perdido tanto peso que los huesos de la zona del cuello y el pecho se le marcaban ostensiblemente allí donde la chaqueta del pijama los dejaba al descubierto. Su piel había adquirido un horrible color amarillento. Llevaba un gota a gota y su sonrisa al reconocerlas cuando las vio entrar en la sala era débil y esforzada. Casi de inmediato, en cuanto colocaron las sillas alrededor de la cama y se sentaron a su lado, la languidez de la mirada volvió a invadir sus ojos. Tenía la garganta reseca y la conversación parecía chuparle toda la energía. Mantenía la mano apartada del costado derecho del estómago, y cuando en algún momento se lo tocaba involuntariamente, le provocaba una mueca de dolor.

La visita duró unos eternos y agónicos treinta minutos. Después quedó claro que lo único que quería el abuelo era dormir.

En el aparcamiento ya había oscurecido y el aguanieve se había convertido en lluvia. Tuvieron que pagar tres libras para salir por la barrera automática.

—Todavía recuerdo cuando los aparcamientos de los hospitales eran gratuitos — fue lo único que dijo la abuela. Fue lo único que dijeron las tres.

Rachel y su madre decidieron pasar las navidades en Beverley. La abuela no quería irse a Leeds, quería quedarse lo más cerca posible del hospital y visitar al abuelo todos los días, pese a la escasa felicidad que esas visitas parecían proporcionarle a él. El día de Navidad fue tranquilo, estaban ellas tres solas. El hermano de Rachel, Nick, estaba en alguna parte en el extranjero, creían que en Copenhague, con su actual novia, que por lo visto era danesa. El día de Navidad por la tarde hicieron una visita al abuelo y le llevaron una caja de bombones y más fruta. Él les dijo que no quería ninguna de las dos cosas. Le regalaron los bombones a la monja que estaba a cargo de la sala, quien la puso junto a otras dos cajas similares debajo del árbol de Navidad de la entrada. Las lucecitas del árbol parpadeaban de manera irregular y la enfermera del mostrador de recepción había traído un reproductor de CD en el que sonaba un disco de villancicos y canciones pop navideñas de antes de que Rachel naciera. El lugar nunca había resultado tan deprimente.

En esa ocasión, la estancia en casa de sus abuelos estaba siendo una experiencia extraña para Rachel. No podía creerse lo pequeña que le parecía. En casa de los Gunn en Turngreet Road, se había acostumbrado a los techos altos y a las habitaciones aireadas y espaciosas. Ahora se sentía como Gulliver al regresar de Brobdingnag e intentar acostumbrarse otra vez a las dimensiones humanas normales. Los días parecían absurdamente cortos. La oscuridad invadía el jardín a las tres y media, y cuando volvían de visitar al abuelo en el hospital, corrían las cortinas, preparaban una cena rápida a base de huevos, judías o sardinas sobre una tostada e intentaban encontrar algo entretenido que ver en la televisión. Rachel creía que los Gunn estaban en alguna parte del Caribe. Se imaginó a Grace y Sophia salpicando y riéndose en una laguna de aguas color turquesa mientras Madiana permanecía echada en una tumbona bajo la sombra de un cocotero bebiendo cócteles.

Le mandaba con regularidad mensajes de texto a Jamie. Él estaba con sus padres en Somerset. Livia había regresado a Bucarest. Los días transcurrían con lentitud, las horas se arrastraban. Dejaron pasar el fin de año sin celebrarlo.

Llevó más de dos semanas concertar una cita con el oncólogo de su abuelo. Por fin pudo verlo la mañana del primer lunes de enero. Era un médico arisco, por no decir inescrutable, de cuarenta y pocos años; la recibió no con sequedad, pero sí haciéndole sentir que aquel encuentro no era para él otra cosa que una obligación fastidiosa. Lo sabía todo sobre los medicamentos de los que ella le hablaba y lo primero que le dijo fue:

—Supongo que sabe que el cetuximab es una terapia extremadamente cara.

Por el motivo que fuese, a Rachel no se le había ocurrido pensar en ese detalle.

—¿Entonces no está incluido en la Seguridad Social?

—En ciertas circunstancias sí. Pero tendríamos que pedirlo a través del Fondo de Medicamentos Contra el Cáncer.

—¿Puede hacerlo?

—No estoy seguro. Podría argumentar que en la situación de su abuelo es necesario.

—Bien, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

El médico consultó unas notas en su escritorio.

—El cetuximab está estimado con un RPCE de 121.367 libras por ACVR ganado.

—¿Lo puede repetir en cristiano, por favor? —le pidió Rachel después de unos instantes de perplejo silencio.

—El RPCE —le explicó el médico— es la ratio progresiva de coste-efectividad de una terapia. Un ACVR es un año con calidad de vida razonable. La sanidad pública tiene que estar muy atenta a los costes. Si me permite hablarle con franqueza, no todos los años de vida ganados se valoran del mismo modo. Hay que tomar en consideración la calidad de vida. Se le aplique la terapia que se le aplique, me temo que su abuelo tendrá una baja calidad de vida de ahora en adelante.

—¿Y eso cómo lo sabe? —le preguntó Rachel.

—Bueno, por ejemplo tendrá que estar postrado en la cama.

—¿Y?

—Y es viejo.

—También lo es mi amiga. Una mujer a la que conozco que está tomando ese medicamento. ¿Qué diferencia hay?

—¿Conoce bien a esa persona?

—No —admitió Rachel, y entonces consideró que debía decir la verdad—: En realidad no la conozco directamente. Conozco a una persona que le pasea el perro.

—Ah, ¿por casualidad es rica?

—Sí, lo es. ¿Y qué?

—Bueno, es posible que se esté pagando el tratamiento de su bolsillo, eso es todo.

—Hizo un esfuerzo por mostrarle una sonrisa de ánimo—. Escuche, voy a cursar la petición. Evidentemente, tardarán varias semanas en responder. Estas cosas siempre llevan tiempo. Pero veremos si la aceptan.

Cuando regresó a Chelsea por Año Nuevo, Rachel se encontró la casa de Turngreet Road muy cambiada. Se habían reanudado los trabajos de ampliación del sótano y tanto la parte delantera como la trasera eran un hervidero de actividad y ruido.

Sobre todo de ruido. La máquina para colocar los fundamentos situada en lo que antes era el jardín trasero estaba de nuevo en funcionamiento y durante el día entero Rachel oía el incesante y reverberante *boom-boom-boom*. Incluso notaba cómo temblaba el suelo con cada impacto. Desde su habitación, tenía una panorámica del agujero, ahora sin cubrir y a la vista de todo el mundo (o al menos de las casas vecinas) como una herida inflamada y hueca en el paisaje. A ella le parecía increíblemente profundo. Además de varias escaleras fijadas en las paredes, había un montacargas industrial para bajar a los trabajadores y el material al abismo y después subirlos. También habían bajado al fondo pequeñas excavadoras que al parecer estaban ampliando el hueco, y subían la tierra escavada mediante una cinta transportadora que llegaba hasta el jardín frontal, donde la cargaban en los camiones que esperaban en la calle.

Observando las vallas que rodeaban la parte delantera de la casa, Rachel se percató de que el contratista de la obra había cambiado. Sótanos Grierson había sido sustituido por Interiores Subterráneos Nacionales Lloyd. Los obreros ahora eran rumanos en lugar de polacos. El jefe de obra, Dumitru, era un tipo taciturno que saludaba a Rachel con un amable gesto de asentimiento cada vez que se cruzaban, pero que no le dirigía la palabra. Como todos los demás obreros, tenía en el rostro una permanente expresión de ansiedad. Sin embargo, nadie parecía más ansioso que el nuevo arquitecto, Tony Blake, que se pasaba a diario la mayor parte de la jornada encerrado en su oficina de campaña, revisando minuciosamente los planos sin quitarse el casco, y de vez en cuando salía de allí para mantener una conversación nerviosa y conspirativa con Dumitru o para llamar al timbre de la puerta principal con la esperanza de poder hablar con Madiana para aclarar algún detalle recién incorporado en sus siempre cambiantes y siempre expansivos planes.

Pese al estrés y las molestias que las obras le causaban a ella y a todo el mundo en el vecindario, Rachel no podía evitar sentir lástima por el señor Blake. En las escasas ocasiones en que salía de su oficina, siempre parecía tan estresado y angustiado que ella temía que estuviese al borde de un ataque de nervios. Una mañana, al volver de comprar, se lo encontró ante la casa, caminando arriba y abajo entre la valla y los escalones de la puerta principal, temblando visiblemente.

—¿Quiere que le traiga una taza de té, señor Blake? —le preguntó.

Él apartó las manos de sus oídos, que se había estado cubriendo en un intento de bloquear el ruido de la taladradora.

—¿Eh? ¿Qué?

—Parece usted un poco... angustiado. Me preguntaba si le apetecería una taza de té.

—¿Té? No, gracias. Estoy bien, perfectamente bien.

No parecía estar bien. Tenía el rostro ceniciento y sus manos no paraban de temblar.

—Creo que de todos modos se lo voy a preparar —le dijo Rachel—. Una buena taza de té bien fuerte y con mucho azúcar.

Él no dijo nada, pero Rachel se fue hasta la cocina del personal para preparárselo y cuando volvió para ofrecérselo, se encontró con que el señor Blake se había vuelto a meter en su oficina. Allí tenía un escritorio de contrachapado cubierto de planos de arquitecto sobre los que había hecho sucesivas anotaciones y garabatos con tintas de diferentes colores. Esos dibujos, como todo en aquella oficina, parecían ser un completo caos.

—¿Sí? —dijo él, alzando la mirada desconcertado cuando entró ella.

—Le dije que le traería una taza de té.

—Oh, gracias... Te llamas Rachel, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno, mira, si vienes a quejarte por el ruido, yo no puedo hacer nada. No se puede horadar un agujero de este tamaño en completo silencio, ¿sabes?

—No he venido a quejarme del ruido. Le traigo un poco de té porque me ha parecido que estaba algo nervioso.

Rachel hizo un pequeño hueco para poder dejar la taza en el escritorio y la depositó con cuidado. En la minúscula oficina había dos sillas, pero el arquitecto no la invitó a sentarse.

—Tú... trabajas aquí, ¿verdad? —le preguntó él sin tocar el té.

—Sí.

—Ella... —Tragó saliva—. ¿Crees que está completamente loca?

Era la última pregunta que Rachel se esperaba.

—¿Se refiere a Lady Gunn?

—Sí.

—¿Por qué lo dice?

Por fin él se fijó en la taza, la cogió, dio un sorbo con prudencia para no quemarse y después otro más largo.

—He trabajado en más de cincuenta ampliaciones de sótanos —dijo—. Más de cincuenta. Por todo Londres. Pero nunca nadie me había planteado... nada como esto. ¿Sabes...? —La miró directamente, con un gesto apremiante—. ¿Sabes a qué profundidad estamos llegando?

—No tengo ni idea —dijo Rachel—. Pero parece un agujero bastante grande.

—¿Bastante grande? —repitió él—. ¿Bastante grande? Quiere que cavemos cuarenta y cinco metros. Eso es más hondo que la mayoría de las estaciones de metro.

—¿Eso es... de verdad factible? ¿No alcanzarán ustedes la capa freática en algún momento? ¿No se empezará a inundar todo?

—Oh, eso ya nos ha pasado hace tiempo. Ya lo solucionamos. Se han instalado tres enormes bombas. Funcionarán veinticuatro horas al día. Ya ves, de hecho todo es posible. Ese es precisamente el problema. —Cogió la taza y dio otro sorbo, con la mirada perdida—. La empresa a la que hemos sustituido abandonó, ¿sabes? Ya no lo soportaban. Y murió un obrero. ¿Lo sabías? Murió un hombre.

—Sí —dijo Rachel—. Lo sabía.

—A ella le da igual. Le es por completo indiferente.

—Cuarenta y cinco metros, ¿cuántos pisos son?

—Depende de lo altos que los hagas, claro. Y no para de cambiar de opinión al respecto, pero en este momento salen once.

—¿Once? ¿Y qué pretende hacer con tantos pisos?

—Eso también cambia continuamente. Acaba de darme un nuevo listado de instrucciones. Hace unos diez minutos. Toma, ¿por qué no le echas un vistazo? Deberías saber con qué tipo de personas estamos tratando.

Rachel por fin se sentó y acercó la silla al escritorio del señor Blake. Él rebuscó entre los papeles que tenía delante y por fin encontró el que estaba buscando. Era un esquema de la excavación en forma de columna dividida en once secciones horizontales, cada una marcada con un número.

—Esta es la primera planta —le explicó—. Aquí es, como sabes, donde aparcan los coches. Y esta es la segunda planta, que va a ser el cuarto de juegos de los niños, con una bolera de dimensiones profesionales. Debajo está el cine. Después el gimnasio. Y entonces llegamos a la *pièce de résistance*, la piscina. Que va a ocupar las tres plantas siguientes.

—¿Tres plantas? ¿Por qué tres?

—Porque quiere un trampolín. Un trampolín muy alto. Y palmeras. ¡Palmeras! —Rompió a reír, casi histérico—. Vamos a tener que meter palmeras ahí abajo. —Se puso a temblar de nuevo, pero con unos cuantos sorbos de té logró calmarse, y señaló el siguiente nivel—. De modo que ahora ya estamos en la planta ocho, que es la bodega para vinos. Con temperatura controlada, por supuesto. La planta nueve es la cámara acorazada. Con todas las medidas de seguridad. Habrá que tomar un ascensor especial para bajar a ella, el ascensor normal no se detendrá en esa planta. La planta diez, bueno, felicidades, allí es donde vas a vivir. En esa estarán los aposentos del personal.

—¿Quiere decir que ya no vamos a vivir en la casa?

—No por encima del nivel del suelo. Así que mejor olvídate de tener luz natural, porque no vas a ver mucha cuando termines tu horario de trabajo.

—Estupendo —dijo Rachel—. ¿Y qué va a haber en esta? —Señaló la planta más baja del esquema—. La número once. ¿Qué va a haber allí?

—¿La número once? —El arquitecto soltó una carcajada—. Es sobre la que me

ha hablado esta mañana. La número once es nueva. Acaba de pedírmela.

—¿Y... para qué es?

—Para nada. No se le ocurre nada para esa planta.

Rachel frunció el ceño.

—¿Y entonces para qué la están excavando? ¿Para qué la quiere?

—La quiere —dijo el señor Blake— porque la puede tener. Porque se lo puede permitir. Y porque... no lo sé, ¿porque nadie más tiene un sótano de once plantas? ¿O porque acaba de oír que alguien tiene uno de diez plantas y ella quiere superarlo? Quién sabe. Está loca. Esta gente está chiflada. —Eché un último vistazo al esquema y volvió a señalar la planta once con un dedo tembloroso—. Y esta es la prueba.

De: Val Doubleday

A: Rachel Wells

Asunto:

23/01/2015 21:55

Querida Rachel:

Quería escribirte desde que nos vimos hace un par de meses. Pero me resulta difícil hablar de lo que tengo que contarte.

De todos modos, no me voy a andar con rodeos. Me hubiera gustado decirte que fue estupendo verte pero, como seguro que te percastaste, estaba demasiado avergonzada para disfrutar del encuentro. Voy a ser del todo sincera y te confesaré que me sentí humillada. Como pudiste deducir, no estaba allí recogiendo comida para mi anciana vecina. La estaba recogiendo para mí.

Sí, salí por televisión hace unos años. Participé en un horrible reality, pero el dinero que me pagaron se agotó muy deprisa. La mayoría lo gasté pagando deudas y el resto lo utilicé estúpidamente en alquilar un estudio de grabación muy caro para grabar demos que nadie quería escuchar y que no me llevaron a ninguna parte. Trabajé en una biblioteca algún tiempo, pero empezaron a recortar las horas una y otra vez hasta que al final prescindieron de mis servicios. («Prescindir de los servicios», es bueno, ¿verdad? Hasta han conseguido que hable como ellos.) Durante un tiempo después de lo de la tele me diagnosticaron estrés postraumático, lo cual me dio derecho a un subsidio, pero aparte de esto he estado viviendo gracias a una ayuda a quienes buscan trabajo y a la exención de pagar los impuestos del ayuntamiento. Ha sido muy duro, en especial este invierno, porque apenas podía encender la calefacción, pero esa era la primera vez que acudía al banco de alimentos. Nunca pensé que algún día tendría que pedir ayuda para comer. Gracias a ti será la última.

En cualquier caso, no quería hablarte de mí, sino de Alison. Te dije que «le va bien», pero eso fue otra mentira. De hecho, está «a la sombra» (perdón por el pésimo chiste^[12]. A veces creo que es mejor reírse porque no hay otra alternativa mejor). Está en la cárcel de Eastwood Park, en Gloucestershire, cumpliendo una condena de veintiséis semanas por cobro fraudulento de la prestación social. Dicen veintiséis, pero en realidad son trece, lo que significa que saldrá en pocas semanas. No voy a contarte la historia completa, pero básicamente fue señalada por esa zorra de periodista llamada Josephine Winshaw-Eaves, que escribió un artículo horrible y malicioso sobre ella. (Te adjunto el enlace al final.) Sucedió hace más de un año y todo el asunto ha sido una auténtica pesadilla. Cuando me encontré contigo, ella estaba a punto de empezar a cumplir la pena. Por supuesto le dije que te había visto y me hizo jurar que no te contaría lo que le había pasado, pero creo que desde la semana pasada ha cambiado de opinión, y si te apeteciese ir a visitarla, me parece que te lo agradecería. Puedes concertar la visita por internet, también te adjunto el enlace al final del mensaje, aunque supongo que entre una cosa y otra estarás muy ocupada.

Bueno, Rachel, debo decir que tenías muy buen aspecto —Oxford debe de haberte sentado de maravilla—, pero sigo sin entender qué hacías colaborando en ese sitio. Tal vez lo descubra si recuperamos el contacto. Sería estupendo volver a ver a tu madre. Pienso a menudo en aquel viaje loco que hicimos juntas a Corfú; fue hace ya diez años, ¿no? Tiempos felices.

Con cariño,

Val

**EL ARTE DEL ENGAÑO:
LA LESBIANA NEGRA MINUSVÁLIDA QUE COBRA UNA AYUDA DEL**

ESTADO ES EN REALIDAD UNA LESBIANA NEGRA MINUSVÁLIDA QUE ENGAÑA AL ESTADO

Por Josephine Winshaw-Eaves

Alison Doubleday es el parangón arquetípico de los modernos privilegios. El tipo de persona a la que el *establishment* progresista de izquierdas británico se afana por ayudar.

Después de sufrir problemas con su pierna izquierda en la adolescencia, el entregado equipo del hospital de la Seguridad Social de Birmingham le colocó una prótesis de última generación, pese a que solo llevaba unas semanas viviendo allí.

En el mismo minuto en que cumplió los requisitos para recibir una pensión por discapacidad, firmó el papeleo y lleva toda la vida cobrándola. Y a eso se añade la ayuda a la vivienda que recibe por la coqueta casa de tres habitaciones que comparte con su amante lesbiana Selenia en el barrio de moda de Acocks Green en Birmingham.

Ninguna de las dos trabaja. Ambas cobran el subsidio de desempleo. Pero resulta que Alison tiene un trabajo extremadamente lucrativo.

Como supuesta «artista», ha creado un estudio en uno de los dormitorios de su casa. Allí pinta sus llamados retratos «políticos» de gente sin hogar.

Los hace posar durante horas con gestos que remiten a los grandes lienzos de monarcas europeos retratados por artistas como Tiziano o Van Dyck. «En mis cuadros intento darles a esas personas desposeídas toda la dignidad y grandeza de reyes y reinas», explica. No insistiremos en que mientras otros artistas con talento — cuyos trabajos no tocan esas mismas teclas políticas— languidecen en la oscuridad, los retratos cargados de ideología de Alison son muy apreciados por los londinenses sofisticados. En una exposición de su obra en la elegante galería Reckittall Brown de Hoxton el mes pasado, sus cuadros se ponían a la venta con precios que llegaban a las 20.000 libras. Muchos se los quitaron de las manos una multitud de socialistas de champán y gente de la farándula del norte de Londres.

¿Y qué porcentaje de las ganancias declara a las autoridades nuestra politizada artista para poder seguir cobrando la MONÁRQUICA asistencia británica a los enfermos y sin techo?

Exacto. ¡Un gran cero!

No es sorprendente que Alison, hija de la cantante fracasada y concursante eliminada de un reality televisivo Val Doubleday, no quisiera comentar nada cuando hemos intentado contactar con ella.

Faustina y Jules eran de Majuro, la isla más poblada de las Marshall, un pequeño atolón de islas coralinas justo por encima del ecuador en el océano Pacífico. Llevaban trabajando para los Gunn algo menos de dos años.

Eran discretos, amigables y nada dados a las quejas. Si el estilo de vida de Sir Gilbert, Madiana y su familia les resultaba inusual, no hacían ningún comentario al respecto. La dedicación con la que cumplían sus respectivos quehaceres era ejemplar. Faustina se aseguraba de que las gemelas fuesen aseadas y bien vestidas a todas horas, y hacía la compra de manera regular, mientras que Jules cumplía similares funciones con los coches. Rara vez salían a disfrutar las diversiones que Londres podía ofrecerles; todas sus energías estaban concentradas en ahorrar todo lo posible del dinero que ganaban. Por las noches se sentaban en la cocina para ver la televisión, intentando descodificar las sutilezas de la cultura británica a partir de las pistas que les daban los programas. Como Rachel, como el resto del país —y parecía que como el resto del mundo—, estaban fascinados en particular por *Downton Abbey*, la costosa telenovela de la ITV que seguía la cambiante suerte de la familia Crawley en la Inglaterra poseduardiana. Faustina y Jules no se perdían un episodio y una vez por semana se quedaban embelesados ante la cuidadísima producción y su discreto, insistente y siempre reconfortante mensaje. Por lo que se veía, el núcleo de ese mensaje era la idea de la absoluta necesidad de la existencia de los señores y de los sirvientes como clases sociales. Se daba por hecho que la clase dirigente en particular debía comportarse siempre con decencia y generosidad, y que pese a que la jerarquía que separaba una clase de la otra era absoluta, el compañerismo y las relaciones respetuosas y amigables entre ambas no eran inusuales. Todos los sábados por la noche, Faustina y Jules se acostaban después de recibir el mensaje que les recordaba que ese era el orden natural y sin duda inevitable de las cosas, tanto en el Londres de 2015 como en los agitados años de entreguerras. Si en algún momento tomaron conciencia de la ausencia de compañerismo y relaciones amigables en su relación con Sir Gilbert y Madiana, Rachel no lo sabía.

Por la noche, cuando el televisor estaba apagado, la casa permanecía en silencio. De hecho, Rachel no tardó en darse cuenta de que esa parte de Londres podía definirse por sus extremos de silencio y ruido. Durante el día la contaminación acústica por los trabajos de construcción era abrumadora, mientras que por la noche un profundo e inquietante silencio envolvía toda la zona. La mayoría de esas casas se compraban como inversión, casi nunca vivía nadie en ellas, y cuando anochecía la tranquilidad de las calles desiertas resultaba perturbadora. Una de las cosas que más habían impresionado a Rachel de los ricos desde que había empezado a tratarlos era su habilidad para desaparecer. Se lo contó en una ocasión a Jamie, cuando hablaban

de su tesis sobre «la gente invisible» en la nueva época de austeridad.

—No tendrías que hablar solo de los pobres —le dijo—. También los ricos se hacen invisibles.

Rachel y Jamie se veían dos o tres veces por semana, los días variaban, excepto el domingo, que era fijo. Los domingos quedaban para un desayuno tardío o una comida temprana y después visitaban una galería o un museo o iban a ver una película en el cine Curzon o en el Instituto de Cine Británico. Rachel estaba colada por Jamie, pero él estaba muy absorbido por su tesis, y ella por su parte tampoco se sentía todavía preparada para dar el paso a una relación más seria; las experiencias vividas en los últimos meses le habían hecho darse cuenta de que todavía le quedaba mucho por aprender, no solo sobre el mundo sino también sobre ella misma. De modo que por el momento se lo tomaban con calma.

Un domingo de enero a última hora de la mañana, mientras se estaba preparando para salir camino de su cita con Jamie en un pub de Little Venice, a Rachel le sonó el móvil y vio que aparecía en la pantalla el nombre de Madiana.

—¿Rachel? —dijo con un tono neutro e imperioso—. Las niñas te necesitan. Ven ahora mismo.

—Eh, claro... —dijo Rachel, y el corazón le dio un vuelco—. ¿Qué pasa?

—No me habías dicho que las niñas tenían un examen de matemáticas mañana por la mañana.

—Bueno, en realidad es solo un pequeño test, no es un examen.

—Pero no entienden nada de estas ecuaciones. Vas a tener que venir a explicárselas.

—De acuerdo. —Sin duda eso significaba un desplazamiento en coche por la M40 hasta la «casa de campo»—. ¿Dónde están? ¿Adónde tengo que ir?

Pero por lo visto ese fin de semana Madiana, Gilbert y las gemelas no se habían ido a la casa de campo. Estaban en Lausanne.

Rachel llegó allí en menos de tres horas. Jules la llevó en coche hasta el helipuerto de Battersea y de camino ella le mandó a Jamie un mensaje de texto explicándole que no iba a poder quedar con él. Desde allí un helicóptero la trasladó a un aeródromo privado a las afueras de Oxford, donde la esperaba un Learjet para llevarla a Suiza.

Era la primera vez que subía al avión privado de Sir Gilbert (de hecho a cualquier avión privado). El vuelo fue, como podía esperarse, de lo más placentero. Se sirvió una ensalada César de la cocinilla y la acompañó con una botella de Peroni fría. Se tumbó en uno de los amplios y mullidos asientos de suave tapizado y pasó el tiempo ojeando los impolutos ejemplares de *Vogue* y *Tatler*. Recordó lo que le había dicho Frederick Francis cuando la acercó al Soho en el Mercedes. «Todo el mundo debería darse un paseo en un coche como este al menos una vez en la vida. Así tendrían algo a lo que aspirar.» Ahora entendía lo que quería decir. Uno de estos días —tal vez más pronto que tarde— acabaría su relación laboral con los Gunn y después no volvería a

conocer un nivel de lujo como ese. Poner de nuevo los pies sobre la tierra sería duro.

Los ochenta minutos de vuelo se le hicieron demasiado cortos. Aterrizaron a poco más de dos kilómetros del centro de la ciudad en otro pequeño aeródromo. La esperaba un chófer para llevarla al Beau Rivage Palace, donde estaban comiendo Madiana y el resto de la familia. Su grupo ocupaba dos mesas; una para los críos, que Grace y Sophia compartían con dos niños y una niña de edad similar, y una para los adultos, en la que Sir Gilbert y Lady Gunn estaban sentados con otra pareja, un hombre al que Rachel no reconoció y el ubicuo Frederick Francis, que le hizo un discreto saludo con la mano digno de un conspirador (al que ella hizo caso omiso) mientras el camarero la acompañaba hasta donde estaban ellos. Las dos mesas daban a la terraza vacía del hotel que miraba al lago Ginebra. El entorno y la conversación discreta de los otros comensales creaban una atmósfera de fría y clínica elegancia.

—Rachel, qué bien que has venido —dijo Madiana, haciendo un amago de levantarse de su silla para estrecharle la mano—. Siéntate con las niñas. Pide lo que quieras de la carta. Ya tienen los libros preparados. Intenta explicarles esas ridículas ecuaciones.

Apartada de la mesa de los adultos, Rachel se sentó al lado de las gemelas y echó un vistazo rápido a la carta. Se había fijado en que el restaurante tenía dos estrellas Michelin, pero, en lugar de langostinos *a la plancha*^[13] o pato de Challans con confit de remolacha, todos los niños habían pedido hamburguesas con queso y patatas fritas. Ella pidió unos raviolis de fondue de queso sin pensárselo mucho y se concentró en las matemáticas. Lo único que les habían pedido a las niñas en el colegio era que revisasen una serie de ecuaciones muy sencillas, y Rachel consiguió que las entendiesen en unos diez minutos. Les planteó seis ecuaciones más para ponerlas a prueba y ambas las resolvieron a la perfección, de manera que tras esta comprobación consideró que ya había terminado su trabajo. Comió lo que había pedido en silencio, contemplando el lago y escuchando la redicha conversación de los niños: los dos niños y la niña al parecer eran hijos de una familia suiza y hablaban una mezcla de perfecto francés y perfecto inglés, pero no parecían tener mucho que decirles a las gemelas Gunn, que, en cualquier caso, estaban más interesadas en sus iPhones.

—¿Las niñas ya han acabado las matemáticas? —preguntó Madiana al final de la comida.

—Sí, ningún problema. Ya lo han entendido todo y están listas para el examen.

—Bien. Bueno, Pascale nos ha invitado a su apartamento a tomar el té. —En un primer momento Rachel creyó que podía estar incluida bajo el paraguas del «nos», pero las siguientes palabras de su patrona la sacaron de su error—. Dispones de tres horas para hacer lo que quieras. El chófer te recogerá aquí y tú, las niñas y el señor Francis volveréis a casa juntos.

—De acuerdo —dijo Rachel—. ¿Sabe si hay alguna oficina de cambio por aquí cerca? No he tenido tiempo de...

—Oh, claro. Toma esto —le dijo Madiana, y le ofreció dos billetes de cincuenta

francos—. Ya lo arreglaremos más tarde.

Rachel le dio las gracias, dejó que el camarero la ayudase a ponerse el abrigo y salió para dar una vuelta por las calles de Lausanne.

Caminó durante más o menos una hora, al principio junto a la orilla del lago y después por los anchos y casi desiertos bulevares del centro de la ciudad, que parecía moderna y cómoda pero sin alma. Aunque Lausanne estaba más cerca de Londres que el parque nacional Kruger y el tiempo era muy británico (frío y gris), se sentía tan desorientada como en aquella ocasión por el abrupto desplazamiento a un país desconocido. Pensó en telefonar a Jamie, para poder escuchar una voz familiar, pero no tenía muy claro cuánto podía costarle la llamada y no quiso arriesgarse.

Diez minutos más de paseo sin rumbo la llevaron hasta la Avenue Bergières, donde se detuvo a la entrada de un museo. Lo que desde fuera parecía una casa más bien modesta frente al Palais de Beaulieu anunciaba a sus potenciales visitantes algo llamado «Colección de Art Brut». Rachel no había oído nunca ese concepto, pero le llamaron la atención los carteles de la fachada en los que aparecían extraños animales y paisajes grotescos pintados con brillantes e hipnóticos colores. Se aventuró a entrar, pagó y cogió un programa de mano en el que leyó la siguiente nota del conservador del museo: «En 1945, Jean Dubuffet creó el concepto “Art Brut” para definir las creaciones de personas autodidactas que trabajan fuera de cualquier marco institucional, ajenas a las normas y a cualquier tipo de consideración artística. En su mayoría, se trata de individuos solitarios, personas que viven en los márgenes de la sociedad o internos en hospitales psiquiátricos.»

Ni siquiera esta definición la preparó para las sorpresas, la infinita variedad y las perturbadoras revelaciones que la aguardaban en el museo. Durante la siguiente hora y media, Rachel se paseó por un mundo onírico, un caos de visiones surreales e imágenes de pesadilla. Distorsionadas figuras humanas representadas con formas y contornos escuetos y primitivos. Criaturas alucinantes, mitad hombre mitad animal, encabritadas en hojas de papel en las que cada centímetro de espacio disponible estaba cubierto de un texto microscópico cuyo significado solo podía ser desentrañado por el propio artista. Unos lienzos de un detallismo deslumbrante, con un puntillismo de intensos colores, retaban al espectador a decidir si estaba contemplando algo completamente abstracto o, de algún modo secreto y codificado, figurativo. Extraños eslóganes políticos se yuxtaponían a deformes desnudos o caras horriblemente reales creadas con materiales encontrados como coral o conchas. Una aterradora escultura que representaba la cabeza de un animal incorporaba auténticos dientes, afilados y ennegrecidos, y un puntiagudo cuerno de aspecto letal que surgía de su nariz zorruna. La contribución de otro artista consistía en una mera e inacabable acumulación de cartas con quejas legales y recriminaciones escritas en enormes hojas de papel sin márgenes y con una letra minúscula y machacona, con palabras

aplastadas que se montaban unas sobre otras para crear (tal como explicaba el catálogo) «la impresión de una logorrea gráfica».

A algunos todo esto les podría parecer propio de un manicomio. A Rachel el contenido del museo le parecía tan cuerdo y lógico como cualquiera de las cosas de las que había sido testigo en los últimos cuatro meses. De inmediato se sintió como en casa.

El museo albergaba una colección permanente, pero había también una exposición temporal en una sala al fondo. El espacio estaba en ese momento dedicado al «Bestiario» de un artista de Barcelona llamado Josep Baqué.

Por lo visto Baqué había vivido en sus itinerantes años juveniles en Marsella, Düsseldorf y la región del Avesnois —grabando lápidas entre otros oficios—, pero en 1928 había vuelto a Barcelona, donde pasó los restantes cuarenta años de su vida trabajando como guardia urbano. En aquel entonces ya se sabía que dibujaba y algunos coleccionistas se interesaron por sus obras, pero «*modeste jusqu'à l'excès*», siempre se negó a venderlas. Sin embargo, hasta su fallecimiento en 1967 nadie conocía la magnitud de su producción: su familia descubrió mil quinientos dibujos de diversas formas y tamaños, la mayoría de ellos de bestias míticas o semimíticas representadas con colores vivos y unas pinceladas toscas pero intrincadas, incluso obsesivas. En la exposición se podían ver dragones y lagartos; híbridos mutantes de caballo y flamenco; serpientes marinas, tortugas y peces multicolores con miradas de angustiosa tristeza en sus ojos; extraños insectos: escarabajos con alas de mariposa, ciempiés con prominentes labios rojos y dientes de hidra. Y también había arañas.

Rachel estaba ya a punto de salir del museo, agotada por la intensidad de la experiencia que ofrecía, cuando llegó ante las arañas de Josep Baqué. Y al verlas sintió de inmediato el impacto de reconocerlas. Desde hacía más de diez años, fuese a donde fuese, se había llevado consigo la carta que le había regalado Phoebe, la «Loca del Pájaro», a los pies de la torre negra de Beverley. Era la carta que había descubierto una noche Alison, suelta y perdida en el bosque, la carta que formaba pareja con otra idéntica en una baraja de Phoebe, que esta le había dado a Lu, el vagabundo chino al que había ofrecido momentáneo refugio en aquel lejano verano de 2003. El dibujo del naipe mostraba a una araña que a Rachel siempre le había parecido horripilante, erguida sobre dos de sus patas y alzando las restantes con ferocidad como si retase a alguien a luchar. Y allí estaba de nuevo. Exactamente la misma. ¿Cómo era posible? ¿Cómo podía esta ilustración horripilante, que casi revolvió el estómago y que según el catálogo no podía datarse con más precisión que «*entre 1932 et 1967*», haber llegado a formar parte de una baraja de un Memorama que había pertenecido a los padres de Phoebe? Rachel no tenía ni idea. Y sin embargo la prueba estaba allí. Contempló el cuadro, enmarcado, numerado, etiquetado, que colgaba de la pared de un museo suizo al que le había llevado la más rocambolesca de las circunstancias, y supo que estaba viendo uno de sus iconos, una de las imágenes que más la habían marcado en el pasado. Allí, entre las demás obras que en

aquel momento aparecían ante ella como puros aullidos de angustia; aullidos de una terrible belleza, nacida de la pobreza y el aislamiento de los desposeídos.

—Esta gente no tenía nada, eso es lo asombroso —le dijo a Frederick mientras continuaba leyendo con atención el grueso catálogo ilustrado del museo durante el vuelo de regreso a Londres. Las reproducciones de las obras de arte no eran más que distantes ecos de los originales, pero lo que fascinaba a Rachel no eran las ilustraciones, sino las historias vitales de los diversos artistas. Leyó sobre Fernando Nannetti, un electricista de Roma que durante toda su vida sufrió alucinaciones y manía persecutoria, pero produjo una inmensa obra manuscrita, grabada en las paredes de su institución psiquiátrica; sobre Joseph Giavarini, el «prisionero de Basilea», que mató a su amante de un disparo y en la prisión se dedicó a esculpir hermosas estatuillas con masa de pan masticado, el único material del que disponía; sobre Marguerite Sir, la hija de un granjero del sudeste de Francia, que fue víctima de la esquizofrenia y con sesenta y cinco años estaba convencida de ser una chica de dieciocho a punto de casarse y se pasó el resto de su vida creando y bordando un impresionante vestido de novia para una boda que jamás se produciría; sobre Clément Fraisse, que con veinticuatro años, después de intentar prender fuego a la granja de sus padres utilizando un fajo de billetes en llamas que eran todos los ahorros de la familia, fue enviado a un manicomio donde durante un año vivió en una celda de dos metros por dos metros y medio, que decoró por completo grabando en las paredes unos dibujos de increíble destreza y detalle. Pasando las páginas, Rachel leyó una historia tras otra, siempre de ese tipo, casos inimaginables de confinamiento sin fin, de enfermedad sin esperanza. Esas personas no tenían nada y sin embargo produjeron unas obras asombrosas. Crearon. *Dieron*. Ofrecieron esos hermosos objetos a la misma sociedad que se lo había quitado todo.

Freddie emitió un gruñido. La escuchaba solo a medias. Las páginas de negocios del *Sunday Times* absorbían la mayor parte de su atención. De pronto su actitud, su indiferencia, su arrogancia sacudieron a Rachel y encendieron en ella la llama de la indignación.

—Todo un contraste —dijo— con alguna gente a la que podría mencionar. Esa gente que lo tiene todo y no da nada a cambio.

—Ahórrame la moralina —le recriminó Freddie con voz cansina, bajando por fin el periódico—. Para tu información, Sir Gilbert, si es que es a él a quien te refieres, ya ha creado más puestos de trabajo de los que la mayoría de la gente creará en toda su vida. Contrata trabajadores, paga salarios, gasta su dinero en hoteles, restaurantes y concesionarios de coches. Todo el mundo se beneficia de eso. Todo el mundo.

—¿En serio? —preguntó Rachel—. Y sin embargo apenas paga impuestos. Gracias a ti.

—No sabes de qué estás hablando.

—Oh, estoy empezando a formarme una idea bastante clara. Los sigues por todo el mundo, entregándoles documentos para que los firmen: un fondo fiduciario por

aquí, una cuenta en un paraíso fiscal por allá. Les mueves el dinero a lugares donde el fisco no puede ni olerlo. Madiana probablemente no tiene la residencia fiscal en Reino Unido, ¿verdad que no? ¿Qué nos apostamos a que la mayoría de las empresas de Gilbert están a su nombre? ¿Qué nos apostamos a que él declara más o menos el mismo nivel de ingresos que una enfermera?

—Todo lo que hacemos —dijo Freddie— es absolutamente legal.

—Bueno, uno de estos días la ley podría cambiar.

—¿Y por qué iba a pasar eso?

—Porque la gente está empezando a hartarse.

—Así que la revolución está en camino, ¿no? ¿«La gente» está preparándose para levantar barricadas y desempolvar las guillotinas? No lo creo. Súrtelos de suficientes platos precocinados y de noches frente al televisor viendo cómo humillan a algunos famosos en la selva y ni siquiera van a querer levantarse del sofá. No, la ley no va a cambiar en breve con respecto a estas cosas. Resulta que justo el otro día acudí a una recepción en el Número 11 y mantuve una larga conversación con el ministro de Hacienda y la verdad es que me atrevería a decir que tiene... otras prioridades.

—Os conocéis, ¿verdad?

—Lazos familiares. Nuestros padres fueron juntos al colegio.

Rachel alzó la vista hacia el techo.

—Oh, Dios mío. El país no ha cambiado nada en los últimos cien años, ¿no es así?

—Eso se debe a que el actual sistema funciona de un modo óptimo.

—A nadie le importa que los ricos sean ricos —dijo Rachel—. Es solo que llega un punto en que hay que decir basta.

Freddie soltó una carcajada.

—A lo que me refiero es a que ¿para qué necesitan un sótano de once plantas? ¿Para qué necesitan trasladarme a Suiza en avión cuando hubiésemos podido hacer esos deberes esta noche en casa?

—Una de las cosas que me gustan de ti, Rachel —dijo Freddie—, es tu modestia. Creo que no te das cuenta del activo que representas para esta familia. Madiana te ha hecho volar hasta Lausanne para mostrarle a Pascale, que es una de las personas más ricas y esnobs de Suiza, que sus hijas tienen una tutora privada que vendrá corriendo con solo chasquear los dedos. Deberías haberla oído durante la comida, no ha dejado de hablar de ti. «Oh, sí, estudió latín en la Universidad de Oxford.» «Por supuesto, se graduó con todos los honores.»

—No existe una titulación universitaria de latín —señaló Rachel—. Me licencié en literatura y lengua inglesas. Y mi nota fue un ocho.

—Bueno, bien por ti —dijo Freddie—. Creo que es bastante impresionante. Tomemos una copa de champán para celebrarlo.

Pero Rachel no estaba dispuesta a cambiar de tema.

—La mitad del mundo más pobre posee la misma cantidad de dinero que las

ochenta y cinco personas más ricas. ¿Lo sabías?

—Claro que lo sé —respondió él, con un tono ya impaciente—. Salió en todos los periódicos hace unos meses. Es una estadística sin sentido.

—¿Sin sentido? ¿No te hace pensar?

—Me hace pensar que la parte más pobre de la población mundial debería organizarse.

—¿En serio? —Rachel le clavó la mirada, buscando rastros de ironía, reacia a creer que de verdad podía pensar eso. Pero tuvo que aceptar que sí lo pensaba—. Nunca te entenderé, ni a ti ni a la gente como tú. ¿Qué es exactamente... lo que te satisface? ¿Para qué vives?

—Te diré lo que me pone como una moto —le dijo Freddie, aunque no era exactamente lo que le había preguntado—. Las efusiones juveniles de ingenuidad política. Eso me parece *increíblemente* excitante. De hecho, lo único que puede superarlo es cuando te las ofrecen con acento de Yorkshire. —Echó un vistazo a su alrededor y señaló con un movimiento de los ojos el aseo de la parte trasera de la cabina—. Vamos, esta es nuestra oportunidad de unirnos al club del sexo en el aire. ¡Y en un jet privado! ¿Cuándo vas a volver a tener una oportunidad como esta?

Rachel le recordó que había niñas a bordo y para enfatizarlo se pasó el resto del vuelo sentada con ellas.

El Mercedes los esperaba en el helipuerto de Battersea, pero sorprendentemente esta vez Faustina también estaba allí, en el coche con su marido. En el camino de vuelta a casa, se sentó entre las niñas en el asiento trasero y Rachel se colocó delante. Freddie tomó un taxi para regresar a su casa. Faustina rodeó a cada niña con un brazo y las abrazó fuerte. Ni ella ni Jules hablaron mucho. La atmósfera era tensa, incómoda.

—¿Pasa algo? —preguntó Rachel cuando llegaron a la casa. Faustina llevó a las niñas directamente por la escalinata delantera, casi empujándolas. Rachel y Jules hicieron su recorrido habitual por la parte trasera.

—Te lo enseñaré.

En lugar de utilizar la puerta de servicio que daba a la cocina, Jules condujo a Rachel por los escalones que llevaban al jardín. Estaba repleto de trastos de la obra, como de costumbre, y había unas barreras con luces alrededor del enorme agujero del centro.

Guió a Rachel hasta la pared que daba al este y señaló algo en el suelo. Era un pedazo de lona que tapaba lo que parecía ser algún tipo de animal.

—Mortimer —dijo él escuetamente.

—Oh, no... —Rachel se arrodilló y estiró el brazo para tocar el inmóvil bulto—. Mortimer no. —Se le quebró la voz y empezaron a brotarle las lágrimas.

—No lo toques —le dijo él—. No lo mires. Es horrible.

—¿Por qué? —preguntó Rachel—. ¿Por qué, qué ha sucedido?

—Algo le ha atacado. Oímos unos ruidos horripilantes en el jardín. Cuando llegamos, ya estaba muerto.

—¿Pero qué ha podido atacarle? ¿Un zorro? No, contra un zorro ganaría él, ¿no?

—Más grande que un zorro. Tiene que serlo. ¡No mires!

Rachel estaba a punto de levantar la lona venciendo su propio miedo.

—Es horrible. La cara... ha desaparecido. La mitad del cuerpo... ha desaparecido. —Cogió a Rachel del brazo y la ayudó con amabilidad a ponerse en pie —. Vamos. Vamos dentro a beber algo. Se lo contaremos a las niñas por la mañana.

Más adelante, Rachel les explicaría a los médicos que ese fue el día —el domingo que viajó a Lausanne, el día que murió Mortimer— que todo empezó a desmoronarse y empezó el horror.

Había reservado hora el martes para visitar a Alison en Eastwood Park.

Rachel no había entrado en una prisión en su vida y no sabía con qué se iba a encontrar. La cárcel estaba en un paraje rural y para llegar hasta allí había que hacer un largo trayecto en autobús desde la estación más cercana, rodeada de pasajeros con el mismo rictus inamovible, como si llevaran máscara, que pretendía ocultar su inquietud. La puerta de la prisión parecía la entrada de una urbanización de la periferia. Rachel llevaba consigo todos los carnets que poseía, lo cual resultó un acierto, porque tuvo que mostrarlos todos antes de que le permitiesen acceder a la sala de espera. Allí aguardaron durante más de veinticinco minutos ella y el resto de los visitantes, hasta que sonó una campana y los hicieron pasar.

Hacía cinco años o más que Rachel no veía a Alison, y la semana que pasaron juntas en Beverley el verano de 2003 parecía cosa de siglos atrás. A Alison se la veía delgada y llevaba el cabello más corto de lo que Rachel recordaba habérselo visto nunca. No parecía especialmente contenta de volver a ver a su vieja amiga. La sala de visitas estaba a rebosar, y las mesas estaban mucho más pegadas de lo que Rachel hubiera imaginado. Al principio ambas se sintieron incómodas, y la conversación, decididamente forzada, consistió sobre todo en preguntas sobre la vida diaria en la cárcel y en las respuestas de Alison al respecto.

—Es tan aburrida —no paraba de decir—. Gracias a Dios tenemos televisor en las celdas, porque si no nos volveríamos locas. Eso sí, te lo permiten porque mantenerte encerrada es más barato que dejarte suelta y tener que controlarte.

—¿Tenéis clases y cosas así?

—Sí, son bastante birrias, pero así tienes algo que hacer. Yo misma he dado algunas clases de arte. Los fines de semana son lo peor. Nos encierran en las celdas a las cinco y cuarto. Joder, es deprimente.

Rachel estiró el brazo sobre la mesa y le cogió la mano a Alison.

—Es estupendo volver a verte. Cuando salgas vendrás a verme, ¿verdad?

—Sí, si quieres que lo haga —respondió Alison dubitativa.

—Claro que quiero. Te he echado de menos. No deberíamos haber dejado de vernos durante tanto tiempo.

Alison dudó un momento y dijo:

—Bueno, no fue exactamente por mi culpa.

Rachel frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir —respondió, y ahora su mirada era retadora.

—Alison, te escribí, te telefoneé, te mandé mensajes de texto. Tú nunca me contestaste. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Alison dejó escapar una carcajada de incredulidad—. Porque... ¿porque para qué iba a querer seguir siendo amiga de alguien que me juzgaba y que me despreciaba?

—Yo nunca hice eso.

—¿No? Creo recordar que me llamaste perversa.

—¿Qué? Nunca lo hice.

—Lo diste a entender.

—¿Cómo? ¿Cómo lo di a entender?

Alison bajó la voz, pero su tono seguía siendo enérgico cuando respondió:

—Al decir que el incesto era «lo que me iba a mí».

Rachel se quedó mirándola, pasmada por la acusación.

—¿Cuándo dije yo eso?

—Justo después de que te escribiese contándote que era gay.

—No sé de qué me hablas —dijo Rachel—. Te juro que no lo sé.

Alison se inclinó hacia delante y más insistente que nunca dijo:

—Acabábamos de empezar a usar los smartphones, ¿lo recuerdas? Y yo te escribí un mensaje preguntándote si habías recibido mi carta.

—Es cierto. Yo estaba en Harewood House, con mi hermano.

—Y me respondiste con un mensaje que decía «esta noche vamos de incesto». — Se echó hacia atrás con los brazos cruzados, esperando una respuesta.

Rachel se esforzó por recordar; trató de visualizar esa tarde, sentada con su hermano bajo el sol del final de verano en la terraza. Ella y Alison estaban empezando a utilizar Snapchat y desde entonces ella apenas lo había vuelto a usar. Se recordó escribiendo con el índice... No recordaba con exactitud el mensaje que había escrito, pero empezó a vislumbrar una posible explicación. Se le dibujó una sonrisa en el rostro, que se hizo más y más amplia, se llevó las manos a la cabeza y se inclinó hacia delante, con el cuerpo temblando. Pasados unos segundos, alzó la vista y dijo:

—Creo que hay una posibilidad, una pequeña posibilidad, de que dijese que estaba haciendo lo más maravilloso. —Alison entreabrió la boca con un gesto de pasmo, así que repitió—: Lo más maravilloso, nada de incesto^[14]. ¿Por qué iba a haber dicho incesto?

Miró a su amiga, con las comisuras de los labios temblorosas y los ojos oscilando por la risa contenida. Alison la miró, todavía con la boca entreabierta por el desconcierto. El silencio pareció eternizarse.

Hasta que también Alison se llevó las manos a la cabeza y rio con tal intensidad que no hacía ningún ruido, tan solo sacudía el cuerpo como si hubiese un terremoto, un terremoto imparable, y cuando por fin amainó, logró volver a sentarse erguida y miró a Rachel, vio su amplia y deliciosa sonrisa, una sonrisa llena de calidez y afecto,

pero también de alivio. De un enorme alivio. Se levantó, se inclinó sobre la mesa y se fundió con ella en un largo y apasionado abrazo.

—Oh, Rache —dijo—, no sabes cómo me alegro de verte.

—Yo también —dijo Rachel.

—¿Entonces no lo volveremos a hacer jamás?

—¿El qué?

—Utilizar sistemas de mensajes en lugar de hablar directamente.

—Jamás —dijo Rachel emocionada—. Creo que sería una buena idea.

Alison se retiró a su lado de la mesa, siguió riéndose un rato y miró a su alrededor, asimilando con una suerte de salvaje desesperación el gris e institucional entorno como si lo viese por primera vez.

—Odio esto —dijo—. Muchas gracias por venir, he estado tan sola. Ya sé que solo me quedan un par de semanas para salir, pero ha sido horrible. Horrible de verdad. Cuando salga voy a dar con esa zorra y juro por Dios que la voy a despedazar...

—¿Te refieres a Josephine? —Rachel bajó la voz—. ¿Qué pasó, Alison? ¿Cómo has acabado aquí?

—Tenía una novia —empezó Alison—. Se llamaba Selena. Estuvimos juntas un par de años. Una chica estupenda, pero un poco..., bueno, a veces no muy perspicaz. Una noche la contrataron como camarera en un evento importante en Birmingham, y Josephine era una de las invitadas, y no sé cómo acabaron hablando. Sobre mí. Josephine se enteró de que yo era artista y se ofreció a organizarme una exposición privada en Londres. Selena no me contó quién la iba a organizar, solo me dijo que había una mecenas que había decidido apostar por mi obra. Yo tendría que haber sido un poco más quisquillosa, haber hecho algunas preguntas. Pero parecía todo tan mágico, ya sabes. No podía creerme la suerte que tenía.

»Había estado pintando un montón de retratos de gente sin hogar, a los que sacaba de las calles y retrataba como si fuesen príncipes o emperadores. Una especie de parodia de ese arte que glorifica el poder y que nunca se califica de “político”, aunque es obvio que lo es. Empecé a pintar este tipo de retratos en la universidad. En realidad es una idea muy sencilla, pero me pareció que funcionaba. En cualquier caso, alquilaron una galería para una noche y aparecieron por allí un montón de celebridades y peces gordos. Si te soy sincera, fue de lo más excitante, pero al final no gané mucho dinero con todo aquello. La mayoría de los cuadros se vendían por unas quinientas libras y solo vendí dos. La mayor parte de los invitados se limitaron a beberse el champán y se largaron.

»En cualquier caso, sé que no actué correctamente. Debería haber declarado los beneficios. Supongo que pensé que podía ahorrarme pagar los impuestos. Me pagaron en metálico..., ya sabes, eran solo novecientas libras. Pensé que era una cantidad modesta y que podía no declararla. Le di la mitad del dinero a mamá porque necesitaba una cocina nueva, la suya llevaba todo el invierno funcionando mal. Pero

con eso Josephine ya tenía suficiente material. Escribió un artículo sobre mí en su periódico...

—Lo sé. Lo vi. Tu madre me mandó el enlace.

—... y entonces el juez decidió convertir mi caso en un ejemplo y me condenó a la pena máxima. Así que aquí estoy.

Una vez contada la historia, las dos guardaron silencio durante un rato. Rachel no podía hacer nada por mejorar la situación de Alison, nada en absoluto de momento, más allá de volverle a estrechar la mano con fuerza. En un primer momento Alison no respondió al gesto, y cuando habló lo hizo de un modo lento y vacilante.

—Una de las pocas cosas positivas que tiene estar aquí es que te da tiempo para pensar. Sobre todo durante los malditos fines de semana. Porque lo único que puedes hacer es ver episodios de *Casualty* y de *Pointless Celebrities*. De modo que he pensado mucho en Josephine y en por qué decidió hacerme esto.

Rachel se encogió de hombros y dijo:

—Supongo que para vender periódicos.

—Sin duda. Y no le ha ido mal. Mamá me contó que ahora tiene su columna. Semanal. De modo que a alguien debió de gustarle. Pero ¿por qué yo? Ya sé que logro el pleno en un test sobre odio. ¿Negra? Sí. ¿Lesbiana? Sí. ¿Discapacitada? Sí. ¿Cobro ayudas? Sí. Estaba recibiendo una prestación por discapacidad. Una ayuda para la vivienda, de todo... ¿Pero qué hice para que me odiase tanto?

—Lo más probable es que... ella esté jodida. Que haya tenido una infancia de mierda o algo por el estilo.

Alison guardó silencio, pensando en eso, y dijo:

—Después de que apareciese el artículo, recibí un montón de cartas.

—¿Te refieres a cartas de apoyo?

—De esas un par, pero la mayoría eran..., bueno, horribles. Se mostraban de acuerdo con Josephine. Me culpaban a mí. En fin, no pienso que nadie crea que el fraude en sí mismo sea tan relevante, así que no me culpaban en concreto por lo que había hecho. Era más bien por... Por ser lo que era. Por ser quien soy. —Sonrió, sacó un kleenex del bolsillo y se sonó con fuerza—. Pero no puedo hacer gran cosa respecto a eso, ¿no crees?

Si Rachel quería saber cómo su día podía ser todavía más terrible, estaba a punto de averiguarlo camino de casa.

El tren acababa de detenerse en Didcot Parkway y ella contemplaba por la ventanilla las torres de la central eléctrica, recordando el pueblo de Little Calverton y la casita de techo de paja digna de un cuento infantil que Laura y Roger habían comprado allí, soñando con proporcionarle una infancia idílica a su hijo. Y mientras estaba abstraída en esos recuerdos, sonó su móvil y la devolvió a la realidad. Respondió la llamada: era Faustina y estaba horriblemente alterada, casi no podía

hablar entre sus lloros.

—Un accidente —pareció que decía—. En casa.

A Rachel le llevó un rato ubicar que con «casa» se refería a las islas Marshall. Y le llevó todavía más tiempo entender qué había sucedido.

—¿Una bomba? ¿En el jardín? Oh, Faustina. Es horroroso..., increíble.

Al parecer la nieta de Faustina, uno de sus seis o siete nietos, estaba jugando en el jardín trasero de su casa cuando se topó con una granada de hacía setenta años. Esas islas habían servido de base americana durante la Segunda Guerra Mundial, en la campaña contra los japoneses, y aunque parezca increíble, todavía quedaba dispersa por el terreno un montón de munición sin explotar. La nieta de Faustina, la hija de su segunda hija, que solo tenía siete años, había cogido la granada y la estaba lanzando como si fuese una pelota de tenis cuando le explotó y la mató al instante.

El impulso inmediato de Rachel fue sugerirles a Faustina y Jules que cogieran un vuelo a su casa de inmediato. Pero después añadió:

—¿Qué dice Lady Gunn?

—No contesta al teléfono. Creo que está en un avión. Camino de Nueva York. Se ha ido dos semanas. Nos dijo que iba a organizar un baile de beneficencia.

—Bueno, estoy segura de que estaría de acuerdo.

Faustina le contó que el viaje a casa era largo y complicado, e implicaba un mínimo de dos cambios de avión y escalas en Seúl, Kuala Lumpur o Manila. Aun en el caso de que partiesen esa misma tarde de Heathrow, tardarían treinta y seis horas en llegar allí. Y los pasajes eran carísimos. Se les comerían la mayor parte de los ahorros. Pero Rachel vio claro que no tenían más opción que ir.

—Y las niñas —añadió Faustina—. Alguien se va a tener que hacer cargo de ellas.

—Tranquila —dijo Rachel—. Yo me encargaré de ellas. De verdad, solo tengo que prepararles la comida, asegurarme de que van limpias y acostarlas. Puedo hacerlo. No te preocupes. Ve a hacer la maleta, Faustina. Haced los preparativos necesarios y marchaos.

Y, en efecto, cuando esa tarde Rachel llegó a la casa a las cinco, la criada y su marido estaban sentados en la cocina con los abrigos puestos, listos para partir en cuanto ella llegase. Los abrazó a ambos, le dio un beso lleno de emoción a Faustina y los acompañó entre los escombros de la obra hasta la puerta de la valla. Los vio alejarse con paso lento, en dirección a la estación de metro más cercana de la línea de Piccadilly, cogidos de la mano, con el peso de la maleta que compartían haciendo que Jules se inclinase ligeramente hacia la izquierda. Rachel volvió dentro y la casa le pareció más silenciosa y grande que nunca.

Telefonó a Madiana para contarle lo sucedido. En Nueva York era la hora del almuerzo y parecía estar comiendo en un ruidoso restaurante. En algún lugar remoto de su mente, Rachel albergaba la esperanza (la absurda esperanza, como no tardó en quedar bien claro) de que Madiana decidiera volver para cuidar ella misma de las

niñas durante las dos semanas siguientes. Pero ni se le pasó por la cabeza. Le dijo a Rachel que confiaba en ella y sabía que podía estar tranquila y la llamó ángel y otras idioteces sentimentaloides por el estilo. Le dijo que durante esas semanas utilizase tanto la parte del servicio como la de la familia y que se sintiese como en su casa.

Rachel tecleó el código de la puerta mágica de la segunda planta y atravesó el espejo hacia el reino encantado y hechizado de la parte de la casa habitada por los Gunn, un espacio tan amplio que probablemente podría albergar hasta veinte personas, pero que en aquellos momentos solo acogía a dos abandonadas niñas de nueve años.

A ese lado del espejo no había tanto silencio. Desde el cuarto de juegos de las niñas llegaba el sonido de la televisión.

Rachel se las encontró viendo una reposición de *Friends* en un canal de comedia vía satélite. Uno de los personajes femeninos le estaba explicando a uno de los personajes masculinos dónde estaban todas las zonas erógenas femeninas y cuál era la mejor manera de llevar a una mujer al orgasmo. Grace y Sophia miraban con expresión concentrada e impasible, pero no se reían mucho.

—Siento llegar tarde para la clase de hoy —se disculpó Rachel—. He ido a visitar a una amiga mía en el campo. Además, como probablemente ya sabéis, Faustina y Jules han recibido una mala noticia y han tenido que marcharse a toda prisa a su país. Lo más probable es que estén fuera un par de semanas.

Una vez más, era difícil saber si la información les afectaba de algún modo. Nada parecía atravesar su caparazón, ni siquiera la noticia de que el perro de la familia había sufrido heridas mortales pareció conmoverlas demasiado. Cuanto más tiempo pasaba con esas extrañas niñas carentes de emociones, más se incrementaba la sensación de tratar con dos de los críos de *El pueblo de los malditos* de John Wyndham.

—De todos modos, me parece que de momento nos vamos a olvidar de la clase. Iré a preparar algo para cenar —les dijo.

Grace asintió y Sophia alzó el pulgar en señal de aprobación. Rachel salió de la habitación y bajó a la cocina principal, pensando para sus adentros que esos pequeños gestos eran ya una modesta victoria.

Aunque las gemelas se mostraron cooperativas, no se quejaron y no discutieron demasiado ni con Rachel ni entre ellas, el proceso de darles la cena, asegurarse de que se bañaban y después leerles en la cama le resultó sorprendentemente agotador. Rachel decidió seguir durmiendo en su habitación, pero se preocupó de dejar abiertas las puertas que comunicaban ambas partes de la casa y les dijo a las niñas que si tenían miedo o necesitaban cualquier cosa podían ir a buscarla o llamarla por la línea interna de la casa. Eran ya casi las diez cuando por fin tuvo a las gemelas acostadas y

dormidas. Una vez conseguido, Rachel no logró relajarse. Subió y bajó varias veces por la escalera de la parte trasera de la casa para comprobar que todas las puertas y ventanas estuviesen cerradas. La repentina partida de Faustina la había dejado descolocada. Eso y el terrible destino de Mortimer. De eso hacía dos días. Se preguntó qué habría hecho Jules con el cadáver. Se acercó a la ventana de su dormitorio, la abrió y echó un vistazo al jardín. Seguro que no se le habría ocurrido dejarlo allí, ¿verdad? Sería un espectáculo demasiado horripilante.

No, el bulto canino había desaparecido. Se estaba levantando una ligera brisa y una parte suelta de una lona ondeaba produciendo un considerable ruido. Le inquietó que no la dejase dormir en toda la noche. Era una esquina de la lona que cubría el agujero o que debía cubrirlo. Al parecer se había soltado.

Y en ese momento llegó otro ruido procedente del jardín. Un estruendo metálico, como si se hubiera volcado un cubo. ¿Había algo allí fuera? A falta de otra posible explicación, Rachel todavía no había descartado su teoría de que pudiese tratarse de un atrevido y enorme zorro urbano que se hubiera colado en el jardín y atacado a Mortimer. Estiró el cuello para alcanzar a ver el muro trasero cubierto de hiedra. Estaba demasiado oscuro para poder distinguir algo con claridad, pero cuanto más concentraba su mirada, más aumentaba su sospecha de que allí había algo, alguna criatura salvaje, acechando entre las sombras.

Y entonces la vio. Salió corriendo desde el fondo del jardín, se escabulló hacia el borde del agujero y desapareció por la abertura de la lona. Su cuerpo era negro y muy dilatado, sus movimientos eran claramente los de un insecto, y Rachel estaba convencida de que incluso había distinguido los pelos de la última de sus ocho patas antes de que desapareciese en el hoyo, deslizándose por las paredes y sumergiéndose en la oscuridad de la que había emergido.

—Lo que pasa —dijo Rachel— es que aquí sentada contigo, hablando de eso, todo parece normal.

—Por supuesto. Porque todo es normal.

—Lo sé. Fueron imaginaciones mías. Tuve un día agotador. Estaba muy cansada... Tal vez incluso di una cabezada y lo soñé.

—Es una explicación posible. Después de todo, habías visto hacía poco ese cuadro en el museo y habías vuelto a mirar la carta de la vieja baraja que tu amiga te regaló años atrás. De manera que esa criatura, o lo que fuese, fue en gran parte producto de tu imaginación.

Rachel y Livia estaban tomando café juntas una vez más en el café Lido de Hyde Park. No habían querido renunciar a su floreciente amistad por el hecho de que Mortimer ya no les proporcionase un pretexto. De hecho, ahora más que nunca, Rachel valoraba la sensatez de Livia, su sonriente y bondadosa naturaleza, la sensación de calma que irradiaba, sus equilibrados consejos y su melodiosa voz con ecos de violonchelo.

—¿Entonces no crees que me esté volviendo loca? —le preguntó Rachel con una sonrisa que no lograba disimular la sinceridad de la pregunta.

—Claro que no. Estás pasando por unos momentos muy difíciles. Lo único que necesitas es tomártelo con calma.

—De repente todo parece ir mal —dijo Rachel—. Una cosa detrás de otra. Mi abuela me ha telefoneado esta mañana. Ha recibido una carta del oncólogo del abuelo.

—¿Sí? ¿Y qué noticias hay?

—Nada bueno. Hizo la petición para ese medicamento al Fondo de Medicamentos Contra el Cáncer, pero se la han rechazado. Demasiado caro, por lo visto. Pero lo sorprendente es que eso no parece haber sido un problema para tu clienta, la duquesa o baronesa o lo que sea.

—Lo siento —dijo Livia—. No pensé en el coste. Está claro que ella es una mujer muy rica y puede haberlo pagado de su bolsillo. El problema es que no siempre entiendo cómo funcionan las cosas en vuestro país. Estoy intentando saber más. He pensado que este libro podría ayudarme.

Le tendió a Rachel el libro que estaba leyendo, un grueso ejemplar de tapa dura de un verde descolorido y sin sobrecubierta. Se titulaba *El legado de los Winshaw*, y el autor era Michael Owen.

—Lo compré en una de esas tiendas de segunda mano que destinan las ganancias a beneficencia —le contó—. Creo que los Winshaw son una familia famosa en Inglaterra. Cuenta su historia. ¿Lo has leído?

Rachel negó con la cabeza.

—Tal vez debería hacerlo. Últimamente ese nombre aparece por todos lados. A mi amiga Alison la denunció una de ellos. Me lo contó el otro día.

—¿En serio? ¿Un miembro de esa familia? ¿Cuál de ellos?

—Josephine.

Livia entrecerró los ojos. Tenía unos impresionantes ojos color ámbar.

—Ah, sí. Conozco a Josephine.

—¿En serio?

—Vive cerca de aquí. De hecho, no muy lejos de la casa en la que vives tú. De vez en cuando paseo a su perro. Pero nadie la ha visto desde hace unos días.

—Se habrá tomado unas merecidas vacaciones en las islas Mauricio o algún sitio por el estilo, seguro.

—No lo creo. La policía la está buscando. —Depositó su libro en las manos de Rachel—. Toma, tómalo prestado. Por favor.

—Gracias, pero en estos momentos no me apetece leer nada.

—No. Cógelo. Deberías aprender algunas cosas sobre esa gente.

Solo porque Livia insistía tanto, Rachel lo hojeó rápido, de un modo automático, y se lo guardó en la mochila.

—De acuerdo, intentaré leerlo —dijo—. Gracias. Y gracias por intentar ayudarme con lo de mi abuelo. Odio pensar en todo lo que está sufriendo. —Le estrechó la mano a Livia—. Eres una buena amiga. No hay mucha gente como tú en mi vida en estos momentos.

—¿Y qué tal te va con tu novio?

—Oh, bien. Está intentando acabar un capítulo de su tesis. Ahora mismo no parece disponer de mucho tiempo para pensar en ninguna otra cosa.

—Bueno, aquí me tienes si me necesitas —dijo Livia—. También con las niñas, si quieres quitártelas de encima un rato.

Rachel la miró directamente a los ojos y se sintió avergonzada porque, en lugar de ver —como debería haber hecho— pura bondad, imaginó algo muy distinto, algo ambiguo, confuso e indescifrable. Una reacción sintomática de su actitud cada vez más innecesariamente recelosa con la gente. Ese trabajo la estaba convirtiendo en una persona cínica y desconfiada. Incómoda, apartó la mirada y dio un sorbo a su café.

Esa tarde recogió a Grace y Sophia en el colegio a las tres y media, como siempre, y cuando atravesaron la zona en obras de la parte delantera de la casa, se encontraron con que todos los trabajadores rumanos se habían congregado alrededor de la oficina, en una suerte de reunión de crisis. En el centro estaba Dumitru, el capataz, que parecía estar planteándole a Tony Blake un ultimátum. Los rostros de los restantes trabajadores permanecían atentos y malhumorados.

—Vosotras dos, vamos —les dijo Rachel a las gemelas para que se apresuraran a

subir por los escalones de la entrada—. Esto no nos incumbe.

Sin embargo, en cuanto las tuvo dentro de la casa y les dijo que subieran a quitarse los uniformes, volvió a la escalinata para escuchar la trifulca. Pero la reunión ya había terminado. Dumitru seguía gritando y gesticulando con indignación mientras se quitaba el chaleco reflectante y el casco y salía furibundo por la puerta de la valla. Al escuchar los gritos de sus compañeros de trabajo, a Rachel le pareció que le pedían que volviese, pero su decisión parecía inapelable: se largaba. Tony Blake miraba cómo se marchaba con los labios fruncidos y una botella de cristal transparente vacía en una mano.

—¿Ha dimitido o algo así? —preguntó Rachel a un par de trabajadores que tenía cerca.

—Sí. Se marcha —dijo uno de ellos.

—¿Por qué discutían?

—Estaba borracho.

—Bueno, eso es lo que dice Tony —terció su compañero.

—Ya has visto la botella. Esta mañana estaba llena de vodka.

—¿Y se lo recriminas? Imagínate haber tenido que hacer lo que él ha estado haciendo. ¿Quién es capaz de dirigir a una cuadrilla en un trabajo como este? Es una locura. Es peligroso. No es un trabajo de construcción. Es un trabajo de minería. ¿Cómo no vas a empezar a empinar el codo?

—Vale. Pero si eso significa que vas a empezar a ver cosas...

—¿Ver cosas? —repitió Rachel—. ¿Qué tipo de cosas?

—Dumitru le ha dicho a Tony que no pensaba volver a bajar al agujero. Le ha asegurado que ha visto algo horrible allí al fondo. —Su compañero negó con la cabeza en un gesto de advertencia para que se callase, pero él continuó hablando—: Por lo visto, cuando pasas todos los pisos y llegas al número once, te encuentras un túnel. Lo descubrieron ayer. Nadie lo había visto hasta entonces. Dumitru se ha metido, ha gateado por él un trecho y ha visto...

—No ha visto nada. Este tío es un borracho. Siempre lo ha sido.

—¿Qué ha visto? —preguntó Rachel.

—No sabe qué era exactamente. Iluminaba lo que tenía delante con su linterna y de repente ha visto un par de ojos. Que lo miraban. Que miraban desde la oscuridad.

Rachel sintió como si su corazón hubiera dejado de bombear. Con gran esfuerzo, preguntó:

—¿Quizá era un... gato? O tal vez cayó al hoyo un perro y se las ha apañado para...

—Ha dicho que era mucho más grande. Enorme.

El hombre se calló. Se creyese o no la historia, lo que estaba claro era que no tenía ningunas ganas de seguir trabajando en esa casa. Entretanto, su compañero dijo sencillamente:

—Dumitru no ha visto nada. Estaba borracho. Ahí abajo no hay nada. No es más

que un agujero enorme en el suelo.

A todos los efectos, Rachel estaba atrapada. Por mucho que detestase pasar las noches en la casa, no podía salir porque le habían confiado el cuidado de las niñas.

Lo que de verdad deseaba era meter sus cosas en la maleta y tomar un tren hacia el norte para visitar a su abuelo en el hospital. Por las noticias que le llegaban, cada vez estaba más débil y ella no soportaba la posibilidad de no volver a verlo antes de que el cáncer le venciese. Pero no se podía mover. Tenía que quedarse donde estaba para cuidar de las niñas, para velar por ellas. Una noche, incapaz de conciliar el sueño, se levantó de la cama hacia las dos y se sentó en el pequeño escritorio colocado mirando al jardín. Como siempre —como hacía cada pocos minutos cuando estaba despierta—, escrutó la oscuridad en busca de cualquier signo de movimiento en los bordes del agujero, pero no vio nada. Los obreros habían asegurado la lona con más firmeza que en ocasiones anteriores.

Encendió la lámpara del escritorio y sacó dos objetos del cajón superior. Uno era la cara libreta veneciana de tapas forradas de lino que Lucas le había regalado en agradecimiento por su ayuda para la entrevista para entrar en Oxford. El otro era la carta del Memorama que Phoebe le regaló el verano de 2003, con el dibujo de la horripilante araña que, de un modo misterioso, tanto se parecía a la de la obra de Josep Baqué. Se quedó unos minutos contemplándola, con perplejidad e inquietud, como llevaba haciendo a menudo los últimos diez años. Después abrió la libreta y empezó a escribir.

Esta es la paradoja: debo asumir en pro de mi cordura que me estoy volviendo loca.

¿Porque cuál es la alternativa? La alternativa es creer que lo que vi la otra noche era real. Y si me permitiese creerlo, sin duda el horror me haría perder la cordura. Estoy atrapada. Atrapada entre dos opciones, entre dos caminos, y los dos conducen a la locura.

Es la monotonía. El silencio y el vacío. Eso es lo que me ha llevado hasta este punto. Jamás me hubiera imaginado que en medio de una ciudad tan grande como esta hubiese una casa envuelta en tal silencio. Durante semanas, claro está, he tenido que soportar el ruido de los obreros trabajando en el jardín, bajo tierra, cavando, cavando, cavando. Pero ahora ya casi han terminado y, por las noches, cuando se marchan, desciende el silencio. Y entonces es cuando se despierta mi imaginación (no es más que mi imaginación, tengo que agarrarme a esta idea), y, envuelta por la oscuridad y el silencio, empiezo a creer que oigo cosas, ruidos extraños. Chirridos, crujidos. Movimientos en las entrañas de la tierra. En cuanto a lo que vi la otra noche, fue una aparición fugaz, de unos pocos segundos, un movimiento en la oscuridad

total del fondo del jardín, y después una visión más clara de la cosa en sí, de la criatura, pero no puede ser real. Esta visión no puede haber sido otra cosa que un recuerdo que ha vuelto a rondarme por la cabeza, y por eso he decidido visitar ahora ese recuerdo, para ver qué puedo aprender de él, para entender el mensaje que me envía.

También estoy escribiendo esto por otra buena razón, por un motivo muy simple, porque me aburro y es este aburrimiento —sin duda el aburrimiento y nada más— lo que me está volviendo loca, lo que me está provocando estos absurdos delirios. Necesito algo que hacer, una ocupación (evidentemente creí que la encontraría trabajando para esta familia, pero hasta ahora ha sido un trabajo más bien raro, muy distinto de lo que imaginaba). Y he decidido que esa ocupación que necesito será escribir. No he intentado escribir nada en serio desde mi primer año en Oxford, pese a que Laura, justo antes de marcharse, me dijo que debería seguir insistiendo con la escritura, que le gustaba lo que había escrito y creía que yo tenía talento. Lo cual significa mucho, viniendo de ella. Lo significa todo.

Laura también me dijo que era muy importante ser organizado al escribir. Que había que empezar por el principio y contarlo todo en orden. Tal como supongo que hizo ella cuando me contó la historia de su marido y el jardín de cristal. Pero de momento no parece que yo esté aplicando al pie de la letra su consejo.

Así que debería dejar de lado tanta dispersión e intentar relatar la historia de mi segunda visita a Beverley y mi estancia en casa de mis abuelos en el verano de 2003. Una visita que en esa ocasión no hice con mi hermano, sino con Alison, mi querida amiga Alison, a la que por fin, después de años de misterioso distanciamiento, he reencontrado y hemos podido retomar las riendas de nuestra bonita amistad. En realidad esta es nuestra historia, la historia de cómo nos hicimos íntimas antes de que extrañas —por no decir ridículas— fuerzas se interpusieran entre nosotras y nos separasen. Y también es la historia de...

Pero no, todavía no debo seguir adelante. Volvamos al principio de todo.

Rachel se pasó casi toda la noche escribiendo la primera parte de su texto autobiográfico. Por la mañana se sentía fatigada, pero sorprendentemente revitalizada y llena de vigor. Después de prepararles el desayuno a las niñas y acompañarlas al colegio, se echó para dormir un poco y se puso a trabajar de nuevo. Se pasó todo el día escribiendo, sin interrupciones. Fuera reinaba el silencio. No había ni rastro del señor Blake ni de los obreros rumanos; Rachel supuso que las obras se habían suspendido hasta que se contratase a un nuevo capataz. A las tres y media recogió a las niñas en el colegio y durante el resto de la tarde no les dio ninguna lección extra ni les pidió que hicieran los deberes. Esta vez, ya más rodada en la tarea, logró que se acostaran más rápido y sin protestar tanto. A las nueve ya estaba otra vez sentada ante su escritorio. Rememorando el pasado, su amistad juvenil con Alison, evocando la

zona de Westwood en Beverley bajo el sol de verano, intentando evocar el amor que reinaba entre sus abuelos cuando ambos gozaban todavía de buena salud, logró esquivar la sensación de miedo que de otro modo se hubiese apoderado de ella si no tuviese nada en que concentrarse excepto el silencio de la casa y los terrores informes que acechaban en el jardín patas arriba.

Escribió durante cuarenta y cinco minutos y a las diez menos cuarto sonó el timbre de la puerta de la calle. Fue corriendo hasta el monitor del circuito interno más cercano, que estaba en el rellano del primer piso, y lo encendió. Apareció una granulosa imagen en blanco y negro de Frederick Francis. Estaba plantado ante la puerta de la valla, esperando a que le permitiesen entrar. Rachel pulsó el botón del interfono y bajó para abrirle la puerta principal de la casa.

—Hola —saludó él—. Espero no molestar presentándome de improviso.

—Por supuesto que no —dijo Rachel—. Pero Gilbert no está. Madiana está en Nueva York y él..., bueno, no sé dónde está exactamente.

—Lo sé —dijo Frederick—. Quería verte a ti.

—Oh. Bueno, en ese caso... pasa.

Lo condujo hasta la sala, una habitación que ella rara vez visitaba.

—¿Me vas a ofrecer una copa? —le preguntó Freddie, mientras se sentaba en el sofá más próximo a la puerta.

Rachel ya olía el alcohol en su aliento.

—No estoy muy segura de si yo puedo ofrecértelo.

—Oh, vamos. Con todo lo que estás haciendo por esta familia en estos momentos, puedes permitirte incluso bañarte en champán cada noche.

—En una bañera *diamanté* —dijo Rachel sonriendo—. De acuerdo, ¿dónde guardan las bebidas?

Frederick se levantó y demostró que conocía a la perfección la ubicación del armarito de las bebidas: estaba entre los estantes repletos de primeras ediciones del siglo XVIII sin leer. Tras una rápida búsqueda entre las botellas, sacó una con aire triunfante.

—Un Lagavulin añejo de veinte años —comentó mientras quitaba el tapón y llenaba con generosidad dos vasos—. De hecho, tiene casi la misma edad que tú.

—Yo no bebo whis... —

—Esto es algo más que un whisky. Es un néctar. —Entrechocó su vaso con el de ella—. Vamos. Chin chin.

Rachel dio un sorbo al turboso scotch color cuero y tuvo que admitir que era soberbio. Pero, aun así, decidió no beber mucho.

—Y bien, ¿a qué debo la visita? —preguntó.

—Bueno —dijo Freddie—. Estaba tomando una copa por aquí cerca y he pensado que podía dejarme caer para ver cómo te las arreglabas sola y además... Además resulta que he estado pensando mucho en nuestra conversación del otro día en el avión.

No había vuelto a sentarse en el sofá. Se movía por la habitación con paso vacilante, lanzando miradas indagatorias al rostro de Rachel mientras hablaba.

—¿Ah? —dijo ella.

—El hecho, Rachel, es que resulta obvio que tienes una opinión muy mala de mí y... no me siento cómodo con eso.

—Te pido disculpas si te di esa impresión. Fue un día muy raro, eso es todo...

—Creo que se trata de algo más que de cómo fue ese día. Me odias. Detestas lo que hago.

—No —dijo Rachel, dando otro sorbo a su whisky y percatándose de que la conversación iba a ser incómoda, como ya se temía—. No te odio. Es verdad que considero que tu trabajo es..., bueno, un poco falto de ética...

—¡Un poco! Vamos, Rachel. Lo que hago apesta. Apesta de manera estratosférica.

Rachel se quedó de piedra.

—De acuerdo —dijo—. Bueno, está claro que en estos últimos días has cambiado. Pero eso lo dices tú, Freddie, no yo.

—He pensado que, por una vez, era necesario hablar con franqueza. Y sí, he cambiado. Y en el avión te mentí, Rachel, te dije que todo lo que Gilbert y yo hacemos está dentro de la ley. Pero no es así. Al menos uno de los fondos que he abierto a nombre de Madiana podría llevarnos a todos a la cárcel. Y tal vez debería suceder.

—Resulta que esta semana he visitado a una persona en la cárcel. Una amiga mía. Está cumpliendo tres meses por fraude en el cobro de ayudas sociales.

—Apuesto a que ha estafado una ridiculez en comparación con lo que yo he escamoteado para Gilbert durante todos estos años.

Rachel deseaba que Freddie se sentara. Su deambular la estaba mareando.

—Bonitas palabras, Freddie. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Estoy pensando —dijo— en ir a la Agencia Tributaria y contarle todo. O tal vez filtrar la historia a los periódicos.

Rachel tomó otro muy prudente sorbo de whisky y, todavía con los labios pegados al vaso, lanzó una prolongada mirada a Freddie. Nada en su súbita conversión le parecía creíble.

—Yo no haría algo tan drástico —le dijo—. Después de haber visto el interior de una cárcel, no creo que te vaya a sentar muy bien una estancia allí. Y, por favor, no pongas toda tu vida patas arriba utilizándome a mí como excusa. Sea cual sea tu nivel de ética, en lo personal no me caes mal. Desde luego que no.

—¿En serio?

—En serio.

—Porque te sorprenderá saber que tu opinión cuenta mucho para mí.

—¿Y por qué iba a ser así?

Y de pronto lo tenía encima, aplastándola contra la biblioteca y provocando que

ella vertiese en el suelo el whisky que le quedaba en el vaso; le plantó los labios en la boca y apoyó todo el peso de su cuerpo contra ella.

—Porque eres... jodidamente... preciosa —le dijo, entre jadeos empapados en alcohol—. Porque... no podría morir feliz... hasta haberme metido bajo tus bragas.

—¡Apártate! —gritó Rachel, y lo empujó para sacárselo de encima con tal fuerza que lo propulsó tambaleándose hacia la otra punta de la habitación. Él se golpeó contra el piano de cola, recuperó el equilibrio, y durante unos segundos se miraron. Al ver que él permanecía inmóvil, Rachel le señaló la puerta—. Fuera. Lárgate ahora mismo.

Él parecía dispuesto a obedecerla. Se secó la boca y empezó a caminar hacia la puerta, pero al pasar a su lado se abalanzó de nuevo sobre ella, esta vez agarrándola por la cintura y tirándola al suelo. Ahora lo tenía encima y estaba inmovilizada sobre la alfombra.

—¡Apártate! —volvió a gritar Rachel, y en ese momento se oyó la voz de una niña:

—¿Rachel?

Los dos miraron hacia la puerta, en la que aparecieron inmóviles Grace y Sophia, pegadas una a la otra, con sus pijamas idénticos, mirando despeinadas y adormiladas.

Apartando la mirada de los ojos perplejos de las niñas, Freddie se puso en pie y se acercó al espejo sobre la chimenea, ante el que se ajustó la corbata y se retocó el pelo. Rachel seguía en el suelo. El impacto de la caída la había dejado magullada y de momento se veía incapaz de incorporarse.

—¿Estás bien? —le preguntó Sophia, y las dos niñas se acercaron para ayudarla a levantarse.

Sin decir palabra ni mirar en su dirección, Freddie salió de la habitación y se apresuró hacia la puerta. Oyeron cómo se abría y se cerraba de golpe.

Con un movimiento lento y doloroso, Rachel se incorporó hasta quedar sentada y permaneció en esa posición un rato. Grace y Sophia se arrodillaron una a cada lado y la rodearon con sus brazos. Fue sobre todo este despliegue de cariño —tan inesperado, tan espontáneo— lo que al final le dio fuerzas para levantarse por sí misma.

—Vamos —les dijo a las niñas—. Volvamos a la cama. Me parece que todas necesitamos otro cuento antes de dormir, ¿verdad que sí?

—¿No te vas a despedir del señor Francis?

—No —dijo Rachel—. Creo que ya conoce la salida.

Y, cogidas de las manos, las tres subieron con paso lento por la escalera hasta la segunda planta.

Desde luego que Freddie conocía el camino de salida. Pero no tenía ninguna prisa por marcharse. Se quedó diez minutos en la parte delantera del jardín de los Gunn, junto a

la oficina temporal de la constructora, e intentó tranquilizarse, respirando con calma, proyectando vaho en el aire de la noche. Era una noche despejada, sin nubes y estrellada. La luna en cuarto creciente proyectaba extrañas sombras sobre las losas del suelo, las manchas de barro y cemento secos y las planchas de madera colocadas de forma temporal. El desorden en que se amontonaba el material de construcción parecía acorde con su inestable estado mental. No sentía ningún impulso inmediato de cruzar la puerta de la valla. La sola idea de parar un taxi y volver a casa le ponía enfermo.

En un primer momento, cuando se percató de que lo observaban, su reacción fue sorprendentemente tranquila. No sabía de dónde había salido la criatura o cómo se había deslizado hasta él con tanto sigilo, y durante unos segundos reflexionó sobre todo esto con una suerte de desapasionada curiosidad. Tardó en darse cuenta de que estaba en peligro mortal, y no solo de eso, sino de que iba a morir del modo más grotesco e increíble. Los ojos, los dos ojos elevados y muy separados, los malvados ojos color ámbar, lo miraban con perfidia. Las patas de la criatura eran largas y articuladas, y se elevaban por encima del propio Freddie. La panza, la enorme y dilatada panza, estaba cubierta de pelillos que a la luz de la luna parecían tener una tonalidad verdosa; caía pesadamente sobre el suelo, un obsceno saco que contenía ingentes y repugnantes secretos líquidos.

Las patas de la criatura temblaron y se tensaron, como preparándose para saltar.

Solo entonces Freddie empezó a retroceder hacia la pared. Pero al dar el tercer o cuarto paso tropezó y se cayó, de modo que quedó tendido boca arriba a merced de la araña que avanzaba hacia él y se le abalanzaba encima, con las patas moviéndose de prisa y golpeándole, y la panza arrastrándose sobre las espinillas, las rodillas y los muslos de Freddie, y después sobre su torso antes de cubrirle la cara de tal modo que todo el horrible y colosal peso del bicho lo aplastaba y el hedor y el tacto áspero de ese cuerpo le provocaban arcadas hasta que de forma rápida e irremediable perdió el conocimiento, que ya nunca más recobraría.

—¡Menudo monstruo! —bramó Grace.

—¡Menudo... monstruo! —coreó Sophia, con más lentitud y un tono más grave y, arrastradas por una risa incontrolable, las dos se pusieron a rodar por el suelo del cuarto de juegos.

Los títulos de crédito finales y la música aparecieron demasiado rápido y las dos se pusieron a gritar.

—Oh, Rachel, ¿podemos volver a verla? ¡Por favor, Rachel!

—Solo la última escena, Rachel... ¡Por favor!

Quién lo hubiera dicho, pensó Rachel, mientras rebobinaba el DVD unos tres minutos. Quién hubiera dicho que de todas las cosas que les habría podido poner, sería esa horrorosa, tosca e inepta comedia británica en blanco y negro de principios de los años sesenta la que las haría disfrutar hasta el paroxismo, derrumbando las barreras de la gélida compostura que habían mantenido ante ella durante tanto tiempo. Había comprado el DVD hacía un par de años porque Laura le había mencionado esa película que estaba utilizando en su investigación académica, aunque también le advirtió que verla entera podía despertar instintos suicidas. Pero al menos la última escena —o más bien el último gag— era un milagro de osada estupidez. Después de noventa tediosos minutos de bromas sobre falsos monstruos del Lago Ness, el verdadero monstruo (un ejemplo patético de efectos especiales de bajo presupuesto, como era de esperar) asomaba su cabeza de plástico por encima del agua y pronunciaba las dos inmortales palabras que a Grace y Sophia les parecían desternillantes y que ahora repetían una y otra vez, intentando imitar la chistosa e impávida voz del monstruo mientras esperaban que la escena volviese a empezar.

—Una vez más —les dijo Rachel—. Solo una vez más, porque si no vamos a perder el tren.

Era domingo por la mañana y por segunda semana consecutiva Rachel había cancelado su cita con Jamie. En esta ocasión no porque la hubiesen convocado en un país extranjero para ayudar a resolver en diez minutos unos deberes escolares. No, esta vez había tomado la decisión ella misma (y le había propuesto a Jamie verse al día siguiente, durante las horas lectivas de las niñas) porque estaba decidida a sacarlas de casa durante el día y llevarlas no a un museo, una galería o un restaurante gourmet, sino a algún sitio donde pudiesen pasárselo bien como niñas que eran. El Mundo de Aventuras de Chessington parecía la mejor opción. No era el sitio más fácil al que llegar en tren, pero también eso formaba parte de su plan. Quería mostrarles que no todo el mundo en este país se desplazaba en una limusina con chófer. También existían otros medios de transporte.

En cualquier caso, acabaron pasándose en grande. La atracción favorita de

Grace resultó ser el Scorpion Express, mientras que Sophia se inclinaba por el Rattlesnake. Las dos disfrutaron quedando empapadas en el Rameses' Revenge, y las dos salieron gozosamente impresionadas, aturcidas y mareadas del Dragon's Fury. Rachel se pasó la mayor parte del tiempo haciendo cola con ellas o contemplándolas montadas en las atracciones mientras intentaba sacarles fotografías cuando pasaban zumbando cerca de ella en la montaña rusa o el tiovivo. Unos meses atrás ni se le hubiera pasado por la cabeza la idea de dedicar a esto todo un domingo. Pero al final hubo premio y era de los gordos: cuando regresaron a Turngreet Road las gemelas estaban más animadas y habladoras de lo que nunca las había visto, y las dos le juraron que había sido el mejor día de sus vidas. Todo les había encantado, incluso la horrible comida basura y el llenísimo y retrasado tren de regreso. De hecho, sentada ante ellas en el vagón repleto y viendo el resplandor de sus ojos llenos de curiosidad mientras miraban a su alrededor y observaban a los otros pasajeros, embelesadas por la novedad de encontrarse rodeadas por esa multitud de gente común y corriente, Rachel se preguntó si quizá ese habría sido el momento favorito del día de las dos niñas.

Al día siguiente fue a ver a Jamie a Crouch End, donde compartía casa con otros seis estudiantes. Pagaba casi doscientas libras semanales, que le daban derecho a ocupar a solas un pequeño dormitorio en la segunda planta. Todas las habitaciones de la casa —incluidas las que antes eran la sala de estar y el comedor— se habían transformado en dormitorios y se alquilaban, de manera que Jamie rara vez se aventuraba fuera de su propia habitación, excepto para bajar a la cocina y prepararse un café instantáneo o calentarse la comida en el microondas. Su dormitorio tenía el tamaño justo para que cupiese una cama individual y un cambiador para bebés que hacía las funciones de escritorio.

—Solo me puedo quedar un par de horas —le dijo Rachel, y le explicó que tenía que volver a Chelsea para recoger a las niñas en el colegio. Por eso le fastidió que Jamie le propusiese ver una película y no hubiese modo de sacarle esa idea de la cabeza, y más todavía que la película en cuestión fuera *Ghosts*, la recreación rodada por Nick Broomfield de la tragedia de los recolectores de berberechos de la bahía de Morecambe en 2004, que necesitaba ver para el último capítulo de su tesis.

—¿Por qué estás siempre pensando en el trabajo? —le preguntó Rachel, que después del estrés de la última semana había ido con un propósito completamente distinto en la cabeza.

—Dura solo noventa y seis minutos —dijo Jamie tras comprobar el dato en el dorso de la carátula del DVD—. Después podemos hacer otra cosa.

Pese a todo, Rachel no pudo evitar sentirse absorbida e impactada por la película. Relataba la infortunada peripecia de una emigrante china obligada a hacer trabajos cada vez más inseguros en la industria alimentaria para así poder devolver la deuda

contraída con los «chupasangres» que la habían introducido de forma clandestina en Gran Bretaña. A Rachel la historia le recordó mucho lo que sabía de Lu, el trabajador chino al que Phoebe había acogido en su casa durante unos días en 2003. Era una extraña coincidencia ver una película que de una manera tan clara le recordaba ese episodio justo ahora, cuando se había pasado los últimos días intentando poner por escrito todos esos recuerdos. Cuando acabaron de verla, Jamie se sentó en su escritorio y se puso a tomar notas.

—¿Tienes que hacerlo ahora? —preguntó ella—. Voy a tener que marcharme en... media hora. Cuarenta minutos como máximo.

—Un momento —pidió Jamie—. Hay tantas cosas que voy a tener que comentar sobre esta película... La verdad es que podría dedicarle un nuevo capítulo entero.

Se pasó otros dos o tres minutos haciendo anotaciones a toda velocidad en su libreta, con el ceño fruncido y tal grado de concentración que ni se enteraba de lo que Rachel hacía detrás de él. Cuando por fin se dio la vuelta para hablar con ella, se encontró con que se había quitado toda la ropa y estaba echada bajo la colcha.

Jamie soltó el lápiz.

—Uau —dijo—. No sabía que..., quiero decir...

—Venga ya —lo apremió ella—. ¿Lo vamos a hacer o no?

Él se quitó la camisa y se deslizó a su lado. Rachel lo rodeó con sus brazos y le plantó un húmedo beso en los labios.

—La semana pasada me agredieron —murmuró Rachel mientras las manos de Jamie empezaban a deslizarse por su cuerpo. Él cortó en seco las caricias y se apartó.

—¿Qué?

—Ese tío vino a la casa e... intentó abusar de mí.

—¿Ese tío? ¿Qué tío? ¿Quién?

—Un tipo al que conozco. Un amigo de Gilbert.

—¿Lo denunciaste a la policía? ¿Te hizo daño?

—Probablemente me lo hubiera hecho. Pero no pudo ir muy lejos.

Jamie se apartó un poco más, se incorporó hasta sentarse y se quedó mirándola con aire enojado.

—Dime cómo se llama.

—No. ¿Para qué?

—Dime el nombre de ese hijo de puta.

—¿Y si te lo digo qué piensas hacer?

—Voy a partirle la cara.

Rachel hizo lo posible por contenerse, pero no pudo evitar soltar una risita.

—Venga ya. ¿Tú?

—Sí, yo.

Rachel estiró los brazos, rodeó el cuello de Jamie y tiró de él hacia ella.

—Es muy conmovedor, cariño, pero es lo último que quiero.

Volvió a besarle.

—¿Y entonces qué quieres que haga? —preguntó él.

—Un poco de cariño sería perfecto —dijo Rachel, tomándole la mano y colocándola entre sus piernas.

Hicieron el amor dos veces: la primera de un modo lento, suave y muy placentero; la segunda fue mucho más apasionada y precipitada. Y cuando Rachel estaba a punto de alcanzar su segundo clímax, sonó el móvil de Jamie. Y, ante su total perplejidad, él se volvió para comprobar quién llamaba.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó ella.

—Lo siento —se disculpó él—. Puede ser importante.

—Y una mierda —dijo ella, y le mordió en el cuello con frenesí—. Esto es importante.

Pero, a pesar de todo, Jamie estiró el cuello para mirar más de cerca el nombre que aparecía en la pantalla.

—Tengo que contestar —dijo—. Es Laura.

Cogió el teléfono y atendió la llamada. Furiosa, Rachel se desplomó sobre la cama, jadeando con fuerza, más por frustración que por cualquier otra cosa. Estaba al borde del orgasmo cuando se produjo la interrupción. No daba crédito a que él la hubiese dejado colgada en ese preciso momento.

Se pasó las manos por el cabello y después por el cuello, palpando el sudor que se había acumulado allí. Al principio estaba demasiado alterada para escuchar lo que decía Jamie. Después se dio cuenta de que él y Laura estaban organizando un encuentro para el día siguiente por la tarde, y hablaban de un viaje en tren. Después Jamie le preguntó por alguien que al parecer debería haberse unido a ellos pero no iba a aparecer.

—Bueno, ¿cuándo lo ha visto alguien por última vez...? —dijo él.

Rachel oía la voz de Laura al otro lado de la línea y le pareció que la conversación iba a prolongarse durante un rato. Era intolerable. Salió de la cama, agarrando la colcha para cubrir su desnudez, y se puso la ropa lo más rápido que pudo. Cuando Jamie colgó, ella ya estaba completamente vestida y en la puerta de la habitación.

—¿Adónde vas? —le preguntó con aire sorprendido.

—Vuelvo al trabajo —dijo ella—. ¿Y adónde vas tú?

—¿Yo? A ningún sitio.

—Me refiero a mañana.

—Oh, eso... Laura me pidió que la acompañase a Escocia. ¿No te lo había comentado?

—Pues no.

—Es por ese comité del que forma parte. Hacen un viaje a Inverness.

—¿Inverness?

—La Junta de Turismo Escocesa les ha pedido que vayan para tasar al monstruo del Lago Ness.

—Qué ridiculez. ¿Y tú por qué vas?

—Porque ella considera que será una buena experiencia para mí. No te importa, ¿verdad?

Rachel no respondió. Jamie frunció el ceño.

—Aunque hay algo raro —dijo—. Lord Lucrum, el director del comité... Nadie lo encuentra. Parece que ha desaparecido.

En cualquier otro momento, a Rachel el tema le habría parecido interesante. En ese instante, sin embargo, estaba demasiado alterada, tanto física como emocionalmente, para pensar en eso aunque fuera de pasada.

—Adiós —dijo—. Y gracias por pasarme la película. Muy buena.

Y antes de marcharse le dio otro beso en la boca a Jamie, un beso que ya anunciaba, por su fugacidad y urbanidad, los últimos estertores de una relación que apenas había empezado.

Había vuelto el silencio. En cuanto las niñas se acostaban, en cuanto se apagaba el televisor y su amigable conversación llegaba a su fin, en ese momento el silencio se adentraba en la casa, ascendía por la escalera y se extendía por todas las habitaciones como una neblina que lo cubre todo.

Rachel intentó hacer caso omiso del silencio. Intentó simular que no estaba ahí. Encendió el ordenador y se descargó música. Buscó en Google información sobre los recolectores de berberechos de la bahía de Morecambe y después de leer varias noticias ya antiguas sobre ellos, añadió varios párrafos finales a su texto autobiográfico. Seguía sintiéndose inquieta e incómoda. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso por la ansiedad.

Aprovechando que estaba conectada a internet, hizo alguna búsqueda más y leyó algunas noticias de los periódicos del día.

AYUDEN A ENCONTRAR A NUESTRA JOSEPHINE, decía un titular.

Creando haber oído un lejano y distante ruido procedente del exterior, del jardín, Rachel quitó la música y abrió la ventana del dormitorio. Lo único que oyó fue el incansable y eterno murmullo de Londres. Contempló la noche. Miró hacia el agujero. No había nada. Ni un sonido. Ni un movimiento.

El reciente fallecimiento de una niña en las islas Marshall se podría haber evitado, ha dicho un experto.

Chris Baxter, director de operaciones de SafeSpace Ordnance Removal, una pequeña ONG que trabaja para concienciar a la gente de los peligros de las piezas de artillería de la Segunda Guerra Mundial sin explotar en ese pequeño atolón, ha asegurado que la zona en la que esa niña estaba jugando ya debería haberse limpiado.

«Nuestro programa para limpiar la zona ya se había completado en un 70%», ha dicho. «Por desgracia nuestro operativo se canceló cuando se le adjudicó a uno de nuestros competidores, Winshaw Clearance, la finalización de esas tareas. Pero a día de hoy no hay ninguna evidencia de que Winshaw haya siquiera iniciado sus tareas en esa zona.»

La presidenta ejecutiva de Winshaw Clearance, Helke Winshaw, no ha podido ser localizada para dar su punto de vista.

Llegó desde el jardín un sonido de aleteo. Parecía que una de las esquinas de la lona se había vuelto a soltar. ¿Por qué había sucedido otra vez?

Ruidos de crujidos, de correteo. Como patas pisando gravilla.

Todo estaba en su cabeza. En su imaginación.

Se teme por la vida de Lord Lucrum, presidente del Instituto de Evaluación de la Calidad, del que no se sabe nada desde hace ya diez días.

Las sacudidas de la lona eran ahora más insistentes. Rachel decidió que tendría que salir y comprobar qué sucedía. Bajó rápido y caminando de puntillas hasta el descansillo del primer piso, sin saber muy bien por qué le parecía importante ser sigilosa. La puerta del espejo se mantenía abierta con una cuña, tal como lo había estado los últimos días. Pasó al otro lado de la casa y echó un vistazo a través de la

puerta entreabierta del dormitorio de Sophia. Por algún motivo, las gemelas habían decidido dormir en la misma cama y estaban abrazadas. Rachel escuchó su tenue respiración.

Bajó dos pisos más y entró en la cocina del personal. Encendió todas las luces. Y, con sumo cuidado, abrió el pestillo y después la puerta que daba al jardín. Entró el aire frío de la noche, que la golpeó, la envolvió. Permaneció en el umbral, sin decidirse a cruzarlo, atenta a cualquier mínimo ruido, con la cabeza ladeada, tensa como un perro de caza olfateando el rastro de su presa.

Permaneció así veinte segundos o más, hasta que se produjo un repentino e inesperado ruido que en la quietud de la noche pareció atronador y casi le hizo pegar un salto. Era el timbre de la puerta de la calle.

Llevándose la mano al corazón, Rachel corrió escaleras arriba para mirar por la pantalla del interfono más cercana.

Con las prisas, olvidó hacer dos cosas. No cerró bien la puerta trasera. Y pese a que mientras estuvo en el umbral miró a su alrededor, no se le había ocurrido mirar hacia abajo. De haberlo hecho, habría visto a pocos centímetros del suelo un delgado y largo hilo plateado, pegajoso y resplandeciente, tensado de lado a lado de la puerta como la cuerda de una trampa y enroscado alrededor de una tubería de desagüe, desde donde continuaba hasta desaparecer por el agujero.

Rachel no reconoció a los dos hombres plantados ante la valla, pero cuando bajó para hablar con ellos, le mostraron sus identificaciones, que probaban que eran detectives. Uno parecía de cincuenta y pocos años y el otro era mucho más joven, unos veinte años más joven.

—Soy el oficial Pilbeam —dijo el más joven—. Y este es mi colega, el inspector jefe Capes.

—También conocido como el Cruzado de la Capa —apostilló su compañero con una ufana sonrisa.

Rachel le devolvió la sonrisa, pese a que el comentario le pareció muy raro.

—Adelante —les dijo, y los guio hasta la sala de estar. Ninguno de los dos se quitó el abrigo, pero ambos se sentaron en el sofá más próximo y parecían dispuestos a acomodarse allí.

—No sabía que le llamaban así —le dijo el oficial Pilbeam a su colega en voz baja.

—¿Cómo?

—El Cruzado de la Capa.

—Bueno, pues sí —respondió rápidamente el inspector.

Rachel se preguntó si debía ofrecerles una copa, pero decidió no hacerlo. Hubiera sido un gesto de cordialidad, pero lo más probable es que no tuviesen permitido beber estando de servicio.

—¿Quién lo hace? —preguntó el oficial Pilbeam, que parecía no querer dejar el tema.

—¿Eh?

—¿Quién le llama así?

—Todo el mundo.

—Nunca lo he oído.

—Me pregunto —intervino Rachel, impacientándose— si les importaría explicarme de qué va esto.

—Ah. Sí. —El inspector jefe Capes se enderezó y adoptó un tono de voz formal—. Estamos hablando con la señorita Rachel Wells, ¿estoy en lo cierto?

—Está en lo cierto.

—¿Y trabaja usted como tutora privada de las hijas de Sir Gilbert y Lady Gunn?

—Sí.

—Bien. Hemos venido para realizar unas indagaciones de rutina sobre una persona desaparecida. ¿Podemos dar por hecho que conoce usted a un tal Frederick Francis, socio mayoritario de la Asesoría Fiscal Bonanza?

—Conozco al señor Francis, sí. ¿Es él la persona desaparecida?

—El señor Francis hace días que no aparece por su casa y durante ese tiempo nadie lo ha visto. Sus amigos empiezan a estar preocupados. ¿La noticia la coge por sorpresa?

—¿Que ha desaparecido o que tiene amigos que están preocupados por él?

El oficial Pilbeam sonrió. El inspector jefe Capes, no.

—Por favor, señorita Wells, esto es un asunto muy serio.

—De todos modos, ¿qué tiene que ver conmigo?

—La noche del pasado jueves —dijo el oficial Pilbeam, mientras consultaba su bloc de notas—, el señor Francis estaba tomando una copa en el bar Henry Root, cerca de aquí. Entabló conversación con una de las camareras y le contó que iba a venir a esta casa. Para verla a usted. La chica nos ha contado que a esas alturas de la noche ese hombre ya estaba muy borracho. —Alzó la mirada—. ¿Vino a visitarla esa noche?

—Sí —respondió Rachel—. Lo hizo.

—¿A qué hora?

—Sobre las diez menos cuarto.

—¿Le importaría describirnos el encuentro?

—Bueno, no sucedió nada demasiado especial —dijo Rachel, de pronto nerviosa y evasiva—. Nos... tomamos una copa. Mantuvimos una conversación sobre nada en particular.

—Según usted, ¿cuál fue el propósito de su visita?

—Había oído que estaba sola en la casa, al cuidado de las niñas, y él estaba..., supongo..., preocupado por mí. ¿Adónde fue después, lo saben?

—¿A qué hora se marchó?

—Creo que hacia las diez menos cinco.

—Ya veo. De modo que fue una visita muy breve. Sorprendentemente breve, podríamos decir.

—Sí, supongo que así fue.

—¿Y vio usted cómo se marchaba el señor Francis?

—No. Oí cómo salía por la puerta principal. Pero yo estaba acompañando a las niñas de vuelta a su dormitorio en el primer piso.

—¿Las niñas? ¿De modo que también ellas fueron testigos de la visita?

—Sí, así es.

—Pero si la he entendido bien, no puede asegurar que el señor Francis abandonase la propiedad.

—Bueno, creo que ya me habría percatado de su presencia si llevase una semana escondido por aquí.

—Esa breve conversación que mantuvo con él —intervino el inspector jefe Capes—, ¿fue... cordial, amistosa?

Rachel asintió.

—Sí, diría que sí.

—¿No discutieron ustedes en ningún momento? ¿No hubo ninguna pelea? ¿Ninguna... riña de amantes?

—No era mi amante.

Para dejar claro ese punto, Rachel alzó la voz, pero al mismo tiempo se le quebró. Se dejó caer en un sillón y se cubrió la cara con las manos. El oficial Pilbeam se levantó del sofá como movido por un resorte. Se acuclilló a su lado y le puso una tranquilizadora mano en la rodilla.

—Señorita Wells, ¿se encuentra bien? Parece angustiada.

—Oh. Yo... En realidad no... No lo sé, estoy bien... Es solo que... Es esta casa —dijo, tratando de contener las lágrimas—. La detesto. Por las noches es oscura y solitaria, y yo empiezo a imaginar todo tipo de cosas raras. Y me preocupan las niñas. Me preocupan mucho. Me preocupa que no estén seguras.

—¿Por qué no iban a estarlo?

—No lo sé. Hay algún tipo de... peligro aquí. Estoy convencida de ello.

—¿Es lo que pensó usted cuando llamó el señor Francis? —preguntó el inspector jefe Capes desde el otro lado de la habitación—. ¿Que podía representar un peligro para esas niñas?

El oficial Pilbeam le lanzó una mirada de advertencia, no pareció gustarle el tono agresivo de la pregunta. Su voz era mucho más suave y tranquilizadora.

—Señorita Wells —le dijo—, voy a contarle algunos detalles más sobre este caso y sobre por qué lo consideramos tan importante.

Rachel se secó las lágrimas y asintió.

—El hecho es que el señor Francis no es la única persona que ha desaparecido recientemente en este vecindario.

—Oh.

—El inspector jefe Capes y yo sospechamos que su desaparición está relacionada con otras cinco, todas ocurridas en las últimas semanas. La primera fue Josephine Winshaw-Eaves, la columnista. Después Giles Trending, director de Stercus Television. Philip Stanmore, director ejecutivo de Alimentos Rayo de Sol. Helke Winshaw, presidenta ejecutiva de Winshaw Clearance, S. A. Y finalmente Lord Lucrum, director del Instituto de Evaluación de la Calidad. El señor Francis es la sexta persona que desaparece. Una cosa en común que tienen todas estas personas es que vivían o fueron vistas por última vez en un radio de unos centenares de metros alrededor de esta calle.

—Pero no es la única cosa que tienen en común —añadió el inspector jefe Capes.

—Desde luego que no —dijo el oficial Pilbeam, incorporándose y empezando a pasear por la habitación—. Pero ahí es donde las teorías de mi colega y un servidor divergen.

—Mi joven colega —dijo el inspector jefe Capes— es un investigador excepcional. Considera que para resolver un crimen hay que abordarlo desde la perspectiva política. Utilizando la palabra en el sentido más amplio. Debo decir que en el pasado sus teorías han dado resultados impresionantes. De modo que intentamos abordar este caso desde ese ángulo.

—De todas formas —intervino el oficial Pilbeam—, tal como hemos aprendido de experiencias anteriores, debemos tener mucho cuidado en no dejarnos arrastrar por la conclusión más evidente, aunque parezca...

—Nathan, no hay ningún misterio en el vínculo en común que tienen estas seis personas. Solo porque haya sido yo quien ha dado con la relación...

—¿Cuál es la relación? —preguntó Rachel, entrometiéndose antes de que la discusión entre los dos policías entrase en una espiral fuera de control.

—Es muy sencillo —dijo el inspector jefe Capes—. Los seis estuvieron en una recepción celebrada el mes pasado en el número once de Downing Street. —Se volvió hacia el oficial Pilbeam con un retador brillo en la mirada—. ¿Y bien? ¿No es así?

—Sí. Desde luego, no lo niego. Pero sigo pensando que deberíamos mirar más allá...

—¡Más allá! —dijo Capes con un tono burlón—. ¿Mirar qué? ¿Qué más hay?

—Hay algo más —aseguró Pilbeam—. Está la propia familia Winshaw.

—¡Otra vez eso no, por favor! —protestó Capes—. ¿Cuántas veces más te lo voy a tener que recalcar? Solo dos de esas personas forman parte de la familia Winshaw, y una de ellas solo por vía matrimonial.

—Cierto —dijo Pilbeam—. Pero fíjese en las otras conexiones. El señor Trending preside el comité del Premio Winshaw, organizado en honor de Roderick Winshaw. El señor Francis empezó su carrera como gestor de inversiones en el Banco Stewards como *protégé* de Thomas Winshaw. Lord Lucrum antes trabajaba...

—... con Henry Winshaw en el comité que empezó a dismantelar el sistema de salud público —dijo Rachel.

—Exacto —dijo Pilbeam, tan absorto en su razonamiento que apenas reparó en la procedencia de esa contribución—. Y Alimentos Rayo de Sol de Philip Stanmore...

—... es la mayor empresa del Grupo Brunwin, creado por Dorothy Winshaw en los años setenta y ochenta.

—¡Exacto! —Pilbeam se volvió hacia su colega—. ¿Es que no lo ve? Hay que cavar más hondo. ¿Se ha leído ya ese libro? El que le presté.

—¿Qué libro? —preguntó el inspector jefe Capes.

Pilbeam alzó los ojos hacia el techo.

—*El legado de los Winshaw* —dijo—, de Michael Owen. Todo lo que necesita saber sobre esa familia está...

Se calló en mitad de la frase, porque de pronto un objeto colocado encima del piano de cola llamó su atención. Se acercó y lo cogió. Era un libro.

—Pero... esto es extraordinario. Este es el libro del que estaba hablando. ¿Cómo...? ¿Qué...?

Rachel estiró el brazo y se lo quitó, con manos temblorosas.

—Lo he estado leyendo —dijo—. Una amiga me lo prestó el otro día.

—Ya veo —dijo el oficial Pilbeam, dando un paso atrás y observándola de un modo muy diferente, con recelo—. Y supongo que por eso conoce usted las conexiones que yo estaba estableciendo.

—Sí —dijo Rachel—. Supongo que sí.

—Interesante —comentó el oficial Pilbeam—. Muy interesante. —Ahora la observaba con tanta atención que Rachel tuvo que apartar la mirada y soltó con una voz potente pero temblorosa:

—No tengo nada que ver con la desaparición del señor Francis. Ni con la de ninguna de esas otras personas. No tengo nada que ver con todo eso. Ni siquiera debería estar en esta casa. Este no es mi mundo.

Los labios le temblaban y se calló. Pero esta vez fue el inspector jefe Capes y no su joven colega quien sintió lástima por ella y, poniéndose en pie, dijo con tono amable:

—Por supuesto que no tiene nada que ver, señorita. Lo sabemos. No haga caso de sus teorías. —Le dio un golpecito en el brazo a su colega—. Vamos, Pilbeam. Es hora de marcharnos. Y escúchame para variar. Ya he dado con la clave del caso. Echemos un vistazo a la lista de invitados a la recepción y encontraremos allí a nuestro sospechoso. El número once es la clave, te lo aseguro. ¡Es tan simple como eso!

Los dos hombres se habían marchado. La casa volvía a estar en silencio.

Rachel regresó a la sala de estar, abrió el armario de las bebidas de los Gunn y sacó la botella de Lagavulin añejo de veinte años. Parecía un derroche utilizar un

whisky tan exquisito y caro sin otra finalidad que tranquilizarse, pero ese tipo de reflexiones ya no tenían relevancia alguna para ella. Se sirvió un generoso vaso lleno al menos hasta las tres cuartas partes, se sentó en la banqueta del piano y fue bebiendo con calma y de un modo metódico. De vez en cuando echaba una ojeada al libro sobre el piano y se preguntaba cómo había llegado allí. No recordaba haberlo bajado, pero era consciente de que esos días su comportamiento era errático y olvidadizo.

Ya casi se había acabado el whisky cuando oyó un ruido en el vestíbulo. Un ruido veloz y susurrante como de piernas sobre las baldosas de mármol. Se levantó y avanzó con pasos lentos por la habitación. Se detuvo antes de llegar al umbral de la puerta para escuchar. Y después, muy lentamente, con sumo cuidado, se deslizó hasta la puerta y asomó la cabeza.

El vestíbulo estaba vacío.

El vestíbulo estaba vacío, pero algo había cambiado. A Rachel le llevó unos instantes percatarse de qué era. En la escalera, había algo enredado en la barandilla. Rachel dio un paso adelante, aliviada al asumir que las niñas le estaban gastando una broma: habían bajado por la escalera y tendido un cordel o un pedazo de cuerda de tendadero entre los soportes de la barandilla. Pero no, cuando se acercó se dio cuenta de que aquello no parecía una cuerda. Era más fino y plateado. Estiró el brazo, lo tocó y se le pegó a la mano.

La sacudió para despegárselo. Rachel siguió el rastro del hilo por el vestíbulo hasta la caja de escalera que llevaba a la cocina familiar. En ese punto el paso estaba bloqueado y esta vez no había duda posible sobre qué lo bloqueaba. Una gigantesca telaraña, hecha con el mismo hilo pegajoso y fino.

Rachel contempló horrorizada la telaraña, pero enseguida, sin saber muy bien de dónde le brotaba la entereza o el coraje, estiró el brazo y trató de romperla con movimientos bruscos de los dedos. Se le pegó por todas partes: los hombros, las piernas y sobre todo la cara, pero al final, entre jadeos de fatiga y asco, logró quebrarla y pasar. Bajó a toda velocidad por la escalera hasta la cocina, que estaba a oscuras. Conteniendo la respiración por el miedo a lo que podía encontrarse, encendió la luz.

Allí no había nada. Volvió al recibidor y subió escaleras arriba hasta la habitación de Sophia. Las niñas seguían dormidas, inocentes y angelicales. Cruzó la puerta del espejo hacia la zona de la servidumbre y bajó por la estrecha escalera hasta la cocina del servicio. Aquí había hilos y telarañas por todas partes. Hasta el aire era espeso debido a su cantidad. Rachel se abrió camino entre ellas —un hilo particularmente resistente le quedó atrapado entre los labios y al morderlo casi vomita por el regusto amargo y venenoso— hasta llegar al cajón de los cuchillos, que abrió para sacar el más grande, afilado y letal cuchillo de trinchar que encontró, de más de doce centímetros de largo.

Se volvió y encaró la puerta trasera. Estaba abierta. ¿Cómo podía ser? Si era cosa

suya, había sido muy descuidada.

Alrededor de la puerta se había tejido una telaraña particularmente gruesa e intrincada, pero Rachel logró rajarla y abrirse paso, y atravesó corriendo el jardín en dirección al lado del agujero en el que se había soltado la lona. A lo lejos se oyó una sirena que se acercaba cada vez con más estruendo y después se diluía en la distancia, un recordatorio de que en alguna parte, no lejos de allí, la vida normal continuaba, lo cual permitió a Rachel tomar conciencia de la irrealidad de pesadilla en la que se encontraba inmersa.

El hilo que recorría todo el jardín hasta el agujero era grueso como una cuerda. Lo serró durante unos segundos y logró que se rompiera con un grato sonido agudo. Después Rachel levantó la lona y echó un vistazo al agujero.

No se veía nada. Tan solo un ancho vacío, un pozo sin fondo de absoluta negrura.

Miró con más atención. Tal vez pudiese distinguir algunas siluetas. ¿Era una plataforma lo que había ahí abajo? ¿Un andamio? ¿Una enorme escalera fijada a una de las paredes? Era imposible distinguirlo.

Debió pasarse tres minutos o más contemplando aquella oscuridad. El mango del cuchillo se fue humedeciendo por el sudor de la palma de su mano. Y por fin logró distinguir algo. Abajo, en las profundidades de la cavidad, a más de treinta metros hacia abajo, de pronto aparecieron dos minúsculas fuentes de luz. Un par de ojos. Fuesen de quien fuesen aquellos ojos, la habían visto y la estaban observando.

Rachel cruzó su mirada con la de la lejana criatura y se la sostuvo. Contuvo la respiración. Agarró con más fuerza el cuchillo. Se sintió como hipnotizada. No podía moverse.

Y entonces, a la misma distancia, en el fondo del pozo, aparecieron otras dos pequeñas fuentes de luz ambarina. Y después dos más y después cuatro, y una docena. Rachel sabía que estaba siendo observada por al menos una cincuentena de pares de ojos.

Pero no se movió. No podía alejarse de allí hasta que aquellos ojos empezasen a moverse. Respondiendo a algún tipo de voluntad colectiva, las criaturas se revolvieron y, con movimientos fluidos, en silencio y con una pasmosa agilidad, empezaron a escalar las escarpadas paredes del agujero. Ascendían de un modo veloz e implacable. En cuestión de segundos ya estaban a solo quince metros de la superficie. Los ojos se acercaban más y más, sin apartar ni un instante la mirada de Rachel.

Entonces, y solo entonces, ella gritó. Gritó y salió corriendo; corrió hacia la casa, cerró la puerta de la cocina con violencia, pasó el pestillo y corrió escaleras arriba hasta el primer piso, el segundo y la puerta del espejo que llevaba al otro lado de la casa.

Antes de cruzarla por última vez, se volvió y miró por la ventana del descansillo. Las arañas se estaban acumulando en el jardín, tirando las herramientas de los obreros, correteando por los muros, destrozando el emparrado. Y algunas de ellas

intentaban entrar en la casa.

Rachel entró corriendo en la habitación de Sophia y despertó a las gemelas zarandeándolas.

—¡Despertad! ¡Vestíos! —gritó—. ¡Tenemos que marcharnos ahora mismo!

Las niñas salieron de la cama, adormiladas y frotándose los ojos.

—¿Qué? ¿Dónde está nuestra ropa?

—¡No tenemos tiempo! Poneos las batas.

Se las pusieron a toda prisa. A Grace se le quedó bloqueado un brazo en una manga y se dio cuenta de que se la estaba poniendo al revés. Sophia se pasó una eternidad intentando anudarse el cinturón.

—Seguidme —les dijo Rachel.

Agarró la mano de Sophia y Sophia agarró la mano de Grace, y las sacó del dormitorio y las llevó hasta la escalera principal. El camino estaba bloqueado por dos compactas y resplandecientes telarañas, que Rachel cortó con un par de golpes de cuchillo.

—¿Por qué estás balanceando el cuchillo? —preguntó Grace.

—De hecho, ¿por qué llevas un cuchillo? —preguntó Sophia.

Llegaron al vestíbulo y Rachel abrió la puerta. Las arañas se habían concentrado a los pies de la escalera, bloqueándoles el paso hasta la puerta de la valla. Eran enormes y sus inflados cuerpos resplandecían bajo la luz de la luna, con un lustroso verde chillón.

—Quedaos aquí —les dijo Rachel a las niñas—. Vamos a tener que cruzar entre ellas.

Las niñas esperaron en lo alto de la escalera, mientras Rachel bajaba, escalón a escalón, con el cuchillo en alto. Las criaturas no apartaban sus ojillos pérfidos de la hoja. Cuando Rachel arremetió contra ellas, sisearon y se alzaron sobre las dos patas traseras, pero se fueron apartando.

—¡Ahora! —llamó Rachel a las niñas—. ¡Hacia la puerta! ¡Corred!

Grace y Sophia bajaron a toda prisa por los escalones, pasaron entre los montones de escombros de la obra, dejaron atrás la oficina provisional y esperaron jadeando junto a la puerta. Rachel se unió a ellas, avanzando de espaldas, con el cuchillo todavía en alto para mantener a los monstruos a raya, pulsó el cerrojo electrónico y abrió la puerta empujándola con el hombro. Salieron a la calle.

—¿Adónde vamos? —preguntó Sophia—. No quiero ir a ningún sitio. Quiero volver a la cama.

Estaba ya en la calle, pero todavía no estaban a salvo. También allí había criaturas. En repugnante tropel se movían como un enjambre correteando por la acera y la calzada, sembrando la destrucción a su paso. Trepaban a los coches, los volcaban, aplastaban compactas hileras de Range Rovers, Porsches y Jaguars. Ascendían por las paredes de las amplias y pretenciosas casas, reventando los ladrillos y rompiendo los cristales. La propiedad era su primer objetivo, después

vendría la gente. Había luna llena y mirase a donde mirase Rachel veía los cuerpos verdosos de esos abominables y mutantes insectos, trepando por las paredes estucadas de blanco, alzándose triunfantes sobre sus patas traseras en lo alto de los tubos de las chimeneas. El aire nocturno fue invadido por un zumbido estridente, ensordecedor, cuando una sinfonía de alarmas antirrobo empezó a sonar a lo largo de la calle.

—¡Daos prisa! —les gritó a las gemelas—. ¡Todavía tenemos tiempo!

Agarró de nuevo la mano de Sophia y tirando de las dos se puso a correr. Milagrosamente, las horripilantes e incontroladas criaturas se apartaban y las dejaban pasar cuando se aproximaban a ellas. De manera que lo que por fin las detuvo al final de la calle no fue una araña sino una obstrucción humana, un hombre. El inspector jefe Capes, plantado en la esquina, que agarró a Rachel con un placaje de rugby y la derribó en el suelo, mientras el oficial Pilbeam le quitaba el cuchillo.

—Ya está todo controlado —dijo uno de los dos—. Calma. Ya está todo controlado. Todo el mundo está a salvo.

La mantuvieron inmovilizada, aplastándola contra el asfalto, hasta que su respiración empezó a ralentizarse y acompasarse, el zumbido de las alarmas cesó, las arañas se retiraron a su hogar subterráneo y Rachel se dio cuenta de que, aparte de los lloriqueos de Grace y Sophia, ahora el mundo estaba desierto y en silencio.

Alison no pensaba en nada en concreto. Estaba sentada en el sillón junto a la ventana en saliente, contemplando las elaboradas sombras que la luz del sol proyectaba en los arabescos rojos y amarillos del dibujo de la anticuada alfombra. Resultaba extraña la precisión con la que recordaba esa alfombra, ya que hacía más de doce años que no la veía. La propia casa no había cambiado mucho. Y la verdad es que tampoco Beverley había cambiado mucho, excepto el número 11 del Callejón Innecesario, del que había desaparecido el frondoso aviario de la casa y que ahora era propiedad de una familia rica y bien vestida que había limpiado el jardín, colocado una puerta nueva y repintado los marcos de las ventanas. ¿Qué había sido de Phoebe? Nadie parecía saberlo.

Al menos en apariencia, a la abuela de Rachel se la veía bastante animada — estaba encantada de recibir otra vez en casa a Alison y Rachel, aunque fuese por un solo día—, pero era imposible no percibir que la ausencia de su marido llenaba todas las habitaciones y se aposentaba en cada rincón como una capa de polvo, como nunca lo había hecho su presencia. La propia abuela, arrastrada por el peso de su ausencia, casi se había rendido, convertida en un espectro. Cruzaba las puertas, de la cocina a la sala de estar, del baño al descansillo, silenciosa como un fantasma. Ahora, sentada al sol y perdida en su ensoñación, Alison ni siquiera se percató de que la abuela había entrado en la habitación y se había sentado sin hacer ruido en el sofá. No se dio cuenta hasta que la oyó decir:

—Rachel me ha dicho que tu madre tuvo un golpe de suerte.

Sorprendida, Alison se volvió.

—Así es.

—¿Qué sucedió?

—Bueno... —Después de contarle tantas veces, a tanta gente, durante las últimas semanas, a Alison la historia todavía le resultaba difícil de creer—. Una tarde volvía a casa en el autobús, como cualquier otro día, cuando le sonó el teléfono, y era esa chica con la que coincidió en el programa de televisión. Danielle Perry. Es cantante, actriz... No sé muy bien cómo llamarla.

—Sé de quién hablas —dijo la abuela—. Está siempre guapísima.

—Y le dijo que quería grabar una de las canciones de mamá. La que le había oído cantar en la selva cuando estuvieron juntas en aquel programa. «Sink and Swim». Y lo ha hecho. Y se está vendiendo muy bien, está en las listas de los más vendidos y todo.

—Me alegro mucho —dijo la abuela—. ¿Con eso ganará dinero?

—Sí. Ya ha empezado a cobrar. Un buen pico, de hecho.

—Todo el mundo se merece un poco de suerte de vez en cuando. Jim solía jugar a

la lotería, ¿sabes? Todas las semanas. Jamás ganó un céntimo. —Miraba hacia el sillón en el que estaba sentada Alison, pero era como si no la viese—. Este era su sillón favorito. Su lugar favorito.

Alison hizo ademán de levantarse.

—Si quiere puede sentarse usted, señora...

—No, no seas boba. Quédate sentada si estás cómoda. Disfruta del sol. Es el mejor momento del día para sentarse ahí.

La abuela estaba sentada en el borde del sofá, agarrando una taza en la que ponía «La mejor abuela del mundo», un regalo de Navidad que le había hecho Rachel años atrás.

—Por la mañana también. Cuando yo bajaba, siempre me lo encontraba sentado ahí. Esperaba a que pasase el chico de los periódicos, ¿sabes?

Alison asintió y sonrió. No sabía qué decir.

—Así solía empezar el día —le contó la abuela—. Yo bajaba. Ponía el hervidor en el fuego. Preparaba el té.

Esbozó una leve sonrisa. Esos recuerdos parecían animarla.

—Después llegaba el periódico. Lo primero que hacía él era leerlo. Yo mientras tanto preparaba el desayuno y le servía sus cereales. Después desayunábamos juntos en la cocina.

»Cuando acababa, se ponía con su ordenador. Adoraba su ordenador. Había sido su mejor compra. Escribía sus cartas, ordenaba las facturas, cualquier cosa que hubiera que hacer.

»Mientras tanto, yo me quedaba abajo. Empezaba el crucigrama.

»A media mañana nos tomábamos otra taza de té. Juntos. Aquí. Ese era su sillón, ese en el que estás sentada. Después yo salía a comprar.

»Comíamos en la cocina. Normalmente solo una sopa. Yo de tomate, él de champiñones. Encendía la radio. Siempre quería escuchar las noticias de la una.

»Después, si hacía buen tiempo, salíamos al jardín. Él estaba orgulloso del jardín. Nunca tuvimos un jardinero, nadie que nos ayudase. Hasta el final siempre lo cuidamos solos. Cortábamos el césped y podábamos el seto.

»Después él entraba en casa para sentarse un rato. En el sillón en que estás sentada. Siempre sabía cuál era el mejor momento para disfrutar del sol.

»Después yo veía la tele. Concursos y ese tipo de cosas. A él no le gustaban mucho, así que subía para utilizar su ordenador. No estábamos en la misma habitación, pero yo siempre sabía que él estaba allí. Siempre sabía que estaba en casa.

»Cenábamos a las seis. Nunca mucho más tarde de esa hora. A ninguno de los dos nos gustaba la comida sofisticada. Los champiñones salteados eran su plato favorito, le gustaba cualquier cosa si iba acompañada con eso. A veces comíamos simplemente una tostada con champiñones.

»Nunca nos poníamos de acuerdo sobre qué ver en la tele. A él le gustaban las noticias, los temas de actualidad, cualquier tema político. Yo prefería las obras de

teatro y las comedias, algo que te hiciera reír, pero ya no hacen series tan buenas, ¿verdad que no?

»Por la noche él se tomaba un whisky, justo antes de irse a dormir. No había nada malo en ello. Era el único que tomaba en todo el día. Le ayudaba a conciliar el sueño.

»Se acostaba temprano. Siempre estaba en la cama antes de las once. Encendía la radio, con el volumen no muy alto. Creo que simplemente le gustaba oír las voces. Yo me quedaba aquí abajo. La mayoría de las veces todavía intentando acabar el crucigrama. No oía ningún ruido arriba, pero me bastaba. Me bastaba saber que él estaba allí.

Guardó silencio. Inclínada sobre la taza, no lloraba, pero parecía frágil y cansada. El sol de la tarde le caía sobre la cara, destacando las arrugas, iluminando los pliegues del cuello.

Alison se levantó y se acercó a ella. La abrazó, sintió la fragilidad de sus huesos bajo el suéter, se inclinó y vio la blancura de su cuero cabelludo bajo el ralo cabello cano. Le plantó un beso en la cabeza, un beso suave y prolongado.

—Rachel te estaba llamando —le dijo la abuela—. Creo que necesita tu ayuda.

Rachel estaba sentada en lo alto del ciruelo, con la cara vuelta hacia el sol, disfrutando de la calidez de los rayos sobre su rostro. Le encantaba sentarse entre las ramas de aquel árbol —le encantaba desde que era niña— con una vista de los jardines vecinos, aquel ordenado tejido de vida suburbana a sus pies y, a lo lejos, las monumentales torres de una tonalidad entre gris y crema de la iglesia.

Bajó la mirada cuando oyó que Alison se acercaba y le dijo:

—Ya era hora. ¿Dónde estabas?

—Hablando con tu abuela. ¿Estás bien ahí arriba?

—La verdad es que muy cómoda.

—Se supone que no debes hacer demasiados esfuerzos.

—Estoy bien. Hace siglos que estoy bien. Ojalá todo el mundo dejase de preocuparse por mí.

Y era cierto. Rachel tenía mucho mejor aspecto desde hacía semanas. Los meses posteriores a la desgracia los había pasado en casa de su madre, había descansado y se la volvía a ver feliz. Ya había dejado todo eso atrás.

—Bueno, pues vamos allá —dijo Alison—. Las ciruelas no se van a recoger a sí mismas. Tíramelas y yo las iré atrapando con la cesta.

—Perfecto.

Estirándose, Rachel se dispuso a recolectar las que quedaban más alejadas. Ese año las ciruelas volvían a ser espectaculares. Violáceas y lustrosas, en su punto de madurez, con una piel suave y tersa.

Cuando arrancó la primera, de debajo salió una araña. Ella estiró el brazo y dejó que le correteara por la pálida piel del dorso del brazo hasta que llegó a la siguiente

rama, donde correteó buscando refugio. Rachel vio cómo desaparecía entre las hendiduras de la corteza. Y le lanzó la ciruela a Alison.

—¡Ahí va, cógela!

Siguieron así, lanzando y recogiendo, lanzando y recogiendo, uno o dos minutos, hasta que Alison se detuvo y dijo:

—¿Echas de menos a Jamie, Rache?

—Un poco. —Le lanzó otra ciruela—. ¿Y tú, echas de menos a Selena?

—Un poco.

—Bueno, si quieres saber mi opinión —dijo Rachel—, estamos mucho mejor solteras.

—Tienes toda la razón —dijo Alison—. ¿Pero sabes qué? —añadió, una idea que se le acababa de pasar por la cabeza—: Quizá deberíamos ser pareja.

—¿Tú y yo? —Rachel se rio con desdén—. Soñar es gratis —dijo—. Esta dama no va a cambiar de opinión^[15].

—Tú misma —dijo Alison—. De todas maneras no eres mi tipo.

Rachel volvió a reírse, y arrancó una ciruela más de un racimo de cuatro. Cogió la fruta, la frotó contra su camiseta para limpiarla y le dio un mordisco. Sintió el jugo deliciosamente dulce en su boca. Era el sabor de su infancia, el sabor del hogar, el sabor del sol de otoño.

Me llamo Livia y vengo de Bucarest. Llevo viviendo en Londres más de cinco años y mi trabajo consiste en sacar a dar su paseo diario a los perros de la gente muy rica.

Pero eso no es todo.

En esa zona de Londres han pasado cosas muy raras. Han desaparecido seis personas y nunca se las ha encontrado. La policía sigue investigando, tratando de establecer conexiones. Vinieron a hacerme preguntas. Pero la verdadera conexión entre esas seis personas es algo en lo que nunca han reparado.

Todos tenían perro.

Soy Livia y vengo de Bucarest. Llevo cinco años viviendo en Londres y conozco no solo sus calles sino también sus lugares secretos, a nivel del suelo y bajo tierra. Ninguno de esos lugares es más profundo o más secreto que el que hay debajo de la casa alta de Turngreet Road, once plantas bajo tierra, bajo la bodega de vinos, la caja fuerte y la piscina con palmeras.

Hay un túnel. Y al fondo de ese túnel hay una habitación. Y esas personas están allí colgadas en la oscuridad. Cada una envuelta en un capullo de hilos plateados. Vigiladas por la vengativa criatura de los ojos ambarinos.

Mi venganza toma muchas formas. Mi cuerpo toma muchas formas.

Por cierto, en mi país tenemos un dicho: *După faptă si răsplată*. Que significa: ojo por ojo, o el cazador cazado.

Si entendéis lo que digo, entenderéis mi naturaleza. No soy compasiva. No soy justa. No se me puede domesticar. Ataco a quien quiero y a lo que quiero.

No soy irascible, soy la ira misma.

Tal vez sintáis lástima por las víctimas. Sois libres de sentirla. Podéis ponerlos de su lado o del mío. La decisión es vuestra.

Al final, creo, todos somos libres de elegir.

AGRADECIMIENTOS

La parte del libro titulada «El jardín de cristal» está inspirada en una pieza musical de Harold Budd que lleva este título, grabada en su álbum *The Pavilion of Dreams* (OBS 10) de 1978.

Michele O'Leary, Andrew Hodgkiss, Ralph Pite, Philippe Auclair, Georgia Powell y Vera Michalski me ayudaron con valioso material para el trasfondo de la historia. Mi más sincera gratitud a todos ellos, pero sobre todo a Louise Le May, por dejarme utilizar su preciosa canción «Sink and Swim» y colocarla en el centro de la historia de Val.



JONATHAN COE (Birmingham, 1961). Se educó en el Trinity College de Cambridge, y completó un doctorado sobre el Tom Jones de Henry Fielding en la Universidad de Warwick. Enseñó Poesía inglesa en Warwick, posteriormente trabajó como músico profesional, escribiendo música para jazz y cabaret. También trabajó como corrector de pruebas legales antes de convertirse en escritor y periodista independiente.

Coe es autor de varias novelas, la mayoría de las cuales se han traducido al castellano. Su primera novela, considerada hoy una obra «de culto», fue *Los enanos de la muerte* (1990), una historia de asesinatos en un ambiente *punk*. Le siguieron la aclamada *¡Menudo reparto!*, (1994), una sátira mordaz de la vida británica en la década de los ochenta y ganadora del Mail on Sunday / John Llewellyn Rhys Prize y el Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia), y *La casa del sueño* (1997), que ganó el Writers' Guild Award (Mejor libro de ficción) y el Premio Médicis Étranger (Francia) y narra las aventuras de un grupo de ex estudiantes universitarios, reunidos en el misterioso acantilado de la casa donde solían vivir.

El club de los canallas, una sátira política de 2001, ambientada en Birmingham en 1970, obtuvo el premio Bollinger Everyman Wodehouse Prize y el Arcebispo Juan de San Clemente y fue adaptada para la televisión por la BBC en 2005. Coe retomó a los protagonistas de esta novela veinte años después, en la Inglaterra de Blair, en *El círculo cerrado* (2004).

La lluvia antes de caer, de 2007, tiene un tono distinto, introspectivo e íntimo, que ha

sido muy alabado. Posteriormente, Coe volvió al género satírico-humorístico con *La espantosa intimidad de Maxwell Sim*; (2010); *Expo 58*, (2013) y *Número 11* (2015).

Notas

[1] En inglés *vagrancy* (vagabundeo, presencia de vagabundos) y *vacancy* (espacio libre, vacante) son fonéticamente muy similares, de ahí el malentendido. (N. del T.)

<<

[2] Sigo intentándolo, pero necesito tu aliento. / Mientras la luz de la luna controle las mareas, / yo seguiré naufragando y nadando. (N. del T.) <<

[3] V. D. en inglés pueden ser las iniciales de *venereal disease* («enfermedad venérea»), de ahí la asociación con las ladillas. (*N. del T.*) <<

[4] La expresión inglesa para fiasco es «Damp squib», pero el personaje dice «Damp squid», literalmente «calamar húmedo», confusión que da pie a la conversación posterior. (N. del T.) <<

[5] Contemplo el agua que me lleva a casa, tu ausencia me hace sentir amor / Elijo un camino que pueda recorrer, los días son cada vez más largos.

Sigo intentándolo, pero necesito tu aliento / Mientras la luz de la luna controle las mareas, yo naufragaré y nadaré.

Vuélvete y mírame, en muchos sentidos soy más fuerte / Elige una senda y libérame, iré más allá. (*N. del T.*) <<

[6] La confusión de Alison con respecto al mensaje que ha aparecido anteriormente tiene sentido en inglés: Rachel, al hablarle de lo que hace esa noche con su hermano le dice «*We're doing the nicest thing tonight*» (Estamos pasando una noche fantástica), que leído rápido se puede confundir con «*We're doing the incest thing tonight*» (Esta noche vamos de incesto). (N. del T.) <<

[7] El comentario hace referencia a un dicho inglés que procede del siglo XVII y plantea que sin ocio la gente se vuelve aburrida: *All work and no play makes Jack a dull boy* («Demasiado trabajo y nada de juegos convierten a Jack en un chico aburrido»). (N. del T.) <<

[8] En inglés *country*, que es la palabra que utiliza Keisha, se puede referir tanto a «país» como a «campaña, campo». (N. del T.) <<

[9] En inglés «el Cruzado de la Capa» es «The Caped Crusader» (un término que se aplica a Batman), jugando con el apellido del personaje, Capes. (*N. del T.*) <<

[10] En inglés «Nate of the Station» (Nate de la comisaría) guarda cierta similitud fonética con «State of the Nation» (Estado de la Nación) invirtiendo el orden de las palabras, y el mote hace por tanto referencia a su comentario referido a la necesidad de entender Inglaterra. (*N. del T.*) <<

[11] En inglés «*The Severe Miss Givings*» («La severa señorita Givings») tiene una clara similitud fonética con «*Severe Misgivings*» («Serias dudas»), de modo que «*I had Severe Miss Givings last night*» se puede entender en un doble sentido: «Anoche tuve serias duras» y «Anoche me acosté con la señorita Givings». De ahí la broma. (N. del T.) <<

[12] En inglés «la va bien» («doing well») es similar a «está en la cárcel» («doing time»), de ahí la ironía, que en castellano se pierde. (N. del T.) <<

[13] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[14] Repite la confusión aparecida con anterioridad entre *nigest* (lo más maravilloso) e *incest* (incesto). (N. del T.) <<

[15] En inglés, *This lady's not for turning*: celeberrima frase pronunciada por Margaret Thatcher en la convención del partido conservador de 1980. (N. del T.) <<